MAQUIAVELO

OBRAS

POLITICAS

2

JC143
.M14
v.2
1895

1020025561

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAQUIAVELO

OBRAS POLÍTICAS

Núm. Clas. 321.6
Núm. Auto. M1490
Núm. Adq. 31010
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CXCII

OBRAS POLÍTICAS

DE

NICOLÁS MAQUIAVELO

TRADUCIDAS DEL ITALIANO

POR

D. LUIS NAVARRO

—

TOMO II

—

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle del Arenal, núm. 11.

1895

099677

31010

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

postrimerías del siglo XV y en las primeras décadas del XVI.

Durante la Edad Media, la política en Italia se limita á la lucha de preponderancia entre el Pontificado y el Imperio. Güelfos y gibelinos pelean porque el Emperador se someta al Papa ó porque el poder temporal del sacro romano imperio quede emancipado del espiritual del Pontífice.

La lucha en el terreno de la ciencia no es menos ardiente que en el de la política, y expuestas las ideas en el idioma latino, universal entonces entre las personas cultas, la cuestión de supremacía de los poderes espiritual ó temporal traspasa los límites de las naciones y se generaliza en Europa.

El tratado de *Regimene principum*, escrito en parte por Santo Tomás, defiende la dependencia en que deben estar el Emperador y la sociedad laica, del Papa y de la Iglesia católica, fundándose en ser la autoridad del Pontífice la única que directamente procede de Dios, mientras el Emperador sólo representa el derecho, las leyes y la fuerza puramente humana y terrenal. El Emperador era la luna que carece de luz propia, teniendo sólo la reflejada del sol, esto es, del poder pontificio.

En dicha doctrina política, cuyo objeto es el triunfo de la religión, tiene necesariamente la moral una parte esencialísima. Los escritores de esta escuela acuden á argumentos abstractos y metafísicos, desdeñando el examen de los hechos sociales é históricos, cuyas causas, al suprimir el elemento humano, buscan exclusivamente en la voluntad de Dios. Las transformaciones en la sociedad laica tienen para ellos escasa importancia y menos aun la antigüedad pagana, en la cual sólo ven errores dignos de severa censura.

Frente á esta escuela aparece después la gibelina, defensora de la independencia entre los poderes espiritual y temporal, no del Estado propiamente dicho, es decir, la nación, porque siendo la Iglesia y el Imperio poderes igualmente universales, la idea de nacionalidad no se conoció en la Edad Media.

Al frente de los escritores gibelinos figura Dante Alighieri con su libro *De Monarchia*, donde establece el fundamento de la sociedad humana en el derecho, dandole valor propio y divino por dimanar de un atributo de Dios, la justicia. Por esta vía hace derivar el poder imperial de Dios, independiente de hecho de el del Papa, que sólo atañe á lo espiritual. Empleando Dante la misma forma silogística que los partidarios de la escuela teológica, defiende el Imperio universal con carácter, autoridad y fuerza propias, no reflejadas del carácter, autoridad y fuerza de la Iglesia universal; pero de sus principios y de la nueva tendencia de emancipar la sociedad laica nace, sin que el autor se diese cuenta de ello, la destrucción del Imperio universal y la formación del Estado nacional moderno, hasta el punto de poder decirse que Enrique VII, en cuyo favor escribía Dante, fué el último de los emperadores de la Edad Media.

No se detuvo la escuela gibelina en los límites que le marcaba Dante. Otro escritor, por cierto sacerdote, Marsilio de Padua, en su obra *Defensor pacis*, pretende someter la Iglesia al Imperio defendiendo que el Emperador ha de tener derecho á convocar Concilios y á deponer obispos y hasta Papas, quienes deben depender de él. Marsilio distingue el poder legislativo del ejecutivo y concede aquél al pueblo, pues los proyectos de leyes redactados por pocos hombres sabios han de ser aprobados por sufragio universal, verdadera base, así del Imperio como de la Iglesia. La monarquía de Marsilio es una república casi representativa, en la cual el pueblo tiene derecho á nombrar al presidente y también la

facultad de desposeerle de su cargo. La autoridad de la Iglesia reside en la universalidad de los creyentes y en las Sagradas Escrituras, sin que tenga poder coercitivo contra el Estado, ni aun contra los herejes, á quienes sólo debe amenazar, si profesan ideas peligrosas, con las penas eternas del infierno. Unicamente el Emperador tiene facultades para castigarlos si son dañosos á la sociedad.

Marsilio de Padua se hace ya la pregunta de si la monarquía debe ser universal ó formarse de diferentes Estados, conforme á las condiciones geográficas y etnográficas de los pueblos; pero contesta con la evasiva de que éste no es el objeto de su libro *Defensor pacis*. No puede, pues, considerarse dicha pregunta como descubrimiento del principio de las nacionalidades.

La escuela gibelina, á pesar de la audacia de sus mantenedores, no logró librarse del método escolástico y teológico y fué siempre en busca de un gobierno ideal y metafísico, sin estudiar especialmente sociedad alguna, para ver el que fuese, en un caso concreto, preferible y práctico, porque aspiraba á una forma inmutable de gobierno perfecto, aplicable á todos los pueblos sin consideración alguna y sin limitación de lugar y de tiempo.

La ciencia política de la Edad Media desaparece durante el siglo xv, sucediéndole otra distinta en el fondo y en la forma, porque no sólo cambian las ideas de los hombres, sino hasta la sociedad. A la escolástica sucede la erudición, y la autoridad universal de la Iglesia y del Imperio son ya recuerdos de pasados tiempos.

Las repúblicas italianas, que en su origen eran asociaciones mal constituídas bajo la dependencia de la Iglesia ó del Imperio, empiezan á transformarse evidentemente por la prudencia, astucia, doblez y valor de quienes las dirigían; logran poco á poco ser independientes y conviértense al fin en principados de tiranos que acaban con la libertad y cometen toda clase de delitos.

A pesar de esto, dichos principados son los primeros modelos de los Estados modernos, y en ellos se convierte en hechos la nueva política, antes de que la ciencia lograra formularla. Al mismo tiempo el estudio de las instituciones antiguas, especialmente de la historia de Roma, ayudaba á explicar conceptos que tenían ya realización práctica.

La ciencia de la Edad Media no desaparece en absoluto, y, desde los claustros donde se oculta, infiltra algunas de sus ideas en la nueva ciencia política del siglo xv, la cual admite como principio axiomático que el mejor gobierno es el de uno solo, cuando éste es bueno; pero, si es malo, resulta pésimo. La perfección consiste en la unidad, había dicho la escolástica, y con mayor énfasis lo repetía el neo-platonismo de Ficino. Como hay un solo Dios en el universo, un solo sol en el sistema planetario, una sola cabeza en el ser humano y en los animales, de igual modo la unidad es necesaria en la sociedad y ésta la encuentra en un buen monarca, casi imagen de Dios y piedra angular de un régimen perfecto de gobierno.

La idea del príncipe perfecto la expone también Savonarola en su tratado *Del Reggimento del goberno della cita de Firenze;* pero, alegando que, por el agudo ingenio de los florentinos, el tirano sería peor en Florencia que en ninguna otra parte, sostiene que sólo el régimen republicano es aplicable á aquel pueblo y puede dar buenos frutos, siendo en aquella ciudad el gobierno deseado por Dios. Y sin más teorías ni razonamientos abstractos pasa seguidamente á determinar cómo debe organizarse la república. Hacía esto Savonarola porque era fraile y luchaban de continuo en su ánimo los prin-

cipios de la Edad Media y los del Renacimiento; pero sus contemporáneos adoptaban las nuevas ideas, procurando realizar sin preocupación alguna lo que era practicable.

La literatura de los humanistas formó, con los ejemplos tomados de la antigüedad, una nueva educación intelectual que condujo inevitablemente á apreciar los hechos sociales como puramente humanos y naturales. Los escritores políticos no daban ya por única explicación de todos los sucesos la voluntad de Dios, atribuyendo muchos de ellos á la índole de los hombres, á sus vicios y virtudes. Pero los libros políticos de los eruditos de esta época, más que verdaderos tratados científicos son florilegios de frases clásicas relativas á las virtudes y vicios de los hombres en general y de los príncipes en particular. Sirvan de ejemplo el tratado *De Príncipe* de Pontano y el diálogo *De infelicitate principum* de Bracciolini.

La nueva ciencia política empezó á formarse en las cartas y relaciones de los embajadores y de los diplomáticos que en el último decenio del siglo XV y en el primero del XVI se multiplican por modo verdaderamente singular. Los despachos de Fernando de Aragón que llevan la firma de Pontano; los de los embajadores florentinos, cuando la invasión de Carlos VIII; las célebres relaciones de los embajadores venecianos, como casi todos los escritos diplomáticos de los gobiernos y de sus representantes, revelan un mundo nuevo. Los autores de estos documentos abandonan la lengua latina, olvidan la escolástica, observan y estudian á los hombres y las instituciones políticas con maravillosa agudeza y la más consumada experiencia, indagan las causas de los acontecimientos y de la conducta de los hombres de Estado con verdadero método inductivo, experimental, que en todos se halla, sin que pueda decirse quién lo haya inventado, porque en realidad aparece en todas las naciones. Encuéntranse de vez en cuando en estos escritos algunas ideas generales que son siempre de admirable evidencia y prueban sagacísima penetración; pero en seguida se vuelve á la narración de los hechos urgentes, al examen de las noticias que son constante tema de tales escritos, los que puede decirse constituyen ya la nueva ciencia y el método, aunque aparezca en retazos sueltos y como demandando quien quiera reunirlos.

Imposible era que no surgiese un compilador de esta dispersa doctrina, nacida en medio de la realidad de la vida, como consecuencia inevitable del nuevo modo de observar y conocer el mundo, doctrina que, para mostrarse en todo su esplendor, sólo esperaba ser científicamente ordenada y expuesta. Así fué que apareció como repentinamente formada por completo cuando en rigor había tenido larga y laboriosa preparación.

Los tratadistas de esta escuela son en Italia, Guicciardini y Maquiavelo. En las obras políticas de Francisco Guicciardini están definidas y descritas las nuevas ideas mejor que en las de Maquiavelo, porque éste, con la originalidad característica de su genio, introduce en ellas un elemento personal, mientras Guicciardini da forma clara y precisa á las doctrinas dominantes en su época, desarrollándolas, ordenándolas y enriqueciéndolas con los resultados de su prodigiosa experiencia, con su gran conocimiento de los hombres y de los negocios y con una exactitud en la observación, recuerdo y referencia de los hechos á que no llega el mismo Maquiavelo, preocupado con la demostración de sus propias teorías y la persecución de sus ideales.

Maquiavelo es un observador menos paciente, menos preciso, menos seguro que Guicciardini, pero tiene el don singularísimo de fijarse inmediatamente en el he-

cho capital entre la multitud de los que á su vista aparecen. Cuando habla de Suiza, Francia ó Alemania, no escapa á su penetración ninguno de los datos verdaderamente importantes, políticos y militares de estos pueblos, y, estudiando lo que es de actualidad, indaga las probabilidades del porvenir, cosa que nunca hacía Guicciardini, por considerarlo ocioso.

Tales eran los precedentes y el estado de la ciencia política en Italia cuando Maquiavelo escribió sus tres obras antes citadas en los años de forzoso retiro por la caída del gobierno republicano en Florencia, y el restablecimiento del poder de los Médicis.

La influencia de esta familia era preponderante en tiempo del Papa León X, y hubo el proyecto, ó al menos el pensamiento, de crear un Estado poderoso para uno de los sobrinos del Pontífice, Julián ó Lorenzo, uniendo al efecto Parma, Módena, Piacenza y Regio.

Había admirado y ensalzado Maquiavelo á César Borja por su intento de formar un gran Estado en la Italia central, uniendo á la Romaña los principados y repúblicas limítrofes, porque veía en esta empresa el principio de la unidad italiana. Debía lógicamente entusiasmarle el proyecto de organizar un Estado nuevo, poniendo al frente de él un príncipe nuevo, en condiciones, por la influencia de su familia, de hacer lo que causas ajenas á su voluntad impidieron realizar á César Borja.

Ciertamente las ideas republicanas de Maquiavelo no se acomodaban bien al intento de la formación de un reino y al establecimiento de un régimen monárquico absoluto; pero debe tenerse en cuenta que las repúblicas italianas en su época distaban tanto como la monarquía del ideal republicano de Maquiavelo, por estar organizadas de manera que, en realidad, eran la tiranía de una ciudad sobre otras muchas ciudades y

pueblos de comarca más ó menos extensa, y escritores tan imparciales como el florentino Guicciardini reconocían y confesaban ser mejor vivir bajo el gobierno absoluto de un príncipe, el cual, al menos, trataba de igual modo á todos sus súbditos, que en una república que en la práctica significaba la explotación de varios pueblos por una ciudad privilegiada. La forma de gobierno debía ser para Maquiavelo cosa secundaria y puramente doctrinal ante la idea de que llegara á ser Italia un grande y poderoso Estado, capaz del esfuerzo necesario para arrojar de su seno á los invasores extranjeros. Quería la libertad y la igualdad ante la ley y la intervención en el poder de todas las clases del Estado; pero ante todo y sobre todo, quería la unidad nacional italiana.

Además de este patriótico pensamiento, movióle á escribir su tratado de *El Príncipe* el deseo de mejorar su precaria situación personal, y de esto no cabe duda, porque claramente lo dice en la carta que en 10 de Diciembre de 1513 escribió á su íntimo amigo Vettori. En ella pide que los Médicis le ocupen en algo, le den cualquier cargo, por humilde que sea, y acaso *El Príncipe* tuvo por principal objeto hacerles comprender su suficiencia para consejero de un soberano nuevo. Así lo indica su intención de dedicar la obra á Julián de Médicis, y cuando éste murió, antes de que pudiera ofrecérsela, hacer la dedicatoria á Lorenzo y expresar en la misma el deseo de que tuviera en cuenta su mísero estado.

El príncipe que describe Maquiavelo en este libro es realmente un príncipe italiano; pero al mismo tiempo resulta tipo genérico de los grandes soberanos del Renacimiento, y personifica la conversión de la Italia de la Edad Media en el Estado nuevo y moderno. Bajo este punto de vista tiene *El Príncipe* una importancia histórica incontestable.

Maquiavelo entiende que para la grande obra de la unidad nacional el soberano necesita una suma de poder que sólo cabe en un monarca absoluto. Para el buen éxito del intento de unir, armar y libertar la patria, ha de ser y debe ser un tirano, y un tirano hecho á imagen de los grandes legisladores. Armado el pueblo y expulsados los extranjeros, dará buenas leyes y procurará la duración y seguridad de su obra, confiando la defensa al pueblo. Las corrompidas costumbres de la Italia de entonces impedían la realización de tan patriótico intento, que fué el sueño de Maquiavelo durante toda su vida.

Para contribuir á esta empresa, acaso más que para atender á sus necesidades personales, pedía un cargo á los Médicis, cuyo poder era entonces incontrastable en Italia, pareciendo destinados providencialmente á realizar la unidad nacional. La elocuentísima exhortación puesta al final de *El Príncipe* es el mejor testimonio del pensamiento y propósito con que fué escrito.

Están expuestas las ideas en este tratado en estilo conciso y claro, tan claro que, con razón, dice Villari: «Jamás ha habido un hombre menos maquiavélico que Maquiavelo, quien dijo siempre todo lo que quería decir, y más fácil es acusarle de cinismo que de premeditadas reticencias ó de ocultos propósitos en sus escritos» (1). Esta misma claridad y concisión quizá hayan contribuído poderosamente á las apasionadas críticas en pro y en contra de que ha sido objeto *El Príncipe*, libro en el cual su autor sólo ve y trata del Estado, del arte con que se mantiene y de las armas con que se defiende. A la organización y salvación del Estado italiano todo lo sacrifica, y tan fundadas en la verdad, en la realidad y en las necesidades políticas eran sus aspiraciones, que han resultado proféticas. Lo que con tan apasionada elocuencia pedía para su patria en la exhortación final de *El Príncipe*, se ha realizado tres siglos y medio después y á nuestra vista. El sueño del secretario florentino es hoy realidad, y los hechos han venido á demostrar la prodigiosa inventiva de su entendimiento.

(1) *Machiavelli é i suoi tempi* por Pascual Villari. Obra notabilísima, llena de erudición y sana crítica, y sin duda alguna la más importante de cuantas han visto la luz relativas á Maquiavelo. De ella extractamos casi todos los juicios y apreciaciones que forman este prólogo.

Con manifiesto empeño se han buscado y supuesto en *El Príncipe* fines recónditos é intenciones ocultas; pero bueno es advertir que en la época en que fué escrito á nadie escandalizó este libro. En 1531 se publicaron en Roma los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, y en 1532 *El Príncipe; cum gratia et privilegio* del Papa Clemente VII y de otros príncipes.

Los primeros ataques á las doctrinas políticas de Maquiavelo fueron de los jesuítas. Defensores éstos de la supremacía de la Iglesia sobre el Estado, tenían necesariamente que combatir una obra en la cual se pedía y defendía la independencia del Estado, ocupándose de la religión sólo como uno de los elementos de gobierno que el príncipe debe tener muy en cuenta, por su influencia social y política.

En esta cruzada contra Maquiavelo se ha acudido para conseguir fácil victoria á atribuirle frases que nunca dijo, como la de la *razón de Estado* para justificar actos reprobables, y sobre todo á presentar aisladamente y como máximas de moral las que eran de política y dependían de determinados supuestos, de modo que su significación resulta alterada. Puede discutirse el sentido y el valor de las frases: «En política y en diplomacia es lícito algunas veces mentir.» «Es digno de elogio quien en la guerra engaña al adversario.» «En un Estado en desorden se debe usar la fuerza, la violencia y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hasta el engaño para ponerlo en condiciones normales.» «El príncipe debe respetar y observar la religión de su pueblo, aunque no crea en ella.» Pero si en vez de discutir tales máximas se presentan en términos generales diciendo que es preciso mentir, engañar, ser cruel y fingir creer en una religión que se desprecia, cesa la posibilidad de toda discusión y se consigue fácil victoria contra un monstruo que sólo existe en la imaginación del crítico. De este modo se ha hecho pasar á Maquiavelo por enemigo de la moral, de la religión y de la justicia.

Fué *El Príncipe* en los primeros tiempos de su aparición el manual de política más leído y consultado, porque hablaba un lenguaje que respondía á la realidad de las cosas y daba consejos prácticamente aplicables en la conducción de los grandes negocios políticos. Así se explica que el Papa Sixto V hiciera personalmente un extracto de esta obra, que Carlos V y Felipe II le consultaran con frecuencia y que se encontrara en los bolsillos de Enrique III y Enrique IV cuando el trágico fin de estos monarcas franceses.

Consolidóse en Europa la unidad é independencia de los Estados y comenzó la lucha para salvar, dentro de la monarquía, la libertad política y la libertad de conciencia. Había defendido Maquiavelo la primera en los *Discursos;* pero de ninguna de ambas se ocupó en *El Príncipe,* y de aquí que combatieran este libro los liberales porque defendía el despotismo, y los protestantes porque sólo trataba de la religión como elemento político, prescindiendo del derecho á la libertad de pensar en materias religiosas.

Conforme avanza el siglo XVII cambian las condiciones en los Estados y las de los soberanos en sus reinos, llegando á ser muy distintas de las que había en el Renacimiento. No se luchaba contra el feudalismo, ya

domado, ni contra las pequeñas repúblicas y los gobiernos locales para conquistar un poder vacilante é incierto, porque lo poseían de un modo estable las dinastías reinantes. Fórmase en los Estados una clase popular con nuevos elementos de vida. clase que los monarcas necesitan atraerse para encontrar en ella ayuda en las guerras y para fortalecerse con el bienestar y el incremento moral, civil é industrial de dicho pueblo. Así quedó abierta la vía á los príncipes que en el siglo XVIII llamaron ilustrados y reformadores. Comprendiendo estos soberanos la necesidad de ser los jefes, guías y representantes del pueblo, promovedores y sostenedores de sus verdaderos intereses, no podían ver en *El Príncipe* de Maquiavelo su imagen, porque el soberano de *El Príncipe* confunde el Estado con su persona y sólo atiende á consolidar su poder. Estas circunstancias produjeron otra serie de enemigos á las doctrinas de Maquiavelo. La nueva filosofía originaba una nueva política en provecho de la generalidad de los ciudadadanos y contraria á la de dar al pueblo la organización que prefiriera el soberano ó conviniera mejor á sus personales intereses.

Este nuevo modo de ser de los pueblos y estas nuevas condiciones en que los monarcas se encontraban origina las anotaciones á *El Príncipe* de la reina Cristina de Suecia y la refutación que de este libro hizo Federico II de Prusia en su juventud, refutación revisada, corregida y publicada por Voltaire en 1740, y que no impidió al monarca prusiano seguir en muchos casos las máximas por él combatidas.

Pero si las doctrinas de Maquiavelo, expresadas con el propósito de formar nuevos Estados y consolidar el poder de príncipes nuevos eran rechazadas y debían serlo por representantes de dinastías arraigadas, sin enemigos que las hicieran vacilar, en cambio, cuando

se trataba de una soberanía nueva, apreciábanse con más imparcialidad, y así se explica que Napoleón I fuese admirador del secretario florentino.

No han faltado en distintas épocas hombres eminentes que defiendan á Maquiavelo. Así lo han hecho Justo Lipsio, Bacón de Verulamio, que le elogia por describir lo que los hombres hacen y no lo que deben hacer; juicio inexacto, porque Maquiavelo habla de lo que los hombres hacen para deducir lo que deben ejecutar; Alberigo Gentile, á quien se debe la idea de que Maquiavelo, que defiende la libertad en los *Discursos*, escribió *El Príncipe* para descubrir á los pueblos los arcanos de la tiranía, con pretexto de instruir á los príncipes; opinión desacertada que ha encontrado muchos adeptos, entre ellos Rousseau y Alfieri.

Detractores y defensores incurrían, sin embargo, por diversa vía en el mismo error. A los primeros bastaba denigrar el carácter de Maquiavelo para condenar sus ideas, y creían los segundos que, exaltando el patriotismo y el amor á la libertad del autor de *El Príncipe*, probaban la bondad de su doctrina. La cuestión consiste en saber el valor científico de ésta; si lo escrito por Maquiavelo es verdadero ó falso; si la moral pública, la moral á que han de atenerse los que gobiernan los pueblos en sus relaciones de nación á nación es exactamente igual á la moral privada, la que debe existir entre los hombres en sus relaciones mutuas. Mucho más fácil que distinguir y especificar los puntos de diferencia que hay ó puede haber entre la moral pública y la privada, entre la moralidad de los actos de los gobiernos y la de los individuos, es decir que son iguales; aunque un político de tan claro talento como lo era el conde de Cavour declarase que en algunos de sus actos de gobierno no sabía si, por servir á su patria, obraba con rectitud ó con doblez.

Lo cierto es que cuando en tiempos modernos se han reproducido aspiraciones políticas idénticas ó parecidas á las que existían en la época de Maquiavelo, las doctrinas de éste han encontrado defensores convencidos. Bollman quería la unidad alemana, como Maquiavelo quiso la unidad italiana; y para conseguirla pedía un príncipe reformador y armado que saliera de Prusia, como Maquiavelo deseaba que surgiese de Italia un soberano conquistador, capaz de arrojar á los extranjeros y establecer la unidad nacional. Este príncipe, según Bollman, debía seguir respecto á la política interior la norma de la justicia y de la moral, y en cuanto á la exterior atender sólo á lo que fuera preciso para la salvación de la patria.

No se juzgará bien *El Príncipe* sin conocer primero los hechos que lo inspiraron, las condiciones en que fué escrito y el fin práctico que el autor se proponía. Maquiavelo no defiende el depotismo, sino la histórica necesidad del depotismo en determinadas condiciones sociales, y la Europa de su época le ofrecía una demostración incontrastable. Estaba perfectamente convencido de que sólo la monarquía absoluta, por medio de la fuerza, puede mantener la unidad en un pueblo corrompido y salvarle de la anarquía. Ésta, y no la indirecta condenación de la monarquía absoluta, como creía Mancini, es la verdadera siguificación de *El Príncipe*, producto original de la mente y de los tiempos de Maquiavelo, y no imitación de Aristóteles, como algunos han creído; porque la política de Aristóteles comprende todas las manifestaciones de la actividad del individuo, y Maquiavelo sacrifica el individuo al Estado, y todas las aptitudes de aquél que no afecten á la política ó á la guerra le son indiferentes. De literatura, de artes, de cultura y de religión casi no se habla en sus obras, en oposición, por consiguiente, con la idea más vasta, va-

riada y filosófica de la cultura griega. La patria ideal de Maquiavelo es Roma.

Cuando habla de virtud, se refiere á las virtudes públicas; jamás á las privadas. No juzga nunca el valor moral de los actos individuales, sino su efecto real como actos políticos.

Bajo todos conceptos se ha examinado á Maquiavelo sin poder llegar á un juicio generalmente aceptado, porque los críticos, aun los más competentes, lo estudiaron y estudian atendiendo sólo á alguno de los múltiples aspectos que presenta. Quién ha buscado la explicación del enigma en el estudio de su época; quién en el carácter del hombre; quién se ha limitado al examen de sus obras y en éstas sólo ha visto al republicano ó al monárquico; quién ha atendido sólo á la cuestión política; quién sólo á la cuestión moral, y bajo cualquiera de estos aspectos que se le estudie, sin tener en cuenta los demás, la fisonomía del autor de *El Príncipe* se altera y su verdadero carácter queda inexplicable é incomprensible. Para que el estudio del hombre y de sus obras sea completo, es necesario hacerlo en todos los indicados conceptos.

Si no es fácil juzgar el libro de *El Príncipe*, lo es menos el titulado *El Arte de la guerra*, porque ni los prácticos en el ejercicio de las armas saben, por regla general, apreciar su valor histórico, ni los profanos en el arte militar el mérito científico y técnico que ciertamente tiene, contribuyendo á esta dificultad la circunstancia de no haber sido nunca Maquiavelo hombre de guerra. Hay, sin duda, en esta obra errores hijos de su inexperiencia y errores que dependen de la época en que fué escrita.

De todos éstos, el principal de ellos es la escasa importancia que da á las armas de fuego; pero en verdad no habían producido éstas en sus tiempos la revolución

que substancialmente modificó después la organización militar, creando la táctica moderna.

En los tiempos de Maquiavelo, el arte de la guerra encontrábase, como todos los demás organismos del Estado, en un período de grande y rápida transformación. Durante la Edad Media los hombres de armas, cubiertos de hierro de pies á cabeza, habían anulado la infantería, batiéndola fácilmente. Tropas de esta clase eran las bandas de aventureros que había en Italia al servicio del príncipe ó república que las pagaba, y nada podían contra ellas las antiguas milicias de las ciudades, formadas con artesanos que carecían de tiempo y medios para adriestrarse en el arma de caballería, verdadero nervio entonces de los ejércitos.

La transformación en pro de la infantería empezaron á ejecutarla los suizos en el siglo XV, formando batallones compactos que, con largas picas, apoyadas por un extremo en el suelo y apuntadas por el otro contra los hombres de armas, demostraron en sus guerras con Austria y Borgoña la posibilidad de resistir la infantería y aun vencer á la caballería. Así lograron fama de ser los mejores soldados del mundo, hasta el punto de creerse que no se podía vencer sin llevar en el ejército bastante tropa suiza. Su organización la imitaron con manifiesto provecho primero la infantería alemana y después la española, y poco á poco fué creciendo en los ejércitos el número de infantes hasta constituir su fuerza principal, decayendo la influencia de las bandas de hombres de armas, aventureros y asalariados, hasta que por diferentes causas desaparecieron. Esta transformación pudo observarla Maquiavelo en el asedio de Pisa y en los viajes que hizo á Suiza y al Tirol.

Sobre dos principios capitales se funda *El Arte de la guerra* de Maquiavelo: consiste el primero en que el pueblo debe estar armado y formar una milicia nacional

capaz de convertirse en ejército activo cuando las necesidades de la patria lo exijan, y el segundo en que el nervio de todo ejército debe ser la infantería, á cuya organización hay que atender con preferencia. Su modelo en este punto es la legión romana.

El estudio que había hecho de las instituciones de la antigua Roma y lo que pudo ver en Suiza, sugirieron acaso á Maquiavelo la idea capital de *El Arte de la guerra*, idea que defendió toda su vida y que consiste en que la verdadera é incontrastable fuerza militar de un Estado ha de fundarse en el pueblo armado, constituyendo el ejército nacional. Este sistema, defendido por él hace cerca de cuatro siglos, ha llegado á tener realización práctica en nuestros días con el servicio militar obligatorio, primero en Prusia, y después en casi todas las naciones europeas.

El pensamiento político y el militar, dice Villari, se unen así y forman uno solo en *El Arte de la guerra*. El primero aparece claro á todo el mundo, y las reformas técnicas para mejorar la infantería de su tiempo causan muchas veces la admiración de los tácticos modernos.

El error capital de Maquiavelo, por las consecuencias que tiene en todo su sistema de organización militar, consiste en el desdén con que mira las armas de fuego; pero conviene tener en cuenta lo imperfectas y difíciles de manejar con rapidez que eran estas armas en su tiempo, pudiendo apenas substituir ventajosamente á las ballestas. En todos los ejércitos del siglo XVI hay arqueros y ballesteros, y aun en el XVII proponía Montecuccoli que la infantería se organizase con dos tercios de mosqueteros y uno de piqueros. Hasta la invención de la bayoneta en el siglo XVIII, no desaparecen las picas en los ejércitos.

Todas las reformas radicales, lo mismo en la milicia que en los demás elementos de gobierno de los pueblos,

tropiezan al plantearse con grandes dificultades y resistencias, y las armas portátiles de fuego, tan imperfectas en su origen, perturbaban por completo las tradiciones sobre la organización de las fuerzas militares y el sistema de combatir de los mejores ejércitos. El fusil de repetición, adoptado por los prusianos en 1840, á pesar de demostrarse su eficacia en la guerra de éstos contra Dinamarca, no lo aceptaron las demás potencias hasta 1866, un cuarto de siglo después de su invención.

Pero si los enormes gastos que ocasiona cualquier cambio en el armamento explican la lentitud en realizarlo, al escritor militar no le impiden apreciar la eficacia de la reforma, y cuando Maquiavelo escribió *El Arte de la guerra* ya estaba probada la de las armas de fuego, especialmente de la artillería, en batallas tan importantes como las de Novara, Ravena y Mariñán, pero Maquiavelo sólo conocía bien la infantería y el armento más usado antes de 1512.

De todos modos, le cabe la gloria de haber sido el primero en escribir un tratado de la táctica en su tiempo, explicando cómo podía mejorarse; y en lo que es fundamental y permanente en el arte de la guerra tienen tanto valor sus máximas, que se le ha llamado, no sin razón, el primer clásico moderno en asuntos militares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PRÍNCIPE

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NICOLÁS MAQUIAVELO

AL

MAGNÍFICO LORENZO DE MÉDICIS

HIJO DE PEDRO DE MÉDICIS

Los que desean alcanzar el favor de un príncipe suelen casi siempre empezar regalándole cosas de mérito ó que sean de su gusto, como caballos, armas, telas de oro, piedras preciosas ú otros objetos dignos de su grandeza.

Queriendo yo ofrecer á Vuestra Magnificencia algún testimonio de mi adhesión, no he encontrado entre cuanto poseo cosa de mayor valer ni más preciada que el conocimiento de los hechos de los grandes hombres; conocimiento que he adquirido por larga experiencia de los asuntos públicos de estos tiempos y no interrumpido estudio de la historia de la antigüedad.

Mis observaciones, atenta y cuidadosamente hechas, las concreto en este pequeño volumen que envío á Vuestra Magnificencia; y aunque juzgo la obra indigna de seros ofrecida, confío, sin embargo, en vuestra bondad para que sea aceptada, considerando que no puedo ofreceros mejor regalo que el de procurar sepáis en brevísimo tiempo cuanto yo he aprendido en tantos años y con tantas molestias y peligros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No engalano esta obra con frases elocuentes, ni palabras pomposas, ni esos primores de estilo que muchos emplean para avalorar sus escritos, pues he querido que, ó no tenga mérito alguno, ó la hagan grata la gravedad del asunto y la verdad de las observaciones. Tampoco deseo se juzgue presunción en hombre de humilde estado atreverse á dar reglas de conducta á los príncipes que gobiernan pueblos; porque así como los pintores de países desde la llanura pintan las montañas y desde los montes los valles y sitios bajos, de igual modo para comprender la índole del pueblo es necesario ser príncipe, y para conocer la de los príncipes conviene ser del pueblo.

Acoja Vuestra Magnificencia este pequeño obsequio con tan buena voluntad como es la mía al enviárselo; y si se digna leerlo atentamente, verá en él mi deseo de que lleguéis á la grandeza que la fortuna y vuestras dotes personales prometen. Y si Vuestra Magnificencia, desde la altura en que está, se digna alguna vez dirigir una mirada á mi humilde posición, sabrá cuán miseramente sufro el grande y continuo rigor de la mala suerte.

EL PRÍNCIPE

CAPÍTULO PRIMERO

Cuántas clases hay de principados y por cuáles medios se adquieren.

Los Estados y soberanías que han tenido y tienen autoridad sobre los hombres, fueron y son, ó repúblicas ó principados. Los principados son, ó hereditarios con larga dinastía de príncipes, ó nuevos: éstos, ó completamente nuevos, cual lo fué Milán para Francisco Sforza, ó miembros reunidos al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como el reino de Nápoles respecto al rey de España. Los Estados así adquiridos, ó los gobernaba antes un príncipe, ó gozaban de libertad; y se adquieren, ó con ajenas armas, ó con las propias, por caso afortunado ó por valor y genio.

CAPÍTULO II

De los principados hereditarios.

Prescindiré de discurrir ahora acerca de las repúblicas, por haberlo hecho ya ampliamente en otra oca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sión (1). Concretaréme, pues, á los principados, y, ateniéndome á la clasificación hecha, diré cómo pueden ser conservados y gobernados.

Empiezo declarando que, en los Estados hereditarios, habituados á la dinastía de sus príncipes, son mucho menores las dificultades para conservarlos que en los nuevos; basta sólo respetar la organización establecida por los predecesores y contemporizar con los acontecimientos, de suerte que, si el príncipe tiene mediana habilidad, regirá siempre su Estado, á no impedírselo extraordinaria y excesiva fuerza; y aun así desposeído, lo recobrará al primer contratiempo que sufra el usurpador. Ejemplo de ello es en Italia el duque de Ferrara, que resistió los ataques de los venecianos en 1484 y del Papa Julio II en 1510, solamente por su antigua soberanía en el ducado.

El príncipe hereditario tiene menos necesidad y motivo para vejar á sus súbditos, y, por tanto, debe ser más amado; siendo natural y justo que éstos le quieran cuando por extraordinarios vicios no se hace aborrecible. La misma antigüedad y continuación del dominio apagan los deseos y aminoran los motivos de las innovaciones; porque toda mudanza deja cimientos para nuevo cambio.

CAPÍTULO III

De los principados mixtos.

Encuéntranse, pues, los mayores inconvenientes en los principados nuevos. Cuando no son completamente nuevos, sino miembros incorporados á otra soberanía, la

(1) En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio.*

cual puede en tal caso denominarse mixta, los cambios nacen primeramente de una dificultad natural y común á todos los principados nuevos; porque, creyendo mejorar, mudan de buen grado los hombres de señor, y esta creencia les hace empuñar las armas contra el gobernante; en lo cual se engañan, pues la experiencia les enseña después que han empeorado.

Depende esto de otra necesidad natural y ordinaria que obliga siempre al príncipe á vejar á sus nuevos vasallos, ó con la permanencia de tropas, ó con las otras infinitas molestias que acarrea la conquista. De esta suerte resultan ser enemigos todos aquellos á quienes la ocupación del principado perjudica, no continúan siendo amigos los que le dieron el señorío, por la imposibilidad de realizar las esperanzas que habían concebido y la precisión en el señor de emplear contra ellos, estándoles obligado, medidas violentas; pues por fortísimo ejército que tenga un príncipe, necesita la buena voluntad de los habitantes para ocupar un Estado. Por estos motivos el rey de Francia Luis XII perdió el Estado de Milán tan rápidamente como lo había ganado; bastando la primera vez para arrojarle de él las tropas de Luis Sforza, porque á los mismos pueblos que le habían abierto sus puertas y que vieron frustradas sus esperanzs del bienestar que aguardaban, se hizo insufrible el nuevo príncipe.

Verdad es que, reconquistados los países que se rebelan, es más difícil perderlos, porque la rebelión da motivos al señor para emplear con menos reparo los medios de asegurar su poder, castigando á los delincuentes, vigilando á los sospechosos y atendiendo á proveer los sitios menos fuertes. Por ello si para hacer perder á Francia el ducado de Milán bastó la primera vez que un duque Sforza alborotase en los límites del ducado, para que lo perdiese la segunda, preciso fué á éste el

concurso de todo el mundo, á fin de rechazar á los ejércitos franceses y arrojarlos de Italia. La diferencia proviene de los motivos antes expuestos.

Pero la segunda, como la primera vez, fué lanzado de Milán su nuevo señor. Indicadas están las causas generales por las cuales perdió el ducado la primera; resta explicar las que la segunda ocasionaron igual efecto y los remedios que el rey de Francia tenía á mano, y tiene cualquiera que en su caso se encuentre, para mantenerse en la tierra conquistada, no perdiéndola como la perdió el monarca francés.

Digo, pues, que los Estados que al ser conquistados se unen á otro Estado antiguo del conquistador, ó son de la misma comarca y de la misma lengua, ó no lo son. En el primer caso se conservan con gran facilidad, sobre todo si no están acostumbrados á vivir libres. Para poseerlos seguramente, basta la extinción de la dinastía de príncipes que antes tuvieron, porque manteniéndolos en todo lo demás en las antiguas condiciones y no imponiéndoles novedad en las costumbres, viven los hombres quietamente. Así ha sucedido, según se ve, con Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, unidas á Francia hace tanto tiempo; pues aunque haya alguna diferencia en la lengua, las costumbres son semejantes y fácilmente pueden conciliarse.

Quien adquiere y desea conservar esta clase de Estados, necesita la realización de dos condiciones: una, que la dinastía del antiguo príncipe se extinga; otra, no alterar las leyes ni los tributos: de tal modo forman los nuevos Estados con el antiguo en brevísimo tiempo una sola nación.

Pero cuando se conquistan Estados en una comarca distinta en lengua, costumbres y régimen, las dificultades son numerosas y se necesitan gran fortuna y grandísimo talento para conservarlos. Uno de los mayores

y más eficaces medios de conseguirlo consiste en que el conquistador traslade su residencia á la tierra conquistada. Esto hará la posesión más segura y duradera. Así lo hizo el turco en Grecia, que, á pesar de todas las precauciones tomadas para conservar dicho Estado, no lo hubiera conseguido sin acudir á habitarlo. Viviendo en el país conquistado se ven nacer los desórdenes, y pronto pueden remediarse; pero no estando en él, se saben cuando son ya grandes y no tienen remedio. Además, la provincia sometida no pueden expoliarla los gobernadores que en ella pongas, y si lo intentan, satisface á los súbditos la inmediata apelación al príncipe, con lo cual tienen más motivos para amarle, si quiere ser bueno, y si no, para temerle. La permanencia del conquistador en el pueblo conquistado impone también respeto á los extranjeros que quisieran ocuparlo, siendo, cuando vive en él, muy difícil que lo pierda.

Otro medio excelente de conservación de conquistas es mandar colonias á una ó dos plazas que sean llaves del Estado, porque, de no hacerlo, preciso es tener en él numerosas tropas de á pie y de á caballo. Las colonias no son costosas al príncipe: con poco ó ningún gasto las envía y mantiene, perjudicando sólo con ellas á los que quita casas y campos, que son mínima parte de la población, para darlas á los nuevos habitantes. Dispersos y empobrecidos los perjudicados, ningún daño pueden hacer, y los demás, por no haber sido ofendidos y por temor á ser, como los otros, despojados y dispersados, fácilmente se aquietan. En suma, estas colonias no son costosas, son más fieles, dañan poco, y los maltratados, por quedar pobres y dispersos, no pueden, como he dicho, ocasionar trastornos. Téngase muy en cuenta que á los hombres se les debe ganar, ó imposibilitarles de causar daño, porque de las pequeñas ofensas se vengan, pero no de las grandes; por ello el agravio que se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

les haga debe ser de los que no permitan temer venganza.

Si en vez de colonias se tiene fuerza armada, el gasto es mayor, costando la guarda del nuevo Estado el importe de sus rentas; de suerte que la conquista se convierte en pérdida para el conquistador, y los perjuicios por las marchas y alojamientos de tropas alcanzan á todos los habitantes, convirtiéndoles en peligrosos enemigos el estar, aunque vencidos, en sus casas. Tales razones prueban la inutilidad de la custodia armada y la ventaja de las colonias.

El poseedor de una provincia conquistada procure ser jefe y protector de sus vecinos más débiles é ingeniarse para debilitar á los más poderosos, y sobre todo impedir que por motivo alguno intervenga en los asuntos de vecindad un extraño tan fuerte como él, porque por ambición ó miedo le llamarán los descontentos, como los etolios llamaron á los romanos á Grecia y como les llamaron también los habitantes de otras provincias donde entraron.

Cuando invade un extranjero poderoso una comarca, lo ordinario es que se pongan de parte del invasor los Estados menos fuertes, por envidia al que antes dominaba, y sin gastos ni esfuerzos el extranjero conserva la adhesión de estos pequeños Estados que de buen grado forman un solo cuerpo con el conquistado. El conquistador en tal caso cuidará solamente de no dejar á éste adquirir demasiado fuerza y autoridad, pudiendo con sus propios recursos y con el auxilio de los pequeños Estados, adheridos voluntariamente, abatir á los poderosos y mantenerse dueño de todo el país. Quien no acuda á tales medios pronto perderá la conquista, multiplicándose los obstáculos y las dificultades mientras la tenga en su poder.

Este fué el sistema de los romanos en las provincias

conquistadas: fundaban en ellas colonias, protegían á los Estados débiles sin aumentar su poder, disminuían el de los fuertes y no permitían que en dichas provincias ganara crédito ningún poderoso extranjero. Sirva de ejemplo la provincia de Grecia, donde empezaron apoyando á los aqueos y á los etolios, dominaron después el reino de Macedonia y arrojaron á Antíoco; pero ni los méritos de los aqueos y etolios les indujeron nunca á ensanchar sus Estados, ni las persuasiones de Filipo á aceptarle por amigo sin aminorar su influencia, ni el poder de Antíoco á consentir que en aquella provincia tuviese dominio alguno. Los romanos hicieron entonces lo que todo príncipe sabio debe hacer, no cuidar sólo de las dificultades presentes, sino de las futuras y del modo de vencerlas; porque previendo las lejanas, fácilmente pueden ser remediadas, y esperando á que ocurran, no llega á tiempo la medicina, por ser ya incurable la dolencia. Sucede, pues, en esto lo que dicen los médicos de la tisis; que, al principio, tan fácil es curarla como difícil conocerla; pero con el tiempo, inadvertida y no curada al empezar, todos la conocen y ninguno la remedia.

Lo mismo ocurre en los negocios de Estado; cuando se preven los peligros (y este es el privilegio de los prudentes), pronto se conjuran; pero si, desconociéndolos, se les deja crecer de modo que nadie los advierta, son irremediables. Previsores los romanos, los conjuraron siempre antes de que aumentaran, aun á costa de una guerra, pues sabían que las guerras no se evitan por diferirlas, y si se difieren, es en provecho del enemigo. Con Filipo y Antíoco pelearon en Grecia para no tener que luchar más tarde contra ambos en Italia. Fácil les era entonces eludir la guerra, pero no quisieron, ni hicieron nunca caso de la tan repetida máxima de sabios de nuestros días de que *conviene ganar tiempo*, sino de los

consejos del valor y de la prudencia; porque el tiempo todo lo oculta y con él llegan lo mismo las prosperidades que los infortunios.

Pero volvamos á Francia, para ver si de las cosas dichas hizo alguna. No hablaré de Carlos VIII, sino de Luis XII, por ser más larga la dominación de éste en Italia y de mayor espacio para estudiar sus procedimientos. Veréis cómo hizo lo contrario de lo que debía para conservar un Estado distinto del suyo.

Trajo al rey Luis á Italia la ambición de los venecianos, quienes deseaban, valiéndose del monarca francés, adquirir la mitad de la Lombardia. No censuro la entrada del Rey ni el partido que tomó, Deseoso de sentar pie en tierra italiana y careciendo en ella de amigos, porque el mal comportamiento del rey Carlos le había cerrado todas las puertas, vióse en la precisión de aceptar la amistad ofrecida, y de no cometer errores en los demás asuntos, fuera su empresa coronada del mejor éxito.

Conquistada la Lombardía, pronto ganó el Rey la reputación que Carlos había perdido. Génova cedió; hiciéronse amigos los florentinos, y con ellos el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivogli, la condesa de Forli y los señores de Faenza, Pésaro, Rímini, Camerino, Piombino, Luca, Pisa y Siena. Entonces pudieron advertir los venecianos cuán temeraria fué su determinación de adquirir dos plazas en Lombardía á cambio de hacer señor de las dos terceras partes de Italia al rey de Francia. Cualquiera comprende la facilidad con que el rey pudo conservar su dominación observando las reglas antedichas y tener seguros y defendidos tantos amigos que, por ser muchos y débiles, y temerosos unos del Pontificado y otros de los venecianos necesitaban su apoyo y le ayudaban á contrarrestar la influencia de los Estados más poderosos.

Pero al llegar á Milán hizo lo contrario, pues ayudó al

Papa Alejandro para que ocupase la Romaña, sin tener en cuenta que así enflaquecía su fuerza privándose de amigos y de los que se habían arrojado en sus brazos, y aumentaba la influencia de la Iglesia, añadiendo al poder espiritual, que le daba ya tanta fuerza, el temporal de un Estado tan considerable. Cometido este primer error, vióse obligado á seguir por el mal camino, hasta que, para poner dique á la ambición de Alejandro é impedirle llegar á ser señor de Toscana, tuvo que volver á Italia.

Y no le bastó engrandecer á la Iglesia privándose de amigos, sino que, ambicionando el reino de Nápoles, lo dividió con el rey de España, de suerte que, siendo árbitro absoluto de Italia, llevó á ella un rival para que los ambiciosos y los descontentos de él tuvieran donde acogerse. En vez de mantener en Nápoles un rey tributario suyo, le echó de allí y llamó á quien pudiera echarle á él.

No hay ciertamente ambición más natural que la de adquirir, y cuando la satisfacen los hombres que tienen poder para ello, son más dignos de elogio que de censura; pero si intentan realizarla sin fuerza propia y de cualquier modo, sigue á su error el vituperio. Si el rey de Francia podía con sus propias fuerzas ocupar el reino de Nápoles, debió hacerlo; y si no podía, no debió dividirlo. La división de la Lombardía con los venecianos merecía excusa, porque motivó su entrada en Italia; pero no la de Nápoles, que ninguna necesidad justificaba.

Cometió, pues, el rey Luis cinco errores: aniquilar la influencia de los Estados pequeños, acrecer la de los grandes, llevar á Italia un extranjero potentísimo, no establecer allí su corte y no fundar colonias, errores que acaso no perjudicaran durante su vida la dominación francesa si no hubiese cometido el sexto, que fué

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

despojar de sus posesiones á los venecianos. No engrandeciendo el poder de la Iglesia, ni trayendo los españoles á Italia, atinado y necesario era humillar el poder de Venecia; pero, hecho aquello, no debió consentir la ruina de ésta. Manteniéndose Francia y Venecia poderosas, siempre hubieran impedido á los demás la conquista de Lombardía, porque ni los venecianos consintieran allí otra dominación que la suya, ni nadie intentara quitársela á Francia para darla á Venecia, ni ninguno se atreviera á luchar contra ambos Estados.

Si alguien objetara que el rey Luis cedió á Alejandro VI la Romaña y á España el reino de Nápoles por evitar una guerra, contestaré reproduciendo lo que antes dije, de que no se debe permitir la continuación de un desorden por evitar una guerra, porque no se evita, sino se dilata con perjuicio propio. Y el que alegara la promesa del Rey al Papa de ayudarle en la conquista de la Romaña á cambio de quitar todo impedimento á su matrimonio (1) y de dar el capelo al cardenal de Rohan, encontrará mi contestación en lo que diré más adelante acerca de la fe de los príncipes y de cómo deben guardarla.

Perdió, pues, el rey Luis la Lombardía por no cumplir ninguna de las reglas observadas por cuantos adquirieron provincias con deseo de conservarlas en su poder, suceso no milagroso, sino muy racional y ordinario. De este asunto hablé en Nantes con Rohan, cuando el duque Valentino (así llamaban vulgarmente á César Borja), hijo de Papa Alejandro), ocupaba la Romaña. Decíame el cardenal de Rohan que los italianos no entendíamos de asuntos de guerra, y le respondí que los franceses, en cambio, no entendían de negocios de Estado, pues, de lo contrario, no permitirían á la soberanía pontificia llegar á tanta grandeza. La experiencia ha demostrado que Francia fué causante de que creciera el poder en Italia de la Santa Sede y de España, y de este crecimiento procedió su ruina. De aquí se deduce una regla general que nunca ó rara vez falla, cual es que quien ayuda á otro á engrandecerse trabaja en daño propio. porque el auxilio se lo presta, ó con su fuerza ó con su habilidad, y ambos medios infunden sospechas á quien llega á ser poderoso.

(1) Con Ana de Bretaña, para unir este Estado á su corona.

CAPÍTULO IV

—

Por qué el reino de Darío, conquistado por Alejandro, no se rebeló, muerto éste, contra sus sucesores.

Teniendo en cuenta las causas que dificultan conservar una nación recién conquistada, maravillará á alguno que el imperio de Asia, sometido en pocos años al poder de Alejandro Magno, muerto éste al poco tiempo de dominarlo, no se insurreccionara, como parecía natural sucediese al desaparecer el conquistador, sino que continuara en poder de sus sucesores sin otros inconvenientes para ellos que los nacidos de sus peculiares ambiciones. A esto contestaré que todos los principados de que se tiene memoria se han gobernado de uno de los dos modos siguientes: ó por un príncipe, siendo los demás habitantes siervos y escogiendo entre ellos libremente el soberano, los ministros que le ayudan á gobernar el reino, ó por un príncipe y una clase aristocrática que, no por concesión real, sino por su antigua estirpe, ocupan elevada posición social. Estos grandes tienen Estados y vasallos propios que les reconocen por señores y les son particularmente adictos.

En los Estados donde sólo gobierna un príncipe y los demás son siervos, tiene el primero mayor autoridad, porque todos los habitantes le reconocen como único señor; y si obedecen á otros es por ser ministros ó gobernadores, sin tenerles particular afecto. Ejemplos de esta diversidad de gobiernos los encontramos en nuestros días en Turquía y en Francia. Toda la monarquía turca la gobierna un solo señor; los demás son siervos, y dividiendo su reino en provincias, envia á ellas gobernadores y administradores que muda y varía á su capricho. El rey de Francia está rodeado de multitud de nobles que tienen súbditos sumisos y obedientes, nobles con prerrogativas y preeminencias de que no puede privarles el rey sin peligro propio.

Quien examine bien ambas formas de gobierno encontrará mayores dificultades para conquistar el reino de Turquía; pero, vencido, mayor facilidad para conservarlo. Las dificultades nacen de que no puede esperar el conquistador ni llamamiento de sublevados ni rebeliones de los magnates del reino que auxilien su empresa, por la organización especial de tales Estados. En efecto; siendo todos los habitantes esclavos sumisos á un señor, no es fácil corromperlos; y, aun consiguiéndolo, nada útil resultaría, porque no pueden arrastrar en pos de sí al pueblo, á causa de las razones expuestas anteriormente. El que ataque, pues, á los turcos, debe esperar encontrarles unidos y le conviene fiar el triunfo en su propia fuerza, no en las divisiones de los adversarios; pero una vez vencidos y derrotados de modo que no puedan rehacer sus ejércitos, ya no tiene que preocuparse más que de la dinastía del príncipe. Extinguida ésta, nadie queda temible, no teniendo los demás personajes reputación en los pueblos, de los cuales nada podía esperar el vencedor antes de la victoria, ni temer después de ella.

Lo contrario ocurre en Estados gobernados como el de Francia. Con facilidad pueden ser invadidos ganando á algunos magnates del reino, que siempre hay entre ellos descontentos y deseosos de innovaciones. Estos, por las razones ya dichas, pueden abrir camino á la invasión y facilitar la conquista, que sólo se conservará venciendo infinitas dificultades originadas por los auxiliares y por los vencidos. No bastará extinguir la dinastía del príncipe, porque los magnates promoverán nuevas conspiraciones, y no pudiendo contentar á todos ni acabar con ellos, por cualquier imprevista causa se pierde la conquista.

El gobierno de Darío, si bien se estudia, resulta semejante al de Turquía. Necesitó, pues, Alejandro empezar invadiéndolo y destrozando sus fuerzas por todas partes para que no le quedaran medios de defensa; pero, conseguida esta victoria y muerto Darío, quedó el reino, por las razones dichas, en segura posesión del conquistador. Si sus sucesores hubiesen estado unidos, la gozaran tranquilamente, pues no hubo en aquel reino otras perturbaciones que las suscitadas por ellos.

Pero los Estados organizados como Francia no se poseen con tanta quietud. Las continuas rebeliones en España, en las Galias y en Grecia contra los romanos, nacían de la multitud de reyezuelos ó jefes que había en estas comarcas. Mientras subsistieron fué insegura la dominación romana en dichos pueblos; pero una vez extinguidos y olvidada su existencia, las fuerzas de los romanos y la continuidad de su dominación les hicieron tranquilos poseedores de estas provincias, hasta el punto de combatir entre sí dentro de ellas y contar cada partido con mayor ó menor auxilio, según la autoridad que hubiera ejercido en ellas, pues habiendo desaparecido los antiguos señores territoriales, no obedecían más que á los romanos.

Fijando la atención en las diferencias dichas se comprenderá la facilidad con que Alejandro mantuvo en su poder el imperio de Asia y las dificultades con que han tropezado Pirro y otros para conservar sus conquistas, cosa que no debe atribuirse á la mayor ó menor virtud y capacidad del conquistador, sino al régimen de gobierno de los países conquistados.

CAPÍTULO V

Cómo han de ser gobernadas las ciudades ó los reinos que, antes de su conquista, se regían por leyes propias.

Cuando los Estados que se adquieren están acostumbrados á vivir libres y regirse por sus propias leyes, hay tres modos de conservarlos: primero, destruirlos; segundo, trasladar á ellos la residencia; tercero, dejarlos gobernarse con sus propias leyes, mediante un tributo, y organizando un gobierno de pocas personas que lo mantengan adicto, porque creado este gobierno por el príncipe, sabe que no puede existir sin su amistad y su poder, y hará todo lo posible por conservar la adhesión. Este es el medio mejor para mantener la dominación en una ciudad habituada á régimen liberal.

Los espartanos y los romanos ofrecen ejemplos de los tres citados modos de conservar las conquistas. Los primeros gobernaron en Atenas y en Tebas, creando en cada una de ellas un gobierno de pocos ciudadanos. A pesar de esto las perdieron; los segundos, para asegurar la posesión de Capua, Cartagena y Numancia, las destruyeron y no las perdieron. Quisieron gobernar la Grecia casi lo mismo que los espartanos, dejándola en libertad de regirse por sus leyes, y fracasó su intento,

viéndose obligados á destruir muchas ciudades de esta provincia para mantenerla en su poder, porque, en verdad, este es el medio más seguro de posesión. Quien se apodere de una ciudad acostumbrada á gozar de su libertad y no la destruya, debe esperar ser destruído por ella, pues siempre tendrá como bandera de rebelión la libertad y su antiguo régimen, que ni el transcurso del tiempo ni los beneficios hacen olvidar. Hágase lo que se haga y cualquiera que sea la precaución que se tome, si no se distribuyen ó dispersan los habitantes, ni el nombre de libertad, ni el régimen liberal se borran de la memoria, y á ellos acuden en cualquiera ocasión. Así lo hizo Pisa después de estar sometida tantos años á Florencia.

Pero cuando la ciudad ó la provincia están habituadas á vivir bajo la dominación de un príncipe y su dinastía se extingue, acostumbradas á la obediencia y privadas del antiguo soberano, ni saben ponerse de acuerdo para elegir uno nuevo, ni vivir en libertad; de suerte que hasta su misma lentitud en acudir á las armas facilita á cualquier príncipe conquistarlas y conservarlas en su poder.

En las repúblicas hay, al contrario, más vitalidad, más odio, mayor deseo de venganza; el recuerdo de la antigua libertad atormenta constantemente su memoria, de modo que el medio más seguro es destruirlas ó trasladar á ellas la residencia.

CAPÍTULO VI

De los Estados que el conquistador adquiere con su esfuerzo y sus propias armas.

A nadie debe llamar la atención que en lo que voy á decir de los principados completamente nuevos, del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fijando la atención en las diferencias dichas se comprenderá la facilidad con que Alejandro mantuvo en su poder el imperio de Asia y las dificultades con que han tropezado Pirro y otros para conservar sus conquistas, cosa que no debe atribuirse á la mayor ó menor virtud y capacidad del conquistador, sino al régimen de gobierno de los países conquistados.

CAPÍTULO V

Cómo han de ser gobernadas las ciudades ó los reinos que, antes de su conquista, se regían por leyes propias.

Cuando los Estados que se adquieren están acostumbrados á vivir libres y regirse por sus propias leyes, hay tres modos de conservarlos: primero, destruirlos; segundo, trasladar á ellos la residencia; tercero, dejarlos gobernarse con sus propias leyes, mediante un tributo, y organizando un gobierno de pocas personas que lo mantengan adicto, porque creado este gobierno por el príncipe, sabe que no puede existir sin su amistad y su poder, y hará todo lo posible por conservar la adhesión. Este es el medio mejor para mantener la dominación en una ciudad habituada á régimen liberal.

Los espartanos y los romanos ofrecen ejemplos de los tres citados modos de conservar las conquistas. Los primeros gobernaron en Atenas y en Tebas, creando en cada una de ellas un gobierno de pocos ciudadanos. A pesar de esto las perdieron; los segundos, para asegurar la posesión de Capua, Cartagena y Numancia, las destruyeron y no las perdieron. Quisieron gobernar la Grecia casi lo mismo que los espartanos, dejándola en libertad de regirse por sus leyes, y fracasó su intento,

viéndose obligados á destruir muchas ciudades de esta provincia para mantenerla en su poder, porque, en verdad, este es el medio más seguro de posesión. Quien se apodere de una ciudad acostumbrada á gozar de su libertad y no la destruya, debe esperar ser destruído por ella, pues siempre tendrá como bandera de rebelión la libertad y su antiguo régimen, que ni el transcurso del tiempo ni los beneficios hacen olvidar. Hágase lo que se haga y cualquiera que sea la precaución que se tome, si no se distribuyen ó dispersan los habitantes, ni el nombre de libertad, ni el régimen liberal se borran de la memoria, y á ellos acuden en cualquiera ocasión. Así lo hizo Pisa después de estar sometida tantos años á Florencia.

Pero cuando la ciudad ó la provincia están habituadas á vivir bajo la dominación de un príncipe y su dinastía se extingue, acostumbradas á la obediencia y privadas del antiguo soberano, ni saben ponerse de acuerdo para elegir uno nuevo, ni vivir en libertad; de suerte que hasta su misma lentitud en acudir á las armas facilita á cualquier príncipe conquistarlas y conservarlas en su poder.

En las repúblicas hay, al contrario, más vitalidad, más odio, mayor deseo de venganza; el recuerdo de la antigua libertad atormenta constantemente su memoria, de modo que el medio más seguro es destruirlas ó trasladar á ellas la residencia.

CAPÍTULO VI

De los Estados que el conquistador adquiere con su esfuerzo y sus propias armas.

A nadie debe llamar la atención que en lo que voy á decir de los principados completamente nuevos, del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

príncipe y del Estado ponga ejemplos de eminentes personajes, porque caminan casi siempre los hombres por vías que otros abrieron é imitan á éstos en sus acciones; pero como no se anda todo el camino ni se llega á la altura del que se toma por modelo, las personas sensatas harán bien en seguir hasta el fin el sendero de los grandes hombres, tan dignos de ser imitados, para asemejárseles en algo, si no consiguen igualarles, haciendo lo que los arqueros prudentes, que, si creen muy lejano el punto de mira y conocen bien la fuerza de su arco, apuntan á mayor altura, no para dar en punto más elevado del blanco, sino para tocarle.

Digo, pues, que en los principados completamente nuevos tropieza el príncipe con más ó menos dificultades para conservar su poder, según el mérito mayor ó menor del conquistador; y como el llegar de particular á príncipe supone ya talento ó fortuna, parece natural que una ú otra de estas condiciones anulen muchas dificultades. Sin embargo, los que han contado menos con la fortuna conservaron más tiempo su poder. Aumenta la facilidad de conseguirlo que el príncipe esté obligado, por no tener otros Estados, á habitar en el recién adquirido.

Pero viniendo á los que por sus personales dotes, y no por la fortuna, han llegado á ser príncipes, digo que los más notables son Moisés, Cyro, Rómulo, Theseo y otros semejantes; y aunque de Moisés no debiera hablarse por haber sido mero ejecutor de lo dispuesto por Dios, merece admiración porque le eligió Dios para comunicarle sus órdenes.

Si examinamos atentamente la conducta de Cyro y de los otros fundadores de reinos, advertiremos que es digna de todo elogio, y que sus determinaciones públicas y actos privados se asemejan á los de Moisés, que tuvo tan grande maestro. Bien estudiadas su vida y

acciones, se verá que á la fortuna sólo debieron la ocasión favorable para establecer la forma de gobierno á su juicio más conveniente. Sin la ocasión, su talento y virtud fueran inútiles, y sin sus cualidades personales la ocasión llegara en vano.

Fué, pues, necesario á Moisés encontrar al pueblo de Israel esclavo y oprimido en Egipto, para que, deseoso de sacudir la servidumbre, decidiera seguirle. Convino á Rómulo que nadie le criara en Alba y que le abandonaran al nacer para llegar á ser rey de Roma y fundador de aquella nueva patria. Se necesitaba que Cyro encontrara á los persas descontentos de la dominación de los medos, y á los medos débiles y afeminados por una larga paz. No hubiese podido Theseo mostrar su valor si no encontrara á los atenienses dispersos. Tales ocasiones proporcionaron á estos grandes hombres el buen éxito de sus empresas, y su genio las aprovechó para la felicidad y prosperidad de su patria.

Los que por tales caminos llegan á ser príncipes, conquistan el principado con dificultad, pero con facilidad lo conservan. Lo primero nace en parte de los cambios y nuevas leyes que se ven precisados á establecer para fundar y afianzar su dominación. Debe tenerse en cuenta que no hay cosa más difícil de realizar, ni de más dudoso éxito, ni de mayor peligro para manejarla, que el establecimiento de grandes innovaciones, porque el legislador tiene por enemigos á cuantos vivían bien con el régimen anterior, y sólo encuentra tímidos defensores entre los favorecidos con el nuevo, timidez producida en parte por miedo á los adversarios, á quienes son útiles las antiguas leyes, y en parte por la natural incredulidad de los hombres, que no se convencen de que una cosa nueva es buena hasta que no se lo demuestra la experiencia. De aquí procede que los adversarios de las innovaciones forman partido para

combatirlas en ocasión propicia, y los que las defienden lo hacen flojamente; de suerte que unos y otros ponen en peligro el nuevo régimen.

Preciso es, para tratar la cuestión á fondo, examinar si los innovadores lo son por propia iniciativa ó tienen quien les apoye; es decir, si para ejecutar su empresa necesitan apelar á la persuasión ó pueden emplear la fuerza, porque en el primer caso fracasarán siempre sin conseguir cosa alguna; pero si son independientes y pueden apelar á la fuerza, rara vez peligrarán. De esto nace que todos los profetas armados hayan triunfado, y fracasado todos los inermes.

Además de las razones expuestas, el carácter de los pueblos es tan voluble, que fácilmente se les persuade de una cosa; pero difícilmente persisten en ella, conviniendo organizar el régimen de modo que, cuando no la crean, se les pueda hacer creer por fuerza. Moisés, Cyro, Theseo y Rómulo no hubieran logrado, estando desarmados, que sus instituciones duraran largo tiempo, como en nuestros días ha sucedido á fray Jerónimo Savonarola, cuyas reformas fracasaron tan pronto como la muchedumbre empezó á no creerle, por no tener medios coercitivos para obligarla á persistir en sus opiniones, ni para convencer á los incrédulos. Quienes los tienen tropiezan ciertamente á cada paso con grandes dificultades y peligros; pero cuando los vencen y empiezan á ser respetados, después de deshacerse de cuantos les envidiaban, permanecen poderosos, seguros, honrados y felices.

A los ejemplos de los grandes hombres citados, añadiré el de uno no tan preclaro, pero que tiene con los precedentes alguna semejanza y hace innecesarios otros muchos que pudiera citar. Me refiero al siracusano Hierón, que de particular llegó á ser príncipe de Siracusa y no debió á la fortuna más que la ocasión. Oprimidos los siracusanos, le eligieron capitán, y por sus méritos le hicieron príncipe; y tan virtuoso fué, aun en la vida privada, que cuantos han escrito de él aseguran no le faltó para reinar más que el reino. Deshizo la milicia antigua, organizó la nueva, renunció á las antiguas alianzas, pactó otras, y como tuvo buenos amigos y fieles soldados, fácil le fué edificar sobre tales cimientos; de modo que lo adquirido con gran trabajo, sin esfuerzo alguno pudo conservarlo.

CAPÍTULO VII

—

De los principados nuevos que se adquieren con fuerzas ajenas ó por caso de buena fortuna.

A los particulares que únicamente á la fortuna deben el llegar á ser príncipes, cuéstales poco trabajo ascender, pero mucho el mantenerse: suben sin ningún obstáculo y llegan pronto; pero, al llegar, empiezan los inconvenientes. Se encuentran en tal caso aquellos á quienes se da un Estado, ó por dinero, ó por favor de quien lo concede. Así sucedió á muchos que Darío, para su seguridad y fama, hizo príncipes en Grecia, en las ciudades de la Jonia y del Helesponto; tales fueron los particulares puestos por la corrupción de los soldados en el trono imperial de Roma. Éstos no se mantienen más que por la voluntad y la fortuna de quienes los elevan; dos fundamentos inestables y transitorios, y ni saben, ni pueden conservar su rango: no saben, porque, á menos de ser hombres de genio y valor, no es probable que, habiendo vivido siempre como particulares, sepan mandar; no pueden, porque carecen de fuerzas que les sean amigas y fieles. Ade-

más, los Estados que se organizan de pronto, como todas las cosas de la naturaleza que nacen y crecen rápidamente, no arraigan y se consolidan de modo que resistan al primer viento contrario; salvo, como he dicho, cuando los que de pronto llegan á ser príncipes tienen tan superiores dotes, que también de pronto se adiestran para conservar lo que la fortuna ha puesto en sus manos y siempre que, después de ser príncipes, busquen y encuentren los fundamentos que otros procuran adquirir antes de llegar á serlo.

De estas dos maneras de ascender á príncipes, ó por genio, ó por fortuna, citaré dos ejemplos de nuestros días, los de Francisco Sforza y César Borja. El primero, por medios legítimos y con grande habilidad, llegó de particular á ser duque de Milán, y el ducado que con mil trabajos había conseguido, con muy pocos esfuerzos lo conservó. César Borja, llamado vulgarmente el duque Valentino, conquistó la Romaña por la posición de su padre, y cuando murió éste la perdió, á pesar de haber empleado todos los medios y hecho cuantas cosas puede hacer un hombre prudente para afianzar su dominación en el Estado que las armas y la fortuna ajena le habían concedido. Porque, como antes se ha dicho, quien no afirma previamente los fundamentos de su autoridad, podrá afirmarlos después si tiene gran genio; pero será con trabajo para el arquitecto y peligro para el edificio. Si se examina la conducta del Duque, veráse cuán firmes cimientos puso á su futuro poder, y no es superfluo examinarla, porque yo no sabré dar mejores preceptos á un príncipe nuevo que la imitación de sus actos. Si fracasó en la empresa, no fué por culpa suya, sino por extraordinaria y extrema malignidad de la fortuna.

Luchaba Alejandro VI con grandes obstáculos presentes y futuros para hacer á su hijo soberano en Italia. En primer lugar, no podía darle señorío de ningún Estado que no perteneciera á la Iglesia, y si le daba alguno de éstos sabía que, ni el duque de Milán, ni los venecianos, se lo consentirían, porque Faenza y Rímini estaban ya bajo la protección de Venecia. Veía además los ejércitos de Italia, y especialmente aquellos de que podía servirse en manos de los que temían su engrandecimiento, y no cabía fiar en ellos, por estar en poder de los Orsini, los Colonnas y sus secuaces. Era, pues, necesario para dominar con seguridad algunos Estados italianos, acabar con aquel orden de cosas y alterar el modo de ser de dichos Estados, lo cual no le fué difícil, porque los venecianos, movidos por otras razones, habían traído de nuevo á los franceses á Italia, cosa que, lejos de impedir, facilitó, anulando el primer matrimonio del rey Luis. Pasó, pues, este Rey á Italia con ayuda de los venecianos y consentimiento de Alejandro, y apenas estuvo en Milán dió tropas al Papa para la empresa de la Romaña, que pudo ocupar por la reputación de las armas del rey de Francia. Conquistó, pues, César Borja la Romaña, y batió á los Colonnas; pero tropezaba con dos inconvenientes para conservar y ensanchar sus conquistas: uno la poca confianza que tenía en sus tropas; otro la voluntad de Francia; es decir, temía que los Orsini, de quienes se había servido, le faltaran al mejor tiempo, no sólo impidiéndole continuar las conquistas, sino quitándole lo conquistado, y que el rey de Francia hiciera lo mismo. De los Orsini ya tuvo alguna sospecha cuando, después de la toma de Faenza, atacó á Bolonia, por lo débilmente que contribuyeron á este ataque; y del ánimo del Rey no tuvo duda cuando, después de apoderarse del ducado de Urbino, invadió la Toscana, de cuya empresa le hizo desistir Luis XII; por todo lo cual determinó no depender de la fortuna y de las armas ajenas.

Empezó debilitando los partidos Orsini y Colonna en Roma y atrayendo á su causa á los nobles que en ellos figuraban, dándoles dinero, honores ó gobiernos, según la condición de cada uno; de suerte que á los pocos meses habían olvidado sus antiguas afecciones y eran completamente adictos al Duque. Después esperó la ocasión de acabar con los Orsini, porque ya había dispersado á los Colonnas, ocasión que llegó oportunamente y aprovechó por completo; porque comprendiendo ya tarde los Orsini que el poder del Duque y de la Iglesia eran su ruina, celebraron una junta en Magione del Perusino, de la cual resultaron la rebelión de Urbino, los tumultos de la Romaña y multitud de peligros para el Duque, que pudo vencer con auxilio de los franceses. Libre de estas dificultades, no quiso fiarse de las tropas francesas ni de ninguna otra fuerza extraña, y, para no arriesgar nada, acudió á la astucia, disimulando tan bien sus intentos, que los Orsini se reconciliaron con él, por mediación del Sr. Pablo, á quien, para ganarlo, hizo toda clase de obsequios, regalándole vestidos, dinero y caballos, siendo los otros tan torpes que acudieron á ponerse en sus manos en Sinigaglia. Exterminados estos jefes y convertidos sus partidarios en amigos del Duque, afianzó éste su poder, teniendo toda la Romaña con el ducado de Urbino y procurándose la buena voluntad de aquellos pueblos, por gozar entonces de un buen gobierno. Y como esta última parte es digna de ser conocida é imitada, no la pasaré en silencio.

Cuando César Borja se apoderó de la Romaña la gobernaban muchos pequeños príncipes, más afanosos de robar á sus súbditos que de gobernarlos, de desunirlos que de hacerles vivir en paz. Abundaban, pues, en aquella provincia los latrocinios y la infestaban las facciones, que se entregaban á toda clase de excesos. Juzgó

el Duque necesario, para restablecer el orden y someterla á la autoridad del príncipe, establecer un gobierno fuerte, y nombró gobernador á Ramiro d'Orco, hombre cruel y expedito á quien dió plenas facultades. Este gobernador pacificó la Romaña en poco tiempo, concilió los partidos y con ello adquirió gran fama. Después creyó el Duque innecesaria una autoridad tan ilimitada, por sospechar que llegaría á ser odiosa, y creó un tribunal civil en el centro de la provincia, presidido por persona reputadísima, y al cual debía enviar cada ciudad su procurador ó abogado. Comprendiendo, además, que la anterior severidad le podía haber hecho en cierto modo odioso, para vindicarse completamente á los ojos de aquellos pueblos y ganarse su voluntad en absoluto, quiso probar que las crueldades cometidas no debían atribuirse á él, sino al carácter duro de su ministro. Para ello aprovechó la primera ocasión favorable á su propósito y mandó una mañana partir de arriba abajo á Ramiro y exponer su cuerpo colgado de un poste y junto á él un cuchillo ensangrentado en la plaza de Cesena. El horror de este espectáculo satisfizo y amedrentó por algun tiempo á aquellos pueblos.

Pero volvamos á nuestro asunto. Digo, pues, que estando ya el Duque bastante poderoso y en cierto modo seguro de inmediatos peligros por contar con tropas suyas y haber acabado con no poca parte de las que en la vecindad podían ofenderle, restábale, para continuar sus conquistas, prepararse á no temer al rey de Francia, porque sabía que éste, habiendo comprendido, aunque tarde, su error, no le consentiría ensanchar sus dominios.

Para ello comenzó á buscar nuevas alianzas y á mostrarse indeciso respecto á los franceses, cuando éstos bajaron al reino de Nápoles contra los españoles que sitiaban á Gaeta. Su intento era hacerse fuerte contra

aquéllos, y lo hubiera logrado á no ocurrir la muerte del papa Alejandro.

Tal fué la conducta de César Borja en cuanto á los asuntos presentes. Respecto á los futuros, temiendo que el nuevo sucesor en la Sede Apostólica no fuese amigo suyo y tratara de quitarle lo que Alejandro le había dado, pensó precaver este peligro de cuatro maneras: la primera extinguiendo las generaciones de los señores á quienes había despojado de sus Estados, para quitar al nuevo Papa pretexto de despojarle á él; la segunda atrayendo a su partido á todos los nobles de Roma para dominar por medio de ellos al Pontífice; la tercera procurándose en el Colegio de los cardenales el mayor número posible de amigos; la cuarta aumentando tanto sus Estados, antes de que muriera el papa Alejandro, que estuviese en situación de poder resistir el primer ataque.

De estas cuatro cosas, al morir el Papa había conseguido tres y estaba á punto de alcanzar la cuarta; porque de los señores despojados por él hizo matar á cuantos pudo coger, y pocos escaparon; tenía á los nobles romanos á su devoción y contaba con grandísima parte del Colegio de los cardenales. Respecto á nuevas conquistas proyectaba hacerse señor de Toscana y poseía ya á Perusa y Piombino, habiendo tomado bajo su protección á Pisa.

No teniendo ya que guardar consideraciones á Francia (porque los españoles habían arrojado á los franceses del reino de Nápoles y cada uno de ambos pueblos debía necesariamente solicitar su amistad), podía ocupar á Pisa, y, hecho esto, se le rendirían inmediatamente Luca y Siena, parte pór miedo y parte por envidia á Florencia. Los florentinos en tal caso no podían defenderse. Teniendo buen éxito todos estos proyectos (y empezaban á tenerlo el mismo año que Alejandro murió), adquiría tanta fuerza y tanta fama, que hubiera podido defenderse sin depender de fortuna ó poder ajenos, sino con sus propios recursos.

Pero Alejandro murió á los cinco años de haber desenvainado César Borja la espada, dejándole bien consolidado únicamente el dominio de la Romaña, y todas las demás conquistas en el aire, entre dos poderosísimos ejércitos enemigos y atacado de una enfermedad mortal. Sin embargo, era el Duque tan valeroso y hábil, conocía tan bien á los hombres que debía ganar ó destruir, y supo en tan poco tiempo asentar su poder sobre sólidos cimientos, que, de estar sano y á no haber tenido frente á él dos ejércitos enemigos, hubiese dominado todas las dificultades.

Bien se probó que las bases de su poder eran estables al ver que la Romaña le esperó más de un mes; que en Roma, aunque medio muerto, permaneció seguro y que los Baglioni, Vitelli y Orsini, al acudir á esta capital, no encontraron quienes les siguieran contra él. Si no pudo hacer que eligieran Papa á quien él deseaba, consiguió que no fuera elegido quien él no quería, y si la muerte de Alejandro hubiera ocurrido estando él sano, todo le fuera fácil. Él mismo me dijo el día de la elección de Julio II que tenía calculado cuanto pudiera ocurrir á la muerte de su padre, y á todo había dispuesto remedio, pero no pudo imaginar que, al fallecer su padre, estuviera él moribundo.

Examinadas todas las acciones del Duque, no me atreveré á censurarle ninguna, y sí á proponerle, cual lo hago, como modelo á cuantos lleguen al poder por la fortuna y las armas ajenas. Tuvo grande aliento y elevadas intenciones, y no se podía portar de otra manera, oponiéndose tan sólo á la realización de sus proyectos la brevedad de la vida de Alejandro y el ocurrir la muerte del Papa, cuando él mismo estaba gravemente

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

enfermo. Quien juzgue necesario en su principado nuevo asegurarse de los enemigos, ganarse amigos, vencer ó por fuerza ó por astucia, hacerse amar ó temer de los pueblos, que los soldados le respeten y sigan, acabar con los que puedan ó deban ofender, reformar con nuevas leyes el régimen antiguo, ser severo y bondadoso á la vez, magnánimo y liberal, destruir las tropas desleales y crear nuevo ejército, conservar la amistad de príncipes y reyes, de tal modo que deseen hacerle bien y teman causarle daño, no encontrará ejemplo más reciente que el de los actos de César Borja.

Sólo es censurable en lo relativo al nombramiento de Julio II para el pontificado, porque tuvo mala elección. Según he dicho, no pudiendo nombrar un Papa á su gusto, pudo, sin embargo, impedir que fuera elegido quien le perjudicase, y jamás debió consentir que fuera elegido Papa ninguno de los cardenales que él había maltratado, y que, al llegar al pontificado, todavía pudiera temerle, porque los hombres ofenden ó por miedo ó por odio. Los que él había ofendido eran, entre otros, los cardenales de San Pedro Advíncula, Colonna, San Jorge y Ascanio.

Todos los demás que ascendieran al pontificado habían de temerle, excepto Rohan y los españoles, éstos por parentesco y agradecimiento de servicios, aquél por su poder, puesto que contaba con el apoyo de Francia: por tanto el Duque, antes que á ningún otro, debió hacer elegir un español, y, si no le era posible, preferir el cardenal de Rohan al de San Pedro Advíncula. Porque quien crea que entre elevados personajes los nuevos beneficios hacen olvidar las antiguas injurias, se engaña. El error de César Borja en esta elección fué causa de su definitiva pérdida.

CAPÍTULO VIII

—

De los que han llegado á ser príncipes cometiendo maldades.

Como los particulares pueden llegar á ser príncipes por dos caminos, independientes del de la fortuna y del mérito, creo deber hablar aquí de ellos, aunque el examen de uno debería hacerse con más amplitud al tratar de las repúblicas. Estas dos vías consisten en llegar al poder por medio de alguna maldad ó conseguir la soberanía un particular por el apoyo de sus conciudadanos.

Al hablar del primero citaré dos ejemplos, uno antiguo y otro moderno, sin juzgarlos, porque creo que baste referirlos para que los juzguen quienes quieran imitarlos. El siciliano Agatocles, no sólo era hombre del pueblo, sino de la clase más ínfima y abyecta, y llegó á ser rey de Siracusa. Hijo de un alfarero, fué toda su vida un malvado, pero con tanta fortaleza de ánimo y de cuerpo, que, perteneciendo á la milicia, por los ascensos en ella llegó á pretor de Siracusa.

Ocupando este cargo y resuelto á ser príncipe y á tener por violencia y sin necesidad de agradecerlo lo que de común acuerdo le habían concedido, comunicó su proyecto al cartaginés Amílcar, que estaba en Sicilia con el ejército. Convocó una mañana al pueblo y al Senado de Siracusa, como si necesitara tratar con ellos de cosas pertinentes á la república, y á una señal convenida hizo que sus soldados mataran á todos los senadores y á los más ricos de la ciudad. Después de estas muertes se apoderó y ejerció la soberanía sin ninguna contienda civil. Y aunque los cartagineses le derrotaron

dos veces, y, por último, le sitiaron, no sólo pudo defender su ciudad, sino, dejando parte del ejército para esta defensa, llevar el resto á Africa, librando en breve á Siracusa del asedio y poniendo á los de Cartago en gravísimo apuro, quienes al fin tuvieron que hacer la paz con Agatocles, contentándose con la posesión de África y dejándole la de Sicilia.

Quien examine los actos y el esfuerzo de Agatocles verá que nada en él, ó muy poca cosa, debe atribuirse á la fortuna. Llegó á la soberanía, no por favor, sino ascendiendo en los grados de la milicia, según antes dije, con muchos trabajos y peligros, y la conservó afrontando grandes dificultades y acometiendo arriesgadas empresas.

Ciertamente no puede llamarse virtud asesinar á los conciudadanos, traicionar á los amigos, no tener ni buena fe, ni piedad, ni religión, condiciones con las cuales se puede conquistar la soberanía, pero no adquirir gloria. Porque si se tiene en cuenta el valor de Agatocles para afrontar los peligros, la habilidad para librarse de ellos y su grandeza de ánimo para sufrir y vencer las adversidades, no se le puede considerar inferior á ningún gran capitán; pero su desenfrenada crueldad, su inhumanidad, sus infinitas maldades no consienten que se le cuente entre los grandes hombres. Es imposible, pues, atribuir á la fortuna ni á la virtud lo que sin ambas consiguió.

En nuestros tiempos, durante el pontificado de Alejandro VI, Oliveroto de Fermo quedó huérfano en corta edad, y lo crió y educó su tío materno, Juan Fogliani. Al empezar su juventud dedicóse al servicio militar á las órdenes de Pablo Vitelli, con el deseo de aprender el arte de la guerra y llegar á buen grado en la milicia. Muerto Pablo, entró al servicio de su hermano Vitellozzo, y en poco tiempo, por su ingenio y valentía, llegó á

ser uno de los principales capitanes de aquellas tropas. Pero creyendo impropio de sus cualidades estar á las órdenes de otro, proyectó, contando con algunos ciudadanos de Fermo más aficionados á la servidumbre que á la libertad y con el apoyo de Vitellozzo, apoderarse de Fermo, y escribió á Juan Fogliani, diciéndole que estaba ya muchos años fuera de casa y quería ir á visitarle, á ver su ciudad y á reconocer en cierto modo su patrimonio; que habiendo trabajado tanto para adquirir honores, á fin de demostrar á sus conciudadanos que no había perdido el tiempo, quería ir honrosamente, acompañado de cien jinetes amigos y servidores suyos, y le rogaba procurase que los habitantes de Fermo le recibieran con esplendidez, honrando así á los dos, puesto que le había educado.

Hizo Juan Fogliani cuanto deseaba su sobrino, á quien recibieron con gran distinción en Fermo, alojándose en casa de su tío. Pasado un día, que empleó en preparar todo lo necesario para realizar la maldad proyectada, convidó á un festín á Juan Fogliani y á todos los principales de Fermo. Terminada la comida y los demás entretenimientos propios de esta clase de convites, Oliveroto promovió de intento una conversación grave, hablando de la grandeza del Papa Alejandro, de su hijo César y de sus empresas. Respondían á sus razonamientos Juan y los demás convidados, cuando de pronto se levantó diciendo que era asunto para tratado más en secreto, y se dirigió á otra habitación, acompañado de su tío Juan y de los demás convidados; pero apenas habían tomado asiento cuando de un lugar oculto salieron soldados que asesinaron á Juan Fogliani y á todos los demás. Hecha esta matanza montó Oliveroto á caballo, recorrió la población y sitió en su palacio al magistrado supremo. Obedeciéronle todos por miedo, organizó un gobierno y proclamóse prínci-

pe. Muertos todos los que, por estar descontentos, le podían ofender, afianzó su poder con nuevas leyes civiles y militares, y durante el año que tuvo aquel principado no sólo vivió tranquilo en Fermo, sino llegó á ser formidable para todos sus vecinos. Su expulsión fuera difícil, como la de Agatocles, si no se hubiese dejado engañar por César Borja, cuando cogió en Sinigaglia, según hemos referido, á los Orsini y á los Vitelli. Allí, poco después de un año de cometido el parricidio, fué extrangulado en unión de Vitellozzo, su maestro en el arte de la guerra y en las maldades.

Llamará á algunos la atención que Agatocles y otros como él, después de cometer infinitas traiciones y crueldades, hayan podido vivir largo tiempo seguros en su patria y defenderse de los enemigos exteriores sin que sus conciudadanos conspirasen contra ellos, mientras otros muchos príncipes nuevos, á causa de sus crueldades, no han podido conservar su poder en épocas tranquilas, y mucho menos en los azarosos tiempos de guerra. Creo que esto sucede por el buen ó mal uso que de la crueldad se haga. Se dice bien usada (si puede llamarse bueno á lo que es malo en sí mismo) cuando se emplea una sola vez por la necesidad de afianzar el poder y después no se repite, procurando que, en cuanto sea posible, se convierta lo hecho en utilidad del pueblo. Mal usada es la que, no teniendo grande importancia al principio, va después creciendo en vez de desaparecer. Los que emplean la primera pueden esperar que Dios y los hombres les perdonen, como sucedió á Agatocles; los otros es imposible que se mantengan en el poder.

De aquí se deduce que el usurpador de un Estado debe procurar hacer todas las crueldades de una vez para no tener necesidad de repetirlas y poder, sin ellas, asegurarse de los hombres y ganarlos con beneficios.

Quien hace otra cosa por timidez ó mal consejo, necesita estar constantemente con el cuchillo en la mano, y ninguna confianza podrá tener en sus súbditos, á quienes, por las continuas y recientes injurias, tampoco puede inspirar seguridad alguna. Las ofensas deben hacerse todas de una vez, porque cuanto menos se repitan, menos hieren; y los beneficios conviene ejecutarlos poco á poco, para que se saboreen mejor. El príncipe debe, sobre todo, vivir con sus súbditos de tal modo, que ningún suceso malo ó bueno le haga variar de conducta; pues para obrar mal no hay momento oportuno en las adversidades cuando se necesita de ellos, y si la mudanza consiste en obrar bien no aprovecha, porque, juzgándola forzada, no la agradecen.

CAPÍTULO IX

—

De los principados civiles.

El otro medio de que un ciudadano llegue á ser príncipe, sin maldad ni violencia alguna, es el del favor y la asistencia de los conciudadanos, y á este principado se le puede llamar civil. No es necesario, para conseguirlo, ni gran fortuna, ni verdadero genio, sino refinada astucia. Se alcanza, ó por el favor del pueblo, ó por el de los magnates, porque en todas las ciudades hay dos tendencias que tienen su origen, una en no querer el pueblo que le opriman los poderosos, y otra en desear éstos dominar al pueblo. Ambas tendencias producen uno de estos tres resultados: ó el principado, ó la libertad, ó la licencia. El principado lo fundan el pueblo ó la nobleza, según la ocasión de que puede disponer

pe. Muertos todos los que, por estar descontentos, le podían ofender, afianzó su poder con nuevas leyes civiles y militares, y durante el año que tuvo aquel principado no sólo vivió tranquilo en Fermo, sino llegó á ser formidable para todos sus vecinos. Su expulsión fuera difícil, como la de Agatocles, si no se hubiese dejado engañar por César Borja, cuando cogió en Sinigaglia, según hemos referido, á los Orsini y á los Vitelli. Allí, poco después de un año de cometido el parricidio, fué extrangulado en unión de Vitellozzo, su maestro en el arte de la guerra y en las maldades.

Llamará á algunos la atención que Agatocles y otros como él, después de cometer infinitas traiciones y crueldades, hayan podido vivir largo tiempo seguros en su patria y defenderse de los enemigos exteriores sin que sus conciudadanos conspirasen contra ellos, mientras otros muchos príncipes nuevos, á causa de sus crueldades, no han podido conservar su poder en épocas tranquilas, y mucho menos en los azarosos tiempos de guerra. Creo que esto sucede por el buen ó mal uso que de la crueldad se haga. Se dice bien usada (si puede llamarse bueno á lo que es malo en sí mismo) cuando se emplea una sola vez por la necesidad de afianzar el poder y después no se repite, procurando que, en cuanto sea posible, se convierta lo hecho en utilidad del pueblo. Mal usada es la que, no teniendo grande importancia al principio, va después creciendo en vez de desaparecer. Los que emplean la primera pueden esperar que Dios y los hombres les perdonen, como sucedió á Agatocles; los otros es imposible que se mantengan en el poder.

De aquí se deduce que el usurpador de un Estado debe procurar hacer todas las crueldades de una vez para no tener necesidad de repetirlas y poder, sin ellas, asegurarse de los hombres y ganarlos con beneficios.

Quien hace otra cosa por timidez ó mal consejo, necesita estar constantemente con el cuchillo en la mano, y ninguna confianza podrá tener en sus súbditos, á quienes, por las continuas y recientes injurias, tampoco puede inspirar seguridad alguna. Las ofensas deben hacerse todas de una vez, porque cuanto menos se repitan, menos hieren; y los beneficios conviene ejecutarlos poco á poco, para que se saboreen mejor. El príncipe debe, sobre todo, vivir con sus súbditos de tal modo, que ningún suceso malo ó bueno le haga variar de conducta; pues para obrar mal no hay momento oportuno en las adversidades cuando se necesita de ellos, y si la mudanza consiste en obrar bien no aprovecha, porque, juzgándola forzada, no la agradecen.

CAPÍTULO IX

—

De los principados civiles.

El otro medio de que un ciudadano llegue á ser príncipe, sin maldad ni violencia alguna, es el del favor y la asistencia de los conciudadanos, y á este principado se le puede llamar civil. No es necesario, para conseguirlo, ni gran fortuna, ni verdadero genio, sino refinada astucia. Se alcanza, ó por el favor del pueblo, ó por el de los magnates, porque en todas las ciudades hay dos tendencias que tienen su origen, una en no querer el pueblo que le opriman los poderosos, y otra en desear éstos dominar al pueblo. Ambas tendencias producen uno de estos tres resultados: ó el principado, ó la libertad, ó la licencia. El principado lo fundan el pueblo ó la nobleza, según la ocasión de que puede disponer

cada uno de estos dos bandos; porque cuando los magnates no pueden dominar al pueblo, aumentan la fama de cualquiera de ellos y lo eligen príncipe para, á su sombra, satisfacer mejor sus deseos de dominación. El pueblo, por su parte, cuando ve que no puede resistir á la nobleza y algún ciudadano llega á tener gran reputación, lo nombra príncipe, esperando que, con esta autoridad, lo defienda.

El que llega á ser príncipe con el auxilio de los nobles, se mantiene en el poder con más dificultad que el que debe el principado al pueblo, por estar rodeado de magnates que se creen iguales á él y le quitan la libertad de acción y de mando; pero el que asciende al principado por el favor popular, encuéntrase solo en el poder, y ninguno ó muy pocos de los que están á su lado dejan de mostrarse dispuestos á obedecerle. Además, las aspiraciones de los nobles sólo se satisfacen causando daño á alguien, y las del pueblo no exigen ofensa á nadie; siendo los propósitos del pueblo más honrados que los de la nobleza, porque ésta aspira á establecer la tiranía, y aquél á evitarla. Añádase á esto que el príncipe no puede nunca estar seguro contra el pueblo, porque son muchos los que lo forman, y sí contra los nobles, que son pocos.

Lo peor que puede ocurrir á un príncipe no querido de su pueblo, es que éste le abandone; pero de los nobles no debe temer solamente que se aparten de él, sino que le combatan, pues formando una clase más ilustrada y astuta, preparan las cosas para salvarse en todo caso, y procuran obtener ventajas del que esperan que venza.

También debe tener en cuenta el príncipe que necesita vivir siempre con el mismo pueblo, pero no con la misma nobleza, pudiendo casi diariamente hacer ó deshacer nobles y quitarles ó darles elevada posición, según le plazca. Para aclarar más este punto, diré que los nobles deben considerarse principalmente bajo el aspecto de si demuestra ó no su conducta completa adhesión al príncipe. Los adictos, si no son ladrones, deben ser protegidos y honrados. Los no adictos hay que dividirlos en dos clases: ó no lo son por timidez y debilidad de carácter, y en tal caso debes servirte de ellos, máxime siendo buenos consejeros, porque en la prosperidad te honrarán y en la adversidad no hay que temerles, ó no lo son por cálculos y motivos de ambición, lo cual es indicio de que piensan más en ellos que en ti. De éstos debe guardarse el príncipe y considerarlos enemigos declarados, porque en los tiempos adversos ayudarán á su ruina.

Quien llega á ser príncipe por voluntad del pueblo, debe conservar su amistad, cosa fácil, puesto que el pueblo sólo pide no ser oprimido; pero quien contra los deseos del pueblo y sólo por el apoyo de los nobles alcanza el poder supremo, debe empezar ganándose el afecto del pueblo, lo cual tampoco ha de serle difícil desde el momento que esté en situación de protegerlo.

Como los hombres cuando reciben bienes de quienes esperaban males son más agradecidos al que los dispensa, el pueblo es más adicto al príncipe que lo trata bien, que si él mismo le hubiera puesto en el principado. Puede el príncipe ganarse la voluntad del pueblo de diversos modos, que varían según las circunstancias, y á causa de ello no cabe dar reglas fijas.

En conclusión; el cariño del pueblo es para un príncipe absolutamente necesario, por ser en la adversidad su único recurso.

Cuando el rey de Esparta Nabis hizo frente á la agresión de toda Grecia y de un victorioso ejército romano, defendiendo contra aquélla y éste su patria y su trono, bastóle para ello poner á buen recaudo un corto nú-

mero de ciudadanos, recurso insuficiente si el pueblo le hubiera sido enemigo.

A quien rechace esta opinión mía alegando el vulgar proverbio de que, *fundarse en el pueblo es como cimentar en lodo*, le diré que el dicho es cierto cuando un ciudadano particular acude al pueblo para que le libre de la opresión de sus enemigos ó de los magistrados, en cuyo caso sufrirá con frecuencia un desengaño, como sucedió á los Gracos en Roma y en Florencia á Jorge Scali. Pero si el que fía en el pueblo es un príncipe con autoridad y valor, á quien la adversidad no asuste, que haya tomado todas las necesarias disposiciones y sepa infundir su aliento y mantener ordenada la multitud, lejos de ver defraudadas sus esperanzas en el pueblo, se convencerá del acierto con que las ha fundado en él.

Suelen peligrar estos principados al pasar del régimen liberal al absoluto, sobre todo si el príncipe ejerce el mando, no personalmente, sino por medio de los magistrados. En este caso su situación es más débil y arriesgada por estar entregado á la discreción de los ciudadanos que desempeñan las magistraturas, quienes, especialmente en las adversidades, pueden privarle de su poder, ó rebelándose, ó negándose á cumplir sus órdenes. Entonces el príncipe no tiene tiempo ni medios para apoderarse de la autoridad absoluta, porque la costumbre de los ciudadanos de obedecer á los ministros impedirá que le sirvan personalmente y no tendrá de quien fiarse en momentos de tanta incertidumbre. En tal caso, el príncipe no puede conjeturar por lo que ocurre en las épocas tranquilas. En éstas todos los ciudadanos necesitan de su autoridad y todos acuden y prometen, y cada cual le ofrece morir por él, porque no hay peligro de que tal cosa suceda; pero en los momentos de peligro, cuando el príncipe necesita de los

ciudadanos, se encuentran pocos resueltos á servirle. Tanto más arriesgada es esta experiencia cuanto que sólo puede hacerse una vez.

Por ello un príncipe prudente debe gobernar de modo que sus súbditos en todo tiempo y circunstancias necesiten de su autoridad, y siempre le serán fieles.

CAPÍTULO X

—

Cómo deben graduarse las fuerzas de los gobiernos.

Importa también, al examinar las condiciones de estos principados, tener en cuenta otra consideración, á saber: si el príncipe gobierna Estados tan poderosos que en caso necesario puedan defenderse por sí mismos, ó si necesitaría, para la defensa, de auxilio ajeno. A fin de aclarar más este concepto, digo que, en mi opinión, pueden defenderse por sí mismos los Estados que por abundancia de hombres ó de dinero son capaces de organizar un ejército y batallar contra quien le acometa; y creo necesitan auxilio ajeno los que no pueden presentarse contra el enemigo en campaña y tienen que aguardarle tras los muros de las fortalezas.

Del primer caso ya he tratado, y aun me ocuparé de él en adelante. Del segundo sólo puede decirse que los príncipes que en él se encuentren deben aprovisionar y fortificar la población donde residan, no cuidándose del resto del país. Quien tenga bien fortificada la capital de sus Estados y se porte con los demás gobiernos y sus súbditos como ya he dicho y repetiré después, no será atacado sin grandes precauciones, á causa de ser los hombres enemigos de las empresas que presentan grandes dificultades, y las hay siempre para acometer al

que tiene la capital de su Estado bien defendida y cuenta con el afecto de su pueblo.

Las ciudades de Alemania gozan de gran libertad, tienen escaso territorio y obedecen cuando quieren al Emperador, sin temer á éste ni á ningún otro magnate que haya en sus inmediaciones, por estar de tal modo fortificadas que todos comprenden cuán larga y difícil sería su expugnación. Todas tienen buenos muros y fosos, abundante artillería, y en los almacenes municipales provisiones de boca y combustible para un año. Además, para alimentar á la plebe sin perjuicio del Erario, tienen también preparados trabajos que la ocupen durante un año en los oficios que le son habituales y forman el nervio de aquellas poblaciones. También están sus tropas bien ejercitadas y con buenas ordenanzas.

Por consiguiente, un príncipe que tenga su capital bien fortificada y no se haga odiar, no puede ser atacado; y si lo fuese, el agresor sufriría la vergüenza de retirarse; porque las cosas del mundo son tan varias, que es casi imposible permanecer un año sitiando una plaza. Y á quien objetare que los sitiados, al ver sus haciendas saqueadas y quemadas, no tendrían paciencia, y que las molestias del largo asedio les harían olvidar su afecto al príncipe, le responderé que un príncipe poderoso y valiente superará siempre estas dificultades, unas veces haciendo esperar á sus súbditos que el mal no dure mucho, otras excitando su temor á las crueldades del enemigo, otras poniendo hábilmente á buen recaudo á los que parezcan demasiado atrevidos.

Además, lo natural es que el enemigo tale y arruine el país cuando lo invade, y, por tanto, cuando los hombres están más sobrescitados y dispuestos á la defensa. No debe, pues, temer este peligro el príncipe, porque,

pasado algún tiempo, cuando los ánimos se calman los daños están hechos y no tienen remedio. Entonces se unirán á su príncipe mucho más, puesto que, por defenderle, han sido quemadas sus casas y arruinadas sus posesiones, siendo propio de la naturaleza humana obligarse lo mismo por los beneficios hechos que por los recibidos. Así, pues, bien considerado todo, no será difícil á un príncipe prudente mantener firme el ánimo de sus conciudadanos antes y durante un asedio, siempre que no le falten víveres y medios de defensa.

CAPÍTULO XI

—

De los principados eclesiásticos.

Réstame hablar ahora de los principados eclesiásticos, respecto de los cuales todas las dificultades ocurren antes de posesionarse de ellos, pues se adquieren por mérito ó fortuna; pero se conservan sin ninguna de ambas cosas. Basándose la posesión en las antiguas instituciones religiosas, son éstas tan fuertes que mantienen la autoridad del príncipe, cualquiera que sea su modo de vivir y de gobernar.

Estos príncipes eclesiásticos son los que poseen Estados sin defenderlos, y súbditos sin gobernarlos; y ni les quitan los Estados indefensos, ni los súbditos sin gobierno se cuidan ni piensan en emanciparse. Tales principados son los únicos tranquilos y felices. Regidos por preceptos tan altos que la mente humana no los alcanza, dejaré de hablar de ellos, pues formados y mantenidos por Dios, sería presunción y temeridad criticarlos.

Sin embargo, si alguno me preguntase por qué el poder temporal de la Iglesia ha llegado á ser tan gran-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO
31010

de, cuando desde el Papa Alejandro VI hacia atrás, los potentados italianos, y no sólo los que merecen este nombre, sino todos los barones y señores, por escasas que fueran sus fuerzas, estimaban poquísimo dicho poder, mientras ahora hace temblar á un Rey de Francia y le arroja de Italia y arruina á los venecianos, responderé citando hechos que, de puro sabidos, apenas merecen recordarse.

Antes de que el rey Carlos VIII de Francia bajara á Italia, dominaban en esta comarca el Papa, los venecianos, el rey de Nápoles, el duque de Milán y los florentinos. Todos estos potentados cuidaban principalmente de que ningún extranjero entrara con ejército en Italia, y de que ninguno de ellos ensanchara sus dominios.

Los que en este último punto inspiraban más desconfianza eran el Papa y los venecianos. Para contener á éstos necesitábase la unión de todos los demás, como se verificó cuando la defensa de Ferrara, y para limitar la ambición que pudieran tener los Papas servíanse de los barones romanos, los cuales, divididos en dos bandos, el de los Orsini y el de los Colonna, mantenían continuas discordias, estando casi siempre con las armas en la mano para vengar sus injurias, aun á los ojos del Pontífice, cuya autoridad era débil y precaria; y aunque de vez en cuando apareciese un Papa animoso, como Sixto V, ni su fortuna, ni su ciencia les libraban por completo de estos abusos, á causa de la breve duración de cada Pontificado, que se calcula por término medio de diez años, tiempo insuficiente para aminorar el poder de cualquiera de ambos bandos. Además, si un Pontífice acababa, como quien dice, con los Colonna, venía después otro, enemigo de los Orsini, que aumentaba el poder de los Colonna, sin vivir el tiempo necesario para destruir á aquéllos. Todo esto

ocasionaba que se tuviera en poca estimación en Italia el poder temporal del Papa.

Así las cosas, ascendió al pontificado Alejandro VI, quien, de todos los Pontífices habidos, es el que mejor demostró lo que el Papa puede hacer con el dinero y la fuerza. Valiéndose del duque Valentino y aprovechando la venida de los franceses á Italia, hizo cuanto hemos referido al hablar de los actos de César Borja. Aunque su intento no fué engrandecer el poder de la Iglesia, sino el del Duque, resultó lo primero, porque, después de su muerte y de la de César Borja, la Iglesia fué heredera del fruto de sus esfuerzos.

Vino después el Papa Julio II, quien encontró el poder de la Santa Sede aumentado con la posesión de toda la Romaña, sin fuerza ni prestigio los barones romanos, y, por la persecución del Papa Alejandro, anulados los bandos que éstos fomentaban. Encontró también el camino para acumular dinero más expedito que lo había estado en ningún tiempo antes de Alejandro, á quien no sólo siguió en todas las condiciones de su política, sino le aventajó, ganando á Bolonia, humillando á los venecianos y arrojando de Italia á los franceses; empresas todas que llevó á feliz término y que fueron tanto más laudables cuanto que tuvieron por único objeto engrandecer á la Iglesia y no á sus parientes. Contuvo los bandos de Colonna y Orsini dentro de los límites en que estaban al ocupar él la Sede pontificia, y aunque conservaban gérmenes de los antiguos desórdenes, hubo dos cosas que los mantuvieron en paz: el gran poder de la Iglesia, que les asustaba, y el no tener cardenales ninguna de ambas casas, porque éstos eran los que alentaban dentro y fuera de Roma los dos partidos, á los cuales por necesidad se afiliaban los barones. De tal suerte, la ambición de los prelados producía las discordias y los tumultos entre los nobles.

Su Santidad el Papa León X ha encontrado, pues, la Santa Sede poderosísima, esperándose que, si Alejandro y Julio la hicïeron grande por la fuerza de las armas, la aumente en poder y en veneración por su bondad y las otras infinitas virtudes que le adornan.

CAPÍTULO XII

—

De las diferentes clases de milicia y de los soldados mercenarios.

Referidas ya las condiciones de los principados que me propuse examinar, y expuestos hasta cierto punto los motivos de lo que puede serles favorable ó adverso, como también los medios que algunos han empleado para adquirirlos, réstame disertar en términos generales sobre los casos de ofensa y defensa que en cada uno de ellos pueden ocurrir.

Ya hemos dicho que todo príncipe debe procurar que los fundamentos de su poder sean buenos, pues, de lo contrario, necesariamente se arruinará. Las principales bases de todos los Estados, nuevos, antiguos ó mixtos son las buenas leyes y los buenos ejércitos; y como no puede haber buenas leyes donde no haya buenos ejércitos, y donde éstos existen aquéllas también, no hablaré ahora de las leyes, sino de las tropas.

Las que emplee un príncipe para la defensa de sus Estados, ó son propias ó mercenarias, ó auxiliares ó mixtas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas, y quien fíe su poder en ellas nunca lo tendrá firme y seguro, porque carecen de unión, son ambiciosas, indisciplinadas, infieles, valerosas contra los amigos y cobardes contra los enemigos; no teniendo temor

á Dios ni buena fe con los hombres, el príncipe á quien defienden cae tan pronto como son atacadas, siendo robado en la paz por estos mercenarios, y en la guerra por los enemigos.

La causa de esto es no tener más afición y motivo para servir con las armas que el corto estipendio que reciben, insuficiente para dar la vida por quien defienden; por ello desean el servicio en tiempo de paz, pero cuando llega la guerra, ó huyen ó desertan. Y poco trabajo cuesta demostrar que la causa de la ruina de Italia no es otra sino el haber fiado su seguridad durante muchos años á ejércitos mercenarios, que á veces prestaron servicios á algunos y en luchas entre sí parecían valerosos, pero al llegar los extranjeros se mostraron tal cual eran. De esta suerte el rey Carlos VIII pudo apoderarse de Italia sin más trabajo que el de ir señalando á sus tropas alojamiento. Los que atribuían la causa á nuestros pecados decían la verdad, si bien no eran los pecados que ellos suponían, sino los que he referido. Como los pecadores eran los príncipes, ellos son los que han sufrido el castigo.

Pero demostraré aun mejor los perjuicios de esta clase de tropas. Los generales mercenarios, ó son excelentes ó no lo son: en el primer caso no se puede fiar en ellos, porque siempre aspirarán á su personal engrandecimiento, ú oprimiendo al príncipe á cuyo servicio estén ó á otros, contra la voluntad de su señor; y si no son valerosos, ordinariamente arruinan el Estado por lo mal que le sirven.

Si se objeta que quien tenga las armas en la mano, sea ó no mercenario, hará lo mismo, replicaré que los ejértos están destinados á servir á un príncipe ó á una república. Cuando sirven á un príncipe debe éste desempeñar personalmente el cargo de general, y cuando á una república, nombrará á uno de sus ciudadanos; si

éste no muestra valor, le reemplazará con otro; y si es buen general, le tendrá sujeto á las leyes para que no se extralimite.

La experiencia demuestra que sólo los príncipes y las repúblicas armadas hacen grandes progresos, mientras las tropas mercenarias siempre causan daño. Con mayor dificultad domina un ciudadano una república cuando los ejércitos son propios que si son mercenarios. Largo tiempo vivieron Roma y Esparta libres y con ejércitos suyos. Los suizos no pueden estar más armados ni gozar de mayor libertad.

Del peligro de valerse de tropas mercenarias son ejemplo en la antigüedad los cartagineses, que estuvieron á punto de ser víctimas de tales tropas al terminar la primera guerra púnica, á pesar de tener al frente de ellas ciudadanos suyos. Los tebanos, muerto Epaminondas, nombraron general de su ejército á Filipo de Macedonia, quien después de vencer con él á los enemigos, les privó de la libertad.

Tomaron á sueldo los milaneses, cuando murió el duque Felipe, á Francisco Sforza, para la guerra contra los venecianos, y éste, después de vencerlos en Caravagio, se convino con ellos para dominar á los milaneses, á cuyo servicio estaba. Su padre Sforza, general á sueldo de la reina Juana de Nápoles, la dejó de pronto sin ejército, y ella, para no perder su reino, vióse obligada á echarse en brazos del rey de Aragón.

A los que digan que los venecianos y los florentinos aumentaron sus dominios en tiempos pasados con ejércitos de esta clase, y que sus generales, sin hacerse príncipes, les defendieron siempre, responderé que la suerte favoreció en esto á los florentinos, porque los capitanes ilustres á quienes podían temer, ó no vencieron en las guerras, ó tropezaron con grandes obstáculos ó pusieron sus miras en otras partes. El que no venció fué Juan Acuto (1), y por esta causa no se pudo conocer su fidelidad; pero todos confesarán que, de haber vencido, quedara Florencia á su discreción. Sforza tuvo siempre enfrente á Braccio con sus tropas, y su rivalidad les hacía celarse uno á otro. Francisco Sforza dirigió su ambición á ser dueño de Lombardía y los intentos de Braccio eran contra los Estados de la Iglesia y el reino de Nápoles.

Pero vengamos á lo ocurrido recientemente. Tomaron los florentinos á su servicio á Pablo Vitelli, capitán prudentísimo que, de origen humilde, había llegado á tener gran fama. Si hubiera tomado á Pisa nadie negará que los florentinos habrían corrido gran riesgo de perder su libertad, porque pasándose Vitelli á sus enemigos, carecían de medios para defenderla, y, no pasándose, quedaban á merced suya.

Si se estudia bien el engrandecimiento de los venecianos, se verá que lo alcanzaron segura y gloriosamente mientras combatían con sus propias fuerzas, las marítimas, como lo hicieron con sus caballeros y su plebe armada; pero al batallar en tierra, deseosos de aumentar sus posesiones en Italia, abandonaron aquel sistema y siguieron el de los demás Estados italianos. Mientras el ensanche en tierra firme fué escaso, por ello y por su fama de poderosos no temían á sus generales; pero cuando ampliaron sus conquistas bajo el mando de Carmañola, pudieron comprender su error. Al observar que era un general de gran mérito, que había batido al duque de Milán y que quería prolongar la guerra, juzgaron imposible vencer definitivamente con él, y peligroso despedirle sin exponerse á perder lo conquistado, por lo cual se vieron en la precisión de matarle.

(1) Juan Hawkwood, capitán inglés que tenía á sus órdenes 4.000 hombres de su nación.

Han tenido después á sueldo á los generales Bartolomé de Bérgamo, Roberto de San Severino, el conde de Pitigliano y otros semejantes, con los cuales no podían esperar ganancias, sino pérdidas, como sucedió cuando la batalla de Vaila, por la cual perdieron en un día lo que habían conquistado con grandes trabajos en ochocientos años; pues con tales ejércitos sólo se consiguen lentas, tardías y débiles conquistas, y en cambio las pérdidas son rápidas y prodigiosas.

Como estos ejemplos me han inducido á hablar de Italia, donde sólo existen desde hace ya largo tiempo ejércitos mercenarios, tomaré tales cosas de más lejos, para que, vistos los orígenes y progresos del mal, sea más fácil corregirlos. Conviene recordar que cuando el Imperio en estos últimos tiempos empezó á ser rechazado de Italia y el poder temporal del Papa á tomar mayor consistencia, se dividió Italia en muchos Estados, porque varias de las grandes ciudades tomaron las armas contra los nobles que, favorecidos por el Imperio, las oprimían y la Santa Sede las auxiliaba, aumentando así su dominación. Otras se declararon independientes, siendo gobernadas por sus mismos habitantes. De esta suerte llegó á estar Italia en manos de la Iglesia y de algunas repúblicas, y como ni los eclesiásticos ni los ciudadanos tenían costumbre de manejar armas, comenzaron á tomar á sueldo tropas extranjeras. El primero en acreditar esta clase de milicia fué Alberico de Conío, natural de la Romaña. En su escuela aprendieron el arte de la guerra Braccio, Sforza y otros que, según se dice, fueron entonces los árbitros de Italia. Tras ellos vinieron todos los demás que en nuestros tiempos han capitaneado los ejércitos mercenarios en Italia, y su valor é inteligencia han originado que Carlos VIII la recorra de uno á otro extremo, Luis XII la robe, Fernando V la oprima y los suizos la

insulten. La organización que los jefes de tropas mercenarias establecieron y mantienen, consiste primeramente en desacreditar la infantería para acreditar su caballería. Lo hacen así porque, no teniendo Estados y viviendo de su profesión militar, pocos infantes no les daban crédito, y muchos, no podían mantenerlos. Han preferido, pues, tener caballería en número proporcionado á sus recursos, número que les permita vivir con reputación, llegando las cosas á términos de que un ejército de veinte mil soldados no contara con dos mil de infantería. Además, habían establecido para librarse y librar á sus soldados de trabajos y peligros, no matarse en las escaramuzas, sino coger prisioneros y darles después libertad sin rescate. En los asedios, ni los sitiadores atacaban ni los sitiados hacían salidas durante la noche. No defendían los campamentos con trincheras, ni acampaban en invierno. Una organización militar en que existían tales cosas, inventadas para eludir trabajos y peligros, según antes he dicho, han traído á Italia á ser esclavizada y escarnecida.

CAPÍTULO XIII

—

De las tropas auxiliares, mixtas y nacionales.

Son tropas auxiliares las que un príncipe poderoso presta á otro para ayudarle ó defenderle, y resultan tan inútiles como las mercenarias. Ejército auxiliar fué, por ejemplo, el que tuvo el Papa Julio II, quien, en vista de los deplorables resultados que en la empresa contra Ferrara dieron los mercenarios, convino con Fernando, rey de España, en que éste le ayudara con su ejército.

Tales tropas pueden ser buenas y útiles en sí mis-

mas; pero siempre dañosas para quien las llama en su auxilio, porque, si las derrotan, sufre él las consecuencias y, si vencen, queda á merced de ellas. Llena está la historia antigua de ejemplos que pudieran aducirse; pero me limitaré al citado de Julio II, que es reciente. Quiso apoderarse de Ferrara, para ello se puso en manos de un extranjero; pero su buena fortuna ocasionó un suceso que le impidió sufrir las consecuencias de esta falta, porque derrotados sus auxiliares en Ravena y apareciendo los suizos, que pusieron en fuga á los vencedores, contra lo que él y los demás creían, se libró de los enemigos, ahuyentados por los suizos, y de los auxiliares, porque esta última victoria no se debía á ellos.

Por llevar los florentinos cuando estaban completamente desarmados, diez mil franceses al asedio de Pisa, estuvieron en mayor peligro que en ocasión alguna.

El emperador de Constantinopla, para contrarrestar á sus vecinos, envió á Grecia diez mil turcos, quienes, acabada la guerra, no quisieron salir de allí, empezando entonces á estar los griegos en la servidumbre de los infieles.

El que quiera ponerse en el caso de no vencer, que se valga de estos ejércitos, mucho más peligrosos que los mercenarios, porque una vez consumada la ruina de quien auxilian, vuélvense unidos á la obediencia de su señor, mientras los mercenarios, si vencen, necesitan para ofender al que sirven esperar ocasión propicia y tiempo oportuno, pues no forman un ejército unido. Además, pagados por el príncipe, tampoco el que éste pone al frente de las tropas adquiere rápidamente tanto dominio de ellas que las pueda sublevar contra su señor. En suma, los ejércitos mercenarios son peligrosos por su pereza y cobardía al combatir, y los auxiliares por su valor. Los príncipes prudentes siempre evitan valerse

de tales tropas, prefiriendo las propias, y querrán mejor ser vencidos con las suyas que vencer con las de otro, no estimando verdaderas victorias las que se alcanzan con ejércitos ajenos.

Siempre en estos casos presentaré el ejemplo de César Borja y de sus actos. Entró en la Romaña con tropas auxiliares, todas francesas, y con ellas tomó á Imola y Forli. Creyendo que no debía fiarse de este ejército y que los soldados mercenarios eran menos peligrosos, tomó á sueldo á los Orsini y á los Vitelli. Cuando observó que en las operaciones su conducta era dudosa, infiel y ocasionada á grave riesgo, acabó con ellos y organizó ejército propio. Y puede verse fácilmente la diferencia entre unas y otras tropas, teniendo en cuenta los distintos hechos del Duque cuando tuvo á sueldo primero á los franceses y después á los Orsini y los Vitelli, y cuando mandó soldados propios y pudo manifestar toda su habilidad, siendo verdaderamente estimado desde el momento en que todos le vieron completamente dueño de sus tropas.

Aunque quisiera concretarme á ejemplos de nuestra moderna historia italiana, citaré, sin embargo, el del siracusano Hierón, de quien he hablado anteriormente. Nombrado éste, como ya dije, general del ejército de Siracusa, comprendió inmediatamente la inutilidad de las tropas mercenarias, porque sus jefes se portaban como los nuestros italianos, y pareciéndole que no le convenía tenerlas ni licenciarlas, las destruyó, haciendo después la guerra con ejército suyo y nunca de otro.

Recordaré también una figura del antiguo testamento que viene bien á este propósito. Cuando David se ofreció á Saúl para pelear con el provocador filisteo Goliat, para infundirle mayor ánimo le mandó poner el Rey su propia armadura; pero David, al verse con ella,

se negó á llevarla porque le impedía el libre uso de sus miembros, prefiriendo afrontar al enemigo con su honda y su cuchillo.

Resulta, pues, que los ejércitos ajenos, ó te arruinan, ó te abandonan, ó te ahogan. Carlos VII, padre del rey Luis XI, cuando por su valor y fortuna arrojó de Francia á los ingleses, comprendió la necesidad de tener ejército propio y dió á su reino las ordenanzas de los hombres de armas y de la infantería. Posteriormente el rey Luis, su hijo, prescindió de la infantería propia, tomando á sueldo suizos. Esta falta, cometida también por sus sucesores, es causa, como se está viendo, de grandes peligros para aquel reino, pues ha servido para dar fama á los suizos y para desprestigiar el ejército francés. Carece éste de infantería, y sus hombres de armas están sometidos en cierto modo á una milicia extranjera, pues acostumbrados á pelear al lado de los suizos, no creen poder vencer sin su ayuda. De aquí que los franceses no se atrevan contra los suizos, ni contra otros, sin que éstos les acompañen.

Son, pues, los ejércitos franceses mixtos de nacionales y mercenarios, organización preferible á la de ejércitos auxiliares ó completamente mercenarios; pero muy inferior á la de ejércitos nacionales. Baste, para probarlo, el referido ejemplo, porque el reino de Francia sería invencible si la organización de Carlos VII se hubiera conservado y desarrollado; pero la escasa prudencia humana ve en muchas cosas la ventaja inmediata, y no el veneno que encierran, como en la fiebre ética de que ya he hablado.

Así, pues, el príncipe que no conoce los males sino cuando son ya incurables, no es verdaderamente sabio; sabiduría que pocos tienen.

La primera causa de la ruina del imperio romano fué el empezar á tomar á sueldo á los godos, porque esto

ocasionó el enervamiento de las fuerzas del imperio, y la fama de las tropas romanas pasó á las godas.

Termino, pues, afirmando que, sin ejército propio, ningún principado está seguro, quedando á merced de la fortuna y sin recursos que en la adversidad lo defiendan. Siempre fué opinión y máxima de los sabios no haber nada más débil é inestable que la fama de un poder no fundado en fuerzas propias. Ejércitos nacionales son los organizados con súbditos ó ciudadanos ó deudos tuyos: todos los demás, son: ó mercenarios, ó auxiliares. La organización de aquéllos se aprenderá fácilmente estudiando las que he referido en anteriores escritos (1), donde se verá cómo Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y principados los han ordenado y armado.

CAPÍTULO XIV

—

De las obligaciones de un príncipe con respecto á la milicia.

La principal ocupación y el estudio preferente de un príncipe debe ser el arte de la guerra y la organización y disciplina de los ejércitos, porque ésta es la verdadera ciencia del gobernante, y tan útil, que no sólo sirve para mantener en el poder á los que han nacido príncipes, sino también para que simples particulares lleguen á este rango supremo. En cambio, es frecuente ver perder sus Estados á los príncipes que viven en la molicie y el reposo. Repito, pues, que la principal causa para perder el poder es desdeñar el arte de la guerra, y la primera para alcanzarlo profesar dicho arte.

Por tener un ejército llegó Francisco Sforza de sim-

(1) Alude sin duda á su obra *El arte de la guerra*.

se negó á llevarla porque le impedía el libre uso de sus miembros, prefiriendo afrontar al enemigo con su honda y su cuchillo.

Resulta, pues, que los ejércitos ajenos, ó te arruinan, ó te abandonan, ó te ahogan. Carlos VII, padre del rey Luis XI, cuando por su valor y fortuna arrojó de Francia á los ingleses, comprendió la necesidad de tener ejército propio y dió á su reino las ordenanzas de los hombres de armas y de la infantería. Posteriormente el rey Luis, su hijo, prescindió de la infantería propia, tomando á sueldo suizos. Esta falta, cometida también por sus sucesores, es causa, como se está viendo, de grandes peligros para aquel reino, pues ha servido para dar fama á los suizos y para desprestigiar el ejército francés. Carece éste de infantería, y sus hombres de armas están sometidos en cierto modo á una milicia extranjera, pues acostumbrados á pelear al lado de los suizos, no creen poder vencer sin su ayuda. De aquí que los franceses no se atrevan contra los suizos, ni contra otros, sin que éstos les acompañen.

Son, pues, los ejércitos franceses mixtos de nacionales y mercenarios, organización preferible á la de ejércitos auxiliares ó completamente mercenarios; pero muy inferior á la de ejércitos nacionales. Baste, para probarlo, el referido ejemplo, porque el reino de Francia sería invencible si la organización de Carlos VII se hubiera conservado y desarrollado; pero la escasa prudencia humana ve en muchas cosas la ventaja inmediata, y no el veneno que encierran, como en la fiebre ética de que ya he hablado.

Así, pues, el príncipe que no conoce los males sino cuando son ya incurables, no es verdaderamente sabio; sabiduría que pocos tienen.

La primera causa de la ruina del imperio romano fué el empezar á tomar á sueldo á los godos, porque esto

ocasionó el enervamiento de las fuerzas del imperio, y la fama de las tropas romanas pasó á las godas.

Termino, pues, afirmando que, sin ejército propio, ningún principado está seguro, quedando á merced de la fortuna y sin recursos que en la adversidad lo defiendan. Siempre fué opinión y máxima de los sabios no haber nada más débil é inestable que la fama de un poder no fundado en fuerzas propias. Ejércitos nacionales son los organizados con súbditos ó ciudadanos ó deudos tuyos: todos los demás, son: ó mercenarios, ó auxiliares. La organización de aquéllos se aprenderá fácilmente estudiando las que he referido en anteriores escritos (1), donde se verá cómo Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y principados los han ordenado y armado.

CAPÍTULO XIV

—

De las obligaciones de un príncipe con respecto á la milicia.

La principal ocupación y el estudio preferente de un príncipe debe ser el arte de la guerra y la organización y disciplina de los ejércitos, porque ésta es la verdadera ciencia del gobernante, y tan útil, que no sólo sirve para mantener en el poder á los que han nacido príncipes, sino también para que simples particulares lleguen á este rango supremo. En cambio, es frecuente ver perder sus Estados á los príncipes que viven en la molicie y el reposo. Repito, pues, que la principal causa para perder el poder es desdeñar el arte de la guerra, y la primera para alcanzarlo profesar dicho arte.

Por tener un ejército llegó Francisco Sforza de sim-

(1) Alude sin duda á su obra *El arte de la guerra*.

ple particular á duque de Milán, y sus hijos, por esquivar las fatigas y disgustos del ejercicio de las armas, bajaron de duques á simples ciudadanos. Porque entre los males que te acarrea el carecer de ejército, uno es hacerte despreciable, y esta consideración debe evitarla á toda costa el príncipe, según diré más adelante. Entre hombres armados y desarmados no hay proporción alguna, y la razón rechaza que los armados obedezcan de buen grado á los desarmados, como también que los señores desarmados estén seguros entre servidores armados, pues la desdeñosa altivez de aquéllos y los recelos de éstos se avienen mal para estar juntos. Por ello un príncipe que no entiende el arte de la guerra, además de otras desdichas ya indicadas, tiene la de que ni le estimen sus soldados, ni pueda fiarse de ellos.

No deben, pues, los príncipes cesar un momento en el estudio del arte militar, ejercitándose aun más en tiempo de paz que en el de guerra, cosa que pueden hacer de dos modos: con trabajos mentales y con ejercicios prácticos. Con éstos procurarán que sus tropas estén bien organizadas y disciplinadas. Además han de dedicarse á la caza para acostumbrar el cuerpo á las fatigas y para estudiar la naturaleza de los terrenos, conocer cómo están formados los montes y los valles, cómo se extienden las llanuras, cómo se forman los ríos y los pantanos, poniendo en todo ello grandísima atención. Este conocimiento es útil en dos conceptos: primeramente, porque se estudia el propio país, y se puede proveer mejor á su defensa; en segundo lugar, porque la práctica adquirida sirve para conocer rápidamente las condiciones de cualquier otro terreno que sea preciso estudiar; porque las colinas, los valles, llanuras, ríos y pantanos que hay, por ejemplo, en Toscana, tienen con los de otras provincias cierta semejanza; de modo que, conocida bien una comarca, fácilmente se consigue el conocimiento de las demás.

Cuando el príncipe no tiene esta pericia, le falta una de las principales condiciones de un buen general, porque con ella se aprende á encontrar al enemigo, á buscar alojamientos, á guiar el ejército, á preparar las batallas y hacer las campañas con ventaja. Entre los elogios que los historiadores tributan á Filopemen, príncipe de los aqueos, es uno que en tiempo de paz sólo pensaba en el arte de la guerra, y cuando viajaba con sus amigos con frecuencia se detenía para preguntarles: «Si el enemigo estuviera en aquellas colinas y nosotros nos encontráramos aquí con nuestro ejército, ¿de quién sería la ventaja? ¿Cómo se podría ir á su encuentro sin desordenarse? Si queríamos retirarnos, ¿cómo lo haríamos? Si el enemigo se retirara, ¿cómo le perseguiríamos?» Y durante el camino iba proponiendo todos los casos en que puede encontrarse un ejército; oía la opinión de sus acompañantes, decía la suya y las razones en que la fundaba, y con este continuo ejercicio era imposible que, cuando mandaba un ejército, tropezara con obstáculos irremediables.

Respecto á los ejercicios mentales, el príncipe debe leer la historia y fijarse en las hazañas de los hombres célebres, ver cómo se han gobernado en la guerra; las causas de sus victorias y de sus derrotas, para evitar éstas é imitarles en aquéllas, y, sobre todo, hacer lo que en pasados tiempos hicieron algunos grandes hombres que tomaron por modelo á algún capitán famoso, procurando copiar sus hazañas, como se dice que Alejandro Magno copió á Aquiles, César á Alejandro, Scipión á Cyro.

Quien lea la vida de Cyro, escrita por Xenofonte, reconocerá después en la de Scipión cuánta gloria alcanzó imitándole y cómo en la castidad, afabilidad, huma-

nidad y liberalidad se ajustó Scipión á lo que de Cyro dice el historiador griego.

Tal ha de ser la conducta de un príncipe sabio. No debe permanecer ocioso durante la paz, sino aprovecharla para adquirir la suma de conocimientos que en la adversidad puedan valerle, á fin de que, si cambia la fortuna, le encuentre dispuesto á recibir sus golpes.

CAPÍTULO XV

—

Por qué cosas los hombres, y especialmente los príncipes, merecen alabanza ó vituperio.

Réstanos tratar de la conducta y procedimientos que debe seguir un príncipe con sus súbditos y con sus amigos. Sé que muchos han escrito de este asunto y temo que al hacerlo ahora yo, tratándolo bajo otros aspectos, se me tenga por presuntuoso. Pero mi intento es escribir cosas útiles á quienes las lean, y juzgo más conveniente decir la verdad tal cual es, que como se imagina; porque muchos han visto en su imaginación repúblicas y principados que jamás existieron en la realidad. Tanta es la distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que quien prefiere á lo que se hace lo que debería hacerse, más camina á su ruina que á su consolidación, y el hombre que quiere portarse en todo como bueno, por necesidad fracasa entre tantos que no lo son, necesitando el príncipe que quiere conservar el poder estar dispuesto á ser bueno ó no, según las circunstancias.

Prescindiendo, pues, de príncipes imaginados y ateniéndome á los verdaderos, digo que todos los hombres de quienes se habla, y especialmente los príncipes, por ocupar lugar tan perspicuo, poseen cualidades dignas

de elogio ó de censura: unos son liberales, otros míseros (empleo esta palabra toscana, porque *avaro*, en nuestra lengua, es el que atesora valiéndose de la rapiña, y llamamos *mísero* al que se abstiene demasiado de gastar lo suyo), unos dan con esplendidez, otros son rapaces, algunos crueles y otros compasivos; los hay guardadores de sus promesas é inclinados á faltar á su palabra; afeminados y pusilánimes, ó animosos y aun feroces; humanos ó soberbios; castos ó lascivos; sinceros ó astutos; de carácter duro ó afable, grave ó ligero; religiosos ó incrédulos, etc.

Comprendo que en el concepto general sería por demás laudable encontrar en un príncipe todas las citadas buenas cualidades; pero no siendo posible ni, si lo fuera, practicarlas, porque no lo consiente la condición humana, el príncipe debe ser tan prudente que sepa evitar la infamia de aquellos vicios que le privarían del poder, y aun prescindir, mientras le sea posible, de los que no acarrean tales consecuencias. No debe tampoco cuidarse de que le censuren aquellos defectos, sin los cuales le sería difícil conservar el poder, porque considerándolo bien todo, habrá cualidades que parezcan virtudes y en la aplicación produzcan su ruina, y otras que se asemejen á vicios, y que, fomentándolas, le proporcionen seguridad y bienestar.

CAPÍTULO XVI

—

De la liberalidad y de la miseria.

Empezando por las primeras de las cualidades antes referidas, digo que el príncipe hará bien en ser liberal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sin embargo, la liberalidad empleada por quien no es temido le perjudica, porque usada, como debe usarse, de manera que no se sepa, no evitará que se le tenga por miserable. Para tener y conservar fama de liberal es preciso vivir con lujo y suntuosidad, haciendo cuantiosos gastos, y el príncipe que los haga empleará en esto sus rentas, necesitando al fin, para mantener el fausto, gravar con impuestos considerables á sus súbditos, apelar á todos los procedimientos fiscales y echar mano de cuantos recursos pueda valerse para recaudar dinero. Todo esto le atraerá la malquerencia de los súbditos, la pérdida de la estimación y la del dinero, de suerte que su liberalidad le habrá servido para ofender á muchos y premiar á pocos, ocasionándole serios disgustos; y aun se expone, al comprender las consecuencias y querer variar de conducta, á que entonces se le censure por tacaño.

No pudiendo, pues, el príncipe practicar la virtud de la liberalidad de un modo público, sino en su daño, debe importarle poco, si es prudente, que le califiquen de avaro, pues el tiempo modificará esta opinión al saberse que ajusta los gastos á los ingresos y que puede defenderse de quien le declare la guerra y aun emprender conquistas sin imponer nuevos tributos al pueblo; resultando liberal para aquellos á quienes nada quita, que son infinitos, y tacaño en concepto de aquellos á quienes no da, que son pocos.

No hemos visto en nuestros tiempos hacer grandes cosas más que á los tenidos por avaros; los otros han sucumbido. Sirvió la fama de liberal á Julio II para llegar al pontificado y no pensó después en conservarla, prefiriendo tener recursos para luchar con el rey de Francia. Pudo hacer tantas guerras sin aumento alguno en los tributos, renunciando á los gastos superfluos y realizando grandes economías. Si el actual rey de España (1) tuviese fama de liberal, no habría triunfado en tantas empresas.

Debe, por tanto, un príncipe cuidarse poco de que le llamen tacaño, si lo es, para no verse obligado á robar á sus súbditos, para poder defenderse, para no llegar á ser pobre y despreciable, para no ser por necesidad rapaz, porque el vicio de la avaricia será uno de los que le matengan en el poder.

Si alguno objetara que César con la liberalidad consiguió el imperio, y otros muchos por ser y tener fama de liberales han llegado á elevadísimos puestos, responderé que una cosa es ser príncipe y otra querer serlo. La liberalidad es dañosa en el primer caso: en el segundo, indispensable; y César fué uno de los que aspiraron al poder supremo en Roma. Pero si, al lograrlo, hubiese vivido largo tiempo sin moderar los grandes gastos, perdiera seguramente el poder alcanzado con su liberalidad.

Y si alguien replica que ha habido muchos príncipes con fama de muy liberales que con sus ejércitos hicieron grandes cosas, distinguiré si atendió á las liberalidades con dinero suyo, ó de sus súbditos, ó de otros. En el primer caso debe ser parco, y en el segundo no ser liberal á costa de los que le sirven. Sólo en el tercer caso, cuando el príncipe va al frente de un ejército al cual mantiene con las presas, los saqueos y rescates que hace ó impone al enemigo, le es indispensable la liberalidad, porque de otro modo no le seguirían sus soldados.

De lo que no es tuyo ni de tus súbditos, puedes ser ampliamente liberal y generoso, como lo fué Cyro, César y Alejandro, pues el gastar lo ajeno no quita fama, sino la da; mientras prodigar lo tuyo, te perjudica.

(1) Don Fernando V el Católico.

No hay condición más propensa á gastarse y consumirse por sí misma que la de la liberalidad, pues á medida que la usas vas perdiendo los medios de ejercerla, y llegas á la pobreza y al desprecio, ó, por huir de ambas cosas, á ser rapaz y odioso. De nada debe guardarse más un príncipe que de inspirar desprecio ú odio, y la liberalidad conduce á una de ambas cosas. Por tanto, es más atinado consentir fama de tacaño, la cual no honra, pero tampoco engendra odio, que, por buscar reputación de liberal, verse en la precisión de cometer rapiñas infamantes y odiosas.

CAPÍTULO XVII

De la crueldad y de la clemencia, y de si vale más ser amado que temido.

Continuando el examen de las condiciones antes referidas, digo que todos los príncipes deben desear reputación de clementes y no de crueles, pero sin hacer mal uso de la clemencia. Tenía César Borja fama de cruel, pero su crueldad dió á la Romaña unidad, paz y buen gobierno; de modo que, pensándolo bien, resulta César Borja mucho más clemente que el pueblo florentino, cuando, por no aparecer cruel, dejó destruir á Pistoya.

Debe, pues, el príncipe no cuidarse mucho de la reputación de cruel cuando le sea preciso imponer la obediencia y la fidelidad á sus súbditos, pues ordenando algunos poquísimos ejemplares castigos, resultará más humano que los que, por sobrado clementes, dejan propagarse el desorden, causante de numerosas muertes y robos, desmanes que dañan á todos los habitantes, mientras los castigos, oportunamente ordenados por el príncipe, sólo perjudican á algunos súbditos.

De todos los príncipes son los nuevos quienes con mayor dificultad pueden evitar la fama de crueles, porque los Estados nuevos están llenos de peligros. Virgilio hace excusarse á Dido de la severidad de sus medidas para mantenerse en un reino que no tenía por herencia, diciendo:

Res dura, et regni novitas me talia cogunt
Moliri, et late fines custode tueri (1).

Sin embargo, el príncipe nuevo debe proceder cautamente en cuanto haga, no dando crédito á todo lo que le digan, ni asustándose de su sombra, portándose con prudencia y humanidad, sin que la excesiva confianza le haga incauto, ni la sobrada suspicacia intolerable.

Pregúntase con este motivo *si es mejor ser amado que temido ó temido que amado*, y se responde que convendría ser ambas cosas; pero, siendo difícil que estén juntas, mucho más seguro es ser temido que amado, en el caso de que falte uno de los dos afectos. Porque de los hombres puede decirse generalmente que son ingratos, volubles, dados al fingimiento, aficionados á esquivar los peligros, y codiciosos de ganancias: mientras les favoreces, son completamente tuyos y te ofrecen su sangre, sus haciendas, su vida y hasta sus hijos, como ya he dicho anteriormente, siempre que el peligro de aceptar sus ofertas esté lejano; pero si éste se acerca, se sublevan contra ti. El príncipe que fía únicamente en sus promesas y no cuenta con otros medios de defensa, está perdido, pues las amistades que se adquieren por precio y no por la nobleza del alma, subsisten hasta que

(1) Mis fronteras guardar por fuerza debo;
Dura es mi situación, y el reino es nuevo.
(ENEIDA.— *Traducción de D. Miguel Antonio Caro.* BIBLIOTECA CLÁSICA.)

los contratiempos de la fortuna las pone á prueba, en cuyo caso no se puede contar con ellas. Los hombres temen menos ofender á quien se hace amar que al que inspira temor; porque la amistad es sólo un lazo moral, lazo que por ser los hombres malos rompen en muchas ocasiones, dando preferencia á sus intereses; pero el temor lo mantiene el miedo á un castigo que constantemente se quiere evitar.

Debe, sin embargo, el príncipe hacerse temer de modo que el miedo no excluya el afecto y engendre el odio, porque cabe perfectamente ser temido y no odiado; así sucederá siempre que respete los bienes y la honra de las mujeres de sus conciudadanos y súbditos. Si necesitara derramar la sangre de alguno, hágalo con la justificación conveniente y por causa manifiesta. Sobre todo, absténgase de quedarse con sus bienes, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Además, los motivos para confiscar bienes nunca faltan, y el que se aficiona á vivir de la rapiña, á todas horas encuentra ocasión de practicarla, mientras los motivos para imponer penas de muerte son raros, y con frecuencia no existen.

Pero si el príncipe está al frente de un ejército y tiene que gobernar multitud de soldados, le es indispensable no cuidarse del dictado de cruel, que, sin esta fama, no se tiene un ejército disciplinado y dispuesto á cualquier empresa.

Entre las admirables acciones de Anníbal, se cita la de que, mandando grandísimo ejército, formado por hombres de diversas razas y llevado á pelear á tierra extranjera, jamás hubo en él asonadas ni tumultos, ni entre los soldados, ni contra el general, lo mismo en la buena que en la mala fortuna. Producía esta severa disciplina su inhumana crueldad, la que, unida á su grandísimo valor, hacía que le mirasen los soldados con

veneración y terror. Sin la severidad, sus demás eminentes cualidades no hubieran producido este resultado.

Hay, sin embargo, escritores tan poco juiciosos que admiran los hechos de Anníbal y al mismo tiempo condenan la principal causa de ellos, porque es indudable que todo el genio de capitán cartaginés no bastara para lo que hizo sin la dureza de su mando, como lo prueba lo que sucedió á Scipión (capitán de rarísimo mérito, no sólo en su tiempo, sino en todos aquellos que la memoria alcanza), al cual se le sublevaron los ejércitos en España á causa de la excesiva benevolencia con que concedía á los soldados más libertades de las compatibles con una buena disciplina. Por ello le censuró Fabio Máximo en el Senado, llamándole corruptor de la milicia romana. Habiendo atropellado gravemente á los locrenses uno de sus legados, ni vengó á las víctimas, ni castigó la demasía de su lugar-teniente, porque su índole era benévola; y así sucedió que, queriendo excusarle un senador en el Senado, alegaba que como Scipión había muchos hombres, más á propósito para no faltar que para corregir faltas ajenas. Esta condición de su carácter hubiera menoscabado la fama y la gloria de Scipión, si ejerciera siempre mando supremo; pero sometido á la autoridad del Senado, en vez de perjudicarle, le enalteció.

En conclusión, y volviendo al tema de si un príncipe debe ser temido ó amado, digo que los hombres aman según su voluntad, y temen conforme á la voluntad del príncipe; por lo cual, si éste es sabio, debe fundamentar su poder en lo suyo y no en lo ajeno, procurando solamente, como he dicho, no hacerse odiar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVIII

De qué modo deben guardar los príncipes la fe prometida.

Todo el mundo sabe cuán laudable es que el príncipe prefiera siempre la lealtad á la falacia; sin embargo, la experiencia de nuestros tiempos prueba que príncipes á quienes se ha visto hacer grandes cosas, tuvieron poco en cuenta la fe jurada, procurando atentamente engañar á los hombres y consiguiendo al fin dominar á los que en su lealtad fiaban.

Sépase que hay dos maneras de combatir, una con las leyes y otra con la fuerza. La primera es propia de los hombres, y la segunda de los animales; pero como muchas veces no basta la primera, es indispensable acudir á la segunda. De aquí que á los príncipes convenga saber aprovechar estas dos especies de armas. Los antiguos escritores enseñaban esta condición de un modo alegórico, diciendo que Aquiles y muchos otros príncipes de remotos tiempos fueron dados á criar al Centauro Chirón, quien los tenía en su guarda. El darles un preceptor medio hombre, medio bestia, significa la necesidad para el príncipe de saber usar ambas naturalezas, porque una sin otra no es duradera. Obligado el príncipe á saber emplear los procedimientos de los animales, debe preferir los que son propios del león y del zorro, porque el primero no sabe defenderse de las trampas, y el segundo no puede defenderse de los lobos. Se necesita, pues, ser zorro para conocer las trampas, y león para asustar á los lobos. Los que sólo imitan al león, no comprenden bien sus intereses.

No debe, pues, un príncipe ser fiel á su promesa

cuando esta fidelidad le perjudica y han desaparecido las causas que le hicieron prometerla. Si todos los hombres fueran buenos, no lo sería este precepto; pero como son malos y no serán leales contigo, tú tampoco debes serlo con ellos. Jamás faltarán á un príncipe argumentos para disculpar el incumplimiento de sus promesas, de lo cual podrían presentarse infinitos ejemplos modernos y demostrar cuántos compromisos y tratados de paz han dejado de cumplirse por deslealtad de los príncipes, siendo siempre ganancioso el que mejor ha imitado al zorro.

Pero es indispensable saber disfrazar bien las cosas y ser maestro en fingimiento, aunque los hombres son tan cándidos y tan sumisos á las necesidades del momento que, quien engañe, encontrará siempre quien se deje engañar.

De los ejemplos actuales citaré uno. Alejandro VI jamás pensó ni hizo otra cosa que engañar á los demás, ni ha habido quien aseverase con más seriedad, ni quien con mayores juramentos afirmara una promesa, ni menos la cumpliese. Sin embargo, sus engaños le fueron siempre provechosos, porque conocía bien á los hombres.

No necesita un príncipe tener todas las buenas cualidades mencionadas, pero conviene que lo parezca. Hasta me atreveré á decir que, teniéndolas y practicándolas constantemente, son perjudiciales, y pareciendo tenerlas, resultan útiles. Lo será, sin duda, el parecer piadoso, fiel, humano, religioso, íntegro, y aun el serlo; pero con ánimo resuelto á ser lo contrario en caso necesario.

Ningún príncipe, y menos un príncipe nuevo, puede practicar todas las virtudes que dan crédito de buenos á los hombres, necesitando con frecuencia, para conservar su poder, hacer algo contrario á la lealtad, á la

clemencia, á la bondad ó á la religión. Su carácter ha de tener la ductilidad conveniente para plegarse á las condiciones que los cambios de fortuna le impongan, y, segun ya he dicho, mientras pueda ser bueno, no dejar de serlo; pero sí en los casos de imperiosa necesidad. Debe también cuidar el príncipe de que no salga frase de su boca que no esté impregnada en las referidas cinco cualidades, y que en cuanto se le vea y se le oiga parezca piadoso, leal, íntegro, compasivo y religioso. Esta última es la cualidad que conviene más aparentar, pues generalmente los hombres juzgan más por los ojos que por los demás sentidos, y pudiendo ver todos, pocos comprenden bien lo que ven. Todos verán lo que aparentas, pocos sabrán lo que eres, y estos pocos no se atreverán á ponerse en contra de la inmensa mayoría, que tiene de su parte la fuerza oficial del Estado. De las intenciones de los hombres, y más aun de las de los príncipes, como no pueden someterse á apreciación de tribunales, hay que juzgar por los resultados. Cuanto haga un príncipe por conservar su poder y la integridad de sus Estados se considerará honroso y lo alabarán todos, porque el vulgo se deja guiar por las apariencias y sólo juzga por los acontecimientos; y como casi todo el mundo es vulgo, la opinión de los pocos que no forman parte de él sólo se tiene en cuenta cuando falta base á la opinión vulgar.

Algún príncipe de los actuales que no conviene nombrar, predica continuamente paz y lealtad, y no hay mayor enemigo de ambas cosas; tanto que, de haberlas respetado, ya en muchas ocasiones hubiese perdido su reputación y sus Estados.

CAPÍTULO XIX

—

El príncipe debe evitar que se le menosprecie y se le aborrezca.

Después de hablar de cada una de las principales cualidades que debe tener un príncipe, trataré en conjunto y brevemente de las demás antes enumeradas, repitiendo que sobre todo debe evitar hacerse odioso y despreciable. Siempre que lo consiga, ningún daño le ocasionarán defectos de otra índole. Le harán odioso, como ya dije, la rapacidad y los atropellos contra los bienes de sus súbditos y el honor de las mujeres, de lo cual debe abstenerse. Siempre que respete los bienes y el honor de la generalidad de los gobernados, vivirán éstos contentos y sólo tendrá que luchar contra la ambición de unos cuantos, á quienes de varios modos y sin dificultad se les refrena.

También le hace despreciable el ser voluble, ligero, afeminado, pusilánime é irresoluto, defectos de que debe guardarse como de un escollo, procurando que en sus actos se note grandeza, valor, gravedad y fortaleza. En la resolución de los asuntos privados procurará que sus fallos sean irrevocables, conservando su prestigio de modo que nadie se crea capaz de engañarle ó hacerle variar de opinión. El príncipe que así obre logrará justa fama, y contra los que la tienen, difícil es que se conspire y aun más difícil atacarle cuando se sabe que es excelente y querido de sus súbditos.

El príncipe debe temer siempre dificultades de dos clases, interiores unas y exteriores otras; relativas á sus súbditos y referentes á los potentados extranjeros. De estos últimos podrá defenderse con buenas tropas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clemencia, á la bondad ó á la religión. Su carácter ha de tener la ductilidad conveniente para plegarse á las condiciones que los cambios de fortuna le impongan, y, segun ya he dicho, mientras pueda ser bueno, no dejar de serlo; pero sí en los casos de imperiosa necesidad. Debe también cuidar el príncipe de que no salga frase de su boca que no esté impregnada en las referidas cinco cualidades, y que en cuanto se le vea y se le oiga parezca piadoso, leal, íntegro, compasivo y religioso. Esta última es la cualidad que conviene más aparentar, pues generalmente los hombres juzgan más por los ojos que por los demás sentidos, y pudiendo ver todos, pocos comprenden bien lo que ven. Todos verán lo que aparentas, pocos sabrán lo que eres, y estos pocos no se atreverán á ponerse en contra de la inmensa mayoría, que tiene de su parte la fuerza oficial del Estado. De las intenciones de los hombres, y más aun de las de los príncipes, como no pueden someterse á apreciación de tribunales, hay que juzgar por los resultados. Cuanto haga un príncipe por conservar su poder y la integridad de sus Estados se considerará honroso y lo alabarán todos, porque el vulgo se deja guiar por las apariencias y sólo juzga por los acontecimientos; y como casi todo el mundo es vulgo, la opinión de los pocos que no forman parte de él sólo se tiene en cuenta cuando falta base á la opinión vulgar.

Algún príncipe de los actuales que no conviene nombrar, predica continuamente paz y lealtad, y no hay mayor enemigo de ambas cosas; tanto que, de haberlas respetado, ya en muchas ocasiones hubiese perdido su reputación y sus Estados.

CAPÍTULO XIX

—

El príncipe debe evitar que se le menosprecie y se le aborrezca.

Después de hablar de cada una de las principales cualidades que debe tener un príncipe, trataré en conjunto y brevemente de las demás antes enumeradas, repitiendo que sobre todo debe evitar hacerse odioso y despreciable. Siempre que lo consiga, ningún daño le ocasionarán defectos de otra índole. Le harán odioso, como ya dije, la rapacidad y los atropellos contra los bienes de sus súbditos y el honor de las mujeres, de lo cual debe abstenerse. Siempre que respete los bienes y el honor de la generalidad de los gobernados, vivirán éstos contentos y sólo tendrá que luchar contra la ambición de unos cuantos, á quienes de varios modos y sin dificultad se les refrena.

También le hace despreciable el ser voluble, ligero, afeminado, pusilánime é irresoluto, defectos de que debe guardarse como de un escollo, procurando que en sus actos se note grandeza, valor, gravedad y fortaleza. En la resolución de los asuntos privados procurará que sus fallos sean irrevocables, conservando su prestigio de modo que nadie se crea capaz de engañarle ó hacerle variar de opinión. El príncipe que así obre logrará justa fama, y contra los que la tienen, difícil es que se conspire y aun más difícil atacarle cuando se sabe que es excelente y querido de sus súbditos.

El príncipe debe temer siempre dificultades de dos clases, interiores unas y exteriores otras; relativas á sus súbditos y referentes á los potentados extranjeros. De estos últimos podrá defenderse con buenas tropas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y buenas alianzas, y mientras tenga buen ejército tendrá buenos aliados. El orden interior permanecerá inalterable mientras no haya peligros exteriores, salvo el caso de que lo perturbe alguna conjuración. Aun en el de ataque exterior, siempre que esté preparado y dispuesto á la defensa, como antes dije, y no prescinda de las reglas dadas, rechazará el ímpetu del enemigo, como lo rechazó el espartano Nabis.

En cuanto á los asuntos interiores, cuando no existen cuestiones con el extranjero, debe precaverse el príncipe contra los que secretamente conjuran. La mejor precaución consistirá en evitar que le odien y le desprecien, teniendo al pueblo satisfecho de su gobierno, lo cual es indispensable, según ya hemos explicado extensamente. Uno de los más eficaces medios contra las conspiraciones será el de que el pueblo no odie ni desprecie al príncipe; porque siempre cuentan los conjurados con que la muerte de éste satisfaga al pueblo. Si falta base á esta creencia, son los conspiradores más irresolutos, pues en tal caso aumentan las infinitas dificultades de toda conjuración.

La experiencia demuestra que son muchas las conspiraciones y pocas las que realizan su objeto, porque el conjurado no ha de ser solo, ni ha de conspirar sino con los que crea descontentos; y tan pronto como á uno de éstos descubres tu intención, le das pie para contentarse; pues, con denunciarte, puede esperar toda clase de recompensas. Viendo de una parte la ganancia segura y de otra las dudas y los peligros, preciso es que aquel á quien confías tu secreto sea grandísimo amigo tuyo ú obstinado enemigo del príncipe, para que lo guarde.

Reduciendo la cuestión á breves términos, digo que de parte del conjurado está el miedo, los recelos, el temor al castigo que le asusta, y de la del príncipe la majestad del gobierno, las leyes, los amigos y los funcionarios que le defienden. Añadiéndose á estos elementos de defensa el de la popularidad del soberano, imposible es que haya alguno tan temerario que conspire; pues si de ordinario el temor del conspirador es mientras prepara el golpe, en este caso más debe temer después de darlo, pues la indignación del pueblo le privaría de refugio y de medios de salvarse.

De este asunto podría citar infinitos ejemplos, pero sólo presentaré uno que han presenciado nuestros padres. Anníbal Bentivoglio, abuelo del actual Anníbal, era príncipe de Bolonia y fué asesinado por los Canneschi, que conspiraban contra él, quedando como sucesor suyo Juan Bentivoglio, que aun estaba en mantillas. Inmediatamente después de este asesinato se sublevó el pueblo y mató á todos los Canneschi. La popularidad que entonces tenían en Bolonia los Bentivogli produjo este resultado; y el cariño del pueblo era tan grande, que, muerto Anníbal sin dejar quien pudiera sucederle en el gobierno y sabiéndose que vivía en Florencia un hijo natural del príncipe asesinado, y que estaba en casa de un artesano como hijo de éste, vino una comisión de boloñeses á Florencia, lo llevó á Bolonia y le dió el mando de la ciudad, administrándola hasta que Juan Bentivoglio estuvo en edad de encargarse del poder.

Deduzco de esto que el príncipe debe cuidarse poco, cuando sea popular, de las conspiraciones; pero si en vez de afecto inspira odio al pueblo, todas las cosas y todos los súbditos son temibles. Los gobiernos bien organizados y los príncipes sabios atenderán con la mayor diligencia á no desesperar á los nobles y á satisfacer al pueblo, teniéndolo contento. Este es uno de los principales asuntos á que deben dedicarse.

Entre los reinos bien organizados y gobernados actualmente figura el de Francia, donde hay muchas ins-

tituciones buenas que garantizan la libertad y seguridad del Rey. La primera es el Parlamento, con grandes facultades. Conocían los que organizaron el reino la ambición y la audacia de los poderosos y juzgaron necesario establecer algo que las refrenara: por otra parte, sabían la malquerencia del pueblo á los grandes, fundada en el temor que le inspiran, y procuraron dominarla, sin que el cuidado de contener las extralimitaciones de ambas clases estuviera á cargo del Rey, para evitarle disgustos con los grandes, si favorecía al pueblo, y con éste si se inclinaba en favor de los nobles. Al efecto, constituyeron un tercer poder que, sin responsabilidad para el Rey, reprimiera á los poderosos y defendiera á los débiles. Esta organización es excelente, prudentísima y por demás útil para la seguridad del rey y del reino.

De esto se deduce otro precepto, el de que los príncipes deben dejar á cargo de otros la imposición de obligaciones, cargas y castigos, reservándose la concesión de gracias y mercedes.

Repito, pues, que el príncipe debe tratar con consideración á los grandes, pero no procurarse la malquerencia del pueblo. Acaso parezca á algunos que la vida y muerte de muchos emperadores romanos son ejemplos contrarios á mi opinión, pues los hubo entre ellos de excelentes costumbres y gran valor que perdieron el imperio y la existencia á manos de conspiradores. Para responder á esta objeción examinaré las cualidades de algunos emperadores, explicando las causas de su ruina, conformes con las que he aducido anteriormente, y de paso haré algunas consideraciones acerca de hechos y cosas notables de aquellos tiempos.

Hablaré sólo de los emperadores que hubo desde Marco Aurelio, el filósofo, hasta Maximino, á saber: Marco Aurelio, su hijo Cómmodo, Pertinax, Juliano,

Severo, Antonino Caracalla, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino. Primeramente hay que advertir que mientras en los otros principados sólo se lucha contra la ambición de los poderosos y las osadías de los pueblos, los emperadores romanos luchaban además con una tercera dificultad, la de sufrir la crueldad y avaricia de los soldados. Era esto tan difícil, que ocasionó la ruina de muchos de ellos á causa de la imposibilidad de satisfacer á los soldados y á los pueblos; porque éstos aman la tranquilidad, y, por tanto, á los príncipes modestos, y los soldados deseaban príncipes belicosos, insolentes, crueles y rapaces, condiciones que querían ejercitaran contra los pueblos para cobrar doble sueldo y satisfacer su avaricia y crueldad. De aquí procedía que los emperadores á quienes no había dado la naturaleza ó no supieron adquirir las cualidades necesarias para enfrenar á los soldados y á los pueblos, siempre sucumbieron, y la mayoría de ellos, especialmente los que de simples particulares llegaban á ser emperadores, al comprender la dificultad de armonizar los opuestos intereses de la milicia y de la clase popular, satisfacían á los soldados, importándoles poco maltratar á los pueblos. Esta determinación era indispensable porque, no pudiendo librarse los príncipes de que algunos les odien, en su interés está procurar que sean los menos, y, en todo caso, los menos armados. Así, pues, los emperadores que por ser hombres nuevos necesitaban más eficaz apoyo, lo buscaban mejor en los soldados que en los pueblos, cosa que les resultaba útil ó perjudicial, según sabían mantener su reputación con ellos.

Por tales motivos Marco Aurelio, Pertinax y Alejandro, aficionados á la vida modesta, amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanos y benignos, tuvieron, á excepción del primero, triste fin. Sólo Marco

Aurelio vivió y murió honradísimo, porque, llegando al trono imperial por herencia, no tenía que recompensar este favor ni á los soldados ni á los pueblos. Además, la veneración que inspiraban sus muchas virtudes le permitió mantener en justos límites las aspiraciones de pueblos y soldados, no siendo jamás odiado ni despreciado.

Pero Pertinax fué nombrado emperador contra la voluntad de las tropas, quienes, acostumbradas á la licencia bajo el reinado de Cómmodo, no podían sufrir la vida honrada á que deseaba obligarlas el nuevo emperador. Hízose, pues, odioso á los soldados, que además le despreciaban por viejo, y fracasó al empezar su reinado.

Este suceso prueba que la odiosidad se adquiere lo mismo con buenas que con malas obras, y que, como dije antes, cuando un príncipe desea conservar el poder, se ve precisado con frecuencia á no ser bueno, porque si la opinión dominante, sea del pueblo, del ejército ó de la nobleza, opinión que juzgas necesario tener de tu parte para mantener tu autoridad, está corrompida, te convendrá satisfacerla tal y como es, en cuyo caso las buenas obras te serían perjudiciales.

Vengamos á Alejandro, quien fué tan bondadoso que, entre otras alabanzas, se le tributa la de que en los catorce años que gobernó el imperio no hizo morir á ningún condenado. Sin embargo, juzgándole afeminado y hombre que se dejaba gobernar por su madre, cayó en desprecio y los soldados conspiraron contra él y le mataron.

Encontraréis, por lo contrario, al examinar las condiciones de Cómmodo, de Septimio Severo, de Antonino Caracalla y de Maximino, que fueron cruelísimos y rapacísimos, y que, por satisfacer la codicia de los soldados, no perdonaron ninguna de las injurias que contra

los pueblos pueden cometerse. Todos tuvieron mal fin á excepción de Severo, quien supo, por su valor, contar siempre con el afecto de los soldados, y aunque aumentó los gravámenes á los pueblos, reinó felizmente, porque sus excelentes cualidades hacían que le admirasen los ciudadanos y las legiones, aquéllos con verdadero asombro, éstas con la reverencia propia de quienes están satisfechos.

Como los actos de Severo fueron realmente famosos para un príncipe nuevo, cual él lo era, mostraré brevemente cómo supo usar de la astucia del zorro y de la fiereza del león, condiciones que, como ya dije, necesita poseer un príncipe. Conocía Severo la cobardía del emperador Juliano, y persuadió al ejército que mandaba en Sclavonia de que era necesario ir á Roma á vengar el asesinato de Pertinax, muerto por la guardia imperial. Con tal pretexto, y sin mostrar aspiraciones al trono, puso en marcha el ejército hacia Roma, llegando á Italia antes de que se supiera su partida. Cuando estuvo en Roma, el Senado, por miedo, le eligió emperador y mandó matar á Juliano.

Para dominar todo el imperio tenía que vencer Severo dos obstáculos: uno en Asia, donde Pescenio Niger, general del ejército en aquella región, se había hecho proclamar emperador por las legiones, y otro en Occidente, donde estaba Albino ambicionando también la dignidad imperial. Juzgando peligroso combatir al mismo tiempo con ambos, determinó atacar á Niger y engañar á Albino, á quien escribió diciéndole que, proclamado emperador por el Senado, quería compartir con él dicha dignidad. Envióle al efecto el título de César y el acuerdo del Senado nombrándole colega del emperador, cosas ambas que Albino tuvo por ciertas. Pero cuando Severo venció y mató á Niger y pacificó y restableció la tranquilidad en el Oriente, volvió á Roma

y quejóse en el Senado de Albino, de quien dijo que, ingrato á los beneficios recibidos de él, había procurado asesinarle á traición, siéndole preciso ir á castigar su ingratitud. Fué efectivamente en su busca á las Galias, donde le quitó el mando y la vida.

El que estudie detalladamente la historia de este emperador, verá que fué á la vez bravísimo león y astuto zorro, temido y obedecido por todos y no odiado del ejército, y comprenderá cómo, siendo un hombre nuevo, llegó á tener tan gran poder, porque su grandísima fama le defendió siempre de la malquerencia que á los pueblos pudieran inspirar sus exacciones.

Su hijo Antonino Caracalla tuvo también excelentes dotes que al principio le hicieron querido de los pueblos y grato á los soldados, porque era un verdadero militar, sufridísimo en las fatigas de la guerra, desdeñoso de comidas delicadas y de toda molicie, condiciones que le hacían popular en los ejércitos. Pero su cruel ferocidad fué tan grande é inaudita, que después de mandar matar á muchos en distintas ocasiones, hizo morir á gran parte del pueblo de Roma y á todo el de Alejandría, consiguiendo que le odiase todo el mundo y que le temiesen hasta los que le rodeaban, siendo al fin asesinado por un centurión en medio de su ejército.

Este ejemplo demuestra que ningún príncipe puede evitar morir á mano armada, porque quien está resuelto á matarle y no se cuida de su propia vida puede hacerlo; pero estos peligros, por lo raros, son menos temibles. Lo que deben procurar los príncipes es no ofender gravemente á los que le sirven ó auxilian en el gobierno de su principado, como lo hizo Caracalla al mandar matar á un hermano del centurión que le asesinó, al cual, además, amenazaba todos los días teniéndole en su guardia, cosa muy expuesta á que ocurriera lo que sucedió.

Vengamos ahora á Cómmodo que, por haber heredado el imperio de su padre Marco Aurelio, pudo conservarlo fácilmente. Con sólo imitar la conducta de su padre, hubiera satisfecho á los pueblos y á los soldados. Pero siendo de instintos crueles y bestiales, para poder saquear impunemente á los pueblos buscó apoyo en el ejército, permitiéndole la indisciplina. Por otra parte, deshonraba su propia dignidad bajando con frecuencia á la arena del Circo para luchar con los gladiadores, y haciendo otras muchas cosas vilísimas é indignas de la majestad imperial, por lo cual llegó á ser despreciado del ejército y odioso á los pueblos, y murió víctima de una conspiración.

Réstame sólo hablar de las cualidades de Maximino. Fué un gran guerrero, y cansado el ejército de la molicie de Alejandro, de quien antes hablamos, muerto éste, le nombró emperador. No poseyó el imperio largo tiempo, porque le hicieron odioso y despreciable dos cosas: una la bajeza de su origen, pues había sido porquero en Tracia (esto era notorio y le desconsideraba en el concepto público); otra que, tardando mucho en ir á Roma después de nombrado emperador para tomar posesión de la Sede imperial, adquirió fama de extremadamente severo á causa de las crueldades que sus prefectos hicieron en Roma y en otras partes. Indignado todo el mundo por la bajeza de su origen, é inspirando generalmente aversión y miedo por su ferocidad, Africa primero, y el Senado, el pueblo romano y toda Italia después, conspiraron contra él, en cuya conjura tomó parte su propio ejército, que sitiaba á Aquileya. Cansado éste de la duración del asedio, indignado por las crueldades del emperador y temiéndole menos á proporción que aumentaban sus enemigos, le mató.

No hablaré de Heliogábalo, ni de Maximino, ni de Juliano que, por ser completamente despreciables, desaparecieron pronto.

Para terminar este capítulo, diré que á los príncipes de nuestros tiempos no es tan indispensable como á los emperadores romanos tener satisfechos á los soldados, aunque se les deban atenciones fácilmente realizables; porque ninguno de estos príncipes tienen ejércitos con profundas raíces en el gobierno y administración de las provincias, como las tenían los del imperio romano; y aun entonces era preciso satisfacer á las tropas con preferencia á los pueblos, porque aquéllas podían más que éstos; mientras ahora necesitan los príncipes, á excepción de los soberanos de Turquía y Egipto, satisfacer más á los pueblos que al ejército, porque aquéllos pueden más que éste. Exceptúo al sultán de Turquía, que tiene junto á sí doce mil soldados de infantería y quince mil de caballería, porque de estas tropas depende la seguridad y la fuerza de su reino, y necesita conservarlas fieles á costa de cualquier sacrificio que imponga á los pueblos. De igual modo está organizado el reino de Egipto, completamente en manos del ejército, por lo cual el Soldán se ve precisado á satisfacerle por completo, sin consideración ninguna á los pueblos.

Debe advertirse que este reino del Soldán en nada se asemeja á los demás principados, pareciéndose sólo al de la Santa Sede, que no puede llamarse ni hereditario, ni nuevo, porque no suceden en la autoridad los hijos del príncipe muerto, sino el elegido por los que no ejercen la soberanía. Siendo esta organización muy antigua, no puede llamarse principado nuevo, porque no hay en ella ninguna de las dificultades que en éstos se encuentran. Si el príncipe es nuevo, el régimen del Estado es antiquísimo, y está dispuesto para que al elegido se le considere como señor hereditario.

Volviendo á nuestro asunto, digo que quien considere atentamente lo expuesto en este capítulo, verá que la

causa de la ruina de los citados emperadores romanos fué el odio ó el desprecio, y comprenderá que, siendo su respectiva conducta desemejante, á unos condujo á buen fin lo que fué fatal para otros; porque á Pertinax y Alejandro, por ser príncipes nuevos, les fué dañoso querer imitar á Marco Aurelio, que heredó el solio imperial, é igualmente lo fué á Caracalla, Cómmodo y Maximino imitar á Septimio Severo sin tener sus grandes dotes. Por tanto, un príncipe nuevo en un principado no debe copiar de los actos de Severo más que lo preciso para afianzar su autoridad, y de los de Marco Aurelio los que sean convenientes y gloriosos para conservar un Estado que esté ya sólidamente constituído.

CAPÍTULO XX

—

Si las fortalezas y otras muchas cosas que hacen los príncipes son útiles ó perjudiciales.

Para la seguridad de sus Estados unos príncipes han desarmado á sus súbditos; otros, fomentado la discordia entre las poblaciones; otros, procurádose de intento enemigos; otros, trabajado para ganarse la voluntad de los que les parecían sospechosos al principio de su reinado; algunos han construído fortalezas, y otros han destruído las que tenían. Aunque en este asunto no se pueden dar reglas generales, debiéndose tener en cuenta la situación especial en que se encuentra cada Estado donde sea preciso tomar alguna de estas determinaciones, sin embargo, lo trataré en el sentido general que la materia requiere.

Jamás ha ocurrido que un príncipe nuevo desarme á sus súbditos; al contrario, si los encontró desarmados

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

los armó; porque así emplean las armas en tu favor, convirtiéndose en fieles los que eran sospechosos, aumentando la fidelidad de los que ya eran leales, y siendo todos, más que súbditos, partidarios tuyos. No es posible armar á todos los súbditos; pero, obligados al príncipe los que reciben armas, ningún temor les inspirarán los inermes. La misma distinción entre unos y otros es garantía de seguridad, pues los primeros te agradecen la preferencia y los segundos la excusan, suponiendo más mérito en los que se exponen á mayor peligro.

En cambio, cuando les desarmas empiezas á ofenderles, probándoles que desconfías de ellos, ó por cobardes, ó por desleales, y cualquiera de estas dos suposiciones ocasionan malquerencia contra ti. Además, no siendo posible que estés desarmado, acudes á la milicia mercenaria, cuyas condiciones repetidamente hemos dicho, milicia que, aun siendo buena, no lo será tanto que pueda defenderte á la vez de enemigos poderosos y de súbditos de sospechosa fidelidad.

He dicho que los príncipes nuevos procuran siempre armar sus súbditos, y de ejemplos de esta clase está llena la historia. Pero el que conquista un nuevo Estado para unirlo á otro que de antiguo posee, debe desarmar el adquirido, exceptuando solamente á los que, durante la conquista, se hayan declarado en su favor. Aun á éstos conviene debilitarles poco á poco, aprovechando las ocasiones y arreglando las cosas de suerte que la fuerza armada sea únicamente la del antiguo Estado.

Acostumbraban á decir aquellos de nuestros antecesores más reputados por su sabiduría, que era necesario para conservar el dominio de Pistoya fomentar las divisiones entre sus habitantes, y para dominar á Pisa las fortalezas. Conforme á esta doctrina alimentaban

las discordias en las ciudades para sujetarlas más fácilmente; lo cual podía ser bueno en aquellos tiempos por el estado de fluctuación en que se encontraban todas las cosas en Italia; pero no creo que pueda recomendarse hoy como precepto, porque, en mi opinión, las discordias en los pueblos no ocasionan beneficio alguno; al contrario, las ciudades donde haya bandos se perderán inmediatamente que el enemigo se acerque á ellas, porque el partido más débil buscará apoyo en la fuerza enemiga, y el más fuerte no podrá en tal caso contrarrestarla.

Siguiendo, según creo, los venecianos la citada máxima, alimentaban en las ciudades de sus dominios las rivalidades de las facciones güelfa y gibelina, y aunque no les permitían llegar á las manos, procuraban entretener á los ciudadanos con estas discordias para que no pensaran en algo perjudicial á los dominadores. Los hechos, sin embargo, les probaron que nada iban ganando con ello, porque, derrotados en Vaila, uno de los bandos adquirió inmediatamente tal preponderancia, que quitó á Venecia todas sus posesiones de tierra firme.

Arguye, pues, tal política debilidad en el príncipe, pues en un Estado fuerte jamás se permitirán tales divisiones, aprovechables sólo en tiempo de paz, por la facilidad con que, mediante ellas, pueden ser gobernados los súbditos; pero peligrosísimas en el de guerra.

La fama de los príncipes aumenta, sin duda, cuando vencen los obstáculos y las contrariedades que se les crean, y por ello la fortuna, cuando quiere dar reputación á un príncipe nuevo, por necesitarla más que uno hereditario, le crea enemigos y le obliga á luchar con ellos, á fin de que tenga ocasión de vencerlos, y subir por la misma escala que ponen á su disposición sus adversarios al más alto grado del poder. Por esto creen

muchos que un príncipe sabio, siempre que la ocasión sea propicia, debe procurarse astutamente algunos enemigos para aumentar su crédito y grandeza, venciéndolos.

Los príncipes, especialmente los nuevos, suelen encontrar más fidelidad y mayor celo en los que, al comenzar el reinado, son tenidos por sospechosos, que en aquellos que les inspiraban mayor confianza. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, prefería para regir su Estado á los que le habían sido sospechosos. Pero es difícil dar reglas generales en un asunto que varía según las circunstancias; sólo diré que los hombres enemigos del príncipe, al empezar un reinado, si no pueden vivir sin su apoyo, con grandísima facilidad podrá ganarlos, sirviéndole con tanta mayor fidelidad cuanto más comprendan la precisión de borrar con sus actos la desconfianza que inspiraban. De esta suerte sacará de ellos el príncipe mayor utilidad que de aquellos en quienes haya tenido siempre gran confianza, y que, por lo mismo, se cuiden poco de su servicio.

Porque la materia lo requiere, no olvidaré recordar á los príncipes que se apoderan de un Estado nuevo, mediante el apoyo de algunos de sus habitantes, que estudie bien los motivos impulsores de los que le han hecho este favor, y si no consistieran en afecto natural, sino en su disgusto por el régimen imperante en el Estado, difícilmente podrá conservar su amistad, porque es casi imposible que les satisfaga. Teniendo en cuenta numerosos ejemplos antiguos y modernos, resulta que es mucho más fácil ganarse el afecto de los que estaban satisfechos con el régimen anterior, y, por tanto, eran enemigos del príncipe nuevo, que el de los que, por no contentarse con dicho régimen, se convirtieron en sus secuaces y le ayudaron á la conquista.

Es costumbre de los príncipes, para conservar con

mayor seguridad sus Estados, edificar en ellos fortalezas que sirvan para contener y refrenar á los que intentaran algo contra ellos, y de refugio eficaz en el primer ataque. Alabo el procedimiento, porque se usaba antiguamente; sin embargo, en nuestros días se ha visto á Nicolás Vitelli demoler dos fortalezas en Ciudad del Castillo para asegurar su dominio. Guido de Ubaldo, duque de Urbino, al volver al Ducado de donde le había expulsado César Borja, destruyó hasta los cimientos todas las fortalezas, por creer que sin ellas le sería más difícil perderlo de nuevo. Lo mismo hicieron los Bentivogli al volver á Bolonia. Son, pues, las fortalezas útiles ó no, según los tiempos, y si por una parte te favorecen, por otra te perjudican. La regla que puede darse consiste en que, si el príncipe tiene más miedo á sus pueblos que á los extranjeros, debe edificar fortalezas; pero si teme más á los extranjeros que á sus súbditos, le conviene prescindir de ellas.

A los Sforza ha causado y causará más perjuicio el castillo de Milán, construído por Francisco Sforza, que cuantos desórdenes han ocurrido en aquel Estado. La mejor fortaleza es el afecto de los pueblos, porque por muchas que tengas, no te salvarán si te odian tus súbditos, que nunca faltan á los pueblos, cuando se sublevan, extranjeros que les socorran.

En nuestros tiempos no se sabe que las fortalezas hayan sido útiles á ningún príncipe, si se exceptúa á la condesa de Forlí cuando mataron á su esposo el conde Jerónimo, pues gracias á ella pudo librarse de los sublevados y esperar el socorro de Milán para recobrar su Estado. Sucedió así, porque aquellos momentos no eran propicios para que algún extranjero se atreviera á socorrer al pueblo insurreccionado. Pero de poco le valió después cuando César Borja invadió su condado y el pueblo, que no la quería, se unió al invasor. Antes

y después le hubiera sido de mayor seguridad el cariño del pueblo que la fortaleza.

En resumen: creo dignos de elogio lo mismo los que hacen fortalezas que los que no las hacen, y de censura los que, fiando en ellas, tengan en poco el afecto de los pueblos.

CAPÍTULO XXI

—

Qué debe hacer un príncipe para adquirir buena fama.

Lo que más contribuye á la estimación de un príncipe son las grandes empresas y los extraordinarios ejemplos de su mérito. Tenemos en nuestros tiempos á Fernando, rey de Aragón y actual rey de España, al cual se le puede llamar príncipe nuevo, porque, de monarca de un Estado pequeño, ha llegado á ser, por la fama de sus gloriosas empresas, el primer rey de la cristiandad. Si se consideran sus acciones, veráse que todas son grandísimas y alguna extraordinaria.

Al principio de su reinado conquistó á Granada, y esta empresa fué la base de su poder. Hizo la conquista sin temor ni sospecha de que alguien pudiera impedírsela: distrajo con ella los ánimos de los nobles castellanos, que, pensando en dicha guerra, no intentaban novedades políticas, y mientras tanto el rey iba acrecentando su autoridad á costa de los magnates, sin que éstos se dieran cuenta de ello. Con el dinero de la Iglesia y de los pueblos mantuvo el ejército, y aquella larga guerra sirvió de escuela práctica á sus soldados, que posteriormente le han hecho tan glorioso.

Para poder acometer después mayores empresas, sirviéndose siempre de la religión, cometió la piadosa

crueldad de expoliar y expulsar de España á los judíos; ejemplo rarísimo y verdaderamente admirable. Con igual pretexto invadió el África, realizó la empresa de Italia, y últimamente ha atacado á Francia; ejecutando siempre cosas grandes que tienen constantemente suspensos y admirados los ánimos de sus súbditos, quienes, preocupados con las eventualidades de tales empresas, no les queda tiempo para intentar nada contra el Rey, porque unas á otras se suceden sin interrupción.

También aprovecha al príncipe dar raros y buenos ejemplos en la gobernación interior del principado (como los que se cuentan de Bernabé Visconti, duque de Milán), siempre que se presente ocasión de premiar ó castigar de un modo extraordinario á quien haya ejecutado algún acto digno de singular alabanza ó vituperio, y el premio ó castigo sea de tal índole que deje memoria. Los príncipes procurarán, por consiguiente, que todas sus acciones resulten grandes y famosas.

Merece también aprecio un príncipe cuando es verdadero amigo ó verdadero enemigo, es decir, cuando sin reparo alguno se muestra favorable ó contrario á alguien; determinación mucho más útil que la de permanecer neutral, porque si dos príncipes poderosos, vecinos tuyos, llegan á las manos, hay que tener en cuenta si el vencedor te puede ó no causar daño. En cualquiera de ambos casos te será siempre útil tomar partido por alguno de ellos é intervenir en la guerra, pues en el primero, si permaneces neutral, serás siempre presa del vencedor con satisfacción y alegría del vencido, y sin que puedas alegar razón alguna que justifique tu conducta y que te defienda del conquistador; porque quien vence no quiere amigos sospechosos que dejen de ayudarle en la adversidad, y el que pierde rechazará tu amistad, por no haber querido protegerle con las armas durante la lucha.

Fué Antíoco á Grecia, llamado por los etolios para expulsar á los romanos, y envió embajadores á los aqueos, que eran aliados de Roma, para pedirles que permanecieran neutrales. Por su parte, los romanos les aconsejaban que empuñaran las armas en su favor. Reunidos en asamblea los aqueos y recomendándoles los representantes de Antíoco la neutralidad, respondió el legado romano: «En cuanto á lo que se dice de ser excelente y utilísimo á vuestra nación no mezclaros en nuestra guerra, nada es más perjudicial, pues no tomando partido en ella seréis, sin consideración ni respeto alguno, premio del vencedor.»

Quien no sea tu amigo te aconsejará siempre la neutralidad, y quien lo sea te pedirá la intervención en la lucha. Los príncipes irresolutos, para esquivar el peligro inmediato, prefieren las más veces ser neutrales, y se pierden. Al contrario: cuando te declaras animosamente en favor de uno de los combatientes, si aquel de quien eres aliado vence, aunque sea poderoso y quedes á su discreción, te está obligado y será tu amigo; no siendo los hombres tan indignos que al ejemplo de tu lealtad contesten con la ingratitud de la opresión. Además, las victorias no son jamás tan decisivas que pueda prescindir el vencedor de todo respeto, especialmente á la justicia. Si el auxiliado por tí pierde en la lucha, queda aliado tuyo; mientras él puede te ayuda, y te conviertes en compañero de su fortuna, que puede cambiar.

En el segundo caso, cuando los combatientes son de tal condición que no puede inspirarte temor el que venza, la prudencia aconseja también que te alíes á uno de ellos, porque causarás la ruina del otro con ayuda de quien, si fuera sabio, debería salvarlo, y el vencedor mismo queda igualmente á disposición tuya que, con tu auxilio, de seguro triunfa.

Obsérvese, pues, que ningún príncipe debe aliarse á otro más poderoso para atacar á un tercero, sino en caso de absoluta necesidad, porque, venciendo, queda á su discreción, cosa que todos deben evitar en cuanto les sea posible. Los venecianos se aliaron á Francia contra el duque de Milán, cuando podían prescindir de esta alianza, que fué su ruina. Pero si no se puede evitar, como sucedió á los florentinos en la época en que el Papa y España enviaron sus ejércitos á invadir la Lombardía, debe el príncipe pactar la alianza, por las razones antes expresadas.

No espere ningún Estado tomar en este punto determinación segura, sino muy dudosa, porque en el orden natural de las cosas está que no se procure evitar un inconveniente sin incurrir en otro; pero la prudencia consiste en saberlos distinguir y adoptar como bueno el menos malo.

También debe el príncipe mostrarse amante de la virtud, honrar á los que sobresalen en cualquier arte, alentar á sus conciudadanos á que ejerzan tranquilamente sus profesiones y oficios, lo mismo en el comercio que en la agricultura, y en todas las demás ocupaciones á que los hombres se dedican, para que no se abstengan unos de mejorar sus fincas por temor á que se las quiten, y otros de abrir nuevas vías al comercio por miedo á los impuestos; muy al contrario, premiará á los que tales cosas quieran realizar, y á cuantos por cualquier camino proyecten el engrandecimiento de su ciudad ó de su Estado.

Debe, además, en épocas convenientes del año distraer á los pueblos con fiestas y espectáculos, y como los pobladores de todas las ciudades se dividen en gremios de artes y oficios, cuidará de acudir alguna vez á sus juntas y reuniones y de unirse á ellos, dando ejemplos de bondad y de magnificencia; sin rebajar en nin-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gún caso la dignidad de su rango, que siempre ha de mostrarse en cuantas cosas haga y en cuantos asuntos intervenga.

CAPÍTULO XXII

—

De los secretarios de los príncipes.

No carece de importancia para un príncipe la elección de secretario, que es ó no es bueno, según la prudencia de su señor. Lo que primeramente sirve para formar juicio del príncipe y de su entendimiento, es ver de qué hombres se rodea, y cuando son capaces y fieles se le tiene por sabio, porque supo escogerlos y sabe mantener su fidelidad. Si son de otra manera, el juicio que se forme del príncipe no le favorecerá.

Cuantos conocían á Antonio de Venafro, ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, estimaban á éste como hombre prudentísimo á causa del secretario que había elegido. Porque la comprensión humana es de tres clases: unos disciernen por sí mismos, otros comprenden lo que se les demuestra, y otros no entienden por sí ni por ajena demostración. Los primeros son sobresalientes, los segundos buenos, y los terceros inútiles. Si Pandolfo no pertenecía á la primera clase, necesariamente era de la segunda, porque siempre que uno tenga bastante discernimiento para distinguir el bien del mal que otro haga ó diga, aunque le falte genio, conoce las obras buenas y las malas del ministro, premia las unas y corrige las otras, y, por su parte, el ministro, como no espera poder engañar al príncipe, tiene que portarse bien.

Hay un medio infalible para que el príncipe conozca á su ministro. Cuando le veas pensar más en sí que en

ti, y que en todos sus actos procura su utilidad, no es buen ministro ni puedes fiarte de él, porque quien tiene en sus manos la gobernación de un Estado jamás debe pensar en sí, sino en el príncipe, ni recordar á éste lo que no sea propio de su rango. Por su parte, el príncipe, para conservar al ministro bueno, debe honrarlo, enriquecerlo, hacérselo agradecido á fuerza de concederle honores y cargos, para que la abundancia de dignidades y riquezas ocasione que no desee más, y la de cargos le hagan temer algún cambio, comprendiendo que en este caso no los tendría. Cuando los príncipes y los ministros son de esta índole, pueden confiar unos en otros. En distinto caso, las consecuencias serán siempre para aquéllos y éstos perjudiciales.

CAPÍTULO XXIII

—

Cómo se debe huir de los aduladores.

No prescindiré de un punto importante y de un error en el cual fácilmente incurren los príncipes, si no son prudentísimos y no tienen buena elección. Refiérome á los aduladores, tan abundantes en las cortes; porque tanto complace á los hombres que les elogien y de tal modo se engañan, que difícilmente se defienden de esta peste, y si quieren defenderse corren peligro de ser despreciados. El único modo de evitar las adulaciones consiste en que los hombres comprendan que no te ofenden diciéndote la verdad; sin embargo, cuando todos pueden decírtela, te faltan al respeto. De aquí que el príncipe prudente deba adoptar un término medio eligiendo en sus Estados hombres sabios, quienes únicamente tengan permiso para decirle la verdad y sólo

respecto á lo que él les pregunte. Conviene no obstante que en todo les consulte y oiga su opinión, determinando después lo que considere más provechoso, y portándose con estos consejeros de modo que todos comprendan lo mucho que le agrada la libertad y franqueza de sus consejos, salvo las críticas de las resoluciones tomadas, por tenacidad en la defensa de la opinión propia. Quien obre de otra suerte, ó lo pierden los aduladores ó, por atender distintos pareceres, cambia frecuentemente de opinión, con descrédito de su persona.

A este propósito presentaré un ejemplo moderno. Decía el clérigo Luc, hablando del actual emperador Maximiliano, su señor, que no se aconsejaba de nadie, ni hacía nada conforme á su propio dictamen; camino completamente opuesto al que acabo de indicar. El Emperador es un hombre reservado; á nadie comunica sus proyectos, no pide parecer á nadie; pero como al empezar á realizarlos se descubren y conocen, los que le rodean empiezan también á contradecirlos, y entonces los modifica ó varía. De aquí que lo hecho en un día lo deshace al siguiente, que no se sepa nunca lo que quiere ó proyecta hacer, y que nadie pueda fiar en sus determinaciones.

El príncipe debe aconsejarse siempre; pero cuando el mismo lo desee, y no cuando lo quieran los demás. Le conviene pues, quitar á éstos la afición á darle consejos que no pida; pero al mismo tiempo pedirlos con largueza y oir pacientemente cuanto á sus preguntas contesten, para que la turbación que el respeto impone no impida á alguno expresar sus opiniones.

Hay quienes suponen que tal ó cual príncipe goza fama de prudente, no por serlo, sino merced á los buenos consejos de los que le rodean; pero, sin duda, se engañan por ser regla sin excepción que, si el príncipe no es inteligente, no puede ser bien aconsejado, salvo

que la suerte le ponga en manos de un hombre prudentísimo que en realidad gobierne en su nombre. En tal caso el reino estará bien gobernado, pero al príncipe no le durará, porque al poco tiempo le será usurpado por el gobernador. El príncipe que no sea sabio, si se aconseja de varios, ni tendrá consejos uniformes, ni sabrá conciliarlos: cada consejero opinará con arreglo á su particular conveniencia, y no podrá distinguir las opiniones aceptables de las que merecen enmienda. Por precisión sucederá así, pues los hombres siempre serán malos si la necesidad no les obliga á ser buenos.

En conclusión: conviene que los buenos consejos, procedan de quien procedan, resulten originales de la prudencia del príncipe, y no que ésta parezca ser resultado de buenos consejos.

CAPÍTULO XXIV

—

Por qué los príncipes de Italia han perdido sus Estados.

Bien observadas las precedentes reglas, harán que un príncipe nuevo reine en sus Estados con tanta seguridad como si los tuviese por herencia; porque sus actos son mucho más observados que los de uno hereditario, y cuando los súbditos los ven virtuosos, no se atreven contra el soberano; al contrario, les inspira mayor afecto que el príncipe por derecho de sucesión, pues les preocupan mucho más las cosas presentes que las pasadas, y si las presentes son buenas, las aplauden y no buscan variaciones, acudiendo á la defensa del príncipe, mientras observe tan recomendable conducta. De esta suerte logrará la duplicada gloria de fundar una nueva nación, organizándola con nuevas leyes, nuevo

ejército, buenos aliados y buenos ejemplos; como es duplicada la vergüenza del que, siendo príncipe de nacimiento, por su escasa prudencia pierde la soberanía.

Bien examinada la conducta de los señores que en nuestros tiempos han perdido en Italia sus Estados, el rey de Nápoles, el duque de Milán y otros, veráse primeramente que todos han cometido el mismo error respecto al ejército, por los motivos que ampliamente hemos explicado, y además que algunos se habían enemistado con sus pueblos ó, siéndoles éstos fieles, no supieron contener la ambición de los poderosos; porque sin tales faltas no se pierden Estados tan poderosos que pueden mantener un ejército en campaña.

Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro Magno, sino el que fué vencido por Tito Quintio, poseía un Estado poco considerable comparado con la grandeza de Roma y de Grecia. Le atacaron los romanos y los griegos, pero era un buen militar; sabía atraerse el afecto del pueblo y dominar á los nobles, y pudo, por tanto, mantener la guerra muchos años contra griegos y romanos. Si al fin perdió algunas ciudades, quedóle el reino. Pero nuestros príncipes, poseedores durante largos años de sus principados, no deben culpar de haberlos perdido á su mala fortuna, sino á su falta de previsión; porque no habiendo pensado, durante la paz, en los cambios que pudieran ocurrir (por ser común defecto en los hombres no cuidarse en la bonanza de la tempestad), cuando llegaron las adversidades, huyeron en vez de defenderse, esperando que los pueblos, fatigados por la insolencia de los vencedores, les volverían á llamar; buena determinación, sin duda, cuando no hay otra; aunque siempre es muy malo dejar, por éste, los demás remedios; que nunca conviene dejarse caer con la esperanza de que otro nos levantará, lo cual no sucede siempre, ó si ocurre, es expuesto para el caído,

por no serle honrosa la defensa que él no hace. La única buena, segura y duradera, es la que depende de ti y de tu valor.

CAPÍTULO XXV

De lo que influye la fortuna en las cosas humanas y del modo de contrarrestarla, siendo adversa.

Muchos han creído y creen todavía que las cosas de este mundo las dirigen la fortuna y Dios, sin ser dado á la prudencia de los hombres hacer que varíen, ni haber para ellas remedio alguno; de suerte que, siendo inútil preocuparse por lo que ha de suceder, lo mejor es abandonarse á la suerte. En nuestra época han acreditado esta opinión los grandes cambios que se han visto y se ven todos los días, superiores á toda humana previsión. Meditando en ellos me han hecho á veces inclinarme algo en favor de esta creencia; sin embargo, como nuestro libre arbitrio existe, creo que de la fortuna dependa la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja dirigir la otra mitad ó algo menos.

Comparo aquélla con un río de rápida corriente que, cuando sale de madre, inunda la llanura, derriba árboles y casas, arranca terrenos de un sitio y los lleva á otro. Del ímpetu de sus aguas huye todo el mundo, todo cede á su empuje incontrastable, pero esto no impide que al volver á su cauce, los hombres construyan diques y calzadas para precaver, en otras crecidas, las inundaciones y los estragos.

De igual suerte la fortuna demuestra su poder cuando no hay fuerza ordenada que la resista, y con mayor ímpetu donde se sabe que no hay reparo alguno para

contrarrestarla. Echando una mirada á Italia, teatro de tantos trastornos por ella misma provocados, se ve que es tierra sin reparos ni defensas, y que si tuviera los convenientes diques, como Alemania, España y Francia, la inundación no hubiese causado tan grandes variaciones y acaso no habría ocurrido.

Como regla general, es bastante lo dicho para contrarrestar la mala fortuna. Viniendo á los casos particulares, digo que no es raro ver hoy día pasar un príncipe de la prosperidad á la desgracia, sin mudanza alguna en su carácter y fortuna, lo que á mi juicio depende primero de los motivos antes mencionados, es decir, de que fiando el príncipe únicamente en su fortuna, se arruina cuando aquélla varía. En mi sentir prospera todo el que procede conforme á la condición de los tiempos, y se pierde el que hace lo contrario. Porque se ve á los hombres proceder de muy diverso modo para alcanzar el fin de sus deseos, la gloria y la fortuna; unos con discernimiento, otros sin meditación; unos apelando á la violencia, otros á la astucia; éstos con calma, aquéllos con impaciencia, y por tan diversos caminos se puede lograr. Suele verse también que de dos que siguen la misma vía, uno consigue su objeto, y el otro no; y que uno con calma y arrebatadamente otro, alcanzan de igual modo su propósito; esto depende de que acomoden ó no sus procedimientos á la condición de los tiempos. De aquí nace, como he dicho, que dos, obrando de distinto modo, logren igual fin, y de dos que hagan lo mismo, uno consiga su propósito y el otro no; de aquí también resultan las variaciones del éxito, porque hay tiempos en que las precauciones y la prudencia son buenas, y al príncipe que usa de ellas le aprovechan; pero si los tiempos cambian y él no varía de conducta, se arruina.

Ningún hombre, por prudente que sea, sabe acomodarse á estas variaciones, bien porque no pueda prescindir de sus naturales inclinaciones, bien porque, habiéndole sido siempre provechoso un procedimiento, no se convenza de que le conviene abandonarlo. Además, el calmoso y reflexivo, cuando importa obrar con presteza, no sabe hacerlo y se pierde. Si se pudiera cambiar de naturaleza como cambian los tiempos y las cosas, no se variaría de fortuna.

El Papa Julio II procedió siempre impetuosamente y fueron los tiempos y las cosas tan adecuados para esta conducta, que todo le salió bien. Véase si no su primera empresa, la que hizo contra Bolonia en vida de Juan Bentivoglio. No satisfacía á los venecianos; los reyes de España y Francia discutían su oportunidad; pero el Papa, con su acostumbrada energía, emprendió personalmente la expedición, cosa que contuvo á España y á los venecianos, á éstos por miedo y á España por el deseo de apoderarse de todo el reino de Nápoles. Además hizo que le ayudara el rey de Francia, quien, en vista de la determinación del Papa, y deseoso de conservar su amistad para humillar á los venecianos, creyó que no podía negarle el apoyo de sus armas sin inferirle grave ofensa.

Realizó, pues, el Papa Julio, con su impetuoso carácter, lo que ningún otro Pontífice con toda la prudencia humana hubiera conseguido, porque si esperara, para salir de Roma, á que todo estuviera bien ordenado y dispuesto, como hubiese hecho cualquier otro Papa, la empresa seguramente fracasara; pues el rey de Francia habría alegado mil excusas y los otros le hubieran puesto mil inconvenientes.

No hablaré de los demás actos de Julio II. Todos son idénticos y todos tuvieron buen éxito, impidiéndole la brevedad de la vida conocer la inconstancia de la fortuna; pues si llegan tiempos en que hubiera sido ne-

cesario proceder con reflexión y calma, su ruina era segura, á causa de no variar los procedimientos á que su carácter le inclinaba.

En conclusión: variando la fortuna, y empeñados los hombres en no cambiar de conducta, prosperan mientras los tiempos están de acuerdo con ésta y, en faltando dicha conformidad, se arruinan. Entiendo que es mejor ser atrevido que circunspecto, porque la fortuna es mujer y, para tenerla dominada, es preciso tratarla sin miramiento, demostrando la experiencia que la vence quien la obliga, no quien la respeta. Como mujer, es siempre amiga de la juventud, porque los jóvenes son con ella menos considerados, más vehementes y más audaces.

CAPÍTULO XXVI

—

Exhortación para librar á Italia de los bárbaros.

Meditando en cuanto he dicho y discurriendo si los tiempos actuales son á propósito para que un príncipe nuevo, prudente y virtuoso estableciera nuevas instituciones, honrosas para él y buenas para la generalidad de los hombres, entiendo que concurren tantas cosas en favor de esta excelente empresa, que difícilmente podrá realizarse en época más oportuna. Y si era necesario, como antes dije, para apreciar las dotes de Moisés que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto; para conocer la grandeza de ánimo de Cyro que los medos oprimieran á los persas, y para estimar las excelentes condiciones de Teseo, la dispersión en que estaban los atenienses; así al presente para aquilatar el valor de un genio italiano era indispensable que Italia

llegase á la triste situación en que hoy se encuentra, siendo más esclava que los hebreos, más sierva que los persas, estando más dispersos sus habitantes que los atenienses; sin jefe, sin organización, batida, saqueada, destrozada, pisoteada, sufriendo toda clase de calamidades. Y aunque al principio pudo esperarse que alguno estaba destinado por Dios para su redención, vióse después que en la mitad de su camino le abandonaba la fortuna, de modo que, casi exánime, espera quien la cure las heridas, ponga término á los saqueos y robos de Lombardía, Nápoles y Toscana, y la libre de las plagas que ha tanto tiempo sufre.

Contémplese á esta desdichada Italia rogando á Dios que le envíe alguno capaz de redimirla de la cruel insolencia de los bárbaros. Véasela resuelta á seguir una bandera con tal que haya quien la enarbole.

Pero de nadie más que de vuestra ilustre Casa, tan favorecida por Dios y por la Iglesia, cuya dirección tiene ahora en sus manos, y que posee las virtudes y sabiduría indispensables para las grandes empresas, puede esperar Italia su redención. No le será difícil lograrla estudiando la vida y acciones de los grandes hombres citados, porque si estos hombres extraordinarios no aparecieron con frecuencia, al fin fueron hombres, y cualquiera de ellos tuvo ocasión menos propicia que la actual. No ha habido nunca empresa más justa ni más fácil, ni á nadie como á Vos ha protegido Dios. Toda guerra es justa cuando es necesaria, y es legítima la apelación á las armas cuando éstas son el postrer recurso de un pueblo. Las circunstancias son por demás favorables, y cuando la ocasión es oportuna, la dificultad no es grande, siempre que se sigan los ejemplos que, para tales casos, he citado. Además, se han visto las extraordinarias señales con que Dios expresa su voluntad: al mar dividir sus aguas, á una nube indicar el

camino, brotar agua de una roca y caer maná del cielo. Todo concurre á vuestra grandeza; lo demás, á vos toca hacerlo. Dios no quiere ejecutarlo todo, para dejar á nuestro libre arbitrio la parte de gloria que nos corresponde.

No es de admirar que alguno de los italianos antes citados no haya podido realizar lo que debe esperarse de vuestra ilustre Casa. Si en tantas revoluciones y en tantas guerras como ha sufrido Italia parece aniquilado el valor militar de los italianos, es porque la organización de los ejércitos antiguos no era buena y ninguno ha sabido reformarla. Lo que más fama da á un príncipe nuevo son las leyes é instituciones que establece. Cuando están bien fundadas y responden á grandes necesidades, le hacen digno de toda consideración y respeto; y no faltan cosas que reformar en Italia, porque si la masa de la nación es vigorosa, carece de buenos jefes. En desafíos y en contiendas y debates entre pocos la superioridad de los italianos en fuerza, destreza é ingenio es notoria; pero, formando ejércitos, para poco ó nada sirven, lo cual es culpa de los jefes. Los generales que saben su profesión, y todos creen saberla, son desobedientes, salvo el caso de aparecer alguno tan famoso por su valor y fortuna que los demás se crean obligados á obedecerle. De aquí que, en tantas guerras habidas en Italia durante los últimos veinte años, los ejércitos formados exclusivamente de italianos siempre han probado mal. Así lo demuestran primero la batalla del Taro; después las de Alejandría, Capua, Génova, Vaila, Bolonia y Mestri.

Si, pues, vuestra ilustre Casa quiere seguir las huellas de los hombres célebres que redimieron su patria, le es ante todo indispensable organizar un ejército nacional que sea sólido fundamento para cualquier empresa, porque no es posible que haya mejores ni más

fieles soldados; con la particularidad de que siendo cada uno de ellos bueno, todos juntos serán excelentes cuando vean que los manda, mantiene y recompensa su príncipe.

Es, pues, indispensable organizar ejércitos de esta clase para que el valor italiano luche contra los extranjeros; pues aunque la infantería suiza y la española tienen fama de incontrastables, sin embargo, en ambas hay defectos, y otra mejor organizada no sólo podría luchar con ellas, sino luchar con ventaja; porque los españoles no pueden resistir el choque de la caballería y los suizos temen á otra infantería que sea tan tenaz como ellos en la lucha. Así se ha visto y se verá por experiencia que los españoles no resisten el ímpetu de la caballería francesa y que los suizos son derrotados por la infantería española. Aunque de esto último no se tenga completa experiencia, lo indica un dato tomado de la batalla de Ravena, donde la infantería española combatió con la alemana, organizada de igual modo que los suizos. Aprovechando los españoles la agilidad de sus cuerpos y sus broqueles, penetraron entre las filas de los alemanes, y seguros estaban de acabar con ellos, sin que éstos pudieran remediarlo, á no librarles el ataque de la caballería francesa, que contuvo á la infantería española.

Conocidos los defectos de las dos organizaciones de infantería antes citadas, puede establecerse una nueva que resista á los caballos y no tema á los infantes, sin que esto se deba al empleo de nuevas armas, sino á la mejor organización. Reformas de tal índole son las que aumentan la fama y grandeza de un príncipe nuevo.

No debe perdonarse esta ocasión de que Italia, al cabo de tanto tiempo, vea aparecer su redentor. Imposible me es decir con cuánto amor, con cuánta efusión le recibirán en todas las provincias que han sufrido las

irrupciones extranjeras; cuánta será su sed de venganza, cuán obstinada su fidelidad, cuán abundantes sus lágrimas de agradecimiento. ¿Qué puerta se le cerrará? ¿Qué pueblo le negará la obediencia? ¿Qué envidioso le opondrá dificultades? ¿Que italiano rehusará obedecerle?

A todos hiede esta dominación de los bárbaros. Acometa, pues, vuestra ilustre Casa esta empresa con el ánimo y la esperanza con que se emprenden todas las que son justas, á fin de que á la sombra de su bandera se ennoblezca nuestra patria, y bajo sus auspicios se realice aquel dicho de Petrarca:

Virtu contra furore
Prenderà l'arme; e fia 'l combatter corto:
Che l'antico valore
Negl' italici cor non è ancor morto.

FIN DE «EL PRÍNCIPE»

EL ARTE DE LA GUERRA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

irrupciones extranjeras; cuánta será su sed de venganza, cuán obstinada su fidelidad, cuán abundantes sus lágrimas de agradecimiento. ¿Qué puerta se le cerrará? ¿Qué pueblo le negará la obediencia? ¿Qué envidioso le opondrá dificultades? ¿Que italiano rehusará obedecerle?

A todos hiede esta dominación de los bárbaros. Acometa, pues, vuestra ilustre Casa esta empresa con el ánimo y la esperanza con que se emprenden todas las que son justas, á fin de que á la sombra de su bandera se ennoblezca nuestra patria, y bajo sus auspicios se realice aquel dicho de Petrarca:

Virtu contra furore
Prenderà l'arme; e fia 'l combatter corto:
Che l'antico valore
Negl' italici cor non è ancor morto.

FIN DE «EL PRÍNCIPE»

EL ARTE DE LA GUERRA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL ARTE DE LA GUERRA

PRÓLOGO

DE

NICOLÁS MAQUIAVELO

ciudadano y secretario florentino,

Á

LORENZO STROZZI

patricio florentino.

Han opinado, Lorenzo, y opinan muchos, que no hay nada tan desemejante, y que tanto difiera como la vida civil y la militar; y se ve con frecuencia á los que se dedican al ejercicio de las armas cambiar inmediatamente de traje, usos, costumbres y hasta de voz y de aspecto, por parecerle que no cuadran bien los modales del paisano á quien está pronto y dispuesto á cometer todo género de violencias: ni en rigor convienen los hábitos y costumbres civiles á quienes los juzgan afeminados é impropios de su profesión, como tampoco que muestren la presencia y lenguaje ordinarios los que, con las barbas y los juramentos, quieren intimidar á los demás hombres. Lo que ocurre en nuestros días justifica esta opinión; pero examinadas las instituciones antiguas, no se encontrarán cosas más unidas, más conformes y que se estimen tanto entre si como estas dos profesiones; porque cuanto se establece para el bien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
VALERE FLAMMA VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AL LECTOR

Creo conveniente, para que el lector comprenda el orden de los batallones, de los ejércitos y de los campamentos, conforme á las explicaciones de esta obra, presentar algunos planos, y para su más fácil inteligencia pongo aquí los signos demostrativos de la infantería, la caballería y los demás elementos componentes de un ejército.

o	significa	Infantería con escudo
n	»	Infantería con pica.
x	»	Decuriones con pica.
y	»	Decuriones con escudo.
v	»	Vélites ordinarios.
u	»	Vélites extraordinarios.
C	»	Centuriones.
T	»	Condestables ó jefes de batallón.
D	»	Cabos ó jefes de brigada.
A	»	General en jefe.
S	»	La música.
Z	»	La bandera.
r	»	Hombres de armas.
e	»	Caballería ligera.
O	»	Artillería.

LIBRO PRIMERO

SUMARIO

Elogio de Cosme Rucellai.—Sus célebres jardines.—Los antiguos, y especialmente los romanos, son dignos de imitación más en las cosas rudas que en las delicadas.—Los soldados de oficio y las compañías de aventureros son indignos y peligrosos para la libertad de los Estados.—Ejemplo de Francisco Sforza y de su padre.—En las repúblicas y en los reinos bien organizados no se permite el ejercicio de las armas como única profesión.—Así sucedió en Roma antes de los Gracos; después la milicia se convirtió en oficio é instrumento de tiranía.—Los ejércitos permanentes, no sólo son perjudiciales á las repúblicas, sino también á los reinos.—Los ejércitos pretorianos fueron la ruina del imperio romano.—Inconvenientes de tener hombres de armas en tiempo de paz.—Desaprobación de tomar á sueldo capitanes extranjeros.—Elección de los soldados; deben ser hombres de la propia nacionalidad.—Defectos de los voluntarios extranjeros.—Los soldados de infantería deben elegirse entre los campesinos y los de caballería entre los habitantes de las ciudades.—A qué edad deben entrar al servicio.—Defensa de las milicias nacionales.—Los venecianos y el rey de Francia toman á sueldo tropas extranjeras y de aquí su debilidad.—Pueden ser buenos soldados hombres de todos los oficios y condiciones.—Deben ser ágiles, fuertes y acostumbrados á las fatigas.—Procedimiento de los cónsules romanos para elegir las tropas que formaban las legiones.—Es preferible la milicia numerosa á la escasa.—Qué debe hacerse para que no ocasione confusión y desorden en el país.—Elección de hombres para la caballería.

Creo permitido alabar á un hombre después de muerto sin que en la alabanza haya motivo ni sospecha de adulación, y por ello no titubeo en elogiar á nuestro Cos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me Rucellai, cuyo recuerdo me hace siempre verter lágrimas. Poseía cuantas dotes puede desear un buen amigo de sus amigos y la patria de sus hijos, porque no tuvo cosa suya, incluso la vida, que no pusiera voluntariamente á disposición de sus amigos, ni creo temiera acometer empresa alguna, por atrevida que fuese, si comprendía que era útil á su patria.

Confieso ingenuamente no haber encontrado entre tantos hombres como he conocido y tratado ninguno tan entusiasta por los grandes hechos y los actos magníficos. El único pesar que, al morir, expresaba á sus amigos, era el de haber nacido para perder la vida joven aún, dentro de su casa, sin gloria, sin haber podido, como deseaba, prestar algún notable servicio y sabiendo que sólo podría decirse de él: «ha muerto un buen amigo.» Esto no quita para que yo y algunos que como yo le conocían, podamos dar fe, si no de obras que no pudo ejecutar, de sus brillantes cualidades.

No le fué ciertamente la fortuna tan enemiga que le impidiera dejar algún pequeño recuerdo de la agudeza de su ingenio, bien demostrada en algunos escritos suyos, entre ellos varias poesías eróticas, composiciones que entretuvieron su juventud, no por estar enamorado, sino por ocupar el tiempo, hasta que la fortuna alentara su espíritu á más elevados pensamientos. Nótanse en estos escritos la feliz expresión de las ideas y la fama que hubiese adquirido como poeta, si la poesía fuera el definitivo objeto de sus estudios.

Privado por la muerte de tan querido amigo, el único consuelo que para mí tiene esta desgracia es conservar su memoria recordando sus actos, la agudeza de sus dichos ó la solidez de sus razonamientos. Lo más reciente que puedo citar de él es la discusión que mantuvo con el señor Fabricio Colonna no ha mucho tiempo, dentro de sus jardines, en la cual, Colonna trató ampliamente de cosas de guerra, preguntándole de ellas Cosme con gran tino y prudencia. Yo y otros amigos presenciamos la conversación, y voy á narrarla para que éstos recuerden nuevamente el talento y las virtudes de Cosme, y los que no asistieron á ella lo lamenten y aprovechen los útiles consejos que, no sólo relativos al arte militar, sino también á la vida civil, dió uno de los hombres más sabios de esta época.

Al volver Fabricio Colonna de Lombardía, donde había estado militando con mucha gloria suya al servicio del rey católico, determinó, al llegar á Florencia, descansar algunos días en esta ciudad, para visitar á su excelencia el Duque y ver á algunos caballeros con quienes tenía antigua amistad.

Ocurrió entonces á Cosme convidarle á su casa, no tanto para mostrarse galante como para hablar con él largamente y oir y aprender las opiniones sobre varios asuntos de un hombre tan autorizado, dedicando un día á razonar sobre las materias que más preocupaban su ánimo.

Aceptada la invitación, acudió Fabricio y le recibió Cosme acompañado de algunos de sus más fieles amigos, entre los cuales estaban Zanobi Buondelmonti, Bautista de la Palla y Luis Alamanni, jóvenes todos y aficionados á los mismos estudios que Rucellai. Sus excelentes dotes no necesitan elogio, porque todos los días y á todas horas las ponen de manifiesto. Fabricio fué honrado con las mayores distinciones que, dada la época y el sitio, se le podían conceder.

Terminada la comida, levantada la mesa, gozados los placeres del festín, que entre hombres grandes y de elevados pensamientos duran poco, siendo el día largo y grande el calor, creyó Cosme á propósito para satisfacer mejor su deseo conducir á los invitados, con excusa de librarse del calor, á la parte más retirada y umbrosa de su jardín. Llegados al sitio y sentados

unos sobre la hierba, que en aquel lugar es fresquísima, otros en sillas puestas á la sombra de corpulentos árboles, elogió Fabricio tan delicioso lugar, mirando á los árboles con suma atención, porque no reconocía algunos de ellos. Comprendiólo Cosme y le dijo: «Os llama la atención no conocer algunos de estos árboles; no os admire, porque son de los que eran más apreciados en la antigüedad que buscados hoy día.» Díjoles su nombre, y que su abuelo Bernardo se había dedicado especialmente á cultivarlos.

«Imaginando estaba lo que me decís, respondió Fabricio, y el sitio y la afición de vuestro abuelo me recuerdan que algunos príncipes del reino de Nápoles la tuvieron también de cultivar estos árboles.» Calló después un momento, como titubeando de si debía proseguir, y añadió después: «Si no temiera ofender, diría mi opinión; y en verdad no lo temo, hablando con amigos, y no para calumniar, sino para discutir las cosas. ¡Cuánto mejor hubieran hecho nuestros antepasados, que en paz estén, procurando la imitación de los antiguos en las cosas rudas y fuertes, que en el lujo y la molicie; en lo que hacían á la luz del sol, que en lo realizado á la sombra, tomando lecciones de la antigüedad verdadera y perfecta, no de la falsa y corrompida! Porque desde que los romanos se aficionaron á los placeres, empezó la ruina de mi patria.»

A lo cual respondió Cosme... Mas para evitar el fastidio de repetir tantas veces *éste dijo, aquél replicó,* pondré solamente los nombres de los interlocutores.

Cosme.—Precisamente os referís al asunto en que yo deseaba oiros, y os ruego que habléis con entera libertad, porque de igual modo os preguntaré, y si en mis preguntas ó respuestas excuso ó acuso á alguno, no será con el propósito de excusar ó acusar, sino para saber de vos la verdad.

Fabricio.—Y yo os diré de muy buen grado cuanto sepa respecto á vuestras preguntas, dejando á vuestro juicio el apreciar si es ó no es cierto. Las escucharé con gusto, porque me serán tan útiles como á vos puedan serlo mis respuestas, pues muchas veces quien sabe interrogar le hace á uno descubrir muchas cosas y recordar muchas otras que, sin las preguntas, no acudirían á la imaginación.

Cosme.—Refiriéndome á lo que antes habéis dicho de que mi abuelo y los vuestros hubieran hecho mejor cuidándose de imitar á los antiguos más en las cosas rudas que en las delicadas, excusaré al mío, y vos cuidaréis de excusar á los vuestros. No creo que hubiera en su tiempo quien detestara más que él la molicie ni amara más la vida austera que alabáis; pero comprendió la imposibilidad para él y sus hijos de practicarla por haber nacido en siglo tan corrompido que, á quien quisiera apartarse de sus costumbres, todos le hubieran infamado y vilipendiado; de igual suerte que se tendría por loco al que, desnudo y al sol en el rigor del verano, se revolcase sobre la arena ó en los meses más fríos del invierno sobre la nieve, como lo hacía Diógenes; ó por ridículo y hasta por fiera á quien, como los espartanos, criase á sus hijos en el campo, haciéndoles dormir al sereno, estar con la cabeza y los pies desnudos y bañarse en agua fría para fortalecerles contra las inclemencias, y para que amaran menos la vida y temieran menos la muerte. Si ahora se viese á alguno alimentarse de legumbres y despreciar el oro, como lo hacía Fabricio, pocos le elogiaran y ninguno le imitara. Así, pues, mi abuelo, temiendo chocar con las actuales costumbres, sólo imitó las antiguas en lo que podía causar menos admiración.

Fabricio.—Lo excusáis muy bien, y seguramente decís la verdad; pero no me refería tanto á las costum-

bres rudas y austeras como á las más humanas y conformes con nuestro actual modo de vivir, que fácilmente pudiera restablecer cualquier ciudadano constituído en autoridad. No me apartaré de mis romanos para citar ejemplos. Quien examine con atención su vida y la organización de su república, verá muchas cosas que pueden revivir en una civilización donde queden algunos elementos sanos.

Cosme.—¿En qué cosas querríais imitar á los antiguos?

Fabricio.—En honrar y premiar á la virtud, no despreciar la pobreza, estimar el régimen y la disciplina militar, obligar á los ciudadanos á amarse unos á otros, y á no vivir divididos en bandos ó partidos; preferir los asuntos públicos á los intereses privados, y en otras cosas semejantes que son compatibles con los actuales tiempos. No es difícil persuadirse de la utilidad de tales reformas, cuando seriamente se piensa en ellas, ni establecerlas apelando á los medios oportunos, porque su utilidad es tan manifiesta que todos los hombres la comprenden. Quien tales cosas hiciera, plantaría árboles á cuya sombra se podría vivir más feliz y contento que en esta que ahora nos defiende de los rayos del sol.

Cosme.—Nada replicaré á lo que acabáis de decir, dejándolo á la consideración de los que fácilmente pueden juzgarlo; y para esclarecer mis dudas, insistiré en preguntaros, ya que acusáis á vuestros contemporáneos de no imitar á los antiguos en las grandes é importantes acciones: ¿por qué censuráis que no les parezcan, y al mismo tiempo en la guerra, que es vuestra profesión y tenéis fama de excelente, nada habéis hecho, que se sepa, para imitar los procedimientos antiguos, ni siquiera asemejarlos?

Fabricio.—Llegáis al punto en que os esperaba, porque mis palabras merecían esa pregunta y la estaba deseando. Podría contestar á vuestra demanda con una fácil excusa; mas para vuestra satisfacción y la mía, y puesto que el tiempo lo permite, trataré detenidamente el asunto. Siempre que los hombres quieren hacer alguna cosa, deben prepararse hábilmente para que, llegada la ocasión, puedan realizarla: cuando las preparaciones se hacen cautamente, no se conocen, y á nadie se puede acusar de negligencia si no ha llegado la oportunidad de ejecutar la empresa; pero, al llegar, descúbrese en seguida si no está bien dispuesto ó si no había pensado en tal cosa. Como yo no he tenido ocasión alguna para demostrar mis propósitos de restablecer la antigua disciplina en la milicia, ni vos, ni nadie pueden culparme de no haberlo hecho. Creo que esto baste para contestar á vuestra pregunta.

Cosme.—Bastaría si estuviese seguro de que la ocasión no se ha presentado.

Fabricio.—Sé que podéis dudarlo, y deseo hablar latamente si tenéis paciencia para escucharme, diciendo cuáles son los preparativos indispensables, cuáles las ocasiones oportunas, cuáles las dificultades que hacen fracasar estos intentos é impiden que la ocasión llegue, y cómo la realización de tales empresas es, aunque parezca contradictorio, facilísima y dificilísima.

Cosme.—No podéis hacer nada más grato para mí y para los que nos acompañan, y si el hablar no os cansa, menos nos cansará oiros. Como el discurso será, sin duda, largo, pido ayuda á mis amigos con vuestra licencia, y ellos y yo os pedimos no llevéis á mal que alguna vez os interrumpamos con preguntas acaso inoportunas.

Fabricio.—Al contrario, celebraré mucho que vos, Cosme, y estos jóvenes me preguntéis cuanto queráis, porque vuestra juventud os aficiona, sin duda, á los

asuntos militares, y esta afición contribuirá á que deis crédito á lo que os diga. Los que tienen ya el cabello blanco y la sangre fría, unos son enemigos de la guerra, y otros incorregibles, por creer que los tiempos y no las malas costumbres son los que obligan á los hombres á vivir como viven. Preguntadme, pues, todos, sin temor alguno. Lo deseo, porque mientras preguntéis yo descanso, y porque quiero no dejar ni sombra de duda en vuestro entendimiento.

Empezaré por lo que me habéis dicho de que, en la guerra, que es mi profesión, no había usado ningún procedimiento antiguo. A esto contestaré que la guerra es un arte con el cual ningún hombre en ningún tiempo puede vivir, como particular, honradamente, correspondiendo ejercitarlo á las repúblicas y á los reinos. Ninguno de éstos, cuando está bien organizado, consiente á sus ciudadanos ó súbditos guerrear por su cuenta, ni ningún hombre de bien ejerció el arte militar como oficio privado. En efecto; no se puede considerar hombre bueno á quien se dedique á una profesión que exige, para serle constantemente útil, la rapiña, el fraude, la violencia y muchas condiciones que necesariamente le hacen malo. Los que tienen por oficio la guerra, grandes ó pequeños, no pueden ser de otra manera, porque la paz les empobrece y arruina. De aquí la necesidad para ellos de impedir la paz ó de adquirir en la guerra los recursos necesarios para vivir en épocas tranquilas. Ninguno de ambos propósitos lo abriga un hombre de bien; porque la necesidad de medios de vida en todo tiempo produce los robos, las violencias, los asesinatos que tales soldados ejecutan, lo mismo contra los enemigos que contra los amigos. Sus jefes, por no querer la paz, procuran por todos los medios alargar las guerras, y si á pesar de ello la paz se ajusta, sucede con frecuencia que, privados de sus sueldos y

de su modo de vivir, descaradamente enarbolan bandera de aventureros y saquean sin piedad algunas provincias.

¿No recordáis cuando habiendo quedado sin sueldo muchos soldados en Italia por la terminación de las guerras, formaron partidas que se llamaron compañías y se dedicaron á saquear pueblos y comarcas sin que nadie lo pudiera impedir? ¿No habéis leído que cuando terminó la guerra entre Cartago y Roma, los soldados cartagineses, á las órdenes de Matho y Spendio, dos jefes tumultuosamente elegidos por ellos, mantuvieron contra Cartago una guerra mucho más peligrosa para sus ciudadanos que la sostenida por éstos contra Roma? En el tiempo de nuestros padres, Francisco Sforza, para poder vivir decorosamente en tiempo de paz, engañó á los milaneses, á cuyo sueldo estaba, les privó de la libertad y llegó á ser su príncipe.

Como éstos han sido todos los demás soldados de Italia que practicaban la milicia por oficio, y si no han llegado todos pérfidamente á ser duques de Milán, sin tan elevadas miras, han cometido las mismas maldades. Sforza, el padre de Francisco, obligó á la reina Juana á echarse en brazos del rey de Aragón, porque repentinamente la abandonó con todas sus tropas, dejándola desarmada en medio de sus enemigos, por el deseo de que le diera más dinero ó de quitarle su reino. Con iguales procedimientos procuró Bracio apoderarse del reino de Nápoles, y lo hubiera conseguido á no ser derrotado y muerto en Aquila. El origen de tales desórdenes es convertir el ejercicio de las armas en una profesión á sueldo. Ya conocéis el proverbio que apoya estas opiniones mías: *La guerra hace al ladrón, y la paz le ahorca.* Porque los que no saben vivir de otro modo, ni encuentran quien les mantenga, ni tienen la virtud de acomodarse á vida pobre, pero honrada, acuden

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

por necesidad á robar en los caminos, y la justicia se ve obligada á ahorcarles.

Cosme.—Presentáis la profesión de las armas casi como despreciable, y yo la había imaginado la más excelente y honrosa; de modo que si no la encontráis mejor, quedaré descontento, porque, siendo verdad lo que decís, ignoro de dónde procede la gloria de César, Pompeyo, Scipión, Marcelo, y tantos otros capitanes romanos á quienes la fama celebra como dioses.

Fabricio.—No he explicado aún todo lo que me había propuesto, que son dos cosas: una, que el hombre de bien no puede tener el ejercicio de las armas como oficio, y otra, que en una república ó un reino bien organizado no se permite á los ciudadanos ó súbditos militar por su cuenta. Ya he dicho cuanto me ocurría de lo primero; réstame hablar de lo segundo, y al hacerlo, responderé á vuestra pregunta. Pompeyo, César y todos los capitanes romanos posteriores á las guerras púnicas lograron fama de valientes, pero no de buenos, y los anteriores á ellos la conquistaron de esforzados y virtuosos, porque éstos no ejercitaron la guerra como su única profesión, y aquéllos sí. Mientras en la república fueron puras las costumbres, ningún ciudadano, por poderoso que fuera, se valió del ejercicio de las armas durante la paz para violar las leyes, expoliar las provincias, ejecutar actos de usurpación y tiranía contra la patria y someterlo todo á su voluntad; ni ninguno, aun de los de más humilde condición, pensó violar los juramentos, unir su suerte á la de personas privadas, no temer al Senado ni contribuir á cualquier acto de tiranía para asegurar en todo tiempo su vida de soldado. Los generales, satisfechos del triunfo, volvían gustosos á la vida privada, y los soldados dejaban las armas con mayor placer que las tomaban, dedicándose á las ocupaciones ordinarias, que aseguraban su

subsistencia, sin que nadie intentara vivir con el oficio de soldado y el producto de las guerras.

Ejemplo evidente de lo que digo es, en cuanto á los ciudadanos poderosos, el de Régulo Attilio que, siendo general del ejército romano en África y teniendo casi vencidos á los cartagineses, pidió permiso al Senado para volver á su casa á cuidar de sus fincas, que estropeababan los labradores. Resulta, pues, más claro que el sol, que si Régulo tuviera el guerrear por oficio y hubiese pensado utilizar esta profesión en su provecho, pudiendo disponer de las riquezas de tantas provincias, no pidiera permiso para volver á cultivar sus haciendas, que en su mano estaba ganar cada día más de lo que pudieran valer éstas.

Pero como los hombres buenos que no tienen la guerra por oficio tampoco quieren de ella más que los trabajos, los peligros y la gloria, cuando su ambición de vencer está satisfecha, desean volver á su casa y dedicarse á sus habituales ocupaciones. Lo mismo que los capitanes hacían, según parece, los soldados, quienes voluntariamente dejaban el servicio de las armas; de suerte que, si no estaban en campaña, deseaban ir á ella, y, si estaban, ser licenciados.

Esto sucedía en muchas ocasiones, y se comprende, viendo que entre los principales privilegios que concedía el pueblo romano á sus ciudadanos, era uno no servir en el ejército contra su voluntad. Resulta, pues, que mientras hubo buen régimen en Roma, esto es, hasta los Gracos, ningún soldado tomó el ejercicio de las armas por oficio, siendo muy pocos los malos, y severamente castigados. En una nación bien organizada se procurará hacer el estudio del arte militar durante la paz, y ejercitarlo en la guerra por necesidad y para adquirir gloria; pero sólo cuando el gobierno lo ordene, como acontecía en Roma. Cualquier otro fin que se

proponga un ciudadano no es bueno, y el Estado en que dominen otros principios carecerá de buen régimen.

Cosme.—Cuanto habéis dicho me satisface por completo, y me agrada también vuestra deducción en lo que toca á las repúblicas; pero no en lo que se refiere á las monarquías, pues creo que los reyes desearán rodearse de personas que profesen exclusivamente el arte de la guerra.

Fabricio.—Al contrario; un reino bien organizado debe evitar á toda costa este orden de cosas, solamente á propósito para corromper al rey y proporcionar agentes á la tiranía. Y no me pongáis por ejemplo ninguno de los reinos actuales, porque negaré que haya alguno bien constituído. Los que tienen buen régimen no dan poder absoluto al rey, sino en el mando de los ejércitos, único caso en que son precisas las determinaciones rápidas y la unidad de acción. En los demás nada puede hacer, sino aconsejado, y los que le aconsejan temerán que tenga á su lado quien en tiempo de paz desee la guerra, por no poder vivir sin ella. Quiero ser en esto un poco más extenso, sin fijarme en un reino perfectamente organizado, sino en cualquiera de los que hoy existen. Aun en éstos el rey debe temer á los que exclusivamente profesan el arte de la guerra. El nervio de los ejércitos es indudablemente la infantería, y si el rey no la organiza de modo que en tiempo de paz vuelvan los soldados contentos á sus casas y á sus ordinarias ocupaciones, necesariamente está perdido, pues la infantería más peligrosa es la formada por gente cuyo oficio es la guerra. Ella obliga á guerrear constantemente, ó exige ser pagada en todo tiempo, ó expone al que la tiene á perder el reino. Estar siempre en guerra no es posible, ni tampoco pagarla siempre; luego por precisión el que se vale de ella corre el riesgo de perder sus Estados. Los romanos, como he dicho, mientras fueron buenos y sabios nunca consintieron que los ciudadanos tuvieran por única ocupación el ejercicio de las armas, no porque no pudiesen mantenerlos en todo tiempo, pues casi constantemente tenían guerras, sino por evitar el daño que causara el oficio de soldado. El tiempo de servicio no variaba, pero sí los hombres; y tenían estas cosas tan bien dispuestas, que el personal de las legiones se renovaba cada quince años. Hacían servir á los hombres en la flor de la edad, de diez y ocho á treinta y cinco años, cuando las piernas, los brazos y los ojos gozan de igual vigor, y no esperaban á que el soldado empezase á menguar en fuerzas y á crecer en malicia, como sucedió en las épocas de corrupción.

Octavio Augusto primero, y después Tiberio, atendiendo más á su poder personal que al bien público, empezaron á desarmar al pueblo romano para dominarlo más fácilmente, y á mantener de continuo los ejércitos en las fronteras del imperio. Por no juzgar bastantes estas medidas para tener sujetos á su voluntad al pueblo y al Senado, organizaron un ejército llamado Pretoriano, acampado siempre junto á los muros de Roma, y dominando esta ciudad como una fortaleza. La facilidad con que se permitió desde entonces á los ciudadanos destinados á los ejércitos dedicarse á la milicia como oficio, produjo la insolencia de los soldados, que tan temible llegó á ser para el Senado y tan dañosa á los emperadores. Consecuencia de ello fué que muchos de estos soldados perecieran en luchas intestinas, que dieran ó quitaran la dignidad imperial á su arbitrio, y que en algunas ocasiones hubiese á la vez varios emperadores nombrados por los diferentes ejércitos, ocasionando primero la división y después la ruina del Imperio.

Debe, pues, el rey, si quiere vivir seguro, formar su infantería con hombres que en tiempo de guerra acudan

de buen grado á pelear, y en el de paz con mayor gusto vuelvan á sus casas, lo cual sucederá siempre que fíen su subsistencia en otra clase de trabajo. Conviene, pues, que, al terminar la lucha, los grandes señores se dediquen á gobernar sus vasallos, los gentiles hombres á cultivar sus propiedades, y los soldados á sus peculiares oficios, y que todos hagan voluntariamente la guerra para obtener la paz y no procuren turbar ésta por conseguir aquélla.

Cosme.—Vuestro razonamiento me parece exacto; pero, contradiciendo lo que yo había pensado hasta ahora, conservo aún algunas dudas, porque veo á bastantes señores y gentiles hombres vivir en la paz con el producto de sus cualidades militares, como muchos iguales á vos, que cobran sueldo de los príncipes ó repúblicas; veo que lo mismo sucede á casi todos los hombres de armas y á muchos soldados que guardan ciudades y fortalezas, y creo, por tanto, que, aun en la paz, encuentran en la profesión de las armas medios de subsistir.

Fabricio.—Paréceme que no opinaréis haya en las épocas pacíficas medios de mantener á cuantos intervienen en la guerra, pues aunque no hubiese en contra de esta opinión otras razones, bastaría para refutarla tener en cuenta el corto número de soldados que se emplean en las guarniciones. ¿Qué proporción hay entre la infantería ocupada en la guerra y la que se dedica á guarniciones? Las mismas ciudades necesitan para su guarda mucha más tropa en tiempo de guerra que en el de paz, y hay que añadir la que en mucho mayor número sale á campaña, innecesaria en las épocas tranquilas. Respecto á las que quedan guardando los Estados, á pesar de ser pocas, el Papa Julio y vosotros los florentinos habéis demostrado á todo el mundo cuánto hay que temer á los que tienen por único

oficio la milicia, pues por su insolencia los quitasteis de vuestras guarniciones, reemplazándolos con suizos, nacidos y educados en el respeto de las leyes y elegidos conforme á las reglas citadas. No digáis, pues, que en la paz hay medios para mantener á todos los militares.

La cuestión de que los hombres de armas conserven todo su sueldo en tiempo de paz, es más difícil de resolver. Sin embargo, bien pensado, la respuesta es fácil, porque el sistema de mantener en estos casos á los hombres de armas no es bueno, sino pernicioso. Tienen por oficio la guerra, y si fueran en gran número en los Estados que los conservan, causarían grandes perturbaciones; pero siendo pocos é imposibilitados de formar ejército ellos solos, les es casi imposible causar perjuicios graves. No obstante, los han producido algunas veces, como ya lo dije hablando de Francisco Sforza, de su padre, y de Bracio de Perusa. Por tanto, la costumbre de mantener hombres de armas no la apruebo, por ser perniciosa y poder ocasionar grandes inconvenientes.

Cosme.—¿Prescindiríais de ellos? Ó, en caso de tenerlos, ¿cómo los tendríais?

Fabricio.—En forma de milicia ciudadana, no conforme á la que tiene el rey de Francia, tan peligrosa y mala como la nuestra, sino semejante á la de los antiguos, que organizaban la caballería con súbditos suyos, y, hecha la paz, enviaban á los soldados á sus casas, á ocuparse en sus oficios, según explicaré detenidamente más adelante. Si ahora esta parte del ejército tiene por oficio la milicia aun en tiempo de paz, es por efecto de la corrupción de las instituciones militares.

En cuanto á los sueldos que me dan y también reciben otros generales, digo que es una costumbre muy perniciosa, y que en una república bien organizada no

deben darse, nombrando los generales entre sus ciudadanos en tiempo de guerra, y licenciándolos en el de paz, para que vuelvan á sus habituales ocupaciones. Tampoco un rey prudente debe dar tales sueldos, ó darlos sólo en premio de grandes hechos, ó en el caso de querer valerse de los servicios de un hombre en la paz y en la guerra. Y ya que me habéis puesto por ejemplo, diré que jamás he ejercido el arte militar como profesión, pues la mía se limita á gobernar mis súbditos y defenderlos, para lo cual debo amar la paz y saber hacer la guerra, estimándome y premiándome mi rey, no sólo por mi competencia en la guerra, sino por lo que le aconsejo en la paz. A ningún rey que sea sabio y prudente y quiera gobernar bien, le conviene tener junto á sí otra clase de personas, porque si son demasiado amantes de la paz ó de la guerra, le harán cometer errores.

Por ahora no me propongo deciros más de este asunto. Si lo dicho no os convence, debéis buscar quien mejor que yo lo haga. Ya habréis empezado á conocer cuán difícil es acomodar los antiguos procedimientos á las guerras actuales; las precauciones que á los hombres prudentes conviene adoptar y las circunstancias que para plantearlos pueden aprovecharse. Comprenderéis más fácilmente estas cosas, si no os molesta mi discurso, al comparar, como voy á hacerlo, algunas de las instituciones antiguas con las modernas.

Cosme.—Si antes de oiros deseábamos hablar de estos asuntos, lo que acabáis de decir redobla, seguramente, nuestro deseo. Muy agradecidos á lo que ya nos habéis enseñado, os rogamos que continuéis.

Fabricio.—Puesto que os place, empezaré tratando esta materia desde el principio, para facilitar su comprensión con amplias explicaciones. El fin que se propone quien hace la guerra, es combatir con toda clase

de enemigos en campo abierto y ganar batallas. Para conseguir esto, es preciso organizar un ejército; y para crear un ejército se necesita encontrar hombres, armarlos, ordenarlos, adiestrarlos, ejercitarlos en grandes y pequeñas agrupaciones, saberlos acampar y enseñarles á resistir al enemigo á pie firme ó caminando. Todo esto constituye el arte de la guerra campal, que es la más necesaria y la más honrosa. A quien sepa vencer al enemigo en una batalla, se le perdonarán los demás errores que cometa en la dirección de la campaña; pero quien no sepa darla, aunque en todo lo demás del ejercicio de las armas sea excelente, no terminará una guerra con honor. Una batalla ganada borra todas las malas operaciones que hayas hecho, y si la pierdes, es inútil todo lo realizado antes de darla.

Como lo primero que se necesita es reunir hombres, hay que empezar por el reclutamiento, que llamaré *elección,* por darle nombre más digno, y conforme al que tenía en la antigüedad. Los que han escrito acerca del arte de la guerra, dicen que deben elegirse hombres de comarcas templadas para que tengan valor y prudencia, porque las cálidas los producen prudentes, pero no valerosos, y las frías animosos, pero imprudentes. Este precepto sería bueno para un rey de todo el mundo, y que, por tanto, pudiera sacar soldados de donde quisiera. La regla de fácil aplicación consiste en que las repúblicas ó los reinos saquen los soldados de su propio país, sea cálido, frío ó templado, porque ejemplos antiquísimos demuestran que en todas partes el ejercicio hace buenos soldados y, donde la naturaleza no los produce, los forma el trabajo que, para esto, vale más que la naturaleza. Si se eligen fuera del país, no deben llamarse elegidos, porque esta palabra significa tomar los mejores de una provincia y poder obligar á ir al ejército á los que quieran y á los que no quieran. No

hay, pues, medio alguno de elegir sino en las comarcas sometidas á tu autoridad, porque de países que no sean tuyos no puedes llevarte á quien quieras, sino aceptar á los que quieran ir contigo.

Cosme.—Sin embargo, entre estos últimos se puede tomar á unos y dejar á otros, y á esto también debe llamarse elección.

Fabricio.—Verdad es en cierto modo lo que decís; pero tened en cuenta los defectos de este género de elección, pues veces ocurre que no lo es. En primer lugar, no son tus súbditos los que se alistan voluntariamente; lejos de ser los mejores, suelen ser los peores de cada provincia, pues los más escandalosos, vagos, desenfrenados, irreligiosos, desobedientes á sus padres, blasfemos, jugadores y llenos de toda clase de vicios, son los que quieren dedicarse al oficio de soldados, y las costumbres de tales hombres no pueden ser más dañosas á una verdadera y buena milicia. Cuando se ofrecen más de los que necesitas, puedes elegir entre ellos; pero siendo la masa mala, la elección no será buena. Muchas veces sucede que los alistados no son tantos como tú necesitas, y te ves obligado á tomarlos todos, en cuyo caso no hay elección posible; lo que haces es asoldar infantería. De esta mala manera se organizan los ejércitos en Italia y en otras partes, excepto en Alemania, porque el alistamiento no se hace por obediencia al príncipe, sino por voluntad del que quiere servir en la milicia. Juzgad ahora si es posible establecer la antigua disciplina en ejércitos formados de esta manera y con tales hombres.

Cosme.—¿Qué convendría hacer en este caso?

Fabricio.—Lo que ya he dicho, elegir los soldados entre los súbditos y por virtud del mandato del príncipe.

Cosme.—Y en los así elegidos, ¿podría establecerse la antigua disciplina?

Fabricio.—Bien sabéis que sí, cuando quien los mande sea su príncipe ó señor, tratándose de una monarquía, ó un ciudadano nombrado general, si es en una república. De otra suerte, es muy difícil hacer algo provechoso.

Cosme.—¿Por qué?

Fabricio.—Os lo diré oportunamente. Conste por ahora que no hay otro procedimiento para organizar bien un ejército.

Cosme.—Debiendo hacerse la elección para la milicia en el propio país, ¿dónde será mejor ejecutarla, en las ciudades ó en los campos?

Fabricio.—Cuantos han escrito de estas materias dicen ser mejor hacerla en los campos, porque los campesinos están avezados á las fatigas y á las inclemencias del tiempo, acostumbrados á vivir al sol y no á la sombra, á manejar el hierro, cavar un foso, llevar peso, y ser en general menos inclinados á la astucia y á la malicia. Mi opinión es que, habiendo dos clases de soldados, unos á pie y otros á caballo, los primeros deben ser elegidos en los campos, y los segundos en las ciudades.

Cosme.—¿De qué edad los reclutaréis?

Fabricio.—Según los casos. Para organizar un ejército donde no lo haya, es preciso reclutar á todos los hombres aptos y en edad para ser soldados, á fin de poderlos instruir como diré más adelante; pero haciendo la elección donde hay ya ejército organizado, y sólo para el reemplazo, los tomaría de diez y siete años, pues los de mayor edad estarán ya reclutados.

Cosme.—¿Queréis, pues, una organización semejante á la que tenemos los florentinos?

Fabricio.—Justamente. Pero armada, mandada, ejercitada y ordenada como no sé si lo está entre vosotros.

Cosme.—¿Luego elogiais nuestra organización militar?

Fabricio.—¿Por qué he de censurarla?

Cosme.—Pues muchos sabios la han censurado.

Fabricio.—Lo que decís de que los sabios censuran vuestra organización militar, es contradictorio. Se puede tener reputación de sabio y equivocarse.

Cosme.—Los deplorables resultados que dió siempre nos ha hecho formar esa mala opinión.

Fabricio.—Cuidad no sea la falta vuestra en vez de ser suya. Acaso lo sepáis antes de terminar nuestra conversación.

Cosme.—Tendré mucho gusto en ello. Pero antes os diré de qué la acusan para que podáis defenderla más fácilmente. Aseguran que, ó es inútil y confiando en ella nos exponemos á perder el Estado, ó es valerosa, y quien la mande podrá, en tal caso, usurpar el poder. En prueba de ello alegan que los romanos, por tener ejércitos propios, perdieron la libertad; que los venecianos para librarse de obedecer á uno de sus conciudadanos se valen de ejércitos extranjeros, y que el rey de Francia ha desarmado á sus pueblos para poderlos gobernar más fácilmente. Pero más que este peligro temo el de su inutilidad, acerca de la cual se aducen principalmente dos razones: una, que los soldados son inexpertos, y otra, que sirven á la fuerza, pues, según dicen, á cierta edad no es posible habituarse á la milicia, y nada bueno se hace á la fuerza.

Fabricio.—Los que alegan las razones que acabáis de exponer son hombres de cortas miras, y voy á demostrarlo claramente. En cuanto á la inutilidad, aseguro que no hay milicia más útil que la propia, y no se puede organizar milicia propia sino del modo que he referido. Como esto no se discute, no quiero perder tiempo en demostrarlo, pues todos los ejemplos de la historia antigua están en nuestro favor. A los argumentos de la inexperiencia y de la fuerza contestaré ser cierto que la inexperiencia no aumenta el valor, y la fuerza produce el descontento; pero los soldados bien armados, bien ejercitados y bien organizados, adquieren pronto la experiencia y el valor, según lo veréis demostrado más adelante. Respecto á la fuerza, tened en cuenta que los llamados por orden del príncipe á empuñar las armas, no van al servicio, ni completamente obligados, ni por su espontánea voluntad, porque esto último tendría los inconvenientes, ya expresados, de no haber elección ni el número suficiente de voluntarios. Por otra parte, como el empleo de excesiva fuerza para el reclutamiento produciría muy mal resultado, se debe adoptar un término medio entre la violencia y la libertad, y que el recluta acuda á las filas por obediencia á las órdenes del soberano, y porque tema más su indignación que los trabajos de la vida militar. De esta suerte resultará una mezcla de fuerza y voluntad que no ha de tener las malas consecuencias del descontento.

No quiero decir que un ejército así organizado no pueda ser vencido, porque muchas veces lo fueron los ejércitos romanos, y vencido fué el de Anníbal, lo cual demuestra que no se puede formar un ejército con la esperanza de que sea invencible. Vuestros sabios no deben, pues, juzgar inútil una organización militar porque el ejército sea vencido alguna vez, sino creer que lo mismo pudo ser vencedor y aplicarse á remediar las faltas que produjeron la derrota. Cuando las averigüen, verán que no consisten en defectos del sistema, sino en no haberlo planteado bien.

En cuanto á que esta organización de la milicia facilite á su jefe usurpar el poder, respondo que los ciudadanos ó súbditos, al empuñar las armas por virtud de las leyes y de la constitución, jamás causan daño, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siempre serán útiles, conservándose los Estados mayor tiempo con ejércitos de esta clase que sin ellos. Con sus ciudadanos armados vivió libre Roma durante cuatrocientos años, y Esparta ochocientos. Muchos otros Estados, que los tenían sin armas, apenas han durado cuarenta años. Las naciones necesitan ejércitos y, cuando no los tienen propios, toman á sueldo los extranjeros, los cuales, mucho más pronto que los propios, perjudican al bien público, por corromperse más fácilmente, por estar más dispuestos á apoyar la ambición de un ciudadano poderoso y por ser materia á propósito cuando se trata de oprimir á hombres desarmados. Además, el peligro es mayor en los Estados con dos enemigos que con uno, y los que se valen de ejércitos extranjeros temen á la vez á los extranjeros tomados á sueldo y á los ciudadanos, como lo prueba lo antes dicho de Francisco Sforza; mientras los que tienen ejércitos propios sólo temen á los ciudadanos. Prescindiendo de otras muchas razones, alegaré la de que todos los fundadores de repúblicas ó reinos han confiado siempre su defensa á los mismos habitantes.

Si los venecianos hubiesen sido tan sabios en esto como en sus demás instituciones, habrían conquistado el mundo; siendo tanto más reprensibles cuanto que sus primeros legisladores les pusieron las armas en las manos. No tenían posesiones continentales, y organizaron fuerzas de mar, donde con sus propios ciudadanos hicieron valerosamente las guerras, engrandeciendo la patria. Cuando después se vieron precisados á guerrear en tierra para defender á Vicenza, en vez de dar el mando en jefe á uno de sus conciudadanos, tomaron á sueldo al marqués de Mantua, determinación funesta que atajó sus aspiraciones de ampliar sus dominios. Si lo hicieron por creer que no sabrían pelear en tierra como en mar, la creencia fué errónea, pues es más

fácil á un general de marina, llamado á luchar con el agua, el viento y los hombres, ser general en tierra, donde sólo se combate con los hombres, que á un general de ejército mandar los barcos de guerra. Los romanos, que sabían combatir en tierra y no en mar, cuando tuvieron guerras con los cartagineses, tan poderosos en la mar, no tomaron á sueldo marinos griegos ni españoles, sino encargaron este cuidado á los mismos ciudadanos que militaban en tierra, y vencieron. Si los venecianos obraron así porque no se apoderase del poder algún conciudadano que mandara el ejército, su temor era infundado, pues, además de las razones antes expuestas, hay la de que, si ninguno de los puestos al frente de sus fuerzas marítimas jamás intentó tiranizar una ciudad como Venecia, rodeada del mar, menos pudiera hacerlo el general de un ejército terrestre. Debieron juzgar que no son los ciudadanos armados quienes originan las tiranías, sino las malas instituciones y los malos gobiernos, y donde el gobierno es bueno no hay motivo para temer las armas en manos de los ciudadanos. Tomaron, pues, una determinación imprudente y perjudicialísima á su poder y á su gloria.

En cuanto al error que comete el rey de Francia no teniendo á su pueblo organizado para la guerra, que es el otro ejemplo aducido, no hay persona desapasionada que no lo juzgue uno de los vicios de organización de aquel reino, y la causa principal de su debilidad.

Pero esta digresión es demasiado larga, y acaso me haya apartado del asunto. La he hecho para responderos y demostrar que no se puede fundar la seguridad sino en ejércitos propios, y éstos han de organizarse por medio de milicias nacionales, única manera buena de tener fuerza armada en un Estado y de establecer la disciplina militar. Examinando atentamente las instituciones de los primeros reyes de Roma y con especia-

lidad las de Servio Tulio, se advierte que la organización por clases es una milicia para poner rápidamente en pie de guerra un ejército que defienda el Estado.

Volviendo á nuestro asunto, digo que la recluta para el reemplazo en un ejército ya organizado la haría de hombres de diez y siete años, y para un ejército que se forme de nuevo los elegiría desde los diez y siete á los cuarenta años, á fin de poder servirme de ellos inmediatamente.

Cosme.—Tendríais en cuenta los distintos oficios al hacer la elección.

Fabricio.—Los aludidos escritores los tienen, porque no quieren pajareros, pescadores, cocineros, rufianes, ni en general los que se dedican á ocupaciones de puro solaz, prefiriendo, además de los labradores, á los herreros, carpinteros, herradores, carniceros, cazadores y de otros idénticos oficios. Yo no estableceré diferencia entre los oficios en cuanto al valor real de los hombres, sino en cuanto á la utilidad que se puede obtener de ellos; y por esta razón los campesinos, habituados á los trabajos de la tierra, son los mejores por ser la ocupación que más se adapta á las faenas del ejército. Después conviene tener bastantes herreros, carpinteros, herradores y canteros, porque en muchas circunstancias necesita el ejército operarios de estos oficios, y los soldados que los prestan son, por tanto, de doble aprovechamiento.

Cosme.—¿En qué se conocen los hombres que son ó no buenos para el servicio militar?

Fabricio.—Habiendo dicho ya algo de la elección de reclutas para reemplazar las bajas naturales de un ejército organizado, me referiré ahora á la organización de una milicia nueva para formar después con ella un ejército. Digo, pues, que las buenas condiciones del que hayas de elegir para soldado, se conocen, ó por experiencia, si ha ejecutado alguna acción notable, ó por conjeturas. Las pruebas de valor no cabe apreciarlas en hombres elegidos de nuevo y que nunca han militado, que son casi la totalidad ó todos los reclutados para formar un ejército nuevo. Faltando, pues, la experiencia en este caso, es necesario acudir á las conjeturas que se forman, atendiendo á la edad, el oficio y la constitución física del recluta. Ya hemos hablado de las dos primeras condiciones; falta decir algo de la tercera. Algunos, entre ellos Pirro, han dicho que el soldado debe ser de elevada estatura. César opina que esta condición se suple con la agilidad del cuerpo, la cual puede apreciarse por la conformación y la gallardía del soldado. Dicen los que han escrito de esta materia que conviene tengan los ojos vivos y animados, el cuello nervioso, el pecho ancho, los brazos musculosos, los dedos largos, poco vientre, las caderas robustas, piernas y pies delgados, condiciones todas que hacen á los hombres ágiles y fuertes, las dos principales cualidades de un soldado. Se cuidará especialmente de que sus costumbres sean honradas; de lo contrario, lo que se elige es un instrumento de escándalo y un principio de corrupción. No habrá quien crea que un hombre disoluto y embrutecido por los vicios es capaz de alguna virtud laudable.

No creo superfluo, sino necesario, para que comprendáis mejor la importancia del reclutamiento, decir cómo los cónsules romanos, al empezar el ejercicio de su cargo, elegían los soldados para las legiones romanas. Las continuas guerras hacían que en estos reclutamientos entrasen soldados veteranos y bisoños, pudiéndose aplicar la experiencia á los viejos y las conjeturas á los nuevos. Se debe advertir que estas levas se hacen, ó para emplear inmediatamente á los reclutas en una guerra, ó para ejercitarlos y aprovechar sus servicios

en tiempo oportuno. No me refiero ni hablaré más que de estos últimos, porque mi intento es explicar cómo debe organizarse un ejército en un país donde no haya milicia, y, por tanto, donde no cabe formar inmediatamente un ejército, pues donde hay la costumbre de formarlos por mandato del soberano, los reclutas pueden ir en seguida á campaña, como sucedía en Roma y como lo practican hoy los suizos. En reclutamiento de esta especie entran soldados bisoños y veteranos, y mezclados los nuevos y los viejos forman un cuerpo de tropas unido y bueno. Sin embargo, cuando los emperadores empezaron á tener constantemente los ejércitos acampados, nombraban maestros para enseñar el ejercicio de las armas á los soldados bisoños, que llamaban *tirones*, como se ve en la vida del emperador Maximino; cosa que se hacía, mientras Roma fué libre, no en el ejército, sino dentro de la ciudad, y esta costumbre de los ejercicios militares para educar á los jóvenes producía que, al ser elegidos para ir á la guerra, tan adiestrados estaban en los simulacros de maniobras militares, que fácilmente se acomodaban á las operaciones de las campañas. Los emperadores abolieron estos ejercicios, y se vieron obligados á reemplazarlos del modo explicado.

Llegamos á la forma del reclutamiento romano. Los cónsules, encargados de todo lo concerniente á la guerra, queriendo organizar los ejércitos, al empezar á desempeñar su cargo (porque era costumbre que cada uno de ellos tuviera dos legiones formadas exclusivamente de romanos, que eran el nervio de sus tropas) nombraban veinticuatro tribunos militares, adjudicando seis á cada legión, los cuales hacían en ella el oficio de los que hoy llamamos condestables. Reunían después á todos los ciudadanos romanos aptos para llevar las armas, y colocaban separadamente los tribunos de

cada legión. En seguida se sorteaban las tribus para determinar en cuál debía empezar la elección; en ella escogían cuatro de los mejores, uno por el tribuno de la primera legión; de los tres restantes, otro por el tribuno de la segunda; de los dos que quedaban, otro por el tribuno de la tercera, y el último correspondía á la cuarta legión. Después se escogían otros cuatro, el primero por el tribuno de la segunda legión, el segundo por el de la tercera, el tercero por el de la cuarta, y el cuarto iba á la legión primera. Después se escogían otros cuatro, el primero para la legión tercera, el segundo para la cuarta, el tercero para la primera, y el cuarto para la segunda. Así continuaba la elección hasta completar las legiones. Como antes decimos, este sistema de reclutamiento podía practicarse para enviar inmediatamente los soldados á la guerra, pues muchos de los elegidos eran prácticos en la guerra verdadera, y todos ejercitados en la simulada, cabiendo hacer la elección por conjeturas y por experiencia. Pero donde haya de organizarse una milicia de nuevo y ejercitarla á fin de que pueda operar en tiempo oportuno, la elección de los hombres sólo puede hacerse por conjeturas fundadas en la edad y en el aspecto de las personas.

Cosme.—Creo exacto cuanto decís; mas antes de que paséis á otro asunto, deseo preguntaros acerca de una cosa que he recordado al oiros asegurar que, donde no hay costumbre de tener milicias, la elección de los hombres para el ejército se hace por conjeturas. En muchas partes he oído censurar nuestra milicia, sobre todo por lo numerosa, sosteniendo algunos que debía formarse de menos gente, lo cual tendría las ventajas de ser más escogidos y mejores los soldados, no se causaría tantas molestias á los habitantes, y podría darse á los elegidos algún sueldo mediante el cual servirían más satisfechos

y obedientes. Deseo oir vuestra opinión en este punto; si preferís la milicia en grandes ó en pequeñas proporciones, y el procedimiento que para elegirla emplearíais en uno ú otro caso.

Fabricio.—La milicia numerosa es, sin duda, más segura y útil; mejor dicho, en ninguna parte se formará buena milicia si no es muy numerosa, y fácilmente refutaré los argumentos alegados en contra de esta opinión. En primer lugar, no por elegir pocos donde la población es numerosa, como en Toscana, la elección es más selecta y mejores los escogidos, porque si á ella se aplica la experiencia, se tropezará con que es aplicable á muy pocos, por ser pocos los que han estado en la guerra y poquísimos los que en ella han tenido ocasión de probar su valor, por el cual merecieran ser elegidos con preferencia á los demás; de suerte que quien elige tiene que prescindir de la experiencia y fiarse de las conjeturas. En este caso quisiera saber á qué regla debo atenerme, si me presentan veinte jóvenes de buena presencia, para escoger á unos y desechar á otros. Todo el mundo convendrá en que lo menos expuesto á equivocaciones, ya que no cabe elegir entre ellos, es armar y ejercitar á los veinte, reservándose preferir á los de más ingenio y valor cuando la práctica de los ejercicios lo demuestre. De modo que, bien mirado, es un error reclutar pocos por tenerlos mejores.

En cuanto á lo de causar menos molestias á los habitantes, digo que la milicia, sea ó no numerosa, no molesta á los ciudadanos, porque no les priva de atender á sus ocupaciones ni les liga de modo que no puedan hacer lo que necesiten, consistiendo su obligación en reunirse los días festivos para ejercitarse, lo cual no perjudica al país ni á los habitantes, y hasta sirve de grata distracción á los jóvenes, que en vez de vagar en dichos días, pasándolos en entretenimientos poco dignos, irán á los ejercicios militares, deleitándose con el hermoso espectáculo del manejo de las armas, siempre agradable á la juventud.

Respecto á que siendo la milicia nacional escasa, podría ser pagada, y así estaría más satisfecha y obediente, respondo que no hay milicia posible con tan pocos hombres como los que constantemente pueden ser pagados, si la paga ha de satisfacerles; por ejemplo, si se forma una milicia de cinco mil infantes, para dar á éstos un sueldo que les satisfaga, se necesitarán por lo menos diez mil ducados mensuales. En primer lugar, este número de infantes no basta para formar un buen ejército, y la paga es un gasto insoportable para un Estado. Además, resultaría insuficiente para tener á los soldados contentos y obligados á servir en todo caso; de modo que, haciendo esto, gastaríais demasiado, tendríais poca fuerza armada y nunca la necesaria para defenderos ó para realizar alguna empresa. Si aumentáis el sueldo ó la milicia, mayor será la imposibilidad de pagarla; y si disminuis la paga ó reducis el número de hombres, mayor el descontento de éstos y su inutilidad. Por tanto, los que defienden una milicia nacional pagada en tiempo de paz y cuando los milicianos están en sus casas, defienden una cosa inútil é imposible. La paga es indispensable cuando se les lleva á la guerra. En suma, si la organización de la milicia nacional produce algunas molestias en tiempo de paz, lo que no creo, en cambio ocasiona todos los bienes consiguientes á una fuerza bien ordenada en un Estado, sin la cual no hay seguridad para ninguna cosa.

Afirmo, pues, que quien quiera una milicia poco numerosa por poderla pagar ó por cualquiera otra de las razones que habéis expuesto, comete un error. Confirmando mi opinión, cada día disminuirá, por la multitud de impedimentos con que tropiezan los hombres,

el número de los alistados, de suerte que el de milicianos quedará reducido á casi ninguno. En cambio, si la milicia es numerosa, podéis á vuestra elección valeros de pocos ó de muchos, y debiendo serviros como fuerza efectiva y como reputación, mayor será una y otra cuanto más milicianos haya. Añádese á esto que, siendo el objeto de la milicia tener á los hombres ejercitados, si los alistados son pocos y el país extenso, distan tanto unos de otros, que no pueden, sin grandes molestias y perjuicios, reunirse para los ejercicios y, sin los ejercicios, la milicia es inútil, como oportunamente probaré.

Cosme.—Basta lo que habéis dicho para contestar á mi pregunta; pero ahora deseo que aclaréis otra duda mía. Dicen algunos que la multitud armada produce confusión, escándalo y desorden en el país.

Fabricio.—Esta es otra opinión equivocada, según voy á demostrar. Los ciudadanos armados pueden causar desórdenes de dos modos: ó promoviéndolos entre sí, ó contra los desarmados. Ambas cosas se evitan fácilmente, cuando la misma milicia no las remedia, como sucede respecto á las perturbaciones en su seno; y sostengo que el dar armas y jefes al pueblo no fomenta, sino impide los desórdenes. Si el país donde ha de ordenarse la milicia es tan poco belicoso que carece de hombres acostumbrados al manejo de las armas y tan unido que no hay en él jefes ni bandos, la milicia le hará más fuerte contra los extranjeros, pero no creará la desunión, porque en los pueblos bien regidos los hombres respetan las leyes, lo mismo armados que desarmados. Jamás ocasionan perturbaciones si no las producen los jefes que les dais, y ya diré los medios de evitar este peligro.

Pero si el país donde vais á organizar la milicia es belicoso y está dividido en bandos, la constitución de

la fuerza armada sirve para restablecer el orden; porque, sin ella, tenían armas y jefes, pero armas inútiles para la guerra y jefes promovedores de escándalos, mientras la organización de la milicia les da armas convenientes para guerrear y capitanes dispuestos á sofocar los desórdenes. Si antes de establecerla los ciudadanos ofendidos acudían al jefe de su bando, quien, para mantener su reputación, les alentaban á la venganza, no á la paz, lo contrario hará el jefe de la fuerza pública, quitando motivos á los desórdenes y procurando la unión. De tal suerte, allí donde los habitantes están unidos, pero son afeminados, pierden esta mala cualidad y mantienen la unión, y donde viven en confusión y desorden, se ordenan y tranquilizan, resultando en provecho de la patria el valor que empleaban en luchas intestinas.

En cuanto al peligro de que los ciudadanos armados opriman á los que no lo están, se debe tener en cuenta que sólo podrían hacerlo mediante los jefes que les gobiernan. Para que estos jefes no puedan promover desórdenes, es necesario cuidar de que no adquieran gran prestigio con sus tropas. El prestigio se alcanza, ó naturalmente, ó por algún suceso accidental. Para contrarrestar el primero, conviene que el nacido en una localidad no sea jefe de la milicia organizada en ella, sino en otra donde no tenga motivos de particular interés. Respecto á los sucesos accidentales, deben arreglarse las cosas de modo que anualmente sean trasladados los jefes de un mando á otro, porque la continuada autoridad sobre los mismos hombres produce entre el que manda y los que obedecen tanta unión, que fácilmente puede convertirse en perjuicio del príncipe.

El imperio de los asirios y el de los romanos ofrecen ejemplos de lo útiles que han sido estas traslaciones de jefes donde se han practicado, y lo dañoso de no hacer-

las. El imperio asirio vivió mil años sin desórdenes ni guerras civiles, por la costumbre de trasladar anualmente de un mando á otro á los generales que estaban al frente de las tropas. Muy al contrario, en el imperio romano, extinguida la familia de César, promoviéronse tantas guerras civiles entre los generales de los ejércitos y tantas conspiraciones de éstos contra los emperadores, por tener constantemente los mismos generales al frente de las tropas. Si entre los primeros emperadores, algunos de los que ejercieron el poder con justa fama, como Adriano, Marco Aurelio, Severo y otros, hubieran tenido la previsión de establecer estos cambios de mando de generales, habrían dado, sin duda, al imperio mayores condiciones de estabilidad y de duración, porque los generales hubiesen tenido menos medios para promover desórdenes, los emperadores menos motivos para temerles, y el Senado, no habiendo derecho de sucesión en la dignidad imperial, mayor influencia por la facultad de elegir emperadores, siendo las elecciones más acertadas. Pero ni los buenos ni los malos ejemplos destruyen las malas costumbres engendradas por la ignorancia ó pereza de los hombres.

Cosme.—No sé si mis preguntas os obligan á apartaros del asunto, porque del sistema de elección hemos pasado á otro orden de ideas, y, si ya no me hubiese excusado, creería merecer alguna reprensión.

Fabricio.—De ningún modo. Todas estas explicaciones eran indispensables para hablar de la milicia. Censurada por muchos, debía empezar refutando las censuras, puesto que ha de ser la base del reclutamiento ó elección de soldados. Antes de pasar á otro punto, diré algo acerca de la elección de los hombres para la caballería. Los romanos la organizaban con los ciudadanos más ricos, teniendo en cuenta los años y la calidad de las personas, y elegían trescientos por legión, de modo

que la caballería en un ejército consular no pasaba de seiscientos hombres.

Cosme.—¿Organizaríais milicia de caballería para que se ejercitara durante la paz y sirviera en la guerra?

Fabricio.—Es indispensable, y no se puede obrar de otra manera cuando se quiere tener ejército propio, y no servirse de los que tienen el arte de la guerra por único oficio.

Cosme.—¿Cómo la elegiríais?

Fabricio.—Imitaría á los romanos, escogiendo los más ricos, dándoles jefes, como ahora se les dan, armándolos y ejercitándolos.

Cosme.—¿Creéis que se les debería dar algún sueldo?

Fabricio.—Sí; pero sólo la cantidad necesaria para mantener el caballo, porque si los soldados tuvieran la obligación de alimentarlo, podrían quejarse de esta carga. Es, por tanto, necesario pagarles el caballo y el gasto que ocasiona.

Cosme.—¿Qué número de soldados de caballería tendríais, y cómo los armaríais?

Fabricio.—Esta ya es otra cuestión que trataré cuando os haya dicho cómo debe armarse la infantería y prepararse para combatir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO SEGUNDO

SUMARIO

Armas usadas en la antigüedad.—Infantería romana armada á la ligera ó vélites; honda, ballesta, dardo, rodela.—Infantería con armas pesadas; celada, coraza, grebas, brazales, escudo, espada, puñal, pilo.—La pica no la usaban ó la usaban poco.—Los griegos fiaban más en las picas y los romanos en la espada y el escudo.—Armas de la caballería romana, escudo, espada y lanza.—Armamentos de nuestra época introducidos por los tudescos y los suizos.—Peto de hierro; lanza ó pica; alabarda; arcabuz.—Comparación entre las armas de los romanos y las de los tudescos.—Ventajas de aquéllas.—Ejemplos.—Cómo el conde de Carmañola, en tiempo de Felipe Visconti, venció á los suizos.—Infantería española de Gonzalo de Córdoba y tudesca de Monseñor Aubigny.—Debe escogerse lo mejor de las armas romanas y de las tudescas.—La caballería moderna es preferible á la antigua.—La infantería es más útil que la caballería.—Ejemplo de Tigranes y de sus *catafractes*.—Caballería de los parthos.—En qué y cómo la infantería es superior á la caballería.—Ejercicios militares en la antigüedad: para hacer á los soldados ágiles, diestros y fuertes: para aprender á manejar las armas: ejercicio del palo, del arco y de la honda.—Ejercicios que el autor propone; de la ballesta; del arco; de la escopeta; de la natación.—Ejercicios de la caballería en la antigüedad.—Ejercicios de los *jurados* en algunas ciudades de Poniente.—Modo de organizar un ejército.—Brigadas de diez batallones que el autor propone y describe.—Qué entiende el autor por escuderos ú hombres con escudos, picas ordinarias, vélites ordinarios, picas extraordinarias, y vélites extraordinarios.—Capitán general, condestables, centuriones, decuriones, bandera y trompetas.—Ejercicios de brigada y de batallón.—Simulacros de batallas.—La buena organización y

no los hombres valientes, es lo que hace un ejército valeroso.—Cómo se mantienen las filas en los ejercicios de batallón.—Tres clases principales de formación, la cuadrada, la cornuda y la con plaza en el centro.—Dos modos de organizar la formación cuadrada.—Para reorganizar las filas rotas conviene señalar puestos fijos á los soldados y usar contraseñas.—Contraseñas de la bandera, de los cabos y de los soldados.—Cómo cambia un batallón rápidamente para convertir los flancos ó la retaguardia en frente y éste en flancos ó retaguardia.—Formación cornuda de los batallones: cómo se convierte en formación con plaza en medio.—Formación á manera de cruz, usada por los suizos.—Cómo han de ejercitarse los piqueros y los vélites extraordinarios.—Carros que debe tener cada batallón.—Utilidad de haber muchos decuriones, de la bandera y de la música.—Por qué en tiempo del autor estaba en tanta decadencia el ejercicio de las armas.—La caballería moderna es tan fuerte, si no más, que la antigua.—Cómo debemos armar á la caballería ligera y á los hombres de armas.

Fabricio.—Una vez elegidos los soldados, lo necesario en mi opinión es armarlos, y para ello me parece lo más conveniente estudiar las armas que usaban los antiguos y escoger de ellas las mejores. Dividían los romanos su infantería, atendiendo al armamento, en pesada y ligera. Los hombres armados á la ligera llamábanse vélites, y esta denominación comprendía á los combatientes con hondas, ballestas y dardos, llevando por defensa casco y rodela. Combatían fuera de filas y á alguna distancia de la infantería pesada, que llevaba por armas celadas cuyos extremos caían hasta los hombros, coraza con falda ó bandas que llegaban hasta las rodillas y las piernas y brazos cubiertos con grebas y brazales. Llevaban escudo largo como de dos *brazos* (1) y uno de ancho, cercado de hierro en la parte superior para resistir los golpes y en la inferior para que no se estropeara al

(1) El *brazo* era en Italia una medida longitudinal que próximamente equivale á cincuenta y ocho centímetros.

chocar contra el suelo. Como armas ofensivas usaban espada de *brazo* y medio de larga suspendida al costado izquierdo, y en la cintura, á la derecha, un puñal. Con la diestra empuñaban un dardo llamado *pilo*, que, al empezar el combate, arrojaban contra el enemigo. Tales eran las armas con las cuales los romanos conquistaron el mundo.

Algunos escritores antiguos añaden á las citadas una pica en forma de venablo llevada en la mano, pero no sé cómo podrían manejar tan pesada arma usando escudo, porque éste impediría hacerlo con ambas manos, y con una poco podía hacerse de provecho, dado el peso de la pica. Además, combatir con pica en formación cerrada es inútil, si no está el que la lleva en primera fila, donde hay espacio para extenderla, cosa imposible en las demás filas. Y como en la formación de los batallones, según diré al tratar de ella, debe procurarse estrechar las filas, por ser esto menos malo que espaciarlas, cosa evidentemente peligrosísima, toda arma que tenga más de dos brazos de larga, en la estrechez de las filas es inútil, porque si la empuñáis con ambas manos, dado que no os estorbe el escudo, no podéis ofender al enemigo que tenéis encima, y si la cogéis con una mano, para valeros del escudo, habéis de hacerlo por la mitad del asta y la parte posterior, tropezando con los que están á vuestra espalda, impedirá el manejo del arma.

Para persuadiros de que los romanos no usaron tales picas ó las usaron muy poco, leed en la historia de Tito Livio la descripción de las batallas y veréis que rarísima vez se mencionan las picas, pues casi siempre dice que, lanzados los pilos, ponían mano á las espadas. Prescindo, pues, de la pica y me atengo á la espada como arma ofensiva de los romanos, y al escudo y las demás citadas, como defensivas.

No usaban los griegos tan pesadas armas de defensa como los romanos; fiaban más para la ofensiva en la pica que en la espada, especialmente las falanges de Macedonia, armadas con picas de diez *brazos* de largas, llamadas *sarisses*, con las cuales rompían las filas enemigas, sin perder el orden de formación de la falange. Aunque algunos escritores dicen que también usaban escudo, no creo, por las razones expuestas, que pudieran valerse á la vez de ambas armas. Además, en la narración de la batalla que dió Paulo Emilio contra el rey de Macedonia Perseo, no recuerdo que se diga nada de escudos, sino solamente de *sarisses* ó picas y de lo mucho que estas armas dificultaron la victoria á los romanos. Creo, pues, que la falange macedónica estaría organizada como lo está hoy un batallón suizo, que fía á las picas todo su esfuerzo y poder.

Además de las armas llevaba la infantería romana penachos, adorno que da á los ejércitos un aspecto bello para los amigos y temeroso para los enemigos. En los primeros tiempos de Roma, la caballería no usaba más armas defensivas que un escudo redondo y un casco que cubría la cabeza; el resto del cuerpo estaba indefenso. Las ofensivas eran la espada y una pica larga y delgada herrada únicamente en uno de sus extremos. Esta pica impedía al soldado mantener firme el escudo y en la lucha se quebraba, quedando el jinete desarmado y expuesto á los golpes del enemigo. Andando el tiempo, la caballería fué armada como la infantería, pero con el escudo más pequeño y cuadrado y la pica más gruesa y herrada en los dos extremos; de modo que, al quebrarse, podía defenderse el jinete con el trozo que le quedaba en la mano. Con tales armas, repito, la infantería y caballería romanas conquistaron el mundo, y, por los resultados, debe creerse que nunca ha habido ejércitos mejor armados. De ello da fe dife-

rentes veces Tito Livio en su historia cuando compara los ejércitos romanos con los de sus enemigos, diciendo: «Pero los romanos por su valor, por la clase de sus armas y por la disciplina eran superiores.» A causa de esta superioridad he hablado con más extensión de las armas de los vencedores que de las de los vencidos.

Réstame hacerlo de las armas actuales.

Lleva la infantería para su defensa peto de hierro, y para ofender una lanza de nueve *brazos* de larga que llaman pica, y una espada al costado izquierdo, más redondeada que aguda en la punta. Este es el modo ordinario de armar á la infantería actualmente, siendo pocos los que llevan defendidos la espalda y los brazos y ninguno la cabeza. Estos pocos, en vez de pica, usan alabarda, cuya asta, como sabéis, es de tres *brazos* de larga y el hierro tiene forma de hacha. Entre ellos van los escopeteros, quienes con sus disparos hacen el mismo efecto que antiguamente los honderos y ballesteros.

Esta manera de armar los ejércitos la han puesto en práctica los alemanes, y, sobre todo, los suizos, que, siendo pobres y queriendo vivir libres, se veían obligados á luchar contra la ambición de los príncipes de Alemania, bastante ricos para mantener caballería, cosa imposible á ellos por su pobreza. Peleando á pie y queriendo defenderse del enemigo á caballo, tuvieron que acudir al sistema militar de los antiguos y apelar á armas que les defendieran del ímpetu de la caballería. Esta necesidad les ha hecho mantener ó restablecer la antigua organización militar, sin la cual la infantería es completamente inútil, y adoptar la pica como arma utilísima, no sólo para resistir á la caballería, sino para vencerla. Tal organización y tal clase de armas han dado á los tudescos tanta audacia, que quince ó veinte mil de ellos no temen atacar á la caballería más numerosa, como lo han probado repetidas veces en los

últimos veinticinco años, siendo tan evidentes los ejemplos de las ventajas de esta organización y de estas armas, que, después de la venida del rey Carlos VIII á Italia, todas las naciones las han copiado y los ejércitos españoles han adquirido, por este medio, grandísima reputación.

Cosme.—¿Qué armamento os parece mejor, el de los tudescos ó el de los antiguos romanos?

Fabricio.—El romano, sin duda alguna. Explicaré lo bueno y lo malo de cada uno de ellos. La infantería tudesca, conforme está armada, puede resistir y vencer á la caballería, y, por no llevar armas pesadas, camina más fácilmente y con mayor rapidez se forma en batalla; en cambio, careciendo de armas defensivas, está más expuesta de cerca y de lejos á los golpes del enemigo, es inútil para los sitios de plazas fuertes y resulta vencida en los combates donde el enemigo haga tenaz resistencia. Los romanos resistían y vencían la caballería como los tudescos, y, por cubrirse el cuerpo con armas defensivas, librábanse bien de lejos y de cerca de los golpes del enemigo. A causa de sus escudos era su choque más violento, rechazando mejor el del contrario, y en los combates cuerpo á cuerpo valía mucho más su espada que la pica de los alemanes, quienes llevan también esta arma; pero, como no usan escudo, resulta ineficaz. Teniendo aquéllos la cabeza cubierta con casco y pudiéndola cubrir además con el escudo sin gran riesgo, asaltaban las fortalezas. El único inconveniente de su armamento era el peso y la fatiga de llevarlo, pero lo soportaban acostumbrando el cuerpo á esta molestia y á sufrir los trabajos más rudos. Bien sabéis que la costumbre aminora ó destruye los inconvenientes de hacer las cosas.

No se debe olvidar que la infantería tendrá que combatir, ó con otra infantería ó con caballería, y siempre

será inútil la que no pueda resistir á la caballería, ó, pudiendo, tema pelear con otra infantería mejor armada y mejor ordenada. Ahora bien: si comparáis la infantería tudesca y la romana, encontraréis en la primera aptitud, como hemos dicho, para resistir á la caballería y gran desventaja si tiene que combatir con infantería organizada como ella y armada como la romana. Habrá, pues, entre ambas la diferencia de que los romanos podrían vencer á la infantería y á la caballería, y los tudescos sólo á la caballería.

Cosme.—Deseo que probéis vuestra opinión con algún ejemplo para comprenderla mejor.

Fabricio.—Repetidamente encontraréis en nuestra historia casos en que la infantería romana ha vencido numerosa caballería, y nunca fué vencida por otra infantería á causa de la insuficiencia de sus armas ó superioridad de las del enemigo; pues si sus armas hubiesen sido imperfectas, ocurriera necesariamente una de dos cosas: ó encontrar otras tropas mejor armadas, en cuyo caso no adelantaran en sus conquistas, ó adoptar el armamento extranjero, renunciando al suyo. No hicieron ninguna de ambas cosas, luego el suyo era superior á todos.

No ha sucedido esto á la infantería tudesca, porque se la ha visto dar mal resultado algunas veces que combatió con infantería tan tenaz y disciplinada como ella, sucediendo así á causa del mejor armamento de los enemigos. Atacado Felipe Visconti, duque de Milán, por diez y ocho mil suizos, envió contra ellos al conde de Carmañola, que era entonces el general de su ejército. Fué éste á su encuentro con seis mil caballos y poca infantería; dióles una batalla, y le derrotaron con grandes pérdidas. Carmañola, que era hombre hábil, conoció en seguida la superioridad de las armas enemigas para combatir contra la caballería y la inferioridad de

los caballos contra infantería tan bien ordenada. Reunió entonces todas sus tropas, fué de nuevo contra los suizos, y, cuando estuvo cerca de ellos, mandó apearse á sus hombres de armas. Combatiendo á pie, mataron á todos los enemigos, á excepción de unos tres mil que, al verse perdidos, arrojaron las armas y se rindieron.

Cosme.—¿Cuál fué la causa de tan gran desventaja?

Fabricio.—Os la he dicho hace poco; pero si no la habéis comprendido, la repetiré. La infantería tudesca, desarmada para la defensa, según he manifestado, tiene para ofender la pica y la espada. Con tales armas y su acostumbrado orden de batalla ataca á los enemigos; pero si éstos, cubiertos con armaduras, como lo estaban los hombres de armas que Carmañola hizo apear, se arrojan sobre los contrarios espada en mano, cual se lanzaron contra los suizos, una vez vencida la dificultad de alcanzarle y de entrar en sus filas, combaten con completa seguridad, porque en la lucha cuerpo á cuerpo el tudesco no puede valerse de la pica, demasiado larga en tales casos, y necesita echar mano á la espada, recurso inútil en un hombre sin armadura contra otro que se defiende con ella. Comparando las ventajas é inconvenientes de ambos sistemas, se verá que el soldado sin armas defensivas está perdido cuando el enemigo ha resistido el primer choque, librándose de las puntas de las picas, cosa no difícil cuando va cubierto de hierro. Los batallones (como comprenderéis mejor cuando explique su manera de maniobrar en el campo de batalla) avanzan hasta que necesariamente chocan, llegando al combate personal, y aunque algunos caen muertos ó derribados por las picas, los que en pie quedan son bastantes para alcanzar la victoria. Por ello venció Carmañola á los suizos causándoles tan terribles pérdidas, y sufriendo él muy pocas.

Cosme.—Considerad que los de Carmañola eran hom-

bres de armas, y aunque combatieran á pie, iban cubiertos de hierro, lo cual ocasionó su victoria. Creo, pues, que para obtener igual éxito sería preciso una infantería armada de igual modo.

Fabricio.—No creeréis tal cosa si recordáis lo que he dicho de cómo iban armados los romanos, porque un soldado de infantería que lleva á la cabeza un casco de hierro, defendido el pecho con la coraza y el escudo, y cubiertos también los brazos y las piernas, está en mejor disposición para contrarrestar el ataque de las picas y meterse en las filas enemigas que un hombre de armas á pie. Citaré al efecto un ejemplo moderno. Pasó de Sicilia al reino de Nápoles infantería española para unirse á Gonzalo de Córdoba, sitiado en Barletta por los franceses. Salió á su encuentro Monseñor de Aubigny con sus hombres de armas y unos cuatro mil infantes tudescos. Vinieron á las manos, y los tudescos con sus picas bajas abrieron las filas de los españoles; pero valiéndose éstos de sus broqueles y de la agilidad de sus cuerpos, se metieron entre los tudescos para combatir con la espada, matando á casi todos ellos y alcanzando la victoria. Todo el mundo sabe cuántos tudescos murieron en la batalla de Ravena por la misma causa; es decir, porque los españoles se acercaron hasta poder combatir con la espada á la infantería alemana, y habrían acabado con ella si la caballería francesa no acudiera en su auxilio; lo que no impidió á los españoles estrechar sus filas y retirarse á lugar seguro. En conclusión: la buena infantería debe saber y poder rechazar lo mismo las tropas de á pie que las de á caballo, cosa que, según he repetido varias veces, depende del armamento y la organización.

Cosme.—Decid, pues, cómo la armaríais.

Fabricio.—Adoptaría las armas romanas y las tudescas para que la mitad fueran armados como los romanos, y la otra mitad como los alemanes; por ejemplo: de seis mil infantes, tendría tres mil armados con escudos á la romana, dos mil con picas, y mil arcabuceros á la tudesca. Pondría las picas al frente de los batallones y donde más temiera el ataque de la caballería y me serviría de los armados con escudos y espadas para sostener á los de las picas y asegurar la victoria, como lo probaré más adelante. Un cuerpo de infantería así organizado, sería, en mi concepto, superior á todos los que hoy existen.

Cosme.—Respecto á la infantería basta lo dicho; ahora deseamos saber cuál armamento conceptuáis mejor para la caballería: el actual, ó el antiguo.

Fabricio.—Creo que en estos tiempos se va más seguro á caballo con las sillas de arzones y los estribos, no usados en la antigüedad. Creo que nuestros jinetes están mejor armados y que con más dificultad se resiste hoy el choque de un escuadrón de hombres de armas, que se resistía antiguamente el de la caballería romana. A pesar de ello, opino que ahora no se debe apreciar tanto la caballería como se estimaba en la antigüedad, pues, según antes he dicho, muchas veces ha sido vencida por la infantería, y lo será siempre que esta fuerza tenga las armas y la organización que he referido. Disponía el rey de Armenia, Tigranes, contra el ejército romano que mandaba Lúculo, de ciento cincuenta mil hombres de caballería; muchos de ellos, llamados *catafractes*, estaban armados como nuestros hombres de armas. El ejército romano constaba de unos seis mil caballos y veinticinco mil infantes, por lo cual dijo Tigranes al ver al enemigo: «Esa caballería sólo es bastante para una embajada». Sin embargo, al llegar á las manos el ejército del rey, fué vencido, y el historiador que describe esta batalla considera á los *catafractes* como inútiles, pues dice que, llevando la cara cubier-

ta, apenas podían ver y ofender al enemigo, y el peso de sus armas les impedía, una vez caídos, levantarse y valerse de sus personas.

Las repúblicas ó reinos que prefirieron la caballería á la infantería, siempre han sido débiles y han estado expuestas á toda clase de contratiempos, como sucede á Italia en nuestros días, invadida, robada y arruinada por los extranjeros en castigo del pecado de no cuidarse de su infantería y de ser casi todos sus soldados de caballería. Debe tenerse caballería, pero como elemento secundario, y no el principal del ejército. Es utilísima y necesaria para las descubiertas, para las correrías y devastaciones del país enemigo, para tener en continua alarma á los contrarios é interceptarles las provisiones; pero en las batallas campales, que son las operaciones principales de la guerra y el fin con que se organizan los ejércitos, su mejor servicio es la persecución del enemigo, una vez derrotado, siendo en todo lo demás muy inferior á la infantería.

Cosme.—Me ocurren dos dudas: una nace de saber que los parthos hacían la guerra sólo con caballería, y, sin embargo, se dividieron la dominación del mundo con los romanos; otra, cómo puede resistir la infantería á la caballería, y de qué proviene la fuerza de ésta y la debilidad de aquélla.

Fabricio.—He dicho, ó al menos he querido deciros, que mis explicaciones sobre el arte militar no traspasaban los límites de Europa. Siendo así, no me creería obligado á razonar lo ocurrido en Asia; sin embargo, diré que el ejército de los parthos era completamente distinto del de los romanos. Todo él estaba formado de caballería, y combatía confusa y desordenadamente y con la mayor instabilidad. Los romanos iban casi todos á pie y peleaban uniendo sus filas y concentrando las fuerzas. Unos ú otros vencieron, según era espacioso ó

estrecho el terreno en que operaban. El primero era favorable á los parthos, el segundo á los romanos. En aquél demostraron los parthos la superioridad de su organización militar relativamente á la región que defendían, la cual era extensísima, distante más de mil millas del mar, cruzada por ríos apartados unos de otros dos ó tres jornadas, casi despoblada, de suerte que un ejército romano, pesado y tardío en las marchas por su armamento y organización, no podía caminar sin grave daño, mientras los defensores del país iban á caballo y recorrían con la mayor facilidad largas distancias, estando hoy en un sitio y al día siguiente á cincuenta millas de él. Así se comprende que los parthos, con sólo caballería, pudiesen destruir el ejército de Craso y poner en grave riesgo el de Marco Antonio.

Pero, como os he dicho, no es mi propósito tratar de las fuerzas militares fuera de Europa, sino de la organización de los ejércitos romanos y griegos, y de la que actualmente tienen los alemanes.

Vengamos ahora á vuestra segunda duda. Deseáis saber qué causas ó qué condición natural hace á la infantería superior á la caballería. En primer lugar, los caballos no pueden andar, como los hombres, por todas partes; los movimientos de la caballería en las maniobras son más tardíos que los de la infantería, pues si, avanzando, es preciso retroceder, ó retirándose avanzar, ó moverse estando parados, ó en marcha detenerse de pronto, los caballos no lo hacen con tanta exactitud y precisión como los infantes. Una fuerza de caballería desordenada por el choque del enemigo, con dificultad vuelve á ordenarse, aunque el ataque haya sido infructuoso, y esto sucede rara vez á la infantería. También ocurre con frecuencia que un hombre valeroso monta un caballo cobarde, y un soldado tímido va sobre ca-

ballo valiente. Esta disparidad de ánimo entre el hombre y el caballo contribuye al desorden.

No debe admirar á nadie que un pelotón de infantería resista el empuje de la caballería, porque el caballo es un animal sensato, conoce el peligro y no se expone á él voluntariamente. Si se tiene en cuenta la fuerza que le hace avanzar y la que le obliga á retroceder, veráse que ésta es mayor que aquélla; porque si las espuelas le excitan á correr, el aspecto de las picas y las espadas le detiene. Por ello hay muchos ejemplos antiguos y modernos de permanecer seguro é invencible un pelotón de infantería atacado por caballería. Si se arguye que la impetuosidad con que corre el caballo hace su choque más terrible para quien se exponga á recibirlo y obliga al animal á no cuidarse tanto de las picas como de las espuelas, contestaré que, cuando el caballo vea que corre á chocar con las puntas de las picas, espontaneamente refrenará la carrera y, al sentir que le pinchan, se parará en firme ó volverá á la izquierda ó á la derecha del obstáculo que encuentra. Si queréis hacer la prueba, obligadle á correr contra un muro; rara vez sucederá, aunque vaya á escape, que choque con él. Cuando César tuvo que combatir con los helvecios en la Galia, se apeó é hizo apearse á toda su caballería, y ordenó apartar los caballos del campo de la lucha, como cosa más á propósito para huir que para combatir.

A pesar de estos inconvenientes, propios de la caballería, el jefe que mande un cuerpo de infantería debe escoger caminos inaccesibles á los caballos, y rara vez ocurrirá que no pueda librarse de sus ataques sólo por la disposición del terreno. Si se camina por colinas, nada hay que temer de la impetuosidad de la caballería; y si por las llanuras, pocas serán las que no ofrezcan con bosques y plantaciones medios de segura defensa, pues cualquier vallado, cualquier zanja, por pequeños que sean, cualquier cultivo donde haya viñas ó arbustos, impiden la carrera del caballo. Lo mismo se presentan estos obstáculos en las marchas que en las batallas, y hacen imposibles las cargas de caballería. No olvidaré, sin embargo, deciros que los romanos estimaban tanto la superioridad de su organización y de sus armas, que, si en un día de batalla podían elegir entre un sitio áspero que les preservara de los ataques de la caballería, pero donde no pudieran desplegar cómodamente sus fuerzas, y uno llano y fácil para las acometidas de los caballos enemigos, pero donde ellos pudieran maniobrar, siempre preferían éste.

Dicho ya lo que debe imitarse de los antiguos y de los modernos para armar la infantería, pasemos á los ejercicios y veamos los que los romanos obligaban á hacer á su infantería antes de que la llevaran á los campos de batalla. Aunque los soldados estén bien elegidos y mejor armados, debe cuidarse con grandísimo esmero de ejercitarlos, porque sin ello no hay soldado bueno. Estos ejercicios tendrán tres objetos: uno, endurecer el cuerpo, acostumbrarlo á sufrir las fatigas, aumentar su agilidad y su destreza; otro, enseñar al soldado al manejo de las armas; y otro, instruirle para que siempre ocupe el sitio que le corresponda en el ejército, lo mismo en las marchas que en los combates y en los campamentos; las tres principales operaciones de todo ejército, porque si camina, acampa y combate ordenada y metódicamente, su general será bien juzgado aunque no consiga la victoria.

Las leyes y las costumbres establecieron estos ejercicios en las repúblicas antiguas, donde se practicaban en todas sus partes. Los jóvenes adquirían la agilidad corriendo á competencia, la destreza saltando, la fortaleza luchando ó arrancando palos clavados en tierra. Las

tres cualidades son necesarias á un buen soldado: la velocidad le permite adelantarse al enemigo para ocupar un punto importante, para sorprenderle y para perseguirle después de derrotado; la destreza para esquivar los golpes del contrario y saltar una zanja ó un parapeto; la fortaleza para llevar fácilmente las armas y rechazar al enemigo ó resistir su empuje. Habituaban el cuerpo, especialmente á sufrir los trabajos más rudos, llevando pesadas cargas. Esta costumbre es indispensable, porque en las expediciones difíciles conviene muchas veces que los soldados lleven, además de las armas, víveres para muchos días, y no podrían hacerlo sin estar habituados á soportar peso, lo cual sería inconveniente grave para evitar un peligro ó alcanzar alguna brillante victoria.

Para el manejo de las armas hacían los siguientes ejercicios. Daban á los jóvenes armas doble más pesadas que las ordinarias; por espada un palo revestido de plomo, de mucho más peso que aquélla. Obligaban á cada uno á clavar una estaca en tierra, dejando fuera de ella un trozo como de tres *brazos* de alto, tan firmemente sujeto, que los golpes ni lo rompieran ni lo torcieran, y contra dicha estaca se ejercitaban los jóvenes con el escudo y el palo emplomado como contra un enemigo, dirigiendo sus golpes á veces como para herirle en la cabeza ó en el rostro, á veces como para atravesarle el pecho ó romperle las piernas; hora retirándose, hora avanzando. Servíales este ejercicio para aprender á cubrirse con el escudo y á herir al enemigo, y lo pesado de las armas simuladas para que las verdaderas les parecieran después más ligeras. Procuraban los romanos que sus soldados hiriesen á estocadas mejor que á cuchilladas, porque el golpe de punta es más grave, más difícil de parar, menos expuesto á que se descubra quien lo da, y más fácil de repetir.

No os admire que los antiguos tuvieran en cuenta estos mínimos detalles, porque cuando se trata de los combates cuerpo á cuerpo, cualquier pequeña ventaja es de grande importancia, y los escritores dicen de esto mucho más que yo os refiero.

En la antigüedad, lo mejor para una república era tener muchos hombres ejercitados en las armas, porque no es el esplendor de las piedras preciosas ó del oro lo que hace someterse al enemigo, sino el temor á las armas. Además, los errores en muchos asuntos pueden á veces enmendarse; pero en la guerra es imposible por lo inmediato de la pena. Por otra parte, el saber combatir aumenta la audacia de los hombres, puesto que nadie teme hacer aquello que ha aprendido.

Querían, pues, los antiguos que los ciudadanos se adiestraran en el ejercicio de las armas, y les hacían lanzar, contra la estaca clavada en el suelo, dardos más pesados que los ordinarios, cuyo ejercicio servía para que aprendieran á dirigirlos y para aumentar la agilidad y la fortaleza de los brazos. Enseñábanles también á disparar con arco y con honda, y para todas estas enseñanzas tenían instructores; de modo que, cuando se hacía la recluta para ir á la guerra, los elegidos eran ya soldados por el valor y la instrucción militar; lo único que les faltaba era aprender la formación y saberla conservar en las marchas y en los combates, de lo cual se enteraban pronto al entremezclarse con los soldados veteranos, que desde hacía tiempo la practicaban.

Cosme.—¿Qué ejercicios ordenaríais ahora á los soldados?

Fabricio.—Bastantes de los ya citados, como la carrera, la lucha, los saltos, el uso de armas más pesadas que las ordinarias, el tiro con ballesta y con arco, á los cuales añadiría el de arcabuz, arma nueva que, como sa-

béis, es necesaria. Toda la juventud de mi Estado se acostumbraría á estos ejercicios; pero muy especialmente la parte de ella escogida para la guerra, dedicando á dicha ocupación los días de fiesta. Desearía también que aprendiesen á nadar, cosa muy útil, porque no siempre hay puentes ó barcos en los ríos, y el ejército que no sabe nadar pierde muchas ventajas y ocasiones de operar útilmente. Los romanos escogieron el campo de Marte para los ejercicios de la juventud, porque estaba inmediato al Tíber, y cuando la agoviaba el cansancio en tierra se echaba al agua para restaurar las fuerzas y practicar la natación. También ordenaría, como los antiguos, ejercicios especiales para los hombres destinados á la caballería, cosa indispensable, porque no sólo necesitan saber montar, sino también valerse de sus armas á caballo. Para esto tenían caballos de madera, sobre los cuales se adiestraban los jóvenes montando en ellos armados y desarmados, sin ayuda alguna y por ambos lados, con lo cual se conseguía que, á la orden del capitán, los soldados de caballería estuviesen inmediatamente á pie ó á caballo.

Estos diversos ejercicios que entonces eran fáciles, no serían ahora difíciles para una república ó un príncipe que ordenara á la juventud practicarlos, como por experiencia se ve en algunas ciudades de Poniente, donde se ha conservado esta costumbre. Dividen en ellas los habitantes en varias agrupaciones, y cada una toma el nombre de la clase de armas que emplea en la guerra, de modo que, usando las picas, alabardas, arcabuces y arcos, llámanse piqueros, alabarderos, arcabuceros y arqueros, dejando á voluntad de los habitantes pertenecer á cualquiera de estas agrupaciones, pero siendo obligatorio formar parte de alguna de ellas. Como por la edad ó cualquier otro impedimento no todos son aptos para la guerra, eligen algunos en cada

agrupación, á los que llaman *Jurados,* y éstos tienen obligación de ejercitarse todos los días festivos en el arma de que toman el nombre y en la plaza ó local que al efecto tienen destinado en la ciudad. Los que, perteneciendo á las agrupaciones, no son Jurados, abonan los gastos que estos ejercicios ocasionan. Lo que se hace en esas ciudades, podríamos hacerlo nosotros; pero nuestra escasa prudencia nos impide tomar resoluciones acertadas. A causa de estos ejercicios, la infantería en la antigüedad era buena, y los de Poniente (1) la tienen mejor que la nuestra.

Los romanos la adiestraban, ó en las poblaciones, sin alejarse de sus moradas los ciudadanos, como lo hacía la república, ó en el seno de los ejércitos, como lo hicieron los emperadores por motivos antes expuestos; pero nosotros, ni queremos ejercitar nuestros soldados en las ciudades, ni podemos hacerlo en el ejército, porque no lo forman súbditos nuestros, ni cabe obligarle á otros ejercicios que los que quiera practicar; todo lo cual ha sido causa de que se descuide primero la enseñanza del soldado, y después la formación de los ejércitos, y de que los reinos y repúblicas, especialmente en Italia, lleguen á extrema debilidad.

Pero volvamos á nuestro asunto, y continuemos la explicación de los ejercicios. No basta para organizar un buen ejército tener hombres endurecidos en las fatigas y haberlos hecho vigorosos, ágiles y diestros; se necesita que aprendan á estar en filas, á obedecer las señales, los toques y las voces de los jefes, estando á pie firme, retirándose, avanzando, combatiendo y caminando, porque sin esta disciplina, cuidadosamente observada y practicada, nunca habrá ejército bueno. No cabe duda de que los hombres valerosos, pero des-

(1) Las ciudades de la costa de Génova.

ordenados, son más débiles en conjunto que los tímidos disciplinados, porque la disciplina aleja el temor y el desorden inutiliza la valentía.

A fin de que comprendáis mejor lo que voy á explicar, os diré primeramente que todas las naciones, al organizar sus hombres para la guerra, han formado un núcleo principal en el ejército ó en la milicia, más vario en el nombre que en el número de soldados, pues siempre ha sido de seis á ocho mil hombres. A este núcleo ó unidad llamaron los romanos *legión*, los griegos *falange*, los galos *caterva*. En nuestros tiempos, los suizos, por ser los únicos que han conservado alguna sombra de las antiguas instituciones, le llaman en su lengua lo que en la nuestra equivale á *brigada*. Cada nación ha dividido después este núcleo en diferentes batallones, organizándolos de distintas maneras. Usaré, pues, el nombre de brigada como el más conocido, y después explicaré su organización antigua y moderna, y la mejor manera de ordenarla.

Los romanos dividían la legión, compuesta de cinco ó seis mil hombres, en diez cohortes; y opino que nuestras brigadas se dividan en diez batallones, formándolas seis mil hombres de infantería. Cada batallón debe tener cuatrocientos cincuenta soldados, cuatrocientos con armas pesadas, y cincuenta á la ligera; de los primeros, trescientos con escudos y espadas, que se llamarán *escudados*, y ciento con picas, que recibirán el nombre de *piqueros ordinarios*.

Las tropas ligeras de cada batallón serán cincuenta infantes armados con arcabuces, ballestas, partesanas y rodelas. Aplicándoles su antiguo nombre les llamaré *vélites ordinarios*. Tendrán, pues, los diez batallones tres mil escudados, mil piqueros ordinarios y quinientos vélites ordinarios; en suma 4,500 infantes.

Para que la brigada llegue á tener seis mil hombres,

como hemos dicho, es preciso añadir mil quinientos soldados, y de ellos pondría mil con picas, á quienes llamaría piqueros extraordinarios, y quinientos armados á la ligera tendrían por nombre vélites extraordinarios. En esta forma organizaría mi infantería, la mitad con escudos y la otra mitad con picas y las demás armas.

Para cada batallón tendría un condestable, cuatro centuriones y cuarenta decuriones, y los vélites ordinarios á las órdenes de un jefe y cinco decuriones. Las mil picas extraordinarias irían al mando de tres condestables, diez centuriones y cien decuriones, y los vélites extraordinarios á las órdenes de dos condestables, cinco centuriones y cincuenta decuriones.

Nombraría después un general de la brigada. Cada batallón tendría bandera y cornetas.

La brigada constaría, por tanto, de diez batallones formados por tres mil escudados, mil piqueros ordinarios, mil extraordinarios, quinientos vélites ordinarios y quinientos extraordinarios, sumando en todo seis mil hombres, entre ellos mil quinientos decuriones y además quince condestables ó jefes de batallón con quince bandas de trompetas y quince banderas, cincuenta y cinco centuriones, diez jefes de vélites ordinarios y un jefe de la brigada con su bandera y sus trompetas. He insistido en explicar esta organización á fin de que no os confundáis cuando hable de la manera de ordenar las brigadas y los ejércitos.

El rey ó la república que quiera tener á sus súbditos ó ciudadanos dispuestos para la guerra, debe organizarles de este modo y con las citadas armas, formando en su país tantas brigadas como sea posible.

Una vez ordenados del modo que he dicho, bastará ejercitarlos batallón por batallón. Aunque por el número de hombres que constituye cada uno de estos cuer-

pos no pueda decirse que forma verdadero ejército, sin embargo, cada soldado puede aprender lo que á él especialmente le atañe, porque en los ejércitos hay dos clases de maniobras, las que deben hacer los soldados en cada batallón y las de los batallones cuando forman parte del ejército. Los hombres que saben hacer las primeras, con facilidad ejecutan las segundas; pero sin conocer prácticamente aquéllas, jamás se llega á comprender éstas.

Cada batallón puede aprender sólo á mantenerse ordenado en cualquier clase de movimiento ó de terreno, y después á formar en batalla, á distinguir los toques de mando de las trompetas durante el combate, como los galeotes el silbido, conociendo por estos sonidos cuándo debe detenerse ó avanzar ó retroceder, ó el punto á donde han de dirigir las armas y la vista. Sabiendo, pues, mantener la formación de modo que ni el sitio ni los movimientos la descompongan, comprendiendo bien las órdenes del jefe por los toques de mando de las trompetas, y adiestrado para ocupar con rapidez cada cual su puesto, fácilmente aprende cada batallón, cuando se une á otros, las maniobras propias de un ejército.

No carecen de importancia estas prácticas de conjunto y deben reunirse los batallones de cada brigada una ó dos veces al año en tiempo de paz, para que, formando un pequeño ejército completo, practique operaciones durante algunos días como si fuera á dar una batalla, poniendo el frente, los flancos y la reserva en los sitios correspondientes.

Como un general dispone su ejército para combatir con el enemigo que ve, ó con el que, sin verlo, sospecha ó supone inmediato, conviene que el ejército practique las operaciones necesarias en uno ú otro caso é instruirlo de modo que pueda caminar y combatir al mismo tiempo, si la necesidad obliga á ello y sepan los soldados lo que deben hacer cuando son atacados por cualquiera de los flancos.

Para instruir al soldado contra el enemigo visible hay que enseñarle cómo se empeña el combate, dónde ha de retirarse si es rechazado, quién le reemplaza en su puesto, á qué señales, á qué toques y á qué voces debe obedecer, y habituarle de tal modo á los combates y batallas simuladas, que desee los verdaderos, porque los ejércitos no son valerosos por formarse de hombres bravos, sino por estar bien organizados y disciplinados. Si yo combato en primera fila y sé donde he de retirarme al ser rechazado y quién ha de reemplazarme, combatiré con el aliento y la confianza de quien tiene el auxilio inmediato. Si peleo en las segundas filas, no me asustará que rechacen á las primeras, porque ya sé lo que puede suceder y hasta habré deseado ser yo quien dé la victoria á mi señor y no los que están delante de mí.

Estos ejercicios son indispensables donde se forma un ejército nuevo, y convenientes donde es de veteranos. Los romanos, aprendían desde niños las maniobras militares y, á pesar de ello, sus generales las hacían repetir de continuo al ejército, antes de emprender campañas. Josefo dice en su historia que por los continuos ejercicios de las tropas romanas, la turba de gente que sigue á los ejércitos en campaña para buscar ganancias, era útil en los días de batalla, porque todos sabían maniobrar y combatir.

En los ejércitos de tropas bisoñas formados para entrar inmediatamente en campaña ó en las milicias organizadas para tener ejército cuando sea necesario, cuanto se haya hecho será infructuoso sin estas prácticas de maniobras, primero por batallones y después por todo el ejército; pues siendo indispensable la instrucción militar, precisa redoblar el cuidado y los es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MTY. NUEVO LEÓN, MÉXICO

fuerzos para dársela á los que no la tienen y procurar no la olviden los que la saben; doble objeto por el cual han trabajado con empeño muchos excelentes capitanes.

Cosme.—Creo que estas consideraciones os han alejado algo del asunto, pues sin decir el modo de ejercitarse los batallones nos habláis ya de ejércitos completos y de batallas.

Fabricio.—Tenéis razón, pero ha sido por lo mucho que estimo la antigua disciplina, y el dolor que me causa verla hoy desdeñada. Vuelvo á mi asunto.

Lo más importante en el ejercicio por batallones es saber conservar la formación, para lo cual es preciso ejercitarlos en la maniobra llamada de caracol. Ya he dicho que cada batallón debe tener cuatrocientos soldados de armas pesadas, y me atendré á este número. Deben dividirse en ochenta filas, de cinco cada una. Después, andando despacio ó de prisa, mandaré reunirlas ó separarlas sin producir confusión; cosa más fácil de explicar con hechos que con palabras; pero no es absolutamente necesario, porque cualquiera práctico en ejercicios sabe que esta maniobra tiene por único objeto habituar á los soldados á estar en filas.

Veamos ahora cómo el batallón se forma en batalla. Se puede proceder de tres maneras: la primera y más útil es la organización maciza, formando dos cuadros; la segunda consiste en formar el cuadro con dos cuernos en el frente; la tercera es formarlo con un espacio vacío en el centro, al que llaman *plaza*.

La primera formación puede realizarse de dos modos: una doblando las filas, es decir, que la segunda entre en la primera, la cuarta en la tercera, la sexta en la quinta, y así sucesivamente, de modo que las ochenta filas de á cinco soldados se conviertan en cuarenta de á diez. Después vuelven á doblarse de igual modo,

uniéndose una fila á otra, y quedarán veinte de á veinte hombres cada una. De este modo el batallón resulta formado casi en dos cuadros, pues, si bien hay el mismo número de hombres por cada uno de los lados, sin embargo, por el frente los soldados están codo con codo; pero por los flancos hay entre ellos una distancia al menos de dos *brazos*, de modo que el cuadro es mucho más largo de frente á retaguardia que de un flanco al otro.

Como he de nombrar muchas veces las diferentes partes del batallón y del ejército entero, entiéndase que cuando diga la cabeza ó el frente, me refiero á la parte de delante; cuando nombre la espalda ó cola, es la parte de atrás, y que los flancos son los costados.

Los cincuenta vélites del batallón no se mezclan en sus filas, sino, formado éste, se reparten por los flancos.

He aquí la otra manera de formarlo en batalla. Siendo mejor que la primera, deseo presentar con toda claridad cómo debe ordenarse. Supongo recordaréis el número de soldados, jefes y clase de armas que tiene el batallón. La formación será, como dije, de veinte filas á veinte soldados cada una; cinco filas de picas al frente y quince de los armados con escudos detrás; dos centuriones á la cabeza y otros dos á la cola, quienes harán el oficio de los que llamaban los romanos *tergiductores*. El condestable ó jefe del batallón estará con la bandera y las trompetas en el espacio que media entre las cinco filas de las picas y las quince de los escudados. Los decuriones, uno á los flancos de cada fila, de modo que cada cual tenga á su lado los hombres que manda; los que vayan á la izquierda los diez hombres de la derecha y los que estén á la derecha los diez de la izquierda. Los cincuenta vélites irán á los flancos y á retaguardia del batallón.

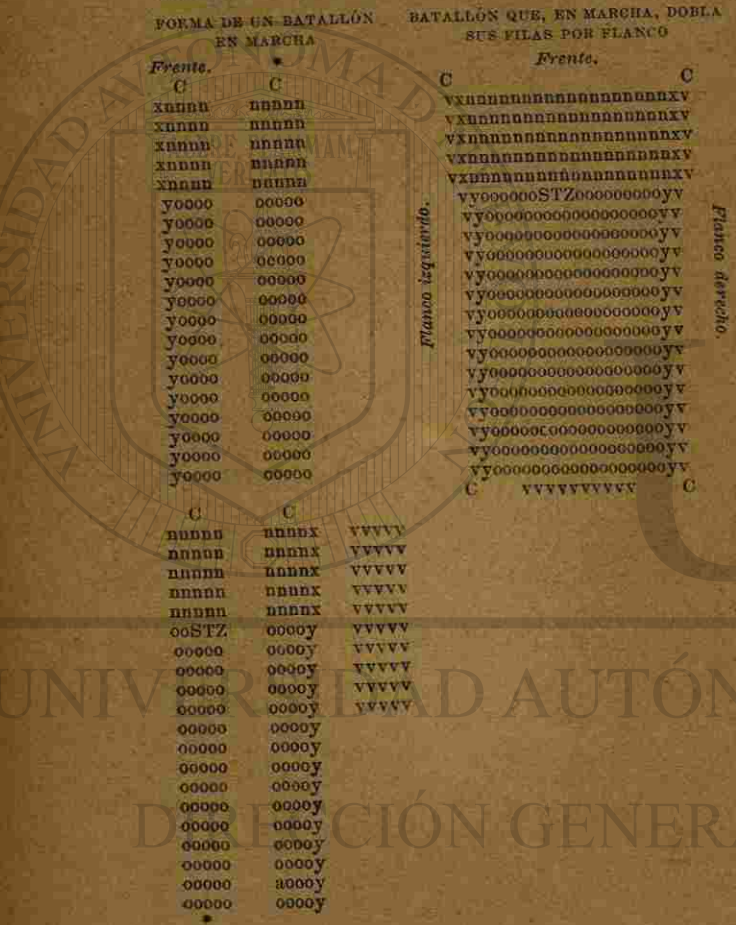
Para que un batallón en marcha se forme de esta

manera, hay que hacer lo siguiente: Dispuestos los soldados en ochenta filas de á cinco hombres cada una, como antes he dicho, dejando los vélites ó á la cabeza, ó á la cola, con tal que estén fuera de formación, debe ordenarse que cada centurión vaya al frente de veinte filas, las cinco primeras ó *inmediatas* á él de piqueros, y las demás de escudados. El sitio del condestable con la trompeta y la bandera es el espacio que media entre los piqueros y los escudados del segundo centurión, y ocupan el lugar de tres escudados; veinte decuriones irán á los flancos de las filas del primer centurión, á la izquierda, y otros veinte á los flancos de las filas del segundo centurión, á la derecha. Los decuriones que mandan piqueros deben llevar picas, y los que mandan escudados, escudos. Puestas en este orden las filas, si, caminando, se quiere desplegar la fuerza en batalla para hacer frente al enemigo, debes mandar parar al primer centurión con las primeras veinte filas; el segundo centurión continuará marchando, inclinándose á la derecha, por el flanco de las filas paradas hasta alinearse con el primero, y entonces también se parará; el tercer centurión seguirá marchando y girando á mano derecha por el flanco de las filas paradas hasta hacer lo mismo que el segundo; igual operación y del mismo modo ejecutará el cuarto centurión. Inmediatamente después dos centuriones salen del frente y se colocan á retaguardia del batallón, quedando éste formado en el orden de batalla que demostré hace poco. Los vélites se distribuyen por los flancos, como dijimos al explicar la primera formación, llamada redoblar por línea recta, mientras á ésta se la llama redoblar por flanco; aquélla es más fácil, ésta más ordenada, más segura, y se puede adaptar mejor á las circunstancias. En la primera hay que obedecer al número, porque cinco hacen diez; diez, veinte; veinte, cuarenta, y al redoblar las

filas por derecho no podéis formar un frente de quince, ni de venticinco, ni de treinta, ni de treinta y cinco, siendo preciso atenerse al número que al doblar la fila resulta, y como muchas veces ocurre que en una acción conviene presentar un frente de seiscientos ú ochocientos hombres, el redoblar por línea recta en este caso desordenaría las filas. Por eso me gusta más la segunda formación, cuyas dificultades deben superarse con ejercicios prácticos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIGURA 1.ª—*Ejemplo de un batallón que redobla las filas por el flanco según se ha descrito, y demostración de que con el mismo orden de las ochenta filas, poniendo á la espalda las cinco filas de piqueros que van al frente, al doblar las filas, todas las picas quedan á retaguardia; lo cual se hace cuando, caminando de frente, se teme al enemigo por la espalda.*



Repito que es de la mayor importancia sepan los soldados ordenarse pronto en filas, y que se les debe ejercitar en la formación por batallones, en marchas forzadas, avanzando ó retrocediendo, pasando por terrenos quebrados, sin desorganizar la formación; porque los soldados que saben hacer esto bien, son soldados prácticos, y, aunque no hayan visto nunca al enemigo, pueden llamarse veteranos; los que, al contrario, no saben conservar el orden en filas, aunque hayan estado en mil campañas, deben considerarse como soldados nuevos.

Hemos dicho cómo se forma un batallón en batalla cuando va marchando en pequeñas filas; pero lo importante y difícil, lo que exige mucho ejercicio y gran práctica y en lo que los antiguos ponían gran cuidado, es reorganizar rápidamente un batallón que las desigualdades del terreno ó un ataque del enemigo ha desordenado. Para esto hay que hacer dos cosas: una tener en el batallón gran número de contraseñas, y otra que la formación sea constantemente igual, de modo que cada soldado ocupe siempre el mismo puesto; por ejemplo, si un soldado empezó á formar en la segunda fila, que continúe siempre en ella y dentro de ella en el mismo sitio. Para esto son indispensables, como he dicho, muchas contraseñas.

En primer lugar, la bandera debe ser de forma que, asemejándose á las de los otros batallones, se la distinga de los demás; en segundo, que el condestable y los centuriones lleven en la cabeza penachos ó plumeros distintos de los demás, y muy visibles. Pero lo que sobre todo importa es conocer fácilmente á los decuriones, y tanto cuidaban de ello los romanos, que les hacían llevar un número en el casco, llamándoles primero, segundo, tercero, cuarto, etc. No contentos con esto, cada soldado llevaba en el escudo el número de la fila y del sitio que en ella ocupaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Contraseñados así los hombres y acostumbrados á ocupar siempre el mismo sitio, por grande que fuese el desorden, fácil era restablecer la formación pues, situada la bandera, los centuriones y decuriones sabían á la vista cuál era su sitio, y reuniéndose los de la izquierda á la izquierda y los de la derecha á la derecha en la acostumbrada distancia, los soldados, guiados por la práctica y por la diferencia de las contraseñas, ocuparían inmediatamente su sitio propio, de igual modo que si os dan las duelas de un barril numeradas, con suma facilidad las colocáis, lo cual es imposible si no tienen ninguna señal.

Tales cosas con diligencia y ejercicio se enseñan pronto, y pronto se aprenden, y, aprendidas, con dificultad se olvidan, porque á los reclutas les guían los veteranos, y al cabo de algún tiempo, con tales ejercicios, llega á ser un pueblo muy experto en las maniobras militares.

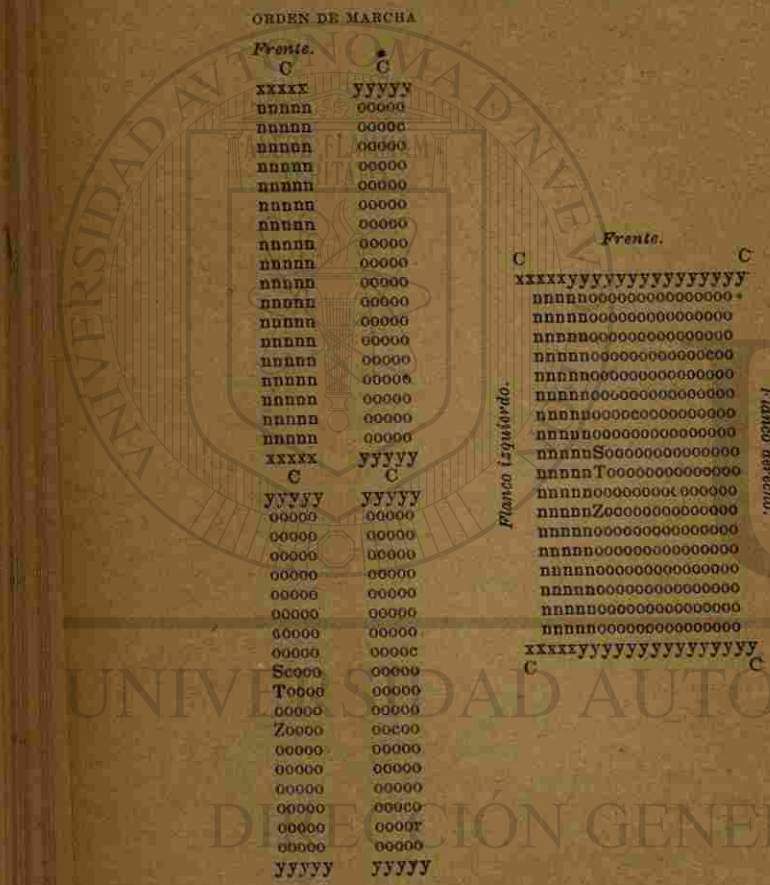
Es preciso enseñar también á los soldados á volverse á la vez y convertir, cuando la ocasión lo exija, los flancos ó la retaguardia en frente, y éste en flanco ó retaguardia; cosa facilísima, porque basta que cada soldado vuelva el cuerpo en la dirección que se le ordene, y hacia donde tenga el rostro estará el frente.

Debe tenerse en cuenta que, al volverse de flanco, las distancias cambian de proporción, porque son mayores de fila á fila que de hombre á hombre en cada una de ellas, lo cual es un defecto en la formación ordinaria del batallón. En tales casos, la propia discreción y la práctica hacen estrechar las filas, remediando este pequeño inconveniente. Más importante es y mayor práctica exige hacer á todo un batallón que vuelva como si fuera un cuerpo sólido; lo que no se consigue sin mucha costumbre y habilidad. Para volver, por ejemplo, sobre el flanco izquierdo, es preciso que se paren los colocados á la extrema izquierda, y que los inmediatos marchen tan despacio que no necesiten correr los que están en la extrema derecha; sin tal precaución, se desordenan las filas.

Como siempre ocurre, cuando está en marcha un ejército, que los batallones que no van al frente tienen que combatir por el flanco ó por la retaguardia, convirtiendo de pronto aquél ó ésta en frente, para que, al hacer esta maniobra, conserve el batallón el orden de batalla que hemos establecido, preciso le es tener los piqueros en el flanco que convierta en frente, y los decuriones, centuriones y el condestable, en sus acostumbrados puestos. Para lograr esto, es preciso, al formar las ochenta filas de á cinco hombres, poner todas las picas en las veinte primeras filas, y cinco decuriones en la primera y cinco en la última. Las sesenta filas que quedan á la espalda, son de escudados y forman tres centurias. La primera y última fila de cada una de ellas debe ser también de decuriones. El condestable, con la bandera y las trompetas, se situará en medio de la primera centuria de escudados, y los centuriones á la cabeza de cada centuria.

En tal situación, si queréis poner las picas en el flanco izquierdo, dobláis las centurias por el flanco derecho; y si deseáis que los piqueros estén en el derecho, las dobláis por el izquierdo. De esta suerte el batallón vuelve con todas las picas sobre un flanco con los decuriones al frente, la retaguardia con los centuriones á la cabeza, y el condestable en medio. Así sigue avanzando, y cuando el enemigo se presenta y conviene convertir el flanco en frente, basta que los soldados se vuelvan de cara al flanco donde están las picas, y el batallón se encuentra entonces en el orden de batalla antes explicado; porque, á excepción de los centuriones, todos están en su puesto, y los centuriones inmediatamente y sin dificultad se colocan en los suyos.

FIGURA 2.ª—*Representa cómo se ordena un batallón que marcha de frente cuando tiene que combatir de flanco, según la explicación del texto.*



Cuando, caminando de frente, tenga que combatir por retaguardia, conviene ordenar las filas de modo que, formado en batalla, las picas se encuentren detrás; lo cual se consigue colocando á la espalda las cinco filas de piqueros que ordinariamente van al frente de cada centuria, y en todo lo demás se observa el orden ya referido.

Cosme.—Habéis dicho, si mal no recuerdo, que estos ejercicios sirven para unir después los batallones y formar el ejército, teniendo todos igual organización; pero si ocurre que uno de ellos ha de combatir aisladamente, ¿cómo ordenaríais sus cuatrocientos cincuenta hombres?

Fabricio.—Su jefe debe juzgar entonces dónde le conviene más colocar las picas y ponerlas en el sitio oportuno, lo que en nada se opone al orden establecido; pues aunque se refiera al modo de pelear en las batallas en unión con otros batallones, las reglas lo mismo se aplican cuando se bate aisladamente. Al explicaros los otros dos modos que hay de formar el batallón, satisfaré vuestro deseo, porque, ó no se emplean nunca, ó únicamente se usan cuando el batallón opera solo.

Para formar el batallón con dos cuernos, debes ordenarlo de ochenta filas de á cinco hombres, del modo siguiente: Se pone en medio un centurión, y tras de él venticinco filas de dos piqueros á la izquierda, y tres escudados á la derecha. Detrás de las primeras cinco filas, en las otras veinte habrá veinte decuriones entre las picas y los escudos, excepto los que llevan picas, que podrán estar con los piqueros. A continuación de estas venticinco filas así organizadas, se pondrán primero otro centurión con quince filas de escudados, después el condestable con la trompeta y la bandera, seguido también de otras quince filas de escudados; en seguida el tercer centurión, al frente de venticinco filas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y en cada cual de ellas tres escudados á la izquierda y dos picas á la derecha; tras de las cinco primeras filas habrá veinte decuriones entre las picas y los escudos, y después de todas ellas estará el cuarto centurión.

Cuando, así ordenado el batallón, se le quiere formar con dos cuernos, se manda parar al primer centurión con las veinticinco filas que le siguen, y adelantarse al segundo centurión con sus quince filas de escudados que están á la espalda de aquéllas, inclinándose á la derecha y marchando por el flanco derecho de las venticinco filas hasta llegar á la altura de la quince, y allí se para. En seguida avanza el condestable con las quince filas de escudados que le siguen, é inclinándose también á la derecha sube por el flanco derecho de las anteriores quince filas hasta colocarse á su altura, y allí se detiene. Continúa el movimiento el tercer centurión con las venticinco filas últimas, y el cuarto centurión que va tras ellas, é inclinándose también á la derecha, marcha por el flanco derecho de las quince últimas filas de los escudados, sin detenerse hasta que, con la última fila de éstos, alínea la última de los que él manda. Hecho esto, el centurión jefe de las primeras quince filas de escudados, deja su puesto y se coloca en el ángulo izquierdo del batallón.

De tal modo queda formado un batallón de venticinco filas de altura á veinte soldados por fila, con dos cuernos, uno á cada lado del frente, cada uno de los cuales tendrá diez filas de á cinco hombres, quedando entre los dos cuernos un espacio suficiente para que quepan diez hombres que pasen de un flanco al otro. Entre los cuernos se situará el jefe, y en el extremo de cada úno de ellos un centurión, y otro en cada uno de los dos ángulos de la retaguardia, y en los flancos dos filas de piqueros y veinte decuriones.

Sirven los dos cuernos para situar entre ellos la artillería, si el batallón la llevara, y los carros. Los vélites se distribuyen por los flancos al lado de los piqueros.

Para convertir el batallón con cuernos en batallón con *plaza*, basta tomar ocho de las quince filas de á veinte soldados, y alinearlas con los extremos de los dos cuernos, formando así la espalda de la plaza. En ésta se sitúan los carros, el jefe y la bandera; pero no la artillería, la cual se coloca al frente ó á lo largo de los flancos. Estas son las dos formas de organizar un batallón cuando tiene que pasar sólo por sitios sospechosos. Sin embargo, la formación sin cuernos y sin plaza, es la mejor; salvo el caso de necesitar poner á cubierto hombres desarmados, pues entonces la con cuernos es necesaria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los suizos organizan los batallones de otros diversos modos, entre ellos uno en forma de cruz, porque en el espacio entre los brazos de ésta, resguardan á sus arcabuceros de las acometidas del enemigo. Pero como dicha organización sólo es buena cuando ha de batirse un batallón aisladamente, y mi propósito es demostrar cómo deben combatir varios batallones reunidos, no me entretendré en explicarla.

Cosme.—Creo haber comprendido bien la manera de ejercitar á los soldados en los batallones; pero, si no recuerdo mal, dijisteis que, además de los diez batallones, tendría vuestra brigada mil picas extraordinarias y quinientos vélites también extraordinarios. ¿No queréis describir y ejercitar esta fuerza?

Fabricio.—Sin duda y con el mayor cuidado. Ejercitaré á los piqueros, á lo menos, compañía por compañía, en la misma forma que los batallones y como los que hay en éstos; pues de las picas extraordinarias me he de servir, más que de los batallones, en detalles de la guerra, como formar escoltas, merodear en el país enemigo y otras operaciones semejantes. A los vélites les ejercitaré sin reunirlos ni sacarlos de sus domicilios, porque, destinados á combatir individualmente, no es indispensable unirlos á las demás tropas para ejercicios comunes; basta que se instruyan bien en el combate individual.

Es, pues, necesario, aunque sea fastidioso repetirlo tantas veces, ejercitar á los soldados en los batallones de modo que sepan mantener la formación, saber el puesto que ocupa cada uno, reorganizarse rápidamente cuando el enemigo ó las desigualdades del terreno los desordenan pues, sabiendo hacer esto, es cosa fácil aprender el puesto que corresponde al batallón en una batalla y el papel que ha de desempeñar en el ejército.

El príncipe ó la república que cuidadosamente pro-

FIGURA 3.ª—*Modo de formar un batallón con dos cuernos, y con plaza en medio.*

ORDEN DE MARCHA

Frente.

Flanco izquierdo.

Flanco derecho.

Frente.

cure mantener esta organización y practicar estos ejercicios, tendrá siempre en sus Estados buenos soldados, superiores á los de los Estados vecinos, y estarán, por tanto, en el caso de imponer y no recibir la ley de los demás. Pero, como os he dicho, el desorden en que se vive ocasiona no apreciar estas cosas. Por ello nuestros ejércitos no son buenos, y aunque hubiera algunos jefes ó soldados naturalmente valerosos, no lo pueden demostrar.

Cosme.—¿Qué equipajes debe llevar, en vuestra opinión, cada uno de estos batallones?

Fabricio.—En primer lugar no creo que los centuriones ni los decuriones deban ir á caballo; y si el condestable deseaba cabalgar, le daría un mulo y no un caballo. Permitiría dos furgones, uno á cada centurión y otro para cada tres decuriones, porque, como diré oportunamente, todos ellos cabe reunirlos en los campamentos. Cada batallón tendrá, pues, treinta y seis carros, que llevarán las tiendas, los utensilios de cocina, las hachas y las estacas con punta de hierro, en cantidad suficiente para formar los campamentos y además cuanto pueden acarrear, sin ir muy cargados.

Cosme.—No dudo que serán necesarios todos los jefes que ponéis en cada batallón; pero sospecho que tantos hombres con mando produzcan alguna confusión.

Fabricio.—Así sucedería si no dependieran todos de un solo jefe; pero esta dependencia establece el orden de tal modo, que, sin los mandos referidos, es imposible gobernar bien el batallón. Como un muro que por todas partes se inclina necesita mejor muchos y pequeños puntales, aunque no sean muy fuertes, que pocos y sólidos, porque el empuje de cualquiera de éstos no impide que, á corta distancia de él, se arruine el murallón, de igual manera conviene que en los ejércitos haya, para cada diez hombres, uno de más ánimo, de más

audacia ó de mayor autoridad; el cual con la palabra, la acción y el ejemplo, contenga á los demás y les aliente á combatir. La mejor prueba de ser esto tan necesario en el ejército, como los jefes, las banderas y las trompetas, es que existe en nuestras tropas, aunque no se saque partido de ello.

En primer lugar, para que los decuriones cumplan su deber es necesario tengan, como he dicho, cada cual sus diez soldados, siempre los mismos, con los cuales acampen, hagan las guardias y formen en filas; porque así son regla y medida para mantener la formación, impiden que se desordene y, si esto sucede, recobran pronto su puesto. Pero hoy sólo sirven para cobrar más sueldo que los demás y para algún servicio individual. Idéntica cosa sucede con las banderas, que se tienen más bien como lujosa ostentación en las revistas que para uso militar. En la antigüedad servían de guía y como señal para reorganizarse, pues cada cual, al ver dónde estaba la suya, sabiendo el sitio que con respecto á ella debía ocupar, acudía inmediatamente á su puesto. También sabía que, según estuviese la bandera parada ó en movimiento, así debía estar él quieto ó en marcha. Es indispensable que en un ejército haya varios cuerpos y que cada cuerpo tenga su bandera y sus guías, porque es el modo de darle movimiento y vida.

Los soldados deben, pues, seguir á la bandera y ésta moverse conforme á los toques de las trompetas, toques que, bien establecidos, sirven para ordenar todo el ejército; pues acomodando los soldados el paso al compás de los sonidos, conservan fácilmente la formación. Por ello en la antigüedad había en los ejércitos flautas, pífanos y otros instrumentos perfectamente modulados, pues así como el que baila va al compás de la música y, mientras lo sigue, no se equivoca, de igual modo un ejército, obedeciendo en sus movimientos al compás de

los toques, no se desordena. Además, en la antigüedad variaban los sonidos, según se quería enardecer, calmar ó detener la impetuosidad de los soldados. Como los modos de la música eran varios, variaban de nombres. El modo dórico inspiraba la constancia; el frigio, el furor; y se cuenta que, estando sentado á la mesa Alejandro y tocando una música en el modo frigio, se enardecló su ánimo hasta el punto de echar mano á las armas. Sería conveniente restablecer estas sonatas, y, si parece difícil, no descuidar aquellos toques que enseñan á obedecer al soldado; toques que cada cual puede determinar á su manera, con tal de que, por la práctica, se acostumbren los oídos de los soldados á conocerlos. Hoy la trompetería no produce otro fruto que el de hacer ruido.

Cosme.—Desearía me explicaráis, si habéis pensado en ello, cuál es la causa de que en nuestros tiempos haya tanta desidia, tanto desorden y tanta negligencia en los ejercicios militares.

Fabricio.—Os diré de buen grado lo que pienso. Sabéis que en Europa ha habido muchos militares famosos, pocos en Africa y menos en Asia. La causa de ello consiste en que en estas dos últimas partes del mundo sólo existieron una ó dos grandes monarquías y pocas repúblicas, mientras en Europa ha habido algún que otro reino y numerosas repúblicas. Los hombres llegan á ser excelentes y muestran sus preclaras dotes cuando los que gobiernan la nación á que pertenecen, sean repúblicas ó reyes, les ponen en el caso de probarlas; por consiguiente, donde hay muchos soberanos, hay muchos grandes hombres, y donde aquéllos son pocos, éstos también.

Son famosos en Asia: Nino, Cyro, Artaxerxes, Mitrídates y algunos otros, muy pocos, grandes generales. En Africa, prescindiendo de la antigüedad egipcia,

Massinissa, Jugurta y los capitanes que produjo la república cartaginesa, los que, comparados en número con los europeos, son poquísimos, pues en Europa los hombres famosos son innumerables, y aun lo serían más si á sus nombres se añadieran otros muchos que la injuria de los tiempos ha hecho olvidar. Esto nace de que en el mundo ha sido tanto más común el mérito cuanto mayor número de Estados, por necesidad ú otro humano interés, han alentado y favorecido la virtud.

Si en Asia aparecen tan pocos grandes hombres es porque casi toda ella formaba un Imperio que, por su enorme extensión, estaba casi siempre en paz y así era imposible que surgieran en él hombres capaces de grandes empresas. En África ocurre lo mismo, pues casi únicamente la república cartaginesa produjo algunos hombres ilustres, y esto á causa de que las repúblicas dan de sí más hombres famosos que los reinos, porque en ellas se honra el mérito y en éstos se teme; en aquéllas se alienta y en los reinos se ahoga.

Fijando la atención en Europa se verá que está llena de repúblicas y monarquías, temerosas unas de otras y obligadas por ello á mantener en vigor las instituciones militares y á honrar á los que en ellas adquieren fama. En Grecia, además del reino de Macedonia, había bastantes repúblicas y todas produjeron muchos grandes hombres. En Italia vivían los romanos, los samnitas, los etruscos, los galos cisalpinos; la Galia y la Germania estaban llenas de repúblicas y reyes; Iberia lo mismo, y si, en comparación con los romanos, son pocos los hombres ilustres de estas comarcas que se citan, es á causa de la parcialidad de los historiadores que, siervos de la fortuna, las más veces sólo elogian á los victoriosos. Pero no es razonable suponer que entre los samnitas y los etruscos, pueblos que durante ciento cincuenta años estuvieron en lucha con los romanos,

dejara de haber en tan largo plazo, y antes de ser vencidos, muchos hombres famosos. Otro tanto puede decirse de la Galia y de Iberia. Pero el mérito que los historiadores no celebran en los individuos, lo reconocen en los pueblos, cuya obstinación en la defensa de su libertad ensalzan hasta las estrellas.

Siendo, pues, indudable que el número de grandes hombres depende del número de Estados, la consecuencia es que conforme éstos se arruinan van disminuyendo los capitanes famosos, á medida que cesan las ocasiones de demostrar su mérito. El crecimiento del imperio romano, que acabó con todas las repúblicas y reinos de Europa y de Africa y la mayor parte de los de Asia, no dejó medio de probar el mérito más que en Roma, y de aquí que los grandes hombres empezaran á escasear lo mismo en Europa que en Asia y que la virtud llegara á extrema decadencia, pues reducida á Roma, al corromperse las costumbres en esta ciudad, la corrupción se extendió á casi todo el mundo, pudiendo entonces los pueblos de la Scitia arrasar aquel Imperio que había extinguido el mérito de todos los demás, sin saber conservar el suyo.

La invasión de los bárbaros destrozó el Imperio dividiéndolo en muchas nacionalidades; pero la virtud militar no renació, primero porque no se restablecen fácilmente instituciones caídas en desuso, y además porque las nuevas costumbres, basadas en la religión cristiana, no imponen la necesidad de defenderse que antiguamente existía, cuando los vencidos en la guerra ó eran muertos ó quedaban en perpetua esclavitud, arrastrando miserable vida. Las ciudades vencidas ó eran arrasadas ó expulsados sus habitantes, dispersándoles por todo el mundo y apoderándose el conquistador de sus bienes, de suerte que los vencidos quedaban en la última miseria. Amedrentados los hombres por

este temor, no olvidaban los ejercicios militares y honraban á los que en ellos sobresalían. Pero hoy el miedo casi ha desaparecido, porque, ni á los vencidos se les mata ni siquiera se les tiene largo tiempo prisioneros, pues con facilidad recobran la libertad. Las ciudades, aunque se hayan rebelado mil veces, no son arrasadas; los habitantes continúan gozando de sus bienes, de modo que el mayor mal que se teme es el pago de alguna contribución. Por esto nadie quiere someterse al rigor de la vida militar y á los constantes ejercicios que exige por evitar peligros que apenas se temen. Además, Europa está sometida á pocos soberanos en comparación de los que antes había, porque toda Francia obedece á un rey, toda España á otro, y la misma Italia no está muy dividida; de modo que los Estados débiles se defienden uniéndose al vencedor y los poderosos, por las razones expuestas, no temen una ruina completa.

Cosme.—Sin embargo, de veinticinco años á esta parte, muchas ciudades han sido saqueadas y se han perdido muchos reinos, ejemplos que deberían enseñar á vivir á los demás, restableciendo algunas de las instituciones antiguas.

Fabricio.—Cierto es lo que decís; pero recordad las ciudades que han sido saqueadas y veréis que no eran capitales de Estados, sino pueblos de segundo orden. Fué saqueada Tortona, pero no Milán; Capua, pero no Nápoles; Brescia, pero no Venecia; Ravena, pero no Roma, y tales ejemplos no hacen mudar de propósitos á quienes gobiernan, persistiendo en que pueden librarse de tales catástrofes mediante contribuciones [pecuniarias, y de aquí que no quieran someterse á las molestias de los ejercicios militares, considerándolos en parte innecesarios y en parte cosa que no entienden. Los que ya han perdido la libertad, cuyo ejemplo debiera inspirar temor á los demás, carecen de poder para

remediar su infortunio. Así, pues, unos príncipes por haber perdido sus Estados y otros por ignorancia ó falta de voluntad, todos prescinden de las instituciones militares. Quieren que la fortuna les favorezca sin tomarse trabajo alguno; no tienen en cuenta que su indolencia es causa de que todo quede á la fortuna, y, en vez de dominarla, se dejan dominar de ella.

Como prueba citaré á Alemania, donde, por haber muchos reinos y repúblicas, hay mucha virtud militar, y cuanto bueno se encuentra en los actuales ejércitos procede del ejemplo de aquellos pueblos que, celosos de su independencia y temiendo la servidumbre (no temida en otros países), conservan su autoridad y la consideración que merecen. Creo que esto basta para explicaros los motivos de la indiferencia que hoy inspira el arte militar, según mi opinión. No sé si estaréis conformes ó si os ocurre alguna duda.

Cosme.—Ninguna. Estoy completamente convencido. Lo único que deseo, volviendo al asunto principal, es saber cómo organizaríais la caballería, con cuántos capitanes y con qué armas.

Fabricio.—Acaso os parezca que había olvidado este punto. Si lo dejé para último lugar, es por dos razones que me obligan á hablar poco de él: una, que el nervio y la importancia de un ejército está en la infantería; otra, que la caballería actual es menos defectuosa que la infantería, y si no supera á la antigua, al menos la iguala. Por eso apenas he dicho nada del modo de ejercitarla.

Respecto á las armas, le daría las que hoy tiene, lo mismo á la caballería ligera que á los hombres de armas; pero quisiera que los primeros fuesen todos ballesteros y mezclarles algunos arcabuceros, pues si éstos, en la generalidad de las operaciones de guerra, son poco útiles, en cambio para asustar á los paisanos y echarles de cualquier paso que guarden son utilísimos,

hasta el punto de valer más un arcabucero que veinte soldados con otras armas.

En cuanto al número, siguiendo la imitación de la milicia romana, tendría trescientos caballos efectivos para cada batallón, divididos en ciento cincuenta hombres de armas y otros tantos caballos ligeros, dando á cada uno de estos cuerpos un jefe, quince decuriones, bandera y trompetas. Cada diez hombres de armas tendrían cinco furgones y cada diez caballos ligeros dos, donde, como en los de la infantería, fueran las tiendas, las vasijas, las hachas, las estacas y cuanto más bagaje cupiese. No creáis que lo que propongo sea una gran novedad, á causa de que actualmente cada hombre de armas lleva consigo cuatro jinetes, porque esto es una corruptela. En Alemania los hombres de armas van solos con sus caballos y cada veinte tienen un furgón que les transporta las cosas más necesarias. Los soldados de caballería romanos también iban solos, aunque inmediatos á la caballería estaban siempre los triarios, obligados á ayudarles en el cuidado de los caballos, cosa que podría imitarse hoy, como demostraremos al hablar de los campamentos.

Lo que practicaron los romanos y practican ahora los tudescos también debiéramos hacerlo, y, si prescindimos de ello, es con manifiesto error.

Estos dos cuerpos de caballería que forman parte de la brigada podrán reunirse algunas veces con los batallones de la misma y practicar juntos varias maniobras, más bien para conocerse que por verdadera necesidad.

Dicho ya lo necesario respecto á la organización y ejercicio de las fuerzas militares, pasemos á explicar cómo se forma un ejército para poder presentar batalla al enemigo con esperanza de vencerlo, objeto principal de la organización de la milicia y de los estudios y cuidados que ésta exige.

LIBRO TERCERO

SUMARIO

De cómo los romanos tenían organizada la legión y los griegos la falange.—Cómo lo están los batallones suizos, é inconvenientes de imitar demasiado á la falange.—Deben adoptarse en parte la organización y las armas romanas, y en parte las griegas.—Ejército consular; cómo y de cuántos hombres estaba compuesto.—Cómo se forma el ejército para dar una batalla.—Cómo se afronta al enemigo.—Uso de la artillería en las batallas campales.—Conviene atacar á la artillería enemiga para que no pueda disparar.—Los arcabuceros y los cañones pequeños causan más daño que la artillería gruesa.—La artillería no debe impedir que se practique la antigua organización militar.—Ha de colocarse fuera de las filas para poderla manejar.—De cómo las picas dispuestas en cinco filas, bastan para contener la caballería.—Por qué la primera línea del ejército debe ser más sólida y numerosa que la segunda, y ésta más que la tercera.—De cómo las tropas que se baten en primera y segunda línea pueden, al retirarse, caber en la tercera.—Cómo han de retirarse las picas situadas en los flancos del ejército.—El primer ejercicio que deben practicar los batallones consiste en restablecer rápidamente la formación cuando se desordena.—Grados y honores; cómo han de conseguirse.—Señales de la bandera.—El segundo ejercicio debe ser mover y hacer caminar al ejército sin que se descomponga su formación.—El tercer ejercicio ha de ser el de batallas simuladas.—El cuarto, conocer las órdenes del jefe por los toques de trompetas y por la bandera.—Toques usados por los lacedemonios.—Por los cartagineses.—Por los lidios.—Por Alejandro Magno y por los romanos.—Toques que el autor propone, y cómo deben usarse.—Por qué se debe acometer al enemigo dando furiosos gritos y después combatir en silencio.

Cosme.—Puesto que mudamos de asunto, quiero sea otro el que pregunte para que no se me tache de presuntuoso, defecto que siempre he censurado en los demás. Abdico, pues, la dictadura y la entrego á quien de estos amigos míos quiera ejercerla.

Zanobi.—Gratísimo nos sería que continuaseis; pero, si no queréis, decid al menos quién ha de reemplazaros.

Cosme.—Dejo el encargo al Sr. Fabricio.

Fabrizio.—Lo acepto de buen grado, y deseo sigamos la costumbre veneciana de que el más joven hable primero. Siendo la guerra ejercicio de jóvenes, creo que son los que deben hablar de ella con preferencia, por ser los capaces de realizarla.

Cosme.—Entonces os toca á vos, Luis. Me agrada el sucesor, y creo quedaréis satisfecho de sus preguntas. Pero volvamos cuanto antes al asunto, y no perdamos tiempo.

Fabricio.—Seguro estoy que para explicar bien cómo se ordena un ejército en el momento de una batalla, es indispensable narrar de qué modo disponían en tales casos sus tropas los griegos y los romanos. Pero como esto podéis leerlo y estudiarlo en los escritores antiguos, prescindiré de muchos detalles, fijándome solamente en lo que crea necesario imitar para el perfeccionamiento posible de la milicia de estos tiempos. Os mostraré, pues, á la vez cómo se ordena un ejército para las verdaderas batallas, y cómo se ejercita en las simuladas.

La mayor falta que puede cometer quien ordene un ejército para combatir, es formarlo con una sola línea de frente y hacer que el éxito dependa de un solo ataque. Esto nace de haber olvidado cómo en la antigüedad se disponían las líneas de batalla de modo que las de delante se reconcentraran en las de detrás, sin lo cual no se puede apoyar una línea de combate, ni defenderla, ni reemplazarla, cosas que los romanos observaban cuidadosamente.

Para explicar esta maniobra, diré que los romanos dividían las legiones en tres cuerpos, llamados astarios, príncipes y triarios. Los astarios constituían la primera línea del ejército, formándola varias filas sólidamente apiñadas. Detrás de ellos estaban los príncipes en orden más abierto, y en última línea los triarios tan espaciados, que, en caso necesario, podían mezclarse con ellos los príncipes y los astarios. Tenían, además, los honderos y los ballesteros y otros soldados armados á la ligera, que no estaban en las filas, sino puestos al frente del ejército entre la caballería y la infantería.

Esta infantería armada á la ligera comenzaba la batalla; si era vencedora, lo que ocurría raras veces, continuaba la victoria, persiguiendo al enemigo; si rechazada, retirábase por los flancos del ejército y por los intervalos dispuestos al efecto, situándose á retaguardia. Entonces entraban en lucha los astarios, y, si no podían resistir al enemigo, se retiraban poco á poco pasando por los claros de las filas de los príncipes detrás de ellos y, unidos con éstos, renovaban el combate. Si astarios y príncipes eran rechazados, retirábanse á la línea de los triarios, ocupando los intervalos que en ella había, y todos juntos, formando una masa, renovaban la lucha. Si entonces eran vencidos, la batalla estaba perdida, porque ya no había medios de rehacerse.

La caballería se situaba á los flancos del ejército, como si fuera las dos alas de un cuerpo, y combatía á caballo ó á pie, según las necesidades del momento.

Este método de rehacerse tres veces hace casi imposible ser derrotado, pues para ello es preciso que por tres veces os abandone la fortuna y que el enemigo sea valeroso hasta el punto de venceros tres veces.

Los griegos no tenían en sus falanges este modo de rehacerse, y, aunque había en ellas muchos jefes y muchas

líneas, formaban un solo cuerpo ó cabeza. Los combatientes se reemplazaban, no como los romanos, retirándose una línea á la que tenía detrás, sino sustituyendo un hombre á otro de este modo: cuando la falange formada en filas, supongamos que de cincuenta hombres de frente, atacaba al enemigo, las seis primeras filas podían combatir, porque sus lanzas, llamadas *sarisses*, eran tan largas, que las de la sexta fila pasaban la punta sobre la primera. El que caía muerto ó herido durante el combate, estando en la primera fila era inmediatamente reemplazado por el que estaba á su espalda en la segunda; sustituía á éste el puesto tras él en la tercera, y así sucesivamente; de modo que, en un momento, las filas de la espalda rehacían las de delante, que siempre estaban completas, sin que quedase vacío ningún puesto de combatiente, excepto en la última fila, que poco á poco iba disminuyendo por no tener á su espalda quien cubriese las bajas. De esta suerte las ocasionadas en las primeras filas resultaban en la última, y aquéllas estaban siempre completas. Con tal organización era más fácil consumir la falange que dispersarla, porque su espesor la convertía en cuerpo inmóvil.

Empezaron los romanos por imitar la falange, é instruyeron á sus legiones á semejanza de aquélla. Después les disgustó esta organización y dividieron las legiones en diferentes cuerpos, esto es, en cohortes y manípulos, por haber comprendido, según dijimos antes, que las agrupaciones militares eran tanto más vigorosas cuanto de más partes se componían, de modo que cada cual de éstas se rigiera por sí misma, contribuyendo á la unidad del impulso.

Los batallones suizos imitan ahora á las falanges lo mismo en la formación gruesa y maciza que en la sustitución individual de los soldados, y, al dar las bata-

llas, ponen un batallón al lado del otro. Como si colocaran alguno detrás de otro, éste, al retirarse, no podría entremezclarse en las filas de aquél, á fin de que se ayuden el uno al otro, les colocan uno delante y otro detrás, pero á la derecha del anterior, de modo que, si el primero necesita apoyo, el segundo avanza á socorrerlo. El tercer batallón lo ponen detrás de los dos anteriores, pero á distancia de un tiro de arcabuz. Hacen esto para que, si son rechazados los primeros, avance el tercero sin tropezar con los que se retiran; porque una fuerza numerosa y en masa no se incorpora en otra igual como un pequeño cuerpo de tropas; por ejemplo, los tres distintos que formaban la legión romana, los cuales podían colocarse de modo que los de delante se unieran fácilmente á los de la espalda.

Que la organización del ejército suizo es inferior á las de las tropas romanas, lo demuestran muchos ejemplos de batallas, en las cuales las legiones de Roma aniquilaron siempre á las falanges griegas; porque la de las legiones y su manera de rehacerse era, como he dicho, muy superior á la solidez de la falange.

Por estos ejemplos opino que los ejércitos modernos deben formarse aprovechando en parte la organización y las armas de la legión romana, y en parte de la falange griega y propongo para mi brigada dos mil picas, que es el arma de la falange, y tres mil con escudo y espada, que son las de la legión; divido la brigada en diez batallones, como los romanos dividían la legión en diez cohortes; organizo los vélites, es decir, la infantería ligera, para que combatan como combatían los suyos, y del mismo modo que tomo y mezclo las armas de griegos y romanos, aprovecho de ambos las organizaciones, disponiendo que cada batallón tenga cinco filas de picas al frente, y las demás sean de escudos para poder con el frente resistir á la caballería y penetrar

fácilmente en las filas del enemigo á pie, puesto que en el primer choque tengo, como él, á los piqueros para contenerle, y después los escudados para vencerle.

Si fijáis vuestra atención en dicho orden de batalla, veréis que cada cual de estas armas se emplea para lo que es útil; porque las picas lo son contra los caballos, y, aun empleadas contra la infantería, desempeñan su misión antes de que la lucha llegue á ser cuerpo á cuerpo, en cuyo caso son inútiles. Para remediar este inconveniente, ponen los suizos detrás de tres filas de picas una de alabardas, á fin de dejar espacio á las primeras; pero esto no es suficiente. Colocando nuestras picas delante y los escudados detrás, con aquéllas se resiste á la caballería, al empezar el combate molestan y desordenan la infantería enemiga, y cuando resultan ineficaces, porque la lucha es cuerpo á cuerpo, las reemplazan los soldados con escudo y espada, quienes pueden manejarse en la confusión de la más empeñada pelea.

Luis.—Impacientes estamos por saber cómo formaréis para librar batalla un ejército ordenado y armado según vuestro sistema.

Fabricio.—Os lo voy á explicar. Ya sabéis que en un ejército romano ordinario, llamado ejército consular, sólo había dos legiones de ciudadanos romanos, ó sean seiscientos caballos y unos once mil infantes. Unían á éstos otros tantos infantes y caballos que les enviaban sus aliados y confederados, los cuales dividían en dos porciones, llamadas cuerno derecho y cuerno izquierdo, no permitiendo nunca que la infantería auxiliar excediera en número á la de las legiones, pero sí que la caballería fuese más numerosa. Con este ejército de veintidos mil infantes y unos dos mil caballos útiles, realizaba un cónsul todas sus empresas y combatía al enemigo. Cuando éste era muy poderoso, los dos cónsules reunían sus ejércitos.

Advertid que en las tres principales operaciones hechas ordinariamente por un ejército, caminar, acampar y combatir, ponían las legiones en medio, queriendo que la fuerza, en la cual más confiaban, estuviera siempre unida, según demostraré al hablar de cada una de las citadas operaciones.

La infantería auxiliar, por la práctica que adquiría al lado de la infantería legionaria, era tan útil y disciplinada como ésta, y como ésta también se la ordenaba para dar la batalla; de modo que quien sabe el orden de batalla de una legión, sabe el de todo el ejército; y habiendo ya dicho que formaba tres líneas y cómo se rehacían entrando unas en otras, se conoce la disposición general del ejército formado en batalla.

Queriendo yo preparar el combate á semejanza de los romanos, como ellos tenían dos legiones, tomaré dos brigadas, y como disponga éstas quedará dispuesto todo el ejército, porque las fuerzas que agregue tendrán por único objeto hacerle más numeroso. No creo necesario recordar cuántos infantes tiene una brigada, que consta de diez batallones, el número de jefes de cada batallón, y las armas, los piqueros, los vélites ordinarios y extraordinarios, porque detalladamente lo dije hace poco, advirtiendo que no lo olvidarais por ser cosa indispensable para comprender todas las maniobras. Continuaré, pues, la explicación sin detenerme en estos detalles.

Opino que los diez batallones de una de las brigadas se pongan en el flanco izquierdo, y los otros diez en el derecho, organizando las del izquierdo del modo siguiente: Sitúo cinco batallones, uno al lado del otro, de frente, de modo que entre ellos quede un espacio de cuatro brazos, y así ocuparán ciento cuarenta y un brazos de terreno á lo ancho, y cuarenta de fondo. Detrás de estos cinco batallones pondré otros tres, separados en línea recta de aquellos cuarenta brazos. Dos de éstos se colocarán enfilados detrás de los dos que hay en los extremos de la primera fila, y el otro en medio, ocupando, por consiguiente, estos tres el mismo espacio en anchura y fondo que los cinco primeros, salvo que la distancia de cuatro brazos entre cada uno de los cinco será de treinta y tres entre cada uno de los tres. Los dos últimos batallones los sitúo detrás de los tres, á cuarenta brazos de distancia en línea recta, cada uno de ellos enfilados con los de los extremos de los tres, y dejando entre ellos un espacio de noventa y un brazos. Ocuparán, pues, los batallones así dispuestos ciento cuarenta y un brazos de ancho y doscientos de fondo. Á distancia de veinte brazos por el flanco izquierdo de estos batallones pongo las picas extraordinarias, que forman ciento cuarenta y tres filas de á siete hombres, de modo que con su extensión cubren todo el flanco izquierdo de los diez batallones dispuestos como he dicho. Destinaré cuarenta filas á la custodia de furgones y hombres sin armas puestos á retaguardia. Los decuriones y centuriones ocuparán los respectivos puestos, y de los tres condestables pondré uno al frente, otro en medio y otro en la última fila, el cual desempeña igual cargo que el *tergiductor* de los romanos, quienes daban este nombre al jefe puesto á retaguardia de las tropas.

Volviendo á la cabeza del ejército, pondré junto á las picas extraordinarias los vélites extraordinarios, que sabéis son quinientos, y ocuparán un espacio de cuarenta brazos. Al lado de éstos, á mano izquierda, situaré los hombres de armas en ciento cincuenta brazos de terreno, y después la caballería ligera en un espacio igual al de los hombres de armas. Dejaré los vélites ordinarios alrededor de sus batallones respectivos en los intervalos que separan unos de otros, quedando como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

auxiliares de éstos, á no ser que los ponga detrás de las picas extraordinarias, lo cual haré ó no, según me convenga. El general de la brigada le colocaré entre la primera y segunda línea de los batallones ó al frente, en el espacio entre el último batallón de los cinco de la primera línea y las picas extraordinarias, conforme las circunstancias lo aconsejen, rodeándole de treinta ó cuarenta hombres elegidos por su inteligencia para comunicar una orden, y por su intrepidez para rechazar un ataque. Junto al general estarán la bandera y el trompeta.

En esta forma dispondré la brigada de la izquierda, ó sea la mitad del ejército, ocupando un espacio de frente de quinientos once brazos y el fondo antedicho, no contando el sitio de las picas extraordinarias destinadas á proteger la impedimenta, que será de unos cien brazos.

La otra brigada se colocará á la derecha de la anterior, del mismo modo que he dispuesto la de la izquierda, dejando entre ellas un espacio de treinta brazos, á cuyo frente pondré algunas piezas de artillería, y tras ellas el general en jefe del ejército, teniendo junto á él, además de la bandera capitana y del trompeta, lo menos doscientos hombres elegidos, la mayoría á pie, y entre ellos diez ó más capaces de ejecutar cualquier orden, armados de modo que puedan ir á caballo ó á pie, según sea necesario.

Para el ataque de plazas bastan al ejército diez cañones, que no deben pasar de un calibre de cincuenta libras, y en campaña me serviré de ellos, mejor para defender los campamentos que durante la batalla. La demás artillería será más bien de calibre de diez que de quince libras, y la pondré al frente de todo el ejército si el terreno no permite que la sitúe en los flancos de un modo seguro y donde no pueda atacarla el enemigo.

Este orden de batalla permite combatir como las falanges griegas y como las legiones romanas, porque al frente están las picas y la infantería en apretadas filas, de suerte que, al venir á las manos con el enemigo, pueden, como las falanges, reemplazar las bajas de la primera fila con los que están detrás. Por otra parte, si la primera línea es rechazada en desorden, puede replegarse á la segunda, ocupando los intervalos entre los batallones que la forman y, unida con éstos, constituirá cuerpo sólido para detener el empuje del enemigo y rechazarlo. Si esto no basta, pueden replegarse á la tercera línea y combatir desde ella; hay, pues, en el modo de pelear y en el de rehacerse algo de la organización militar griega y de la romana.

En cuanto á la fortaleza del ejército, no existe formación más sólida, pues de uno á otro extremo está provisto de jefes y de armas, no quedando débil más que la retaguardia, donde están los bagajes y operarios, y aun éstos van flanqueados por un destacamento de picas extraordinarias. El enemigo no puede atacar por ningún punto sin encontrar seria resistencia, pues el ataque no será por retaguardia á causa de no haber nunca enemigo con fuerzas tan numerosas que pueda acometer por todos lados; que, si así fuera, no emprenderíais campaña contra él. Aun siendo tres veces más numeroso que vuestro ejército y tan bien organizado, debilitaría sus líneas al querer envolveros, y, rotas por cualquier punto, todo le saldría mal.

Respecto á la caballería, aunque la del enemigo fuera mucho mayor que la vuestra, podéis estar seguro de que las picas, dispuestas como he dicho, os defenderán del ímpetu de los caballos, aun en el caso de que vuestra caballería fuese batida.

Los oficiales están colocados de modo que fácilmente pueden recibir y transmitir órdenes.

El espacio que media entre los batallones y entre las líneas de batalla, no sólo sirve para la concentración de las fuerzas, sino para el paso de los que comunican las órdenes del general.

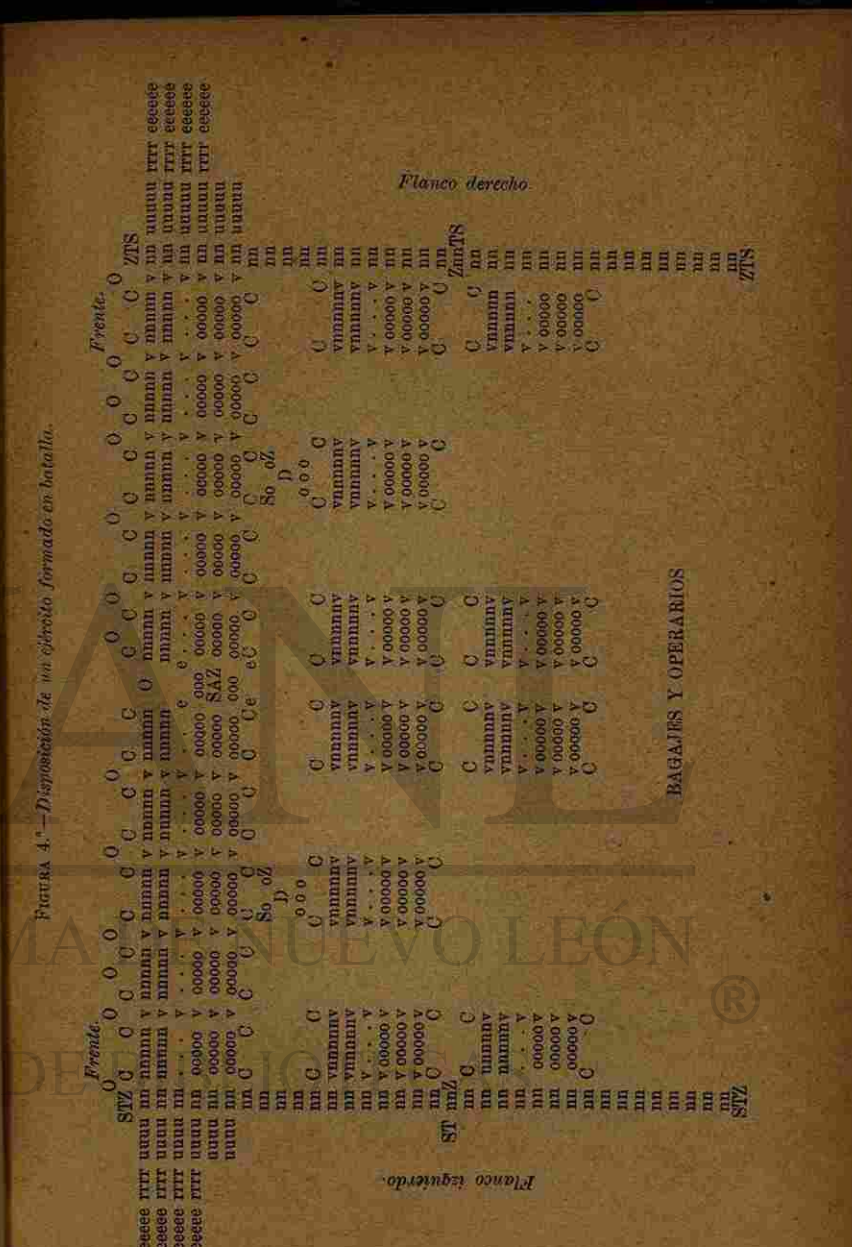


FIGURA 4.ª—*Disposición de un ejército formado en batalla.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como os he dicho antes, los romanos formaban sus ejércitos de unos veinticuatro mil hombres y así deben ser éstos; y de igual manera que los soldados auxiliares aprendían á combatir y á maniobrar de las legiones, los que unáis á vuestras dos brigadas deben adiestrarse con su ejemplo é imitar su organización; cosa fácil porque, aumentando al ejército otras dos brigadas ó tantos soldados como forman las dos primeras, basta con duplicar la formación, y donde se colocan diez batallones, á la izquierda poner veinte, engrosando ó extendiendo las líneas, según lo exijan la naturaleza del terreno ó la índole del enemigo.

Luis.—En verdad, señor, imagino el ejército como si lo viese y experimento ardiente deseo de verle pelear. No quisiera por nada en el mundo que fueseis en este caso Fabio Máximo, y, como él, procuraseis estar á distancia del enemigo, evitando la batalla, pues en tal caso, peor que hablaba el pueblo romano de Fabio, hablaría yo de vos.

Fabricio.—No lo temáis. ¿No ois la artillería? La nuestra ha disparado ya, pero sin causar mucho daño al enemigo. Los vélites extraordinarios y la caballería ligera avanzan y se esparcen atacando con gran furia y gritando cuanto pueden. La artillería enemiga ha hecho una descarga, y sus proyectiles, pasando por encima de nuestros soldados, no han causado daño. Para que no pueda hacer nueva descarga, ved á los vélites y á la caballería que se echan sobre ella y que el enemigo avanza para defenderla, de modo que ni su artillería ni la nuestra pueden ya prestar ningún servicio en la lucha. Ved con cuánto valor combaten los nuestros y con cuánta disciplina, por lo ejercitados que están y por su confianza en las tropas que les siguen, las cuales á paso regular y llevando á sus flancos los hombres de armas adelantan contra el enemigo. Ved á nuestra artillería

que, para dejar el espacio libre, se retira por el sitio de donde partieron antes los vélites. Ved al general animando á los suyos y mostrándoles segura la victoria. Ved á los vélites y á la caballería ligera yendo y viniendo por los flancos del enemigo para observar si hay por donde causarle daño.

Se ha llegado á las manos. Mirad con cuánto valor y cuán silenciosamente ha sostenido nuestro ejército el choque del enemigo y cómo el general ordena á los hombres de armas que estén firmes y no carguen, sin apartarse de la línea de la infantería. Mirad cómo nuestra caballería ligera cae sobre un pelotón de arcabuceros enemigos que iban á atacarnos por el flanco y cómo la caballería contraria viene en su auxilio, de modo que, entremezclados los caballos de ambas fuerzas, no pueden los arcabuceros disparar y retirarse detrás de sus batallones. Mirad con cuánta furia atacan nuestras picas y, cómo, estando ya tan inmediatos los soldados de ambos ejércitos, no pueden manejar esta arma, de suerte que nuestras picas, practicando la maniobra que se les ha enseñado, se retiran lentamente detrás de los escudados. Mirad cómo entretanto un numeroso escuadrón enemigo de hombres de armas rechaza á nuestros hombres de armas de la izquierda, quienes, conforme á las reglas prescritas, se han retirado detrás de las picas extraordinarias, con cuyo auxilio hacen de nuevo frente, rechazando á los adversarios y matando muchos.

Entretanto todas las picas ordinarias de los primeros batallones se han puesto á retaguardia de las filas de los escudados, dejándoles el cuidado de continuar el combate y mirad con cuánto valor y cuán segura y fácilmente destrozan al enemigo. ¿No advertís cómo, durante el combate, se han estrechado tanto las distancias que apenas se puede manejar la espada? Los enemigos

combaten con furor, pero armados con picas y espadas, inútiles aquéllas por demasiado largas é ineficaces éstas por las armas defensivas del adversario, unos caen heridos ó muertos y otros huyen. La fuga ha empezado por la derecha, continúa por la izquierda y la victoria es nuestra. ¿No ha sido un felicísimo combate? Pues más glorioso sería si se me permitiera realizarlo. Y habréis observado que no ha sido preciso empeñar en la batalla la segunda y la tercera línea del ejército, bastando para vencer la que formaba el frente. En este punto nada más he de deciros, salvo aclarar cualquier duda que tengáis.

Luis.—Habéis descrito la batalla y la victoria con tanta viveza, que, admirado y estupefacto, no sé si acertaré á explicar alguna duda; confiando, sin embargo, en vuestra prudencia, me atreveré á decir lo que pienso. Decidme primeramente: ¿por qué vuestra artillería dispara una sola vez y ordenáis en seguida retirarla á retaguardia, sin hacer después mención de ella?

Paréceme, además, que colocáis la del enemigo á vuestro gusto, haciéndola disparar alto, lo que muy bien podrá suceder; pero si ocurre, y creo ocurrirá con frecuencia, que sus proyectiles rompan vuestras líneas, ¿qué remedio pondréis?

Y puesto que he empezado á hablar de la artillería, concretaré estas preguntas á dicha arma para no referirme más á ella. He oído á muchos desdeñar el orden de batalla y las armas de los antiguos, diciendo que hoy de poco ó nada servirían á causa de la artillería, que destroza las líneas y traspasa las armas defensivas, siendo locura aconsejar una organización sin defensa contra estos ataques y fatigarse con el peso de unas armas que no garantizan la vida.

Fabricio.—Vuestra pregunta necesita, por abrazar varios objetos, larga contestación. Verdad es que no he

hecho disparar á la artillería sino una sola vez y aun dudé que disparara. La causa de ello consiste en importar más no recibir los proyectiles enemigos que herir á éste con los nuestros. Ya habéis oído que para preservarse de la artillería es necesario estar fuera de su alcance ó ponerse detrás de murallas ó de trincheras; y aun en este caso es preciso que sean muy resistentes. Los generales resueltos ú obligados á librar batallas no pueden estar detrás de murallas ó de trincheras, ni situar sus tropas fuera del alcance de la artillería. No habiendo, pues, medio de defensa, conviene encontrar uno para aminorar la ofensa, y no hay otro que el de apoderarse de los cañones lo más pronto posible, para lo cual conviene precipitarse sobre ellos en orden abierto y no á paso mesurado y en masas compactas; porque la presteza en el ataque le impide repetir los disparos y el orden abierto herir á muchos hombres. Este medio no es practicable para un cuerpo de ejército formado en batalla, porque, si camina de prisa, se desordena, y si va en orden abierto, evita al enemigo el trabajo de romperlo, rompiéndose por sí mismo.

He organizado mi ejército para poder hacer ambas cosas, colocando en los extremos de la línea de batalla mil vélites ordinarios, y mandándoles que, en unión de la caballería ligera, se arrojen sobre la artillería enemiga tan pronto como la nuestra haya disparado. Retiro mi artillería para no dejar tiempo á la enemiga de volver á disparar, pues no podría yo tenerlo y quitárselo al contrario. No consiento que mi artillería haga un segundo disparo para impedir que lo haga también la enemiga, y aun si es posible, que no dispare ni una sola vez. La única manera de inutilizarla es echarse sobre ella porque, si el enemigo la abandona, cae en vuestro poder, y si la defiende, ha de retirarla, de suerte que, en cualquiera de ambos casos, no puede disparar.

Paréceme que estas razones no necesitan ser apoyadas con ejemplos; puedo, sin embargo, presentar algunos de la antigüedad. Al dar una batalla Ventidio contra los parthos, cuyas principales armas eran los arcos y las flechas, les dejó llegar hasta las inmediaciones del campamento antes de sacar el ejército, á fin de empeñar el combate cuerpo á cuerpo sin que pudieran disparar las flechas. César refiere que, en una batalla contra los galos, le atacaron éstos con tanta presteza, que los suyos no tuvieron tiempo para disparar los dardos, según la costumbre romana. Es, pues, evidente que para evitar en campaña los efectos de un arma que se dispara de lejos, el único medio consiste en apoderarse de ella lo más pronto posible.

Para marchar contra el enemigo sin disparar la artillería, tengo otra razón que acaso os inspire risa, aun cuando no me parece despreciable. Lo más ocasionado á confusión en un ejército es impedir la vista á los soldados, y muchas valerosísimas tropas han sido derrotadas porque el sol ó el polvo no les dejaban ver. Lo que más estorba á la vista es el humo de los disparos de artillería, y paréceme preferible dejar al enemigo cegarse con el humo de sus cañones que ir á su encuentro sin verle. No prescindiré, sin embargo, de la artillería (lo cual sería desaprobado, vista la reputación de esta arma), pero la pondré en los extremos de la línea de batalla, para que, con el humo, no ciegue á los soldados del frente del ejército, cosa para mí de la mayor importancia. En prueba de lo temible que es este peligro, citaré el ejemplo de Epaminondas, quien, para cegar al enemigo que venía á atacarle, hizo correr á su caballería ligera por delante del frente de batalla de los contrarios á fin de que la polvareda levantada por los caballos les impidiera ver, con lo cual alcanzó la victoria.

En cuanto á lo que decís de haber colocado la artillería enemiga á mi gusto, haciendo que pasen sus proyectiles por encima de mis soldados, responderé que ordinariamente la artillería gruesa no causa daño á la infantería, porque el blanco que ésta presenta es bajo y la puntería difícil. A poco que la levantéis pasan los proyectiles por encima de los soldados, y á poco que la bajéis dan en tierra antes de llegar al enemigo. Otro obstáculo á la puntería es la desigualdad del terreno, pues impiden hacerla bien cualquier matorral ó eminencia entre los cañones y la infantería. La caballería, y especialmente los hombres de armas, por ser su formación más compacta que la de la caballería ligera y por su mayor altura, es más fácil dañarla con la artillería, pero se evita el daño teniéndolos á retaguardia del ejército hasta que cesen los disparos de los cañones.

Indudablemente los arcabuces y la artillería pequeña causan mucho más daño que la gruesa, y el mejor medio de evitarlo es llegar cuanto antes á las manos. Si el primer choque cuesta la vida á algunos soldados, debe tenerse en cuenta que siempre ha de haber muertos, y que un buen capitán y un buen ejército no han de temer el daño particular, sino el general. Dignos de imitación son en esto los suizos, que jamás rehusan combatir por temor á la artillería; castigando con pena capital á quien se atreva, por tal causa, á abandonar las filas ó á dar cualquier señal de miedo. Hago retirar mi artillería á la espalda del ejército después de la primera descarga para que deje libre el paso á los batallones, y no hablo más de ella por ser innecesaria, una vez empeñado el combate.

Habéis añadido que muchos juzgan inútil las armas y el orden de batalla de los romanos contra la violencia de la artillería, y, al oíros, podría creerse que modernamente hemos inventado una organización militar y

unas armas que sean eficaces contra los cañones. Si lo sabéis, os agradeceré me lo digáis, porque hasta ahora no conozco ninguna, y dudo que pueda hacerse tal descubrimiento. Quisiera me dijesen los que aseguran eso por qué razón nuestra infantería usa coraza ó coselete de hierro y la caballería armadura completa, pues si condenan como inútil el armamento antiguo á causa de la artillería, lo mismo deben condenar éste. Quisiera saber también los motivos de hacer los suizos, imitando la antigua organización militar, un cuerpo compacto de seis ú ocho mil infantes y por qué las demás naciones siguen su ejemplo, siendo este orden de batalla tan expuesto á sufrir el daño de la artillería como cualquiera otro de los antiguos que ahora se imiten.

No sé lo que me responderían, pero si preguntáis á cualquier militar juicioso os dirá que los soldados llevan las citadas armas defensivas porque, si no les libran de las balas de los cañones, les defienden de las ballestas, las picas, las espadas, las piedras y todas las demás armas de que se valga el enemigo; os dirán también que usan la formación en masas, como los suizos, para poder rechazar la infantería fácilmente, resistir el choque de la caballería con más vigor y presentar mayor obstáculo á quien quiera romper sus filas.

Se ve, pues, que los soldados han de temer otras muchas cosas además de la artillería, de las cuales se defienden con las armas y practicando las reglas establecidas; de donde se deduce que cuanto mejor armado está un ejército y su formación es más compacta y unida, está más seguro. Quienes, por tanto, tengan la opinión que habéis manifestado ó son gentes de escasa prudencia ó han meditado poco estos asuntos, pues si vemos que la más pequeña parte del armamento antiguo usado hoy, esto es, la pica, y la menor parte de su organización, que es la de las brigadas suizas, hacen

tanto bien y fortalecen tanto nuestros ejércitos, ¿por qué no hemos de creer en la utilidad de las demás armas y ordenanzas caídas en desuso? Si no nos cuidamos de la artillería para adoptar la formación en masa de los suizos, ¿cuál otra de las antiguas podrá aumentar el peligro? Sabido es que ninguna formación resulta tan expuesta al daño de la artillería como la que estrecha las filas de los soldados.

Además, si no me asusta la artillería enemiga para acampar junto á una plaza fuerte desde donde me ofende con mayor seguridad, pues protegiéndola los muros no puedo apoderarme de ella y sí sólo, al cabo de tiempo, contestar con mis cañones á los de la plaza, ¿por qué la he de temer en campo abierto, donde hay medio de quitársela al enemigo? Creo, pues, que la artillería no es impedimento para practicar las ordenanzas antiguas y mostrar las antiguas virtudes. Si no hubiera hablado ya otra vez de este asunto, lo haría ahora con más extensión; pero me atengo á lo que entonces dije (1).

Luis. Hemos comprendido perfectamente cuanto habéis dicho acerca de la artillería, demostrando en suma que el mejor remedio contra sus disparos consiste en apoderarse de ella lo más pronto posible, estando en campaña y frente á un ejército. Pero tengo una duda. Paréceme que el enemigo puede colocar su artillería en los flancos de sus fuerzas y resguardarla con la infantería de modo que pueda causaros daño, sin peligro de ser atacada. Al formar vuestro ejército en batalla habéis dejado, si no recuerdo mal, intervalos de cuatro brazos entre cada batallón y otros de veinte entre los batallones y las picas extraordinarias. Si el enemigo forma de igual modo su ejército y pone la artillería en dichos in-

(1) En el libro II de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio.*

tervalos, creo que desde ellos podrá causar daño á vuestras tropas con grandísima seguridad, por ser muy difícil penetrar en sus filas para apoderarse de los cañones.

Fabricio.—La duda está perfectamente justificada y procuraré disiparla remediando el citado peligro. He dicho que los batallones están en continuo movimiento, tanto en las marchas como en las batallas, y tienden naturalmente á unirse, de modo que si hacéis estrechos los intervalos donde colocáis la artillería, al poco tiempo quedan cerrados y los cañones no pueden disparar; y si, para evitar este inconveniente, los hacéis demasiado anchos, incurrís en otro mayor, facilitando al enemigo entrar por ellos, no sólo para apoderarse de la artillería, sino para desordenar las líneas. Sabed, además, que no puede situarse entre filas la artillería, sobre todo la que va en carros, porque, caminando en sentido opuesto al que dispara, si os veis obligado á marchar y tirar á la vez, para disparar necesitáis volver los cañones, y esta operación exige tan grande espacio, que cincuenta carros de artillería desorganizarían cualquier ejército. Por eso es necesario tenerla fuera de las filas, donde puede ser atacada del modo que hace poco dije.

Pero supongamos la posibilidad de que esté entre filas, eligiendo un término medio en el intervalo, para evitar que, por pequeño y por la tendencia de la infantería á unir las filas, le impida disparar, y, por espacioso, deje penetrar al enemigo: en tal caso, el remedio consiste en abrir un espacio igual en vuestro ejército que deje á las balas libre paso é inutilice su violencia, cosa fácil de practicar, pues si el enemigo quiere que su artillería esté segura ha de situarla al final del intervalo, y, para no herir á sus soldados, disparar constantemente en línea recta, de suerte que, con dejar paso á los proyectiles, se conjura el peligro. Por regla general ha de dejarse vía libre á todo lo que no se puede resistir, como se hacía en la antigüedad con los elefantes y con los carros armados de hoces.

Creo, casi estoy seguro, de que os parece he arreglado una batalla y conseguido una victoria á mi antojo; pero si no basta á convenceros cuanto hasta ahora he dicho, repetiré que un ejército ordenado y armado como he propuesto, necesariamente derrotará en el primer encuentro á cualquier otro ejército organizado como lo están los modernos, los cuales ordinariamente sólo tienen un cuerpo de batalla, no llevan escudados y van tan deprovistos de armas defensivas, que les es imposible resistir los golpes del enemigo cuando ataca cuerpo á cuerpo. El orden de batalla es tan defectuoso que, si enfilan los batallones unidos por los flancos, forman una línea sin profundidad; y si se colocan uno detrás de otro, como no están formados para que entren en las filas de los de atrás los de delante, la confusión primero, y el desorden después, se producen con la mayor facilidad. Y aunque estos ejércitos estén divididos en tres cuerpos con los nombres de vanguardia, batalla y retaguardia, la división sólo la practican en las marchas ó en los campamentos, pues en las batallas todos atacan á la vez y procuran en el primer choque la victoria.

Luis.—He advertido también en la batalla por vos descrita que vuestra caballería fué rechazada por la enemiga, retirándose para buscar apoyo en las picas extraordinarias, con el cual contuvo y rechazó al enemigo. Creo que las picas pueden contener á la caballería, como habéis dicho, pero sólo cuando forman batallones cerrados y fuertes como los de los suizos; pero en vuestro ejército sólo colocáis al frente cinco filas de picas y á los flancos siete, de modo que no sé como puedan resistir el choque de la caballería.

Fabricio.—Ya os he dicho que en la falange macedó-

nica sólo eran eficaces á la vez para la resistencia las seis primeras filas de picas: sabed también que en un batallón suizo, aunque tuviese mil filas de fondo, sólo pueden obrar contra el enemigo cuatro ó á lo más cinco. Las picas son de nueve brazos de largas (1), brazo y medio lo ocupan las manos para sostenerlas, y en la primera fila quedan libres siete brazos y medio. En la fila segunda, además del espacio ocupado por las manos, se pierde brazo y medio en la distancia entre las dos filas, y sólo quedan útiles seis brazos de pica; en la fila tercera, por igual motivo, sólo hay aprovechables cuatro brazos y medio, tres en la cuarta y uno y medio en quinta. Las demás filas son inútiles para herir al enemigo, pero sirven para ir reemplazando á los que caen en las primeras, según dijimos oportunamente, y como barbacana de las cinco.

Si, pues, cinco de estas filas resisten el choque de la caballería, ¿por qué no han de resistirlo cinco de las nuestras, á las cuales no faltan filas detrás que le sostengan y presten igual apoyo, aunque no tengan picas, como las de los suizos?

En cuanto á las filas de picas extraordinarias que pongo en los flancos del ejército y que os parecen muy débiles, fácil es formarlas en cuadro y ponerlas á los flancos de los dos batallones colocados en la última línea del ejército, desde cuyo sitio pueden acudir igualmente en apoyo del frente y de la retaguardia del ejército y prestar ayuda á la caballería, según las circunstancias lo exijan.

Luis.—¿Emplearíais siempre el mismo orden de batalla en todos los casos?

Fabricio.—En manera alguna. Hay que variar el orden con arreglo á las condiciones del sitio y á la calidad y cantidad del enemigo, como se demostrará con algunos ejemplos antes de terminar esta conversación. He presentado este orden de batalla, no como superior á los otros, aunque sea excelente, sino para que sirva de regla al hacer variaciones. Todas las ciencias tienen sus principios generales que les sirven de fundamento. Insisto, sin embargo, en recordaros que ordenéis siempre el ejército de modo que los combatientes de las primeras filas puedan ser apoyados por los que están detrás, pues quien hace lo contrario inutiliza la mayor parte de su ejército, y, si tropieza con seria resistencia, no puede vencer.

(1) Poco más de cinco metros.

Luis.—En este punto tengo una duda. En vuestro orden de batalla ponéis cinco batallones al frente, tres detrás y dos en la última línea. Creo sería mejor hacer lo contrario, pues me parece más difícil derrotar un ejército cuando el enemigo, á medida que avance, encuentre mayor resistencia, y, con vuestro sistema, cuanto más penetrara la hallará más débil.

Fabricio.—Recordad á los triarios que formaban la tercera línea en la legión romana, siendo sólo seiscientos hombres, y dudaréis menos si os acordáis cómo estaban formados. Siguiendo este ejemplo, he colocado en la tercera línea dos batallones, ó sean novecientos soldados, de modo que, al imitar la formación romana, he puesto más bien más que menos soldados en esta línea. Y aunque el ejemplo es convincente, diré, además, el motivo en que me fundo.

La primera línea del ejército se forma espesa y sólida, porque es la que sostiene el empuje del enemigo y no ha de recibir refuerzos. Conviene, pues, organizarla con numerosos soldados, pues si son pocos, las filas resultarían flacas y espaciadas por falta de número. La segunda línea, destinada más bien á recibir á la primera, si es rechazada, que á afrontar al enemigo, debe te-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ner grandes intervalos y por eso conviene que sea de menor número que la primera; porque si fuera de número mayor ó igual, ó no podría dejar intervalos, lo cual ocasionaría confusión, ó, dejándolos, sería de mayor extensión que la primera, constituyendo un orden de batalla imperfecto.

No es exacto lo que habéis dicho de que el enemigo cuanto más penetra en mi ejército lo halla más débil, porque no puede combatir con la segunda línea sin que á ésta se haya unido la primera, de modo que la encuentra más fuerte y no más débil, teniendo que combatir con las dos primeras líneas reunidas. Lo mismo le sucederá si llega á la tercera línea, pues no sólo tendrá que batirse en ella con los dos batallones de tropas descansadas que la forman, sino con todos los de la brigada. Como esta línea es la destinada á recibir los batallones de las dos primeras, conviene que esté muy espaciada y sea menor que en aquellas el número de soldados.

Luis.—Me satisface esta explicación. Pero permitidme una pregunta. Si los cinco batallones de la primera línea se unen á los tres de la segunda, y después los ocho á los dos de la tercera, ¿cómo es posible que los ocho primero y los diez después ocupen el mismo espacio que los cinco del frente de batalla?

Fabricio.—En primer lugar, no es el mismo espacio, porque los cinco batallones de la primera línea tenían entre sí cuatro intervalos y los ocupan al retirarse hacia los tres de la segunda línea y hacia los dos de la tercera. Queda aún el espacio que media entre dos brigadas y el que hay entre dos batallones y las picas extraordinarias, y todos estos intervalos forman bastante extensión. Añádase á esto que los batallones no ocupan el mismo espacio cuando están formados antes de la batalla que cuando el combate los desordena, porque

en este caso, ó estrechan las filas ó las desparraman. Sucede ésto cuando el temor les obliga á huir; y aquéllo cuando creen que su salvación no está en la fuga, sino en la defensa, la cual pueden hacer uniéndose, no dispersándose.

Añádase á esto que las cinco filas de picas que están delante, una vez empeñada la lucha cuerpo á cuerpo, se retiran por los intervalos de los batallones á retaguardia, para dejar espacio á las maniobras de los escudados y de estas picas puede servirse el general para lo que crea oportuno, pues mezcladas con la demás infantería en el tumulto de la lucha, serían ineficaces. Resulta, pues, que los espacios dispuestos en las tres líneas de batalla son suficientes para contener al remanente de los soldados de las dos primeras. En último caso, si no fueran bastantes los flancos del ejército, no los forman muros, sino hombres, y á ambos lados pueden extenderse y ocupar el terreno necesario para todos los combatientes.

Luis.—Las filas de picas extraordinarias que ponéis en los flancos del ejército, ¿deben permanecer en su puesto cuando los batallones de la primera línea se retiran á la segunda, formando como dos cuernos al frente del ejército, ó se retiran al mismo tiempo que los batallones? En este caso, no teniendo detrás filas espaciadas que los reciban, ¿qué deben hacer?

Fabricio.—Si el enemigo no las combate cuando obliga á los batallones de la primera línea á retirarse, pueden permanecer en su puesto y combatir al contrario por los flancos después de la retirada de la primera línea; pero si son atacadas, como es de presumir, al ser el enemigo bastante fuerte para rechazar los batallones, deben retirarse; lo cual harán facilísimamente, por no tener á su espalda filas que las reciban, debiendo doblar el fondo, y entrar en línea recta unas filas entre las

otras, como expliqué al hablar del modo de doblar las filas. Cierto es que para doblar el fondo, marchando en retirada, se emplea un método distinto del explicado; porque dije que la segunda fila debía entrar en la primera y la cuarta en la tercera y así sucesivamente, y en este caso no se ha de comenzar por las primeras filas, sino por las últimas, de manera que, al doblarse las filas, en vez de avanzar, se retiren.

Para responder á cuantas objeciones podáis hacerme respecto á la explicada batalla, repetiré que mi organización del ejército y lo dicho respecto á la manera de combatir se funda en dos razones: una demostrar cómo se ordena en batalla, otra cómo se ejercita. De lo primero no creo tengáis duda alguna. Respecto á los ejercicios, sostengo que deben hacerse cuantas más veces sea posible reuniendo los batallones, pues así aprenderán los oficiales á mandarlos y los soldados á desempeñar cada cual su misión en las filas. Si esto es necesario, lo es también que los oficiales sepan todas las maniobras generales y se acostumbren á obedecer las órdenes del general en jefe.

Conviene, por tanto, aprendan á reunir los batallones, á ocupar rápidamente cada cual su sitio y que la bandera de cada batallón tenga ostensiblemente el número que le corresponda, porque esto facilita la transmisión de las órdenes del general y permite á capitanes y soldados reconocerse mutuamente. Las brigadas han de estar también numeradas y llevar su número en la bandera principal. Es preciso saber perfectamente los números de las brigadas que forman los extremos izquierdo y derecho de la línea de batalla, y también el de cada uno de los batallones puestos al frente, en el centro y en otros sitios.

Los números han de ser igualmente signos correlativos que indiquen los empleos en el ejército; por ejemplo, el número primero será el de los decuriones; el segundo corresponderá al jefe de cincuenta vélites ordinarios; el tercero al centurión; el cuarto al jefe del primer batallón; el quinto al del segundo; el sexto al del tercero, y así sucesivamente hasta el décimo batallón, cuyo jefe será inmediatamente inferior al que mande la brigada. A este cargo no se podrá llegar sin haber pasado por todos los anteriores.

Como además de estos jefes tenemos tres condestables de picas extraordinarias y dos de vélites extraordinarios, les daría el grado de condestables ó jefes del primer batallón, sin cuidarme de tener seis jefes de igual graduación, porque habría entre ellos más estímulo para obtener el empleo inmediato.

Sabiendo cada uno de estos jefes el lugar en que debe ser colocado su batallón, una vez enarbolada en su sitio la bandera capitana, bastarán los toques de trompeta para que todos acudan al que les corresponde. Este ejercicio de acostumbrarse á formar en orden de batalla es el principal de todos, y por ello conviene practicarlo diariamente y varias veces por día, acostumbrándose á hacer, deshacer y rehacer la formación.

Luis.—¿Qué otras señales, además del número, deben tener, en vuestra opinión, las banderas?

Fabricio.—La del general debe llevar las armas del soberano; las otras pueden tenerlas también variando el campo, ó ponerles otra señal, como mejor parezca á aquel á quien pertenezca el ejército, porque esto importa poco, con tal de que se conozca la diferencia entre ellas.

Pasemos al segundo ejercicio: consiste en poner en movimiento el ejército con paso mesurado y sin perder el orden de formación. El tercero ha de ser maniobrar como en el campo de batalla, haciendo disparar la artillería y retirarla; avanzar los vélites extraordinarios, y

después de un simulacro de combate, retirarlos; hacer que los batallones de la primera línea, como si fueran rechazados, se retiren á los intervalos de la segunda y después los de la primera y segunda á la tercera, desde la cual cada uno volverá á ocupar su primitivo sitio. El cuarto ejercicio debe dedicarse á conocer, por los toques de las trompetas y por las banderas, las órdenes de mando de los jefes, pues las que se den de viva voz se comprenden desde luego sin necesidad de señales.

Dada la importancia que tienen los toques de trompetas para transmitir las órdenes, os referiré los que se usaban en la antigüedad. Dice Tucídides que los lacedemonios empleaban en sus ejércitos las flautas, por creer que sus sonidos eran los más á propósito para que los soldados maniobraran, no con precipitación, sino con calma. Por igual motivo usaban los cartagineses el sistro al empezar el ataque. Aliatos, rey de los lidios, se valía de sistros y flautas, pero Alejandro Magno y los romanos prefirieron los cuernos y las trompetas, por creer que con tales instrumentos enardecían más el ánimo de sus soldados y les excitaban á combatir con mayor valor.

Pero de igual manera que para armar nuestro ejército hemos apelado á las armas de los griegos y de los romanos, imitaremos también á estos pueblos en la distribución de los instrumentos, haciendo que junto al general en jefe esté la trompeta, como á propósito, no sólo para excitar el valor de los soldados, sino porque su sonido se oye á través del mayor ruido.

Junto á los jefes de brigada y de batallón pondría flautas y tamboriles, para que tocasen, no como tocan ahora, sino como se acostumbra á tocarlos en los festines. El general ordenaría con los toques de trompeta cuándo se debía hacer alto, avanzar ó retirarse, cuándo habían de disparar la artillería ó moverse los vélites

extraordinarios, y, en fin, todas las maniobras que cabe mandar por medio de toques, y los tamboriles los repetirían en seguida. Como este ejercicio es muy importante, conviene practicarlo mucho. La caballería ha de llevar también trompetas, pero menos fuertes y de distinto sonido que las del general.

Esto es cuanto me ocurre respecto al orden de batalla y á los diversos ejercicios de las tropas.

Luis.—Os ruego me expliquéis, si no os molesta, por qué razón hacéis atacar furiosamente y con grandes gritos á los vélites extraordinarios y á la caballería ligera, y el resto del ejército debe acometer silenciosamente, pues no comprendo el motivo de la diferencia.

Fabricio.—En la antigüedad los generales opinaban de distinto modo sobre si se debía atacar al enemigo rápidamente y dando grandes gritos, ó despacio y en silencio. Este último sistema mantiene mejor el orden de formación y permite oír los toques y las voces de mando, y el primero sirve para enardecer á los soldados. Como ambas ventajas son importantes, hago atacar á unos con gran ruido y á otros silenciosamente. No creo que el gritar de continuo sea beneficioso, pues impide oír las órdenes, y esto es muy peligroso. No es probable que los romanos, después del primer ataque, continuaran gritando, pues se leen con frecuencia en su historia frases y exhortaciones de los generales para detener á los soldados que huían, y para hacer cambios en el orden de batalla durante el combate, cosa imposible si los gritos de los soldados cubrieran la voz del general.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO CUARTO

SUMARIO

Peligro de extender demasiado el frente del ejército.—Elección del terreno según sea el enemigo más ó menos numeroso.—Debe elegirse el sitio más alto, procurando que no ofendan el sol y el viento.—Cómo se ha de ordenar el ejército cuando es inferior al enemigo en caballería.—Por qué los buenos generales oponen la parte más fuerte de su ejército á la más débil del enemigo y á la más vigorosa de éste la menos resistente suya.—Ejemplo de Scipión contra Asdrúbal.—De cómo se envuelve al enemigo, teniendo ejército más numeroso que el suyo.—Manera de asegurar la retirada.—Ataque al enemigo por el flanco.—Annibal y Scipión ordenaban de distinto modo su ejército.—Por qué Scipión ponía los astarios en los extremos de la línea de batalla.—Carros con hoces de los asiáticos.—De cómo se defendió Sila contra Arquelao.—Estratagemas, asechanzas y demás recursos de esta índole.—Ejemplos antiguos y modernos.—Dificultades para contener un ejército en fuga y obligarle á pelear.—Procedimientos empleados por los grandes capitanes.—De cómo, venciendo, se debe sacar el mejor partido de la victoria y, vencido, hacer que la pérdida sea menos dañosa.—Formación del ejército en cuña y manera de contrarrestarla.—Precauciones que debe tomar un general antes de empeñar la batalla.—No ha de empeñarla sino por necesidad ó con manifiesta ventaja.—Ejemplos tomados de los más famosos capitanes de la antigüedad.—Debe llevar consigo un consejo de hombres peritísimos en la guerra.—No puede evitarse la batalla si el enemigo está resuelto á combatir.—Ejemplos.—Cómo se contiene á los soldados deseosos de combatir aun con desventaja; cómo se les alienta cuando no quieren pelear.—De las arengas militares.—El buen general debe saber hablar á los soldados.—La religión sirve para predisponer bien los ánimos en el ejército.—Ejemplos.—Ventaja de poner á los soldados en la necesidad de combatir.—Confianza en el general.—Amor á la patria.

Luis.—Puesto que bajo mis órdenes acaba de ganarse una victoria tan honrosa, me parece prudente no tentar

más á la fortuna, sabiendo cuán inestable y caprichosa es. Abdico, pues, la dictadura y dejo á Zanobi el cuidado de preguntar, por corresponderle, siguiendo el orden de edad. Bien sé que no rehusará este honor, ó, mejor dicho, este trabajo, primero por complacerme y además porque, siendo naturalmente más valeroso que yo, no temerá acometer una empresa en la cual lo mismo puede vencer que ser vencido.

Zanobi.—Haré lo que me dígáis, aunque preferiría seguir de oyente, pues me han agradado más vuestras preguntas que las que me ocurrían al escuchar la conversación. Perdonad, señor Fabricio, si con nuestros cumplimientos os hacemos perder tiempo y consumir la paciencia.

Fabricio.—Me causáis, al contrario, gran placer, porque el cambio de personas encargadas de preguntar me da á conocer vuestro ingenio y vuestras respectivas aptitudes. ¿Os queda alguna duda respecto al asunto tratado?

Zanobi.—Dos preguntas deseo haceros antes de pasar á otra cosa. La primera que nos digáis si hay alguna otra manera de organizar los ejércitos, y la segunda qué precauciones debe tomar un general antes de empeñar la batalla y cómo se remediarán los accidentes ocurridos durante la lucha.

Fabricio.—Procuraré satisfaceros. No respondo separadamente á ambas preguntas, porque, al hacerlo á una de ellas, observaríais que lo hago también á la otra.

Ya os he dicho que al proponeros determinado orden de batalla se podían hacer en él las modificaciones que la clase de enemigo y la naturaleza del terreno aconsejaran, porque en tales casos se procede conforme al enemigo y al sitio. No olvidéis, sin embargo, que lo más peligroso es dar demasiada extensión al frente del ejército, como no se cuente con numerosa y valerosísima

tropa. En caso contrario, conviene preferir la línea de batalla profunda y poco extensa á la larga y débil. Cuando vuestras fuerzas sean inferiores á las del enemigo, se han de buscar también otras defensas, como la de apoyar el ejército en un río ó un terreno pantanoso, para evitar ser envuelto ó resguardar sus flancos con fosos, como hacía César en las Galias.

En general se debe alargar ó estrechar el frente de batalla, según el número de vuestras fuerzas y de las del enemigo; si las de éste son inferiores deben preferirse las llanuras extensas, sobre todo si el ejército está bien disciplinado, á fin de poder, no sólo desplegar cómodamente las líneas, sino también envolver al enemigo, pues en terreno desigual y montañoso, donde sea imposible desarrollar las fuerzas, ninguna ventaja produce la superioridad de éstas. De aquí que los romanos casi siempre buscaban terreno llano para pelear y se apartaban del montañoso.

Debe hacer lo contrario el que tenga pocas tropas ó mal ejercitadas, pues necesita pelear en posiciones donde el corto número pueda resistir ó la falta de experiencia no perjudicar.

Conviene también ocupar el sitio mas elevado, para acometer con más violencia, pero cuidando que no sea al pie de una montaña ó de sus estribaciones, por donde pueda venir el ejército contrario, porque, en tal caso, su artillería te ocasionará cómodamente mucho daño, sin que puedas evitarlo ni contrarrestarla con la tuya, á causa de la posición más elevada en que se encuentra.

También debe procurar quien va á dirigir una batalla que ni el sol ni el viento hieran de frente á sus soldados, porque uno y otro perturban la vista, aquél con los rayos y éste con el polvo. El viento además contrarresta el ímpetu de las armas arrojadizas, disminuyendo la violencia del golpe. En cuanto al sol, no sólo hay que evitar hiera de frente al prepararse al combate, sino también que esto suceda cuando avance el día, para lo cual conviene tenerlo á la espalda al formar en batalla, á fin de que transcurra el mayor tiempo posible antes de dar de frente. Esta precaución la tomó Aníbal en Canas y Mario en la batalla contra los cimbrios.

Si vuestro ejército fuera muy inferior en caballería, formadlo entre viñas, árboles ú otros obstáculos de esta índole, como lo hicieron los españoles cuando, en nuestros tiempos, derrotaron á los franceses en Ceriñola, en el reino de Nápoles. Se ha visto muchas veces, teniendo las mismas tropas, convertirse un ejército de vencido en vencedor, con sólo variar el sitio y el orden de batalla. Así sucedió á los cartagineses, quienes, derrotados varias veces por Marco Régulo, fueron al fin victoriosos, cuando, por consejo del lacedemonio Xantippo, bajaron á la llanura, donde con su caballería y sus elefantes vencieron á los romanos.

He observado en la historia de los generales más célebres que, al ver reforzar al enemigo un lado de su línea de batalla no le han opuesto la parte más fuerte, sino la más débil de la suya, situando la de mayor fuerza frente á la enemiga que lo es menor. Comenzada la batalla ordenaban que la parte de su línea más fuerte se limitara á sostener el choque, sin atacar á los contrarios y á las más débil que se dejará vencer, retirándose á la última línea del ejército. Esta maniobra ocasiona dos grandes daños al enemigo: uno el quedar envuelta la mejor parte de su ejército, y otro que, creyendo inmediata la victoria, casi siempre se desordena, precipitando su ruina. Cornelio Scipión, cuando guerreaba con el cartaginés Asdrúbal en España, ponía ordinariamente las legiones, sus mejores tropas, en el centro de la línea de batalla; pero supo que Asdrúbal

había tenido noticia de ello y quería imitarle, y al preparar una nueva batalla, situó las legiones en los extremos de su línea y en el centro sus tropas más débiles. Ordenó á éstas avanzar despacio y á las de los extremos adelantarse rápidamente. Empeñado el combate en los extremos de las líneas, sin llegar á las manos los que ocupaban el centro y se mantenían á bastante distancia, alcanzó Scipión, por emplear sus mejores tropas contra las peores del enemigo, brillante victoria.

Esta estratagema, provechosa entonces, no lo sería ahora á causa de la artillería, porque el espacio que separase el centro de ambas líneas permitiría disparar los cañones repetidas veces, cosa muy perjudicial, como antes he dicho. Hay, pues, que renunciar á esta maniobra y proceder como he explicado, empeñando el combate en toda la línea y haciendo ceder á la parte más débil.

El general que dispone de fuerzas superiores á las del enemigo, si quiere envolverlo sin que éste lo advierta á tiempo de poderlo evitar, formará su ejército con igual frente que el contrario, y, empeñada la lucha, procurará que poco á poco se retire el centro y avancen los extremos, con lo cual el enemigo quedará envuelto, sin poderlo sospechar ni evitar.

Quien quiera dar una batalla con la casi certeza de no ser derrotado, coloque su ejército en donde tenga refugio inmediato y seguro, como un terreno pantanoso, una montaña ó una plaza fuerte. En tal caso el enemigo no puede seguirle, aunque venza, y en cambio, si no triunfa, será perseguido. A este recurso apeló Aníbal cuando empezó á serle contraria la fortuna y temía el valor de Marco Marcelo.

Para desordenar las líneas enemigas han apelado algunos á que las ataquen las tropas ligeras, y, empezada la batalla, se retiren á sus puestos. Después, cuando

ambos ejércitos vienen á las manos y la lucha se generaliza, las hacen salir por los flancos y acometer de nuevo al enemigo, desordenándolo y venciéndolo. El que es inferior en caballería, además de los recursos ya dichos, tiene el de poner detrás de sus caballos un batallón de picas y ordenar que, empeñado el combate, abra paso la caballería á las picas, con lo cual dominará siempre al enemigo. Otros, finalmente, adiestran algunos soldados de infantería á combatir entre los caballos, siendo poderoso auxilio para la caballería.

De todos los generales, los más elogiados por la manera de disponer sus ejércitos para dar batalla, son Aníbal y Scipión, cuando combatieron en Zama. Aníbal mandaba un ejército formado de cartagineses y auxiliares de varias comarcas. Puso al frente de él ochenta elefantes, detrás de ellos á las tropas auxiliares, seguidas de los cartagineses, y en último lugar á los italianos, de quienes desconfiaba. Ordenó así el ejército porque teniendo los auxiliares delante al enemigo y á la espalda á los cartagineses, no podían huir, y obligados á pelear, habían de rechazar ó al menos cansar á los romanos. Hecho esto con sus tropas frescas, alcanzaría fácilmente la victoria contra un enemigo ya fatigado. Frente al ejército de Aníbal dispuso el suyo Scipión colocando los astarios, los príncipes y los triarios según la costumbre romana, para concentrarse unas líneas en otras y apoyarse mutuamente. En el frente de su línea de batalla hizo muchos intervalos, y para que no los viera el enemigo y creyese sólidamente unida toda la línea, los cubrió con vélites, ordenándoles retrocedieran al acercarse los elefantes, y por los intervalos ordinarios de las legiones se pusieran detrás de ellas, dejando paso á los elefantes; así se libró de la impetuosidad de estos animales y, al llegar á las manos, logró la victoria.

Zanobi.—Al hablarnos de esa batalla me habéis hecho recordar que Scipión, durante el combate, no mandó retirar la línea de los astarios para incorporarla á la de los príncipes, sino la dividió, colocando cada parte en los extremos de la línea de batalla y dejando así espacio á los príncipes para que avanzaran. ¿Queréis decirme la causa de no observar en este caso la habitual ordenanza?

Fabricio.—Os lo diré. Lo mejor de su ejército lo había puesto Anníbal en la segunda línea, y Scipión, para oponerle también en su segunda línea una fuerza igualmente sólida, unió los príncipes y los triarios, colocando éstos en los intervalos de la línea de aquéllos, y no quedando, por consiguiente, espacio para recibir á los astarios; por eso los dividió y puso á los extremos de la línea. Esta maniobra de abrir la primera línea para dejar espacio á la segunda, no debe practicarse sino cuando se ha adquirido gran superioridad, pues sólo entonces se hace fácilmente, como lo hizo Scipión. Si se intenta cuando la primera línea está desordenada ó es rechazada, ocasiona inmediata derrota; por ello conviene tener siempre detrás de la primera línea otras que la apoyen y donde los soldados de aquélla puedan refugiarse.

Pero volvamos á nuestro asunto. Los antiguos pueblos de Asia usaban, entre otras pesadas máquinas para ofender al enemigo, unos carros á cuyos lados ponían hoces, de modo que, no sólo servían para romper con su ímpetu las filas, sino también para matar con las hoces á los adversarios. Para defenderse de estos carros se empleaban varios medios: ó hacer el frente de batalla muy denso para resistir su ímpetu, ó dejarles paso franco, como á los elefantes, ó emplear algún recurso extraordinario, como el practicado por el romano Sila contra Arquelao, que disponía de muchos de estos

carros armados de hoces. Para contener su ímpetu mandó Sila clavar estacas en tierra al frente de su línea de batalla, y, tropezando en ellas los carros, perdían su impetuosidad. Conviene saber que Sila ordenó su ejército en este caso de distinta manera que la acostumbrada, pues puso á retaguardia los vélites y la caballería y al frente á todos los armados con armas pesadas, dejando entre ellos intervalos para que, si era preciso, avanzaran los de detrás. Empeñado el combate, alcanzó la victoria valiéndose de la caballería, á la cual abrió paso oportunamente.

Para desordenar al enemigo durante la lucha es preciso hacer algo que le asuste, ó anunciar la llegada de nuevos refuerzos, ó imaginar algún ardid que aparente recibirlos, de modo que, engañado por la apariencia, se atemorice y sea fácil vencerlo. Estas estratagemas las emplearon los cónsules Minucio Rufo y Acilio Glabrión. También Cayo Sulpicio hizo montar á los mercaderes y logreros que seguían al ejército en mulos y otros animales inútiles para pelear, pero formados de modo que asemejaban un cuerpo de caballería y les mandó presentarse sobre una colina, mientras él luchaba con los galos, logrando con este ardid la victoria. Lo mismo hizo Mario cuando combatía contra los teutones.

Si los ataques simulados son muy útiles mientras dura el combate, mucho más aprovechan los verdaderos, sobre todo cuando se cae de improviso en medio de la lucha sobre la retaguardia ó los flancos del enemigo, cosa difícil si el terreno no ayuda, porque si es abierto, no podéis ocultar los movimientos de parte de vuestras tropas, como conviene para esta maniobra; pero si es montuoso ó cubierto de árboles, y, por tanto, á propósito para emboscadas, muy bién podéis ocultar algunas fuerzas para atacar al enemigo por sorpresa, lo cual siempre será un medio de vencerle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

A veces ha sido muy oportuno durante la batalla hacer correr la noticia de la muerte del general enemigo ó de la derrota de una parte de su ejército, debiéndose á este recurso el salir victorioso. Desordénase fácilmente la caballería enemiga oponiéndole animales que desconozca ó con cualquier ruido extraordinario. Lo consiguió Creso presentando sus camellos delante de la caballería enemiga y Pyrro sus elefantes para contrarrestar la caballería romana, pues el aspecto de estos animales la atemorizó y desordenó. En nuestros tiempos los turcos han vencido al Sofí de Persia y al Soldán de Siria únicamente con los disparos de las armas de fuego, cuyo estrépito, nuevo para ellos, dispersó su caballería y produjo su derrota. Los iberos, para vencer el ejército de Amílcar, pusieron al frente del suyo carros llenos de hierbas secas y arrastrados por bueyes. Al comenzar la batalla encendieron las hierbas, y huyendo los bueyes de las llamas, penetraron en el ejército de Amílcar y lo desorganizaron. Procúrase engañar al enemigo atrayéndole á las emboscadas, según hemos dicho, cuando el terreno es á propósito para prepararlas, y aun en las llanuras han empleado algunos el medio de abrir zanjas, cubriéndolas ligeramente con ramaje y tierra y dejando entre ellas intervalos por donde se retiran las tropas una vez empeñado el combate. Persiguiéndolas el enemigo, cae en las zanjas y es vencido.

Si comenzada la lucha ocurre algún accidente á propósito para asustar á vuestros soldados, es convenientísimo saberlo ocultar y aun convertirlo en algo beneficioso, como hicieron Tulio Ostilio y Lucio Sila. Al ver aquél, durante una batalla, que algunas de sus tropas se pasaban al enemigo, cosa que había atemorizado extraordinariamente al ejército, en seguida hizo correr la voz de que lo hacían por su orden, y así logró

quitar el miedo á sus soldados é infundirles tanta confianza, que resultaron victoriosos. Sila ordenó á algunos soldados realizar una empresa en que perecieron, y para que su muerte no intimidara al ejército, dijo que les envió y puso en manos del enemigo porque sabía que no eran fieles. Mientras daba Sertorio una batalla en España mató á uno de los suyos, al notificarle la muerte de uno de sus generales, por temor de que, repitiendo la noticia, hiciera cundir el pánico.

Es por demás difícil contener á un ejército que empieza á huir y hacerle volver á la lucha, é imposible si la huída es general. Sólo en el caso de limitarse á algunas tropas cabe poner remedio. Muchos generales romanos evitaron derrotas poniéndose delante de los que huían y avergonzándoles por esta acción, como lo hizo Lucio Sila al ver que algunas de sus legiones, rechazadas por las tropas de Mitrídates, volvían la espalda al enemigo. Puesto ante ellas con la espada en la mano, gritó: «Si alguien os pregunta dónde habéis abandonado á vuestro general, contestad: le dejamos combatiendo en Beocia.» El cónsul Atilio opuso á los fugitivos los que habían permanecido en su puesto é hizo saber á aquéllos que, si no volvían al combate, serían muertos por los suyos y por los contrarios. Al saber Filipo de Macedonia el miedo que á sus soldados inspiraban los escitas, puso á retaguardia del ejército un cuerpo de caballería de su completa confianza con orden de matar á los fugitivos. Prefirieron los soldados morir combatiendo á morir huyendo, y vencieron á los escitas. Finalmente, muchos generales romanos, no por impedir la fuga, sino por enardecer á sus soldados, en medio del combate tomaban una bandera, y, arrojándola entre los enemigos, prometían premio al que la recobrase.

No creo fuera de propósito añadir á lo dicho algo de las consecuencias de las batallas, máxime siendo cosa

breve, digna de atención y propia de este asunto. Las batallas se ganan ó se pierden. En el primer caso se debe proseguir la victoria imitando á César y no á Aníbal, que, por detenerse en Canas después de derrotar á los romanos, perdió la ocasión de apoderarse de Roma. César, al contrario, alcanzada la victoria, no descansaba, sino perseguía al enemigo con mayor furor é impetuosidad que durante el combate. En el segundo caso, es decir, cuando se pierde la batalla, debe el general examinar si puede sacar algún partido de la derrota, sobre todo cuando le quedan restos de su ejército. En estos casos es oportuno aprovechar la negligencia del enemigo que, casi siempre, después de la victoria, se entrega á ciega confianza y da ocasión á que le ataquen con éxito. Así destruyó el romano Marcio los ejércitos cartagineses que, después de la muerte de los dos Scipiones y de derrotados sus ejércitos, ningún caso hacían de los que quedaron vivos á las órdenes de Marcio, con los cuales atacó y derrotó á sus contrarios. No hay empresa tan fácil de ejecutar como la que el enemigo cree irrealizable, y las más veces daña á los hombres lo que menos temen.

Si el general vencido no puede apelar á este recurso, debe ingeniarse á fin de disminuir en lo posible el daño de la derrota. Al efecto procurará impedir que el enemigo le persiga fácilmente y aun hará algo que le obligue á retardar la persecución. Para lo primero algunos generales, al conocer que la batalla se perdía, dieron órdenes á los jefes para retirarse por diversos puntos, diciéndoles el sitio donde todos habían de reunirse, y con esto consiguieron que el enemigo, temeroso de dividir sus fuerzas, dejara marchar á todos ó al mayor número sin hostilizarles. Para lo segundo, muchos han arrojado ante el enemigo sus objetos de mayor valor á fin de que, entretenido en coger botín, deje más tiempo á la fuga. Tito Dimio empleó con gran astucia un medio para ocultar al enemigo el daño que había sufrido en una batalla. Estuvo combatiendo hasta la noche con grandes pérdidas, y durante la obscuridad hizo enterrar la mayoría de los muertos. Los enemigos, al ver al día siguiente tantos muertos de los suyos y tan pocos de los romanos, creyeron que la desventaja estaba de su parte y se retiraron.

Paréceme que, si bien algo confusamente, como anuncié, he contestado á vuestras preguntas; fáltame deciros, respecto á la formación del ejército, que alguna vez y algunos generales la han hecho en figura de cuña, creyendo que así romperían más fácilmente las líneas enemigas. Para contrarrestar esta formación se ha ideado otra figurando unas tijeras abiertas, en cuya abertura se recibe el ataque de la cuña, rodeando y combatiendo por todas partes á los que la forman. A este propósito os recomendaré, como máxima de aplicación general, que el mejor remedio á cualquier intento del enemigo es hacer voluntariamente lo que pretende que hagáis á la fuerza, porque así lo hacéis con orden y provecho y en perjuicio suyo, y, de lo contrario, quedaríais perdido. En apoyo de esto repetiré algo ya dicho: ¿Forma el contrario su ejército en cuña para romper vuestras líneas? Pues si las abrís al atacarle, no consigue su objeto y desordenáis las suyas. Puso Aníbal elefantes al frente de su ejército para desorganizar el de Scipión y le atacó éste en orden abierto, asegurando su victoria y la derrota de Aníbal: colocó Asdrúbal en el centro de su línea sus mejores tropas para rechazar las de Scipión, y éste ordenó ceder á las del centro de su ejército, derrotando así al enemigo. Todas estas disposiciones extraordinarias son, por consiguiente, ocasión de vencer para el que sabe prevenirlas.

Réstame deciros, si mal no recuerdo, las precauciones que debe tomar un general antes de dar la batalla. Primeramente no ha de empeñarla nunca sino con manifiesta ventaja ó forzado por la necesidad. La ventaja la produce el sitio, la organización ó el tener más ó mejores tropas; la necesidad nace de resultar un mal mayor si no se combate, como si, por falta de pagas, se va á disolver vuestro ejército, ó si le amenaza el hambre, ó si el enemigo aguarda refuerzos. En tales casos siempre se debe combatir, aunque sea con desventaja, por ser mejor acudir á la suerte de las armas, la cual puede ser favorable, que esperar inactivo la segura ruina; y tan grave falta comete en este caso un general no combatiendo, como si, teniendo ocasión de vencer, no la conoce por ignorancia ó no la aprovecha por cobardía.

Las ventajas las proporciona unas veces el enemigo y otras la propia prudencia. Muchos han sido derrotados al pasar un río por un enemigo muy inferior en número que ha esperado estuviese la mitad del ejército contrario en cada orilla para atacarle, como hizo César con los helvecios, destruyéndoles la cuarta parte de su ejército, dividido por un río. Encuéntrase á veces el enemigo fatigado por haberos perseguido de prisa y largo tiempo, y estando vuestras tropas frescas y descansadas, no debéis desperdiciar la ocasión de atacarle. Si el enemigo presenta la batalla muy de mañana, debéis no salir del campamento en algunas horas, y cuando ha estado algún tiempo sobre las armas, y perdido el ardimiento con que venía, podéis combatirle. A este recurso apelaron Scipión y Metelo en España, el uno contra Asdrúbal y el otro contra Sertorio. Si el enemigo disminuye sus fuerzas por dividir el ejército, como hicieron los Scipiones en España ó por algún otro motivo, debe intentarse la batalla.

La mayoría de los generales prudentes prefieren recibir el choque del enemigo á atacarle con ímpetu, porque las tropas sólidas resisten el primer ataque, por furioso que sea, y, resistido, el furor se convierte fácilmente en desaliento. Así lo hizo Fabio contra los samnitas y contra los galos y salió victorioso, mientras su colega Decio, por realizar lo contrario, perdió la vida. Otros generales, por temer el valor del enemigo han comenzado la batalla á la caída de la tarde para, si eran vencidos, salvarse gracias á la obscuridad de la noche. Sabiendo otros que el ejército enemigo tenía la superstición de no pelear en tal ó cual día, lo han elegido para el ataque y han triunfado. Esto hicieron César en las Galias contra Ariovisto y Vespasiano en Siria contra los judíos.

La advertencia más útil é importante para un general consiste en que tenga junto á sí hombres fieles, prudentes y peritísimos en la guerra, de quienes continuamente se aconseje respecto de su ejército y del enemigo, sobre cuál sea más numeroso, cuál esté mejor armado ó tenga mejor caballería ó más práctica en las maniobras, ó resista mejor el trabajo; ó entre la caballería y la infantería cuál merece más confianza. Después examinará el sitio en que se encuentra; si es más favorable al enemigo que á él; quién podrá tener más cómodamente los víveres y si conviene evitar la batalla ó darla; lo que se debe esperar ó temer de alargar la guerra, porque muchas veces su prolongación aburre á los soldados y las fatigas y el tedio les hacen desertar. Importa, sobre todo, saber quién es el general enemigo, quiénes le aconsejan, si es temerario ó cauteloso, tímido ó audaz. Conviene ver hasta dónde podéis fiaros de las tropas auxiliares, y es esencial no dar batalla con un ejército temeroso del enemigo ó que por cualquier concepto desconfíe de la victoria, porque

los que creen no poder vencer, antes de pelear están vencidos. En tal caso se debe evitar la batalla y hacer como Fabio Máximo, que, acampando en posiciones muy fuertes, quitaba á Anníbal los medios de atacarle; y si temierais que aun en tales posiciones irá á atacaros el enemigo, abandonad la campaña y distribuid las tropas entre las plazas fuertes, para fatigarlo en los asedios.

Zanobi.—¿No se puede evitar la batalla más que distribuyendo el ejército en las plazas fuertes?

Fabricio.—Creo haberos dicho ya que un ejército en campaña no puede evitar la batalla si el enemigo se empeña en combatir de cualquier modo. El único remedio es estar constantemente apartado de él lo menos cincuenta millas, para tener tiempo de retirarse, cuando el contrario vaya en su busca. Fabio Máximo jamás esquivó la batalla contra Anníbal, pero quería darla donde le fuera ventajoso el sitio y Anníbal no esperaba poderlo vencer en las posiciones donde acampaba; de creer lo contrario y desear combatir, Fabio se viera en la precisión de batallar ó huir. Filipo, rey de Macedonia, el padre de Perseo, estando en guerra con los romanos se situó en una altísima montaña para evitar la batalla, pero éstos fueron á la montaña y le derrotaron. Vercingétorix, jefe de los galos, por no batallar con César, que, contra lo que aquél esperaba, había pasado un río, se alejó con su ejército muchas millas. Si los venecianos en nuestros tiempos no querían pelear con el rey de Francia, tampoco debieron esperar á que el ejército francés pasara el río Adda, sino apartarse de ellos, como se apartó Vercingétorix; pero perdieron el tiempo esperando, no aprovecharon el momento del paso del río para dar la batalla ni supieron evitarla, pues, al levantar el campo para retirarse, estaban ya tan cerca los franceses, que les atacaron y derrotaron. Repito, pues, que no se puede evitar una batalla cuando el enemigo quiere darla á toda costa; y no se cite el ejemplo de Fabio Máximo, porque en este caso tanto él como Anníbal esquivaban combatir.

Ocurre muchas veces que los soldados desean pelear y el general, por lo numeroso que es el enemigo, ó por la posición que ocupa, ó por otro cualquier motivo, comprende la desventaja para la lucha y necesita quitarles aquel deseo. Sucede también que la necesidad ó la ocasión os obliga á luchar, y que vuestros soldados están desconfiados y poco dispuestos al combate. En el primer caso es preciso asustarlos y en el segundo enardecerlos. Si para lo primero no bastan las persuasiones, el medio más eficaz consiste en sacrificar algunos soldados haciéndoles atacar al enemigo, porque de este modo los que entran en acción y los que no han combatido os creerán. También puede hacerse premeditadamente lo que, por acaso, sucedió á Fabio Máximo. Deseaba, como sabéis, el ejército de Fabio combatir con el de Anníbal, é igual deseo mostraba el jefe de su caballería; Fabio no quería dar la batalla, y esta diferencia de opinión les hizo dividir el ejército. Fabio contuvo á los suyos en el campamento y el general de la caballería atacó á los cartagineses, corriendo gran peligro y no siendo derrotado por el oportuno auxilio de Fabio. Este ejemplo demostró al jefe de la caballería y á todo el ejército que lo más atinado era obedecer á Fabio. Para enardecer á los soldados hay que irritarles contra el enemigo, repitiéndoles frases ofensivas y ultrajantes que éste diga de ellos, hacerles creer que estáis en inteligencia con él, y que una parte se ha vendido. Conviene acampar al alcance de los contrarios y tener con ellos algunas escaramuzas, porque lo que diariamente se ve, con facilidad se desprecia; mostrar, en fin, viva indignación reprobándoles en una arenga preparada al

efecto su cobardía, y, para avergonzarles, decirles que, si no quieren seguiros, iréis solos á combatir al enemigo. Si queréis que los soldados se porten como bravos en la batalla, es de todo punto indispensable no permitirles, hasta terminar la campaña, enviar á sus casas el botín cogido ó depositarlo en algún sitio, para que sepan que, si huyendo salvan la vida, no salvan lo que poseen, por cuya defensa pelean á veces con tanta obstinación como por la vida.

Zanobi.—Decís que con arengas se puede obligar á combatir á los soldados. ¿Las arengas deben dirigirse á todo el ejército, ó sólo á los jefes?

Fabricio.—Persuadir ó disuadir á pocos de alguna cosa es muy fácil porque, si no bastan las palabras, podéis emplear la autoridad de la fuerza. La verdadera dificultad consiste en destruir en el ánimo de la multitud un error funesto y pernicioso para el bien común ó contrario á vuestra opinión, pues en este caso sólo puede usarse de la palabra, y, para convencer á todos, preciso es que llegue á sus oídos. Necesitaban, pues, los grandes generales de otros tiempos ser buenos oradores, pues, sin saber hablar á todo el ejército, con dificultad puede hacerse cosa buena. Este es uno de los méritos que ya no existen. Leed la vida de Alejandro Magno y veréis cuantas veces le fué preciso arengar y hablar públicamente á su ejército; de otra suerte no consiguiera que le siguiesen soldados á quienes el botín había hecho ricos, por los desiertos de Arabia y por la India con tantas fatigas y peligros. Infinitas veces ocurren cosas mediante las cuales se arruina un ejército cuando el general no sabe ó no acostumbra á arengarle, pues las palabras disipan el temor, enardecen los ánimos, alientan la obstinación, descubren las celadas del enemigo, prometen recompensas, muestran los peligros y el modo de evitarlos. Con ellas se reprende, se ruega,

se amenaza, se infunde esperanza, se elogia, se vitupera y se hacen todas las cosas que apagan ó encienden las pasiones humanas. El príncipe ó república que determine organizar una nueva milicia y mantenerla con reputación, ha de acostumbrar á los soldados á oir las arengas del general y al general á saber hablarles.

En la antigüedad valía mucho para tener obedientes á los soldados la religión y el juramento que prestaban al ir al ejército, porque estaban amenazados por sus faltas, no sólo con los castigos que pudieran imponerles los hombres, sino además con el de los dioses. Este recurso, unido á otras costumbres religiosas, facilitó muchas veces á los generales en la antigüedad la realización de sus empresas, y producirá los mismos resultados donde se conserve el temor y respeto á la religión. De ella se valía Sertorio persuadiendo á los suyos que hablaba con una cierva, la cual le prometía de parte de los dioses la victoria. Sila figuraba hablar con una imagen que sacó del templo de Apolo. Muchos han asegurado que se les apareció en sueños Dios para determinarles á combatir; y en tiempo de nuestros padres, el rey de Francia Carlos VII, en la guerra que mantuvo contra los ingleses, aseguraba seguir los consejos de una doncella enviada de Dios, que en todas partes se la llamaba la doncella de Francia y que fué la causa de sus victorias.

Aprovecha también emplear recursos para que vuestros soldados desprecien al enemigo: tal fué el del espartano Agesilao, quien enseñó á sus tropas algunos persas desnudos para que, al ver sus delicados miembros, no les inspirasen temor alguno. Otros generales, obligados á dar la batalla, privan á su ejército de toda esperanza de salvación que no sea la victoria. Esta determinación es la mejor y más segura para que los soldados se obstinen en vencer al enemigo, obstinación

que aumenta con la confianza, la adhesión al general y el amor á la patria. Inspiran la confianza el armamento, la organización, las victorias recientes y la fama del general: el amor á la patria lo da la naturaleza y el general se atrae el cariño de los soldados por su valor y pericia, mejor que por cualquier clase de beneficios. Puede haber muchas razones que fuercen á combatir con encarnizamiento, pero ninguna tan poderosa como la que os obligue á vencer ó morir.

LIBRO QUINTO

SUMARIO

Cómo ha de caminar un ejército en país enemigo.—Procedimiento de los romanos.—Modo de ordenarse según eran atacados por el frente, por la retaguardia ó por los flancos.—Método de los romanos digno de imitación en la actualidad.—Ejército cuadrado.—Su descripción conforme al diseño del autor.—La caballería ha de ponerse, ó á retaguardia, ó en los flancos.—Los furgones y los desarmados en la plaza ó espacio interior del cuadrado.—Manera de defenderse de un ataque tumultuoso.—Gastadores y azadoneros para abrir camino al ejército.—Este puede caminar por vía abierta de diez á veinte millas diarias.—Cómo se prepara la batalla cuando ataca una fuerza organizada de frente.—Manera de proceder si el ataque es por retaguardia, por el flanco izquierdo ó por el derecho, ó por ambos ó más lados.—Ejercicios para acostumbrar á los soldados á organizarse en la formación cuadrada.—Ordenes militares con toques de trompeta ó con la voz.—Soldados que trabajan como gastadores y explanadores.—Manera de proveerse de víveres los ejércitos antiguos.—En qué se debe imitar.—Presas y contribuciones.—Procedimiento laudable de los romanos en este punto.—Emboscadas.—Se cae en ellas de dos modos.—Cómo se evitan.—Necesidad del mapa geográfico del país enemigo.—Conocimiento del terreno.—Cómo se consigue.—Exploradores y guías.—Varias advertencias para caminar por tierra enemiga.—Modo de detener al enemigo que os alcanza al pasar un río.—Estratagemas del cartaginés Hannón, del espartano Nabis, del romano Q. Lutacio y de César contra Vercingétorix.—Regla para conocer los vados.—Qué debe hacerse cuando el ejército es atacado encontrándose entre dos montañas.—Ejemplo de L. Minucio en Liguria.—Estratagema de Marco Antonio contra los parthos.

Fabricio.—Os he demostrado cómo se ordena un ejército para dar batalla á otro puesto á su frente, explicado cómo se gana, y también muchos detalles acerca de los varios accidentes que pueden ocurrir durante esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que aumenta con la confianza, la adhesión al general y el amor á la patria. Inspiran la confianza el armamento, la organización, las victorias recientes y la fama del general: el amor á la patria lo da la naturaleza y el general se atrae el cariño de los soldados por su valor y pericia, mejor que por cualquier clase de beneficios. Puede haber muchas razones que fuercen á combatir con encarnizamiento, pero ninguna tan poderosa como la que os obligue á vencer ó morir.

LIBRO QUINTO

SUMARIO

Cómo ha de caminar un ejército en país enemigo.—Procedimiento de los romanos.—Modo de ordenarse según eran atacados por el frente, por la retaguardia ó por los flancos.—Método de los romanos digno de imitación en la actualidad.—Ejército cuadrado.—Su descripción conforme al diseño del autor.—La caballería ha de ponerse, ó á retaguardia, ó en los flancos.—Los furgones y los desarmados en la plaza ó espacio interior del cuadrado.—Manera de defenderse de un ataque tumultuoso.—Gastadores y azadoneros para abrir camino al ejército.—Este puede caminar por vía abierta de diez á veinte millas diarias.—Cómo se prepara la batalla cuando ataca una fuerza organizada de frente.—Manera de proceder si el ataque es por retaguardia, por el flanco izquierdo ó por el derecho, ó por ambos ó más lados.—Ejercicios para acostumbrar á los soldados á organizarse en la formación cuadrada.—Ordenes militares con toques de trompeta ó con la voz.—Soldados que trabajan como gastadores y explanadores.—Manera de proveerse de víveres los ejércitos antiguos.—En qué se debe imitar.—Presas y contribuciones.—Procedimiento laudable de los romanos en este punto.—Emboscadas.—Se cae en ellas de dos modos.—Cómo se evitan.—Necesidad del mapa geográfico del país enemigo.—Conocimiento del terreno.—Cómo se consigue.—Exploradores y guías.—Varias advertencias para caminar por tierra enemiga.—Modo de detener al enemigo que os alcanza al pasar un río.—Estratagemas del cartaginés Hannón, del espartano Nabis, del romano Q. Lutacio y de César contra Vercingétorix.—Regla para conocer los vados.—Qué debe hacerse cuando el ejército es atacado encontrándose entre dos montañas.—Ejemplo de L. Minucio en Liguria.—Estratagema de Marco Antonio contra los parthos.

Fabricio.—Os he demostrado cómo se ordena un ejército para dar batalla á otro puesto á su frente, explicado cómo se gana, y también muchos detalles acerca de los varios accidentes que pueden ocurrir durante esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

operación. Hora es ya de enseñaros á disponer un ejército contra un enemigo que no se ve, pero cuyo ataque continuamente se teme. Sucede esto cuando se camina por país enemigo y sospechoso.

Sabed primero que ordinariamente el ejército romano llevaba delante algunas tropas de caballería para explorar el camino; después seguía el ala derecha, y tras de ella todos los carros que le pertenecían. En seguida caminaba una legión con sus carros detrás, después otra con sus carruajes, y á continuación el ala izquierda con sus correspondientes furgones. El resto de la caballería cerraba la marcha. Tal era, por regla general, el orden de marcha. Si durante el camino atacaba el enemigo de frente, ó por retaguardia, retiraban rápidamente los bagajes á la izquierda ó la derecha, ó se ponían en el centro, según lo que permitía la naturaleza del terreno, y todos los soldados, libres de impedimenta, hacían cara al enemigo por la parte donde atacase. Si el ataque era de flanco, ponían los equipajes en el lado seguro, y en el opuesto hacían frente al contrario. Este orden de marcha es bueno, y, prudentemente seguido, lo creo digno de imitación. Enviaré delante la caballería ligera para explorar el país, siguiéndola cuatro brigadas con sus respectivos furgones detrás de cada una de ellas; y como los carros son de dos clases, unos cargados con los efectos de los soldados, y otros con lo perteneciente á la totalidad del ejército, dividiré éstos en cuatro grupos, repartiéndolos entre las cuatro brigadas. Igual división haría en la artillería y en los desarmados, para que cada fuerza armada tuviese su respectiva impedimenta.

Sucede á veces que se camina por país no sólo sospechoso, sino tan enemigo, que á cada momento teméis ser atacado. En tales casos hay que variar el orden de marcha para ir seguro, de suerte que, prevenidos por

todos lados, ni los paisanos ni el ejército enemigo puedan ofenderos. Acostumbraban en tales casos los generales en la antigüedad á formar el ejército en cuadro ó cuadrado, pues así llamaban esta formación, no porque fuera completamente cuadrada, sino por poder combatir por los cuatro lados. Así estaban dispuestos lo mismo á la marcha que al combate. Conforme á este modelo ordenaré las dos brigadas que me sirven de regla para la formación de un ejército. Queriendo marchar con seguridad por país enemigo y hacer frente por todos lados si de improviso me ataca el enemigo, para formar mis tropas en cuadro, procuraré que el espacio interior de éste tenga de largo por lado doscientos doce brazos; al efecto, apartare un flanco del otro la citada distancia, poniendo en cada uno de ellos cinco batallones en fila y separados uno de otro tres brazos, de modo que ocuparán cuarenta brazos por batallón, ó sean doscientos doce en toda la línea. Los otros diez batallones los pondré cinco al frente y cinco á retaguardia entre los flancos, del modo siguiente: cuatro batallones al lado de la cabeza del flanco derecho, y otros cuatro al lado de la cola del flanco izquierdo, dejando entre ellos intervalos de tres brazos; colocaré en seguida un batallón junto á la cabeza del flanco izquierdo, y otro al lado de la cola del flanco derecho.

Ahora bien: como el intervalo que media entre los flancos es de doscientos doce brazos y estos batallones que se les ponen al lado á lo ancho, y no á lo largo, ocupan con sus intervalos ciento treinta y cuatro brazos, quedará entre los cuatro batallones puestos al frente junto al flanco derecho y el colocado, también al frente, junto al izquierdo, un espacio de setenta y ocho brazos, igual al que mediará entre los batallones colocados á retaguardia, con la diferencia de que, en esta parte, el intervalo será hacia el ala derecha, y en el

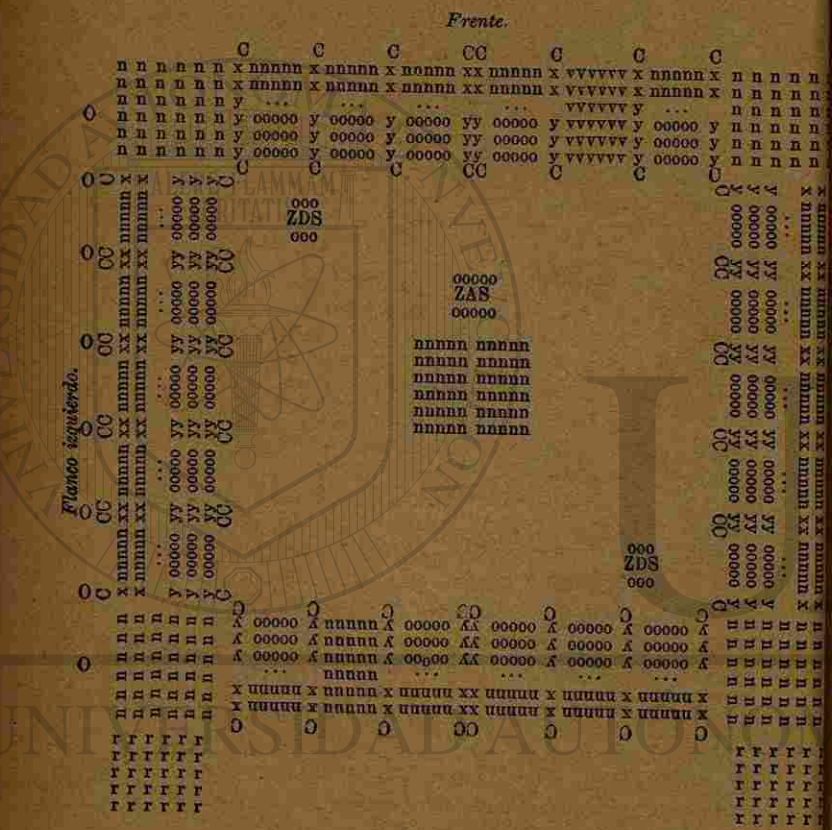
frente hacia la izquierda. En el espacio de los setenta y ocho brazos del frente pondré todos los vélites ordinarios, y en el de la retaguardia los extraordinarios, siendo mil en cada intervalo. Para que el espacio en el interior del cuadro tenga por lado doscientos doce brazos, es indispensable que no ocupen parte de la línea de los flancos los cinco batallones puestos al frente y los cinco colocados á retaguardia, para lo cual conviene que los de retaguardia alinien por su frente con la última fila de los flancos, y los de delante alinien su última fila con la primera de los flancos. Así quedará en cada una de las esquinas del cuadro un ángulo entrante, donde pueda ser colocado otro batallón. En estos cuatro ángulos pondré cuatro banderas ó batallones de picas extraordinarias, y los dos batallones que me restan de este arma los colocaré en el centro, formando un batallón cuadrado á cuyo frente estaría el general con sus soldados escogidos.

Como los batallones así formados marchan todos en la misma dirección, pero no pueden todos combatir del mismo lado, preciso es disponer para el combate los puntos que quedan descubiertos. Así los cinco batallones de la cabeza del ejército, resguardados por todos lados, menos la primera fila, tendrán la formación ordinaria con las picas al frente: los cinco de detrás van también resguardados menos su última fila, la cual debe ser de picas, como oportunamente demostramos; y como los cinco batallones del flanco derecho van resguardados, á excepción de su derecha, y los del izquierdo lo mismo, á excepción de su izquierda, al formarlos se procurará que las picas queden en primera fila por la parte que resulta al descubierto. Al referir cómo han de formar en batalla los batallones, he dicho dónde deben ponerse los decuriones para que, en el momento del combate, todos los cuerpos del ejército y las partes de ellos se encuentren en su sitio de costumbre.

Dividiré la artillería situando una parte en el flanco derecho y otra en el izquierdo. La caballería ligera irá delante para explorar el terreno. Pondré los hombres de armas detrás del cuadro, parte en el extremo derecho y parte en el izquierdo, á cuarenta brazos de los batallones. Por regla general, de cualquier manera que se ordene un ejército, la caballería debe ponerse á retaguardia ó á los flancos. Para situarla delante del frente del ejército, es preciso una de dos cosas: ó ponerla á tanta distancia que, si es rechazada, tenga tras de sí espacio bastante para replegarse, sin atropellar vuestra infantería, ó formar ésta con tantos intervalos que los caballos puedan entrar por ellos sin desordenarla. Este precepto no debe considerarse de escasa importancia, pues, por no observarlo, muchos generales han sido batidos, desordenando el ejército su propia caballería. Los carros y los desarmados irán en el espacio interior del cuadro, repartidos de modo que dejen fácil paso á los que vayan de uno á otro flanco, y de la cabeza á la cola.

Los batallones así formados ocupan, sin la artillería ni la caballería, por el exterior de los lados un espacio de doscientos ochenta y dos brazos. Como el cuadro lo forman dos brigadas, conviene determinar el lado en que ha de estar cada una. Recordaréis que á cada brigada se la nombra por el número que tiene, como también que la forman diez batallones y la manda un general. La primera brigada tendrá, pues, al frente del ejército cinco batallones, y los otros cinco en el flanco izquierdo, situándose el general en el ángulo izquierdo del frente. La segunda brigada formará con sus primeros cinco batallones el flanco derecho, y con los otros cinco la cola del cuadro, situándose el general en el ángulo derecho de ésta y haciendo de *tergiductor*.

FIGURA 5.ª—*Formación de un ejército en cuadro, según se explica en el texto.*



Ordenado así un ejército debe marchar sin alterar en nada su formación, y sin duda alguna va seguro contra los ataques tumultuosos de los paisanos. En estos casos encargará el general á la caballería ligera y á algunas compañías de vélites que los rechacen. Jamás ocurrirá que tal gente sin organización militar llegue al alcance de la espada ó de la pica, porque teme siempre á las fuerzas disciplinadas, limitándose á correr con grandísima gritería, pero sin acercarse, como los gozquezuelos alrededor de un mastín. Cuando Annibal vino á atacar á los romanos en Italia, pasó por la Galia sin cuidarse de los tumultuosos ataque de los galos.

Para poder caminar necesita un ejército gastadores y azadoneros que abran vía, los cuales serán protegidos por la caballería ligera enviada en descubierta. En esta forma podrá caminar un ejército diez millas por día, quedándole aún tiempo bastante para hacer el campamento y preparar la comida, porque la marcha ordinaria es de veinte millas diarias.

Si sois atacado por un ejército organizado, el ataque no puede ser imprevisto, pues las tropas regulares marchan como las vuestras, y en tal caso tenéis tiempo para formar éstas en batalla, como he dicho, ó de un modo semejante. Si el ataque es de frente, pondréis delante la artillería que está en los flancos, y la caballería que va á retaguardia, colocando aquélla y ésta en los sitios y á la distancia que he explicado anteriormente. Los mil vélites que van á la cabeza salen de las filas, se dividen en dos cuerpos de á quinientos hombres y se colocan, como de ordinario, entre la caballería y los extremos de la línea de batalla. El hueco que dejan lo ocupan los dos cuerpos de picas extraordinarias que puse en el centro del cuadro. Los mil vélites que van á la espalda salen también de su sitio y se reparten por los flancos de los batallones para reforzarlos, y por la

abertura que dejan se retiran todos los furgones y los desarmados, colocándose á retaguardia. Quedando vacío el interior del cuadro y cada cual en su puesto, los cinco batallones que puse á la espalda avanzan hacia el frente en el espacio que dejan entre sí los flancos. Tres de estos batallones se aproximan hasta cuarenta brazos y conservan entre sí intervalos iguales, y los otros dos quedan detrás, alejados igualmente de aquéllos cuarenta brazos. Esta formación puede hacerse en un instante, y es casi igual al primer orden de batalla que hemos explicado, porque si el frente es menos extenso, los flancos son más fuertes, lo cual no es menor ventaja. Como los cinco batallones que estaban á la cola tienen sus picas en las últimas filas, por el motivo que antes he explicado, es necesario ponerlas en las primeras á fin de que apoyen el frente del ejército, y para ello conviene, ó que se vuelva cada batallón como un cuerpo sólido, ó que los piqueros atraviesen rápidamente por entre los escudados y se coloquen delante de ellos, maniobra más breve y ocasionada á menos desorden que la de hacer volverse á todo el batallón. Esto deben hacerlo todos los batallones que queden á la espalda, cualquiera que sea la forma del ataque, según os demostraré.

Si el enemigo viene por la espalda, lo primero que se hace es un cambio de frente, y de este modo la cabeza queda convertida en cola y la cola en cabeza. En seguida se ejecutan todas las maniobras antes explicadas para el orden de batalla. Cuando el enemigo ataca por el flanco derecho es preciso que todo el ejército se vuelva de este lado, que se convierte en frente, el cual se refuerza en la forma que ya hemos dicho, de modo que la caballería, los vélites y la artillería ocupen los puestos que les están designados en el frente de batalla. La única diferencia en este cambio de frente es que, de las

fuerzas que se trasladan, unas tienen que marchar más de prisa y otras menos, según su posición. Cuando el ejército convierte en frente el flanco derecho, los vélites de la cabeza más próximos al flanco izquierdo, son los que deben situarse entre los extremos de la línea de batalla y la caballería, y les reemplazarán las dos banderas de picas extraordinarias situadas en el centro del cuadro; pero antes se harán salir de éste los bagajes, pasando á retaguardia del flanco izquierdo, convertido en cola del ejército. Los demás vélites que en la primera disposición de las fuerzas estaban á la espalda, en el caso actual no cambian de posición, para que no quede desguarnecido el lado que ocupan, que, de cola, se convierte en flanco derecho. Todas las demás maniobras son iguales á las ya explicadas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

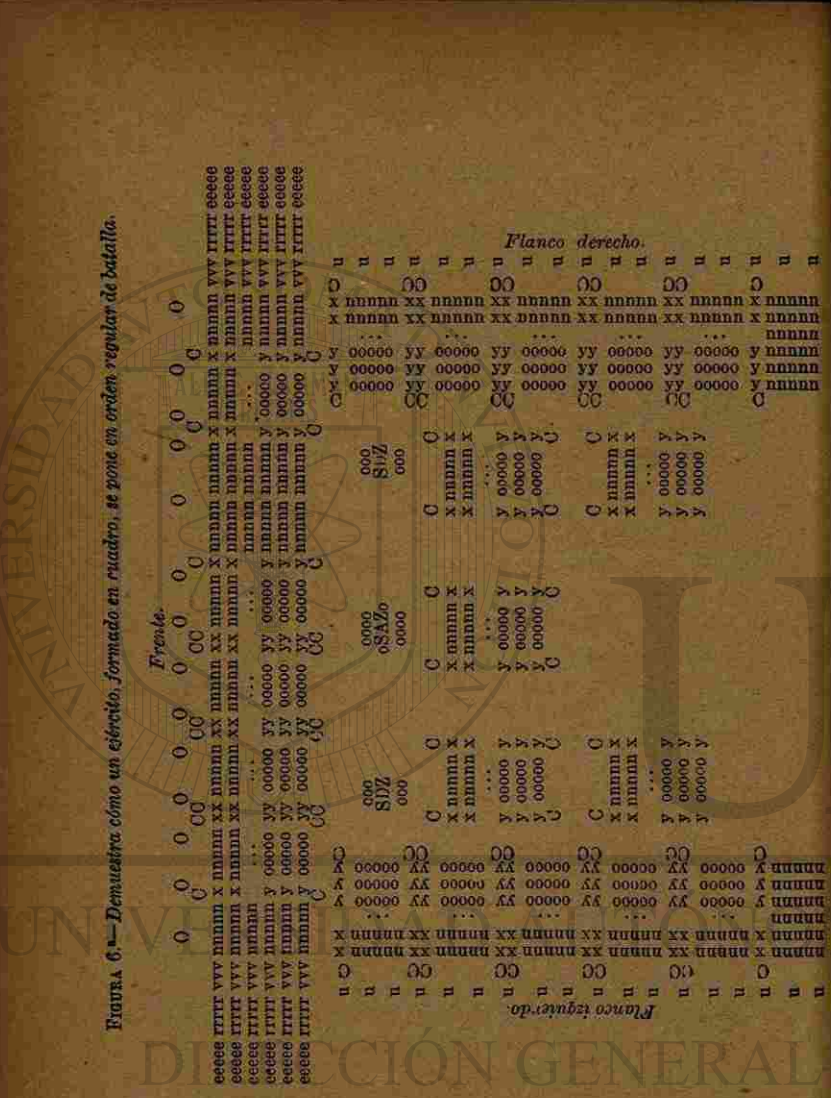


FIGURA 6.—*Demuestra cómo un ejército, formado en cuadro, se pone en orden regular de batalla.*

Lo dicho del flanco derecho entiéndase también respecto del izquierdo cuando hay que convertir éste en frente, porque se hace igual maniobra. Si el enemigo es tan numeroso que os ataca por dos lados, se deben reforzar ambos con tropas de las que hay en los otros dos, duplicando las filas y poniendo en cada uno de ellos una parte de la artillería, de los vélites y de la caballería. Si el ataque es por tres ó por los cuatro lados, por necesidad uno de los contendientes carece de prudencia; porque el prudente no se expone á que el enemigo le ataque por tres ó cuatro puntos á la vez con numerosas y ordenadas fuerzas, para lo cual necesitaría disponer de tantas, que por cada lado acometa con un ejército casi igual al agredido; y quien es tan temerario que entra en país enemigo donde hay un ejército bien organizado y tres veces superior al suyo, no puede quejarse sino de sí mismo por el daño que sufra. Cuando esto sucede, no por imprudencia del invasor, sino por alguna desventura, el desastre no será para él vergonzoso, ocurriéndole lo que á los Scipiones en España y á Asdrúbal en Italia. Pero si el enemigo no tiene mucha más gente que vosotros y por menosprecio os ataca por varios lados, cometerá una necedad para ventura vuestra, pues necesitará debilitar sus líneas al hacer esto, de tal modo, que por cualquiera parte podáis romperlas, mientras por las demás resistís el ataque, y su derrota será inmediata.

En este sistema de ordenar un ejército contra un enemigo que no se ve, pero se teme, es indispensable y sumamente útil acostumbrar á los soldados á marchar preparados á la lucha y á formarse en batalla en el camino para combatir de frente, por retaguardia ó por cualquiera de ambos flancos conforme á las reglas prescritas, restableciendo después el orden de marcha. Cuando se quiere tener un ejército disciplinado y práctico,

estos ejercicios son necesarios y precisa que el general y los jefes y oficiales los hagan ejecutar con frecuencia.

La disciplina militar consiste en saber mandar y ejecutar estas cosas, y se llama ejército disciplinado al que practica bien tales maniobras. El ejército que en la actualidad usara esta disciplina sería invencible. La formación cuadrada que he explicado es algo más difícil que las otras maniobras, pero precisa practicarla con frecuentes ejercicios, y á las tropas que se habitúen á ella le resultarán fáciles todas las demás maniobras.

Zanobi.—Creo, como vos, que esta organización es necesaria, y nada he de añadir ni quitar á vuestro razonamiento; pero deseo saber dos cosas: una, si cuando tenéis que convertir en frente de batalla el flanco ó la retaguardia, y los batallones tienen que volverse, ordenáis la maniobra de viva voz ó con los trompetas; y otra, si los que hacéis ir delante para allanar el camino al ejército deben ser soldados de los batallones ó trabajadores de los que se ocupan en estas humildes tareas.

Fabricio.—Vuestra primera pregunta es muy importante, porque muchas veces las órdenes del general, mal entendidas ó mal interpretadas han causado la derrota de su ejército, y es preciso que durante la acción sean claras y precisas. Si se dan con las trompetas los toques, deben ser tan distintos unos de otros, que no se puedan confundir; y si de viva voz, se evitará emplear frases de sentido general que se presten á erróneas interpretaciones, expresando con las palabras más propias ideas concretas. Muchas veces decir: *atrás, atrás,* ha sido bastante para desorganizar un ejército. No se debe, por tanto, emplear esta palabra, sino la de *retiraos*. Si queréis cambiar el frente por el flanco ó la retaguardia, no decid *volveos*, sino *á la izquierda, á la derecha, por retaguardia, por el frente.* De igual modo las demás órdenes han de ser sencillas y precisas, como: *estrechad filas, quietos, firmes, adelante, vuelta á la derecha, vuelta á la izquierda*, mandando de viva voz cuanto sea posible, y lo demás con las trompetas.

Respecto á los gastadores á que se refiere vuestra segunda pregunta, emplearé en abrir camino á mis propios soldados, no sólo porque así se hacía en los ejércitos antiguos, sino también porque haya en el ejército la menos gente posible desarmada y la menor impedimenta; sacando de cada batallón la gente necesaria para que, con las herramientas propias, hagan las explanaciones. Sus armas quedarán á cargo de los que ocupen las filas inmediatas, recobrándolas y volviendo á sus puestos al aproximarse el enemigo.

Zanobi.—¿Quién llevará las herramientas para las explanaciones?

Fabricio.—Los carros destinados á este objeto.

Zanobi.—Temo que no pudierais emplear en estos trabajos á los actuales soldados.

Fabricio.—Ya hablaré de esto oportunamente. Por ahora quiero pasar á otro asunto, explicando el modo de vivir del ejército, pues me parece que, después de fatigarle tanto, sea ya tiempo de que descanse y coma. El príncipe debe organizar su ejército de manera que esté lo más expedito posible, prescindiendo de toda carga inútil y de cuanto pueda estorbarle las operaciones. Una de las mayores dificultades es tener provisto al ejército de vino y pan cocido. En la antigüedad no les preocuba el vino, porque si no lo tenían, mezclaban al agua algunas gotas de vinagre para darle sabor, de modo que entre las provisiones indispensables del ejército se contaba el vinagre, y no el vino. No cocían el pan en hornos, como se cuece en los pueblos, sino llevaban la harina y cada soldado la preparaba á su gusto, condimentándola con tocino y manteca de cerdo, que

daba al pan sabor y lo mantenía tierno. Las provisiones militares eran, pues, harina, vinagre, tocino y manteca de cerdo, y para los caballos, cebada.

Seguían á las tropas algunos rebaños de reses mayores y menores, que, caminando por su pie, no causaban impedimento. De esta manera marchaba un ejército en la antigüedad muchos días por comarcas despobladas y difíciles, sin sufrir escasez de víveres, porque se alimentaba con los que fácilmente podía llevar consigo.

Lo contrario sucede en los ejércitos modernos, que, no queriendo privarse del vino y deseando los soldados comer pan cocido, como cuando están en sus casas, de lo cual no se puede hacer gran provisión anticipadamente, quedan con frecuencia sin víveres ó se les provee con gran trabajo y enormes gastos. Mi ejército no tendría, por tanto, víveres de esta clase, ni comería otro pan que el cocido por él mismo. En cuanto al vino, no prohibiría que se bebiera, ni que lo llevaran en el ejército, pero no haría nada por tenerlo; y respecto á las demás provisiones, me atendría á las costumbres antiguas. Si consideráis atentamente estas reformas, veréis cuántas dificultades evita; de cuántas molestias y trabajos libra al ejército y al general, y cuán cómodamente podrán éstos realizar todas sus empresas.

Zanchi.—Hemos vencido al ejército en batalla campal y caminado después por sus tierras. Es, pues, natural que hayamos cogido botín, impuesto contribuciones á los pueblos, hecho prisioneros, etc. Quisiera saber lo que en la antigüedad se hacía en tales casos.

Fabricio.—Vais á saberlo. Ya os he dicho anteriormente que las actuales guerras empobrecen lo mismo á los vencedores que á los vencidos, porque éstos pierden sus Estados y aquéllos su hacienda y sus recursos. No sucedía así en la antigüedad, pues entonces la guerra enriquecía siempre al vencedor. Nace la diferencia de no tener ahora cuenta del botín, dejándolo á la discreción de los soldados, cosa que produce dos grandes males: uno el que acabo de decir; otro, hacer á los soldados más codiciosos de presas que observadores de la disciplina, viéndose muchas veces que la codicia del botín es causa de perder la batalla.

Los romanos, mientras sus ejércitos fueron modelo de todos los demás, evitaron ambos inconvenientes ordenando que todo el botín perteneciese al Estado, el cual lo repartía en la forma que estimaba conveniente. Para esto llevaban en los ejércitos los *cuestores*, que equivalían á nuestros tesoreros, quienes recaudaban el botín y las contribuciones impuestas á los vencidos, con cuyo producto daba el cónsul la paga ordinaria á los soldados, atendía á los gastos de la curación de heridos y enfermos y á todas las demás necesidades del ejército. Facultado estaba el cónsul, y lo hacía algunas veces, para conceder algún botín á los soldados; pero esta concesión no producía ningun desorden, porque, derrotado el ejército enemigo, se amontonaba el botín y distribuíase después conforme á la graduación de cada uno. Con este sistema los soldados procuraban vencer y no robar.

Las legiones romanas rechazaban al enemigo y no le perseguían, porque jamás se desordenaban: la persecución quedaba á cargo de la caballería ligera y de los demás soldados que no eran legionarios. Si el botín se hubiese dejado al primero que lo cogiese fuera imposible y hasta injusto mantener ordenadas las legiones y, de no estarlo, se exponía el ejército á grandes peligros. Consecuencia de este sistema era que el Estado se enriqueciese y que cada triunfo de los cónsules aumentara el tesoro público con el botín y las contribuciones impuestas al enemigo. Otra buena institución de los ro-

manos era que cada soldado tuviera obligación de dejar la tercera parte de su sueldo en poder del abanderado de su cohorte, la cual no se le devolvía hasta terminada la guerra. Hacían esto por dos motivos: uno para que los soldados formaran capital con su sueldo, porque siendo en su mayoría jóvenes é imprevisores, cuanto más tienen más gastan innecesariamente; otro porque sabiendo que su capital estaba junto á la bandera, la defendiera con gran empeño y obstinación. De tal modo conseguían que fueran económicos y valientes. Todo esto convendría restablecerlo si se quisiera que reviviesen las buenas costumbres militares.

Zanobi.—Considero casi imposible que en la marcha de un ejército por país enemigo dejen de ocurrirle accidentes peligrosos, los cuales exijan, para vencerlos, el talento del general y el valor de los soldados. Si os ocurre alguno, os agradeceré que nos lo digáis.

Fabricio.—Con mucho gusto, máxime siendo necesario hablar de ello al dar nociones completas del arte militar. Deben los generales, cuando llevan su ejército por tierra enemiga, guardarse especialmente de las emboscadas, en las cuales se cae de dos maneras: ó caminando descuidado ó dejándose atraer por la astucia del enemigo, sin prever su intención. En el primer caso, para librarse de ellas es necesario llevar dobles avanzadas que exploren el terreno, siendo esta precaución tanto más necesaria cuanto el país sea más á propósito para las emboscadas, como sucede en las comarcas selváticas ó montuosas, pues hay que andar por bosques ó desfiladeros. Una emboscada imprevista puede perderos, pero, prevista, no ofrece peligro alguno. Los pájaros y el polvo sirven muchas veces para descubrir al enemigo, pues cuando venga en vuestra busca, la polvareda que levante os indicará su aproximación. Muchas veces por ver un general que en el sitio por donde

ha de pasar vuelan palomas ú otras aves de las que van en bandadas, circulando en el aire sin pararse en ningún sitio, conoció la emboscada del enemigo, y, enviando fuerzas delante, se libró de ella, derrotándole.

En el segundo caso, ó sea en el de ser llevado á la emboscada por la astucia del enemigo, se debe cuidar de no dar crédito á lo que no es verosímil; por ejemplo, si el enemigo os ofreciese una presa, ocultando en el cebo el anzuelo; si, siendo muy superior en número, retrocede ante una fuerza inferior; si, al contrario, envía escasas fuerzas contra otras considerables. En todos estos casos es de temer el engaño, pues nunca debe creerse que el enemigo no sepa hacer lo que le conviene. Para no equivocarse y temer lo menos posible sus ardides, conviene estar más sobre aviso cuanta mayor debilidad é imprevisión manifieste. En tales casos es probable el peligro y se han de disponer las cosas para evitarlo, alardeando al mismo tiempo con las palabras y demás actos exteriores de desprecio al enemigo; de esta suerte evitáis el riesgo é infundís á vuestros soldados confianza en la victoria.

Ha de tenerse en cuenta que, al caminar por país enemigo, son mayores los riesgos que al dar una batalla; por eso el general, á medida que avanza, debe redoblar las precauciones. Le son necesarios mapas del país que atraviesa que le den á conocer los pueblos, su número y distancia, los caminos, los montes, los ríos, los pantanos y todos los demás accidentes del terreno. Para el perfecto conocimiento de tales cosas, tendrá junto á sí, con diversos títulos, hombres de distintas clases, conocedores de la comarca, á quienes preguntará cuidadosamente, comparando sus respuestas, y consignará los datos en que estén conformes. Debe enviar avanzadas de caballería y con ellas oficiales hábiles, no sólo para descubrir al enemigo, sino para explorar el país y

saber si los informes que de él tiene son exactos. Llevará consigo guías, guardados con buena escolta, prometiéndoles premiar su fidelidad y castigar su perfidia; y procurará sobre todo que el ejército no sepa á qué expedición se le conduce, pues nada hay más útil en la guerra que ocultar los proyectos. A fin de que un ataque repentino no desordene el ejército, conviene llevarlo siempre dispuesto á combatir, porque los sucesos previstos son menos dañosos.

Muchos generales, para impedir la confusión en las marchas, repartieron los bagajes, y desarmados, poniéndoles junto á las banderas y ordenándoles que sigan á éstas, de modo que si, durante la marcha, es preciso detenerse ó retirarse, pueda hacerse con mayor facilidad. Esto me parece útil y merece mi aprobación. Hay también que cuidar de que una parte del ejército no se aparte de otra durante la marcha, ó que por andar unos de prisa y otros despacio, se alarguen y debiliten las líneas de formación, pues tales cosas desordenan el ejército. Los oficiales irán á los flancos para mantener la uniformidad del paso, conteniendo á los que caminen de prisa y haciendo avanzar á los que vayan despacio. Como mejor se regulariza el paso es con los toques de trompetas. Se ensanchará el camino para que, en todo caso, pueda marchar un batallón formado.

Conviene tener en cuenta las costumbres y las condiciones del enemigo; si prefiere atacar por la mañana, ó al mediodía, ó por la tarde, y si su mayor fuerza consiste en infantería ó caballería, y tomar las disposiciones con arreglo á lo que de esto se sepa.

Pero tiempo es ya de hablar de los accidentes que pueden ocurrir en las marchas.

Sucede á veces que, teniendo delante al enemigo, no quiere un general dar una batalla por juzgarse inferior en fuerzas y emprende la retirada, siguiéndole el contrario; pero llega á orillas de un río sin tiempo para pasarlo, y el enemigo puede alcanzarle y batirle. Algunos, al encontrarse en este peligro, han abierto una zanja detrás del ejército, llenándolo con hierbas secas y malezas é incendiándolas, pasando después el río con todo su ejército sin que pueda impedirlo el enemigo, detenido por el fuego de la zanja.

Zanobi.—Cuéstame trabajo creer que tal fuego pueda detener al enemigo, máxime habiendo oído que el cartaginés Hannón, perseguido por los enemigos, llenó de leña y maderos el lado por donde quería operar su retirada y los incendió; los enemigos no creyeron necesario guardar aquella parte, y entonces hizo pasar su ejército sobre las llamas, ordenando á los soldados que se taparan la cara con el escudo para defenderse del fuego y del humo.

Fabricio.—Es cierto; pero considerad la diferencia que hay entre lo que he dicho y lo hecho por Hannón. He dicho que abriría una zanja y la llenaría de materias inflamables, de suerte que el paso lo impedirían el foso y el fuego. Hannón puso el fuego sin foso, y, como quería pasar sobre él, no lo pondría muy grande. ¿No recordáis que el espartano Nabis, situado en Esparta por los romanos, cuando éstos habían entrado ya en la ciudad incendió parte de ella para impedirles el paso, y mediante aquellas llamas, no sólo les detuvo, sino les rechazó fuera de la plaza?

Pero volvamos á nuestro asunto. El romano Quinto Lutacio iba perseguido por los cimbrios, y al llegar á un río, para que el enemigo le diera tiempo á pasarlo, fingió querer dar batalla y disponer allí su campamento, é hizo abrir los fosos, armar algunas tiendas y hasta envió fuerzas de caballería ligera para merodear por los campos inmediatos. Creyeron los cimbrios que iba á acampar y acamparon ellos también, dividiéndose en

diferentes cuerpos para proveerse de víveres. Aprovechó Lutacio esta circunstancia para pasar el río sin que el enemigo lo impidiera. Algunos generales, no teniendo puentes para el paso de un río, han variado el curso á parte de sus aguas, haciéndolas correr por donde ya habían pasado y, quedando más bajas las del antiguo cauce, pasaron sin dificultad. Cuando la corriente es rápida, para que la infantería pase con mayor seguridad, se sitúan en la parte superior al paso los caballos más fuertes, que con sus cuerpos detienen el impulso del agua, y otra fuerza de caballería inferior para que salve á los soldados arrastrados por la corriente. Los ríos que no son vadeables se pueden pasar con puentes, barcas ú odres. El ejército ha de llevar lo necesario para todas estas operaciones.

Ocurre algunas veces que impide pasar un río el enemigo, situado en la orilla opuesta. Para vencer esta dificultad, el mejor ejemplo que puede seguirse es el de César que, teniendo su ejército en la margen de un río de la Galia é impidiéndole el paso el galo Vercingétorix, situado con sus tropas en la orilla opuesta, recorrió durante varios días la margen del río. Lo mismo hizo el enemigo para observar sus movimientos; pero César acampó sus tropas en un sitio cubierto de bosques á propósito para esconder á sus soldados; sacó de cada legión tres cohortes y las hizo permanecer en aquel terreno, ordenándoles que, tan pronto como él se ausentara, echasen un puente sobre el río y lo fortificaran, y con el resto de su ejército continuó el camino. Vercingétorix, que veía el mismo número de legiones, creyó que no quedaba fuerza alguna á la espalda, y siguió por la margen que ocupaba del río el movimiento de las tropas de César; éste, cuando juzgó que el puente estaba ya construído, retrocedió rápidamente y pasó por él sin dificultad.

Zanobi.—¿Hay medios de conocer los vados?

Fabricio.—Sí. Cuando en el río, entre el agua estancada y la corriente se forma al parecer una raya ó línea, hay menos fondo y puede ser vadeado mejor que por otras partes, porque en los sitios de remanso dejan las aguas la mayor cantidad del sedimento que arrastran. Como esto se ha probado muchas veces, resulta evidente.

Zanobi.—Si ocurriera que el vado se hubiese hundido de modo que los caballos no pudieran hacer pie, ¿qué recurso quedaría?

Fabricio.—Se hace un emparrillado con maderos; colócase en el fondo del río, y sobre él se pasa. Pero continuemos nuestra explicación.

Si sucede que un general se mete con su ejército por un desfiladero y sólo tiene dos caminos para salvarse, el que sigue ó el que ha seguido, ocupados ambos por el enemigo, haga, como remedio á su situación, lo que ya se ha hecho en tiempos pasados, y consiste en abrir á retaguardia del ejército un ancho foso difícil de salvar, para demostrar al enemigo el deseo de contenerle por aquella parte, y, segura la retaguardia de ser atacada, amenace con toda la fuerza por el camino que hay hacia adelante. El enemigo acudirá á la parte abierta del desfiladero y abandonará la cerrada por el foso; entonces se echa sobre éste un puente dispuesto de antemano, y por él pasa el ejército encerrado en la angostura, sin impedimento alguno, librándose de las manos de sus contrarios.

El cónsul romano Lucio Minucio estaba en Liguria con el ejército y se dejó encerrar entre unos montes, de donde, rodeado de enemigos, no podía salir. Para librarse de aquel peligro envió hacia los pasos guardados por los enemigos algunos soldados de caballería de la Numidia que llevaba en su ejército, mal armados y

montados en caballos pequeños y flacos. Al presentarse, se prepararon los enemigos á defender el paso; pero cuando vieron lo desordenada y, según ellos, mal montada que iba aquella tropa, la despreciaron y descuidaron la guarda. Advertido por los numidas espolearon sus caballos, y, cargando con ímpetu sobre los enemigos, pasaron sin que pudieran éstos impedirlo. Desparramados por la comarca y arrasando y robando el país, pronto obligaron á los ligurianos á dejar libre salida al ejército de Minucio.

Algún general, atacado por multitud de enemigos, concentró sus fuerzas, dejándose rodear, y acometiendo después con ímpetu por el punto más débil de las contrarias, abrióse paso y salvó su ejército.

Advirtió Marco Antonio en su retirada delante de los parthos que éstos le atacaban todos los días al amanecer, cuando se ponía en marcha, acosándole durante todo el camino, y determinó no moverse hasta el medio día. Creyeron los parthos que no iba á levantar el campamento el primer día que tomó tal determinación, y se retiraron á sus puestos, por lo cual pudo Marco Antonio caminar dicho día sin ser molestado. El mismo general, para librar á sus soldados de las flechas de los parthos, dispuso que, cuando éstos atacaban, se arrodillara la primera fila de las legiones, la segunda ponía sus escudos sobre las cabezas de los soldados de las primeras, la tercera sobre los de la segunda, la cuarta sobre los de la tercera, y así sucesivamente. Todo el ejército quedaba como bajo un techo que le protegía contra las flechas enemigas.

Esto es cuanto me ocurre deciros de lo que puede suceder á un ejército en marcha, y, si no me hacéis observaciones, pasaremos á otro asunto.

LIBRO SEXTO

SUMARIO

Campamentos de los griegos y de los romanos —Deben imitarse en parte los de los romanos.—Descripción del campamento que el autor propone.—Por qué debe haber determinadas distancias entre las calles y los espacios del campamento.—Uso que debe hacerse de los espacios.—Ingenieros de los campamentos.—Estacadas de los romanos: no deben hacerse, y sí sólo fosos y parapetos.—Manera de hacer los campamentos en la proximidad al enemigo.—Guardia ó centinelas del campamento.—Cuidado con que debe observarse quién sale y quién entra de nuevo en él.—Castigos y recompensas entre los romanos.—Los mismos soldados eran ejecutores de los primeros.—Hacían jurar á los soldados la observancia de la disciplina.—Prohibían en los campamentos las mujeres y los juegos.—Manera de levantar el campamento.—Preceptos de los romanos para acampar; que el sitio fuera sano; que no lo pudiera cercar el enemigo.—Cómo se conserva la salud en el ejército.—De los víveres.—Cómo acampa el ejército cuando excede del número ordinario.—El ejército no debe pasar de cincuenta mil soldados.—Ejemplos griegos y romanos.—Manera de engañar á las ciudades sospechosas y á los espías interiores.—Secreto que debe guardarse en los movimientos.—Diversos modos de conocer los secretos de los enemigos.—Escaramuzas; cuándo deben hacerse.—Ejército sitiado en el campamento; cómo debe entretener al enemigo y salvarse.—Ejemplos de capitanes célebres.—Cómo se dividen las fuerzas del enemigo.—Cómo se apaciguan las sediciones y discordias entre los soldados.—Lo que más sirve para estos casos es la fama del general.—Augurios.—Cómo se aprovechaban en la antigüedad.—Determinaciones y estratagemas para engañar y vencer al enemigo.—De cómo se asegura el general de las poblaciones sospechosas y gana en su favor á los pueblos.—Es peligrosísimo guerrear en invierno, y debe evitarse.

Zanobi.—Puesto que vamos á variar de asunto, creo que Bautista debe encargarse de lo que yo hago, imi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

montados en caballos pequeños y flacos. Al presentarse, se prepararon los enemigos á defender el paso; pero cuando vieron lo desordenada y, según ellos, mal montada que iba aquella tropa, la despreciaron y descuidaron la guarda. Advertido por los numidas espolearon sus caballos, y, cargando con ímpetu sobre los enemigos, pasaron sin que pudieran éstos impedirlo. Desparramados por la comarca y arrasando y robando el país, pronto obligaron á los ligurianos á dejar libre salida al ejército de Minucio.

Algún general, atacado por multitud de enemigos, concentró sus fuerzas, dejándose rodear, y acometiendo después con ímpetu por el punto más débil de las contrarias, abrióse paso y salvó su ejército.

Advirtió Marco Antonio en su retirada delante de los parthos que éstos le atacaban todos los días al amanecer, cuando se ponía en marcha, acosándole durante todo el camino, y determinó no moverse hasta el medio día. Creyeron los parthos que no iba á levantar el campamento el primer día que tomó tal determinación, y se retiraron á sus puestos, por lo cual pudo Marco Antonio caminar dicho día sin ser molestado. El mismo general, para librar á sus soldados de las flechas de los parthos, dispuso que, cuando éstos atacaban, se arrodillara la primera fila de las legiones, la segunda ponía sus escudos sobre las cabezas de los soldados de las primeras, la tercera sobre los de la segunda, la cuarta sobre los de la tercera, y así sucesivamente. Todo el ejército quedaba como bajo un techo que le protegía contra las flechas enemigas.

Esto es cuanto me ocurre deciros de lo que puede suceder á un ejército en marcha, y, si no me hacéis observaciones, pasaremos á otro asunto.

LIBRO SEXTO

SUMARIO

Campamentos de los griegos y de los romanos —Deben imitarse en parte los de los romanos.—Descripción del campamento que el autor propone.—Por qué debe haber determinadas distancias entre las calles y los espacios del campamento.—Uso que debe hacerse de los espacios.—Ingenieros de los campamentos.—Estacadas de los romanos: no deben hacerse, y sí sólo fosos y parapetos.—Manera de hacer los campamentos en la proximidad al enemigo.—Guardia ó centinelas del campamento.—Cuidado con que debe observarse quién sale y quién entra de nuevo en él.—Castigos y recompensas entre los romanos.—Los mismos soldados eran ejecutores de los primeros.—Hacían jurar á los soldados la observancia de la disciplina.—Prohibían en los campamentos las mujeres y los juegos.—Manera de levantar el campamento.—Preceptos de los romanos para acampar; que el sitio fuera sano; que no lo pudiera cercar el enemigo.—Cómo se conserva la salud en el ejército.—De los víveres.—Cómo acampa el ejército cuando excede del número ordinario.—El ejército no debe pasar de cincuenta mil soldados.—Ejemplos griegos y romanos.—Manera de engañar á las ciudades sospechosas y á los espías interiores.—Secreto que debe guardarse en los movimientos.—Diversos modos de conocer los secretos de los enemigos.—Escaramuzas; cuándo deben hacerse.—Ejército sitiado en el campamento; cómo debe entretener al enemigo y salvarse.—Ejemplos de capitanes célebres.—Cómo se dividen las fuerzas del enemigo.—Cómo se apaciguan las sediciones y discordias entre los soldados.—Lo que más sirve para estos casos es la fama del general.—Augurios.—Cómo se aprovechaban en la antigüedad.—Determinaciones y estratagemas para engañar y vencer al enemigo.—De cómo se asegura el general de las poblaciones sospechosas y gana en su favor á los pueblos.—Es peligrosísimo guerrear en invierno, y debe evitarse.

Zanobi.—Puesto que vamos á variar de asunto, creo que Bautista debe encargarse de lo que yo hago, imi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tando así á los buenos generales que, según ha dicho el Sr. Fabricio, ponen sus mejores soldados delante y á retaguardia por ser necesario que los primeros inicien vigorosamente el combate, y los segundos lo sostengan con igual valor. Cosme empezó esta conversación con el mejor éxito, y Bautista la terminará con igual acierto. Luis y yo la hemos mantenido entre ellos, y como cada cual de nosotros ha desempeñado voluntariamente su cargo, creo que Bautista lo aceptará de igual modo.

Bautista.—He hecho hasta ahora lo que habéis querido y seguiré haciéndolo. Por tanto, señor Fabricio, continuad vuestro razonamiento y perdonad que lo interrumpamos con nuestras preguntas.

Fabricio.—Ya os he dicho que vuestras interrogaciones me son muy gratas, porque, en vez de perturbar, refrescan mis ideas. Continuando el asunto, diré que ya es tiempo de acampar nuestro ejército, porque, según sabéis, todo lo animado necesita descanso y descanso seguro, que, sin seguridad, no es verdadero. Probablemente hubieseis querido que yo acampara primero al ejército, le hiciera después caminar, y, por último, combatir; y hemos hecho lo contrario. Esto era necesario, porque, al explicar cómo un ejército en marcha se ponía en orden de batalla y después recobraba el de marcha, era preciso mostrar primero la manera de organizarse para combatir.

Volviendo, pues, á nuestro asunto, digo que el campamento debe ser fuerte y estar bien dispuesto: fuerte lo hace el sitio y el arte; bien organizado, el talento del general. Los griegos buscaban posiciones naturalmente fortísimas, y no lo establecían sin estar apoyado en un despeñadero ó marco de río, ó bosque, ó cualquier otro reparo que lo defendiera. Los romanos confiaban más en el arte que en la naturaleza, y jamás acampaban en

sitio donde no pudieran desplegar, con arreglo á su ordenanza, todas sus fuerzas.

De aquí que tuvieran siempre la misma forma de acampar, porque nunca la supeditaban al terreno, sino éste á aquélla; cosa imposible á los griegos, quienes, ajustándose al sitio y variando éste de condiciones por necesidad, variaban la manera de acampar y la forma de los campamentos. Los romanos suplían con el arte la falta de fuerza natural de la posición ocupada, y como en estas explicaciones me he propuesto imitar á los romanos, lo haré también en la manera de acampar, no copiando todas sus disposiciones, sino las que juzgo apropiadas á estos tiempos.

Ya os he dicho varias veces que en sus ejércitos consulares había dos legiones de ciudadanos romanos, los cuales sumaban unos once mil infantes y seiscientos caballos, y que además llevaban otros once mil infantes de tropas auxiliares. Jamás tenían sus ejércitos más soldados extranjeros que romanos, exceptuando la caballería, la cual no les importaba fuese más numerosa que la de sus legiones.

En todas las batallas ponían las legiones romanas en el centro, y las tropas auxiliares en los flancos. Lo mismo hacían al acampar, como habréis leído en los escritores que se ocupan de estos asuntos. Por esto no explicaré sus campamentos, sino diré cómo acamparía ahora mi ejército, y así advertiréis lo que adopto del método romano.

Sabéis que, á semejanza de las legiones romanas, he formado dos brigadas de seis mil infantes y trescientos caballos útiles para cada una, y el número de los batallones, las armas y los nombres que les he dado. Recordaréis que, ni en el orden de marcha ni en el de batalla, he hecho mención de otras tropas, indicando sólo que, al doblar el número de combatientes, se doblaba la formación.

Al explicaros ahora la manera de acampar, me parece oportuno no limitarme á las dos brigadas, sino reunir un ejército que tenga las fuerzas del romano, es decir, dos brigadas y otras tantas tropas auxiliares. Lo hago para que el modo de acampar sea más regular llevando un ejército completo, lo cual no era necesario para las demás operaciones antes explicadas.

Para acampar un ejército completo de veinticuatro mil infantes y dos mil caballos útiles, dividido en cuatro brigadas, dos de mis propios súbditos y otras dos de tropas auxiliares, haré lo siguiente: Encontrado el sitio donde quiera establecer el campamento, enarbolaré la bandera capitana y, tomándola por centro, será trazado un cuadro, cuyos lados estarán alejados entre sí cincuenta brazos, mirando á las cuatro partes del cielo, es decir, á Levante, Poniente, Mediodía y Norte. En este espacio estará la tienda del general. Por considerarlo prudente y porque lo hacían los romanos, separaré los hombres armados de los desarmados, y los dispuestos á combatir de los impedidos. Todos, ó casi todos los armados acamparán en la parte de Levante, y los desarmados é impedidos en la de Poniente. El frente del campamento estará á Levante, y la espalda á Poniente; los flancos al Norte y al Mediodía.

Para distinguir el campamento de los armados, trazaré una línea desde la bandera capitana hacia Levante en una extensión de seiscientos ochenta brazos. A los lados y tan largas como éstas, haré otras dos líneas, distantes cada una de la del centro quince brazos. A la extremidad de estas tres líneas estará la puerta de Levante, y en el espacio que media entre las dos líneas de los lados haré una calle que vaya desde dicha puerta á la tienda del general, teniendo treinta brazos de ancha por seiscientos treinta de larga, porque la tienda ha de ocupar cincuenta brazos. Esta calle se llamará *vía capitana*. Haré después otra desde la puerta del Mediodía á la puerta del Norte ó Tramontana, pasando por la cabeza de la vía capitana y rasante con la tienda del general por Levante. Ésta tendrá de largo mil doscientos cincuenta brazos, por ocupar toda la extensión del campamento, y de ancho treinta brazos, llamándose *vía de la Cruz*. Trazados el alojamiento del general y estos dos caminos, empezaré á señalar el sitio para las tiendas de mis propias brigadas, poniendo una á la derecha de la vía capitana, y la otra á la izquierda. Pasando el espacio que ocupa el ancho de la vía de la Cruz, estableceré treinta y dos alojamientos á la izquierda de la vía Capitana, y otros treinta y dos á la derecha, dejando entre el décimo sexto y décimo séptimo un espacio de treinta brazos que formará una calle transversal entre todos los alojamientos de las brigadas, según veremos al hablar de su distribución. De estos dos órdenes de alojamientos, los primeros del frente, á cada lado de la vía de la Cruz, se destinarán á los jefes de los hombres de armas, y los quince que les siguen, también por ambos lados, para los hombres de armas que, siendo ciento cincuenta en cada brigada, corresponderán diez á cada alojamiento. Los de los jefes tendrán cuarenta brazos de ancho y diez de largo (adviértase que cuando digo ancho me refiero al espacio de Mediodía á Norte, y largo es de Poniente á Levante). Los de los hombres de armas tendrán quince brazos de largo por treinta de ancho.

Los otros quince alojamientos que les siguen por ambas partes y que principian pasada la calle transversal, tendrán el mismo espacio que los de los hombres de armas y los destinaré á la caballería ligera. Siendo también de ciento cincuenta hombres por brigada, corresponderá un alojamiento para cada diez soldados. Los que hacen el número diez y seis por cada lado serán para los jefes de esta fuerza y tendrán la misma exten-

sión que los de los jefes de los hombres de armas. De esta suerte los alojamientos de la caballería de las dos brigadas quedan á ambos lados de la vía Capitana y sirven de regla para trazar los de la infantería en la forma que voy á explicar.

Habéis visto cómo he alojado los trescientos caballos de cada brigada con sus jefes en treinta y dos alojamientos, colocados junto á la vía Capitana á partir de la vía de la Cruz, y dejando entre el diez y seis y diez y siete un espacio de treinta brazos que forma la calle transversal. Voy ahora á alojar los veinte batallones que forman las dos brigadas ordinarias, y pondré los alojamientos de cada dos batallones detrás de los de la caballería, teniendo cada uno quince brazos de largo y treinta de ancho, como los de la caballería, y tan juntos unos á otros que se toquen por la espalda. El primer alojamiento de cada lado, inmediato á la vía de la Cruz, será para el condestable de cada batallón, y ambos estarán, por consiguiente, en la misma línea que los de los hombres de armas. Su capacidad será de veinte brazos de ancho por diez de largo. En los quince que siguen á cada lado de la calle transversal pondré, también á cada lado, un batallón de infantería, formado de cuatrocientos cincuenta hombres, correspondiendo á treinta por alojamiento. Situaré otros quince alojamientos inmediatos á los de la caballería ligera con igual capacidad, y en ellos un batallón de infantería por cada lado. Los dos últimos de ambos lados serán para los condestables de los batallones, y estarán en la misma línea de los que tienen los dos jefes de dicha caballería, con una capacidad de diez brazos de largo por veinte de ancho. De este modo las dos primeras líneas de alojamiento serán por mitad de caballería y de infantería; y como quiero, según ya dije, que todos los soldados de caballería sean útiles para el servicio y que no haya sirvientes destinados á cuidar los caballos, ordenaré, como lo disponían los romanos, que la infantería acampada inmediatamente detrás de la caballería esté obligada á ayudar á ésta y á sus órdenes, exceptuándola de otros trabajos de campamento.

Detrás de estas dos líneas de alojamientos dejaré un espacio de treinta brazos formando dos calles, á las cuales llamaré: *primera calle á la derecha* y *primera calle á la izquierda*. A cada lado colocaré otra línea de treinta y dos alojamientos dobles, contiguos por detrás unos á otros, con igual capacidad á los ya citados y divididos de igual modo, después del diez y seis, para formar la calle tranversal, alojando á cada lado cuatro batallones de infantería con sus condestables á la cabeza y á la cola. Dejando, después, otros dos espacios de treinta brazos, uno por lado, que llamaré: *segunda calle á la derecha* y *segunda calle á la izquierda*, pondré otras dos líneas de treinta y dos alojamientos dobles, con iguales distancias y divisiones, y en ellos otros cuatro batallones por lado, con sus condestables. De esta suerte quedan acampados en tres líneas de alojamientos, á los costados de la vía Capitana, la caballería y los batallones de las dos brigadas ordinarias.

Compuestas de igual número de soldados las dos brigadas auxiliares, las acamparé á ambos lados de las dos brigadas ordinarias y en igual forma que éstas, poniendo primero una línea de alojamientos dobles, ocupada la mitad por caballería y la otra mitad por infantería, apartadas una de otra treinta brazos, formando dos calles que se llamarán: *tercera calle de la derecha* y *tercera calle de la izquierda*. Estableceré después á cada lado otras dos líneas de alojamientos ordenados de igual modo que los de las brigadas ordinarias, y formaré otras dos calles que llamaré con el número correspondiente á la izquierda ó á la derecha. Toda esta

parte del ejército quedará, por tanto, acampada en doce líneas de alojamientos dobles, con trece calles, incluyendo la vía Capitana y la de la Cruz. Entre los alojamientos y los fosos y trincheras dejaré un espacio de cien brazos alrededor del campamento, y sumando todos estos espacios veréis que desde el alojamiento del general á la puerta de Levante hay seiscientos ochenta brazos.

Nos quedan ahora dos espacios, uno desde el alojamiento del general á la puerta del Mediodía y otro desde el mismo hasta la puerta de Tramontana ó del Norte. Midiéndolos desde el centro del alojamiento tienen cada uno seiscientos veinticinco brazos. Tomo de ellos cincuenta brazos que ocupa el alojamiento del general; cuarenta y cinco brazos para la plaza que deseo dejar á cada lado del mismo; treinta brazos para la calle que por mitad separará ambos espacios y cien brazos que por cada parte median entre el foso y los alojamientos, quedando para éstos, también por cada lado, un espacio de cuatrocientos brazos de ancho por ciento de largo, midiendo el largo con el espacio que tiene el alojamiento del general. Dividiendo por mitad á lo largo estos dos espacios, haré á izquierda y á derecha del general cuarenta alojamientos de cincuenta brazos de largo por veinte de ancho, siendo en conjunto ochenta alojamientos destinados á los jefes de brigada, al tesorero y á los maestres de campo y cuantos desempeñan cargos en el ejército, Dejaré algunas vacantes para los extranjeros que visiten el ejército y para los que militen por favor del general.

Por detrás del alojamiento de éste abriré una calle del Mediodía al Norte de treinta brazos de ancha, que llamaré *calle de la Cabeza* y pasará á lo largo de los ochenta alojamientos referidos, de modo que entre esta vía y la de la Cruz quedarán el alojamiento del capitán

y los ochenta citados. Desde esta calle de la Cabeza y frente al alojamiento del general abriré otra hasta la puerta de Poniente de treinta brazos de ancha, correspondiendo por el sitio y extensión á la vía Capitana, y la llamaré *calle de la Plaza*. Trazadas ambas calles, estableceré la plaza, donde estará el mercado, situándola á la cabeza de la calle de la Plaza, frente al alojamiento del capitán y unida á la calle de la Cabeza, procurando que sea cuadrada, de ciento sesenta brazos por lado. A derecha é izquierda de la plaza pondré dos cuerpos de ocho alojamientos dobles cada uno, y tendrán veinte brazos de largo por treinta de ancho. La plaza estará, por tanto, entre diez y seis alojamientos por lado, que en junto hacen treinta y dos. En ellos pondré la caballería supernumeraria de las brigadas auxiliares, y, si no cupiera toda, les daré algunos de los alojamientos que están á los lados del cuartel general, especialmente los cercanos á los fosos.

Réstame alojar las picas y los vélites extraordinarios adjuntos á cada brigada; pues ya sabéis que, según mi ordenanza, cada una tiene, además de los diez batallones, mil picas extraordinarias y quinientos vélites, de modo que las dos brigadas propias cuentan dos mil picas y mil vélites extraordinarios y otros tantos para las brigadas auxiliares. Tengo, pues, que alojar aun unos seis mil hombres de infantería, á quienes colocaré hacia Poniente á lo largo de los fosos y trincheras. Al extremo de la calle de la Cabeza, hacia el Norte, dejando un espacio de cien brazos hasta el foso, situaré un cuerpo de cinco alojamientos dobles que ocupará un local de setenta y cinco brazos de largo y sesenta de ancho, y, dividida la ancharia, corresponderá á cada uno quince brazos de largo y treinta de ancho. En estos diez alojamientos pondré trescientos infantes, treinta en cada uno de ellos. Dejando un espacio de treinta y

un brazos, colocaré de igual modo y con las mismas distancias otro cuerpo de cinco alojamientos dobles, sumando cincuenta, alineados á la parte del Norte y distantes cien brazos de los fosos. En ellos acamparán mil cien infantes.

Volviendo después á mano izquierda, hacia la puerta de Poniente, colocaré en el espacio hasta dicha puerta otros cinco cuerpos de alojamientos dobles, del mismo modo y con iguales distancias, con la diferencia de que un cuerpo sólo distará del otro quince brazos. Alojaré en ellos mil quinientos infantes. De este modo desde la puerta del Norte á la de Poniente habré establecido á lo largo de los fosos cien alojamientos distribuídos en diez cuerpos de á cinco alojamientos dobles, en los cuales estarán todas las picas y los vélites extraordinarios de las brigadas propias.

Desde la puerta de Poniente á la del Mediodía á lo largo del foso y de igual modo, pondré otros diez cuerpos de diez alojamientos cada uno, para las picas y los vélites extraordinarios de las brigadas auxiliares. Sus jefes ó condestables ocuparán las tiendas que les parezcan más cómodas hacia la parte de los fosos. La artillería estará á lo largo de las trincheras y, en el espacio que queda hacia Poniente, colocaré todos los desarmados y la impedimenta del campamento.

Bajo el nombre de impedimenta comprendían en la antigüedad, como sabéis, todo lo necesario al ejército, además de los soldados, como carpinteros, herreros, herradores, canteros, ingenieros, artilleros, aunque estos dos últimos deben considerarse verdaderos soldados, pastores con sus rebaños de bueyes y ovejas necesarios para la manutención del ejército y trabajadores de diferentes oficios, con los carros necesarios para las municiones de guerra y boca. No detallaré el alojamiento de la impedimenta, diciendo sólo que las vías trazadas no debe ocuparlas. Los cuatro espacios que entre ellas quedan los designaré en conjunto para la impedimenta, uno para el ganado, otro para los trabajadores y la maestranza, otro para los carros de víveres y otro para las municiones de guerra. Las vías que deben quedar libres son la de la Plaza, la de la Cabeza y además una que se llamará *calle de en medio*, que irá de Norte á Mediodía, atravesando por su mitad la calle de la Plaza, y será, para la parte de Poniente lo que la calle transversal para la de Levante. Trazaré además por detrás de estos cuatro espacios otra calle á lo largo de los alojamientos de las picas y de los vélites extraordinarios. Todas estas calles tendrán treinta brazos de anchura. La artillería, como he dicho, la pondré á lo largo y por detrás de los fosos.

Bautista.—Confieso no entenderlo y no me avergüenzo de confesarlo, porque mi profesión no es la de la milicia. Sin embargo, esa organización me satisface bastante. Quisiera sólo que me aclaraseis dos dudas: una, por qué hacéis las calles y los espacios de alrededor de los alojamientos tan anchos; y otra, para mí más grande, cómo se alojan los soldados en los sitios destinados á este efecto.

Fabricio.—Hago las calles de treinta brazos de ancho para que pueda pasar por ellas un batallón de infantería en orden de batalla, y recordaréis que esta formación ocupa un espacio de veinticinco á treinta brazos de ancho. Se necesita sea de cien brazos el que separa los alojamientos del foso, para el manejo de los batallones y de la artillería, conducir el botín por él y en caso necesario retirarse tras nuevos fosos y nuevas trincheras. Es además conveniente apartar de los fosos los alojamientos para que estén menos expuestos al fuego y á las armas arrojadizas del enemigo.

Respecto á la segunda duda, no pretendo que haya

una sola tienda en cada espacio trazado, sino que pongan las que quieran los que hayan de ocuparlo, atendiendo á su comodidad con tal de no extralimitarse del terreno que les corresponde.

Los que tracen los alojamientos deben ser hombres prácticos y hábiles ingenieros, de modo que tan pronto como el general haya elegido el sitio, sepan darle forma y distribuirlo, trazando las calles, señalando los alojamientos con cuerdas y estacas de un modo práctico, procurando que inmediatamente quede hecha la obra. Para que no resulte confusión conviene orientar el campo siempre de igual modo á fin de que cada cual sepa en qué sitio ha de encontrar su alojamiento. Esto debe observarse en todo tiempo y en todo lugar, de modo que parezca una ciudad móvil que por donde va lleva las mismas calles, las mismas casas y tiene el mismo aspecto, cosa imposible para los que, buscando posiciones fuertes, necesitan variar la forma del campamento, según las condiciones del sitio.

Los romanos, al contrario, fortificaban el lugar del campamento con fosos, vallados y trincheras; haciendo una estacada á su alrededor y delante de ella un foso ordinariamente de seis brazos de ancho y tres de hondo, ensanchándolo y profundizándolo, según el tiempo que querían permanecer en aquel punto ó el temor que les inspiraba el enemigo. Yo no haría en la actualidad estacadas si no quería invernar en el campamento. Haría, sí, fosos y trincheras, no sólo iguales á los romanos, sino mayores, según las circunstancias.

Además abriría, á causa de la artillería, un foso semicircular en cada uno de los ángulos del alojamiento, desde donde podría batir con los cañones por el flanco á los que atacaran las trincheras.

El ejercicio de ordenar un campamento deben practicarlo los soldados, acostumbrándose los oficiales á trazarlo con prontitud y los soldados á conocer rápidamente su sitio, lo cual no es difícil, como oportunamente demostraré.

Pasaremos ahora á hablar de las guardias del campamento porque, sin la distribución de dichas guardias, los demás trabajos serían inútiles.

Bautista.—Antes de tratar ese asunto os ruego me digáis qué precauciones debe tomar el que quiera acampar cerca del enemigo, porque no creo que haya tiempo para realizar, sin peligro, todas las operaciones que nos habéis explicado.

Fabricio.—Sabed que ningún general acampa cerca del enemigo si no está dispuesto á dar la batalla cuando éste quiera, y, con tal resolución, no corre ningún peligro extraordinario, porque tiene ordenadas siempre para pelear dos terceras partes de su ejército y la restante encargada del campamento. Los romanos en tales casos destinaban los triarios á fortificar los alojamientos y los príncipes y los astarios estaban sobre las armas. Hacían esto porque, siendo los triarios los últimos en combatir, siempre tenían tiempo, si atacaba el enemigo, para dejar el trabajo, empuñar las armas y ocupar su sitio en el campo de batalla. Siguiendo el ejemplo de los romanos, dedicaréis á la construcción de los alojamientos á los batallones que hayáis de poner á retaguardia del ejército, en el lugar que ocupaban los triarios. Pero hablemos ahora de las guardias y de cómo deben establecerse.

No recuerdo que en la antigüedad se pusieran de noche para guardar el campamento centinelas fuera y á distancia de los fosos como hoy se usa; y, á mi juicio, no lo hacían para evitar que el ejército fuera engañado á causa de la dificultad de verlos y de la exposición de que el enemigo los gane ó los prenda, por lo cual estimaban peligroso fiarse de ellos en parte ó en todo.

Toda la fuerza de sus guardias estaba, pues, en el interior de los atrincheramientos, haciéndolas con un orden y un cuidado grandísimos y castigando con pena de muerte á los que faltaban á su deber. No explicaré las reglas á que se ajustaba este servicio para no molestaros inútilmente, puesto que os será fácil enteraros de ellas, si no las sabéis; sólo diré brevemente lo que yo haría. Ordinariamente tendría armado cada noche la tercera parte del ejército, y siempre en pie la cuarta parte de ésta, distribuyéndola por todas las trincheras y por todos los sitios del campamento con guardias dobles en cada ángulo, unas fijas y otras patrullando constantemente de una á otra parte del campamento. La misma vigilancia establecería de día cuando el eneenemigo estuviese próximo.

Nada diré de la consigna, de la necesidad de renovarla todos los días y de las demás disposiciones que hay que tomar para la guarda del campo, por ser cosa sabida. Sólo recordaré una importantísima, que, si se observa, produce mucho bien, y si no, mucho mal, cual es que se vea con gran cuidado quiénes por la noche se ausentan del campamento y quiénes entran en él. Esto es fácil saberlo si el campamento se ordena como hemos explicado porque, habiendo en cada alojamiento un número fijo de soldados, es sencillísimo ver si falta ó sobra alguno; si falta, castigarlo como desertor, y si sobra, averiguar quién es, qué hace allí, y las demás condiciones en que se encuentra. Este cuidado dificultará grandemente al enemigo mantener inteligencias con los jefes y averiguar las intenciones del general.

Si los romanos no hubiesen ejercido dicha vigilancia, imposible fuera á Claudio Nerón, teniendo tan cerca á Anníbal, salir del campamento de Lucania é ir y volver de la Marca sin que Anníbal lo supiese.

No basta que la organización sea buena; es preciso,

además, observarla con gran severidad, pues en ninguna circunstancia necesita el ejército mayor exactitud en el cumplimiento de los deberes. Las leyes que atañen á la seguridad del ejército deben ser, pues, muy rigurosas y hacerlas cumplir estrictamente. Los romanos castigaban con pena capital al que faltaba á la guardia, al que abandonaba el sitio donde se le ponía para combatir, al que sacaba del campamento alguna cosa á escondidas, al que se vanagloriaba de haber hecho alguna hazaña en la batalla sin ser verdad, al que combatía sin orden del general, al que, por miedo, arrojaba las armas. Y si ocurría que una cohorte ó una legión entera cometiera alguna de estas faltas, para no matar á todos los que la formaban, los diezmaban, sacando sus nombres á la suerte y matando uno de cada diez soldados; pena de muerte que, si no la sufrían todos los delincuentes, á todos inspiraba temor.

Como donde los castigos son grandes, deben serlo también las recompensas para que los hombres tengan igual motivo de temor y de esperanza, establecieron los romanos premios para cada acción heroica, como la de salvar la vida á un compañero durante la batalla, ser el primero en asaltar el muro de una plaza sitiada, herir ó matar al enemigo en combate ó derribarle del caballo. Cualquier valerosa acción de esta índole la agradecían y premiaban los cónsules, y la elogiaban públicamente los ciudadanos. Los que por tales hechos obtenían recompensas, además de la gloria y fama adquirida entre los soldados, al volver á la patria los presentaban con noble orgullo y grandes demostraciones de consideración de sus parientes y amigos. No es maravilla que aquel pueblo conquistara tanto imperio siendo tan inflexible en castigar y premiar los actos que por malos ó buenos merecían censura ó alabanza; ejemplos dignos en su mayoría de ser imitados.

No creo deber pasar en silencio uno de los castigos que los romanos imponían, cual era el de que, convencido el reo ante el tribuno ó el cónsul de su culpa, tocábanle éstos ligeramente con una varilla. Desde aquel momento el reo podía huir y todos los soldados matarle, de modo que cada cual le arrojaba piedras ó dardos ó le hería con otras armas, andando vivo pocos pasos y siendo rarísimos los que escapaban. Aun escapando, no podían volver á sus casas sino con tantos trabajos ó tanta ignominia, que les era preferible la muerte.

Los suizos tienen un castigo idéntico, haciendo matar públicamente á los condenados por los otros soldados, lo cual, bien pensado, está perfectamente hecho. El mejor medio de evitar que haya defensores de culpados es obligarles á que los castiguen, porque el interés que les inspira y el deseo de su castigo les afectan de un modo muy distinto, según sean ellos ú otros los que hayan de ejecutar la pena. Si queréis que un pueblo no se haga cómplice de los dañosos proyectos de un ciudadano, haced que el pueblo sea su juez. En prueba de ello puede citarse el ejemplo de Manlio Capitolino, que, acusado por el Senado, fué defendido por el pueblo, hasta que llegó éste á juzgarle y á ser árbitro de su suerte, y le condenó á muerte. Este género de castigo es, pues, muy á propósito para evitar tumultos y hacer observar la justicia.

Y como para refrenar á los soldados no basta el temor de las leyes ni el de los hombres, añadíanles en la antigüedad el prestigio de los dioses: por ello con solemnes ceremonias hacían jurar á sus soldados la observancia de la disciplina militar, para que, faltando al juramento, no sólo temieran las leyes y á los hombres, sino también á Dios. Procuraban además por todos los medios fortalecer en ellos los sentimientos religiosos.

Bautista.—¿Permitían los romanos que en sus ejércitos fueran mujeres y que los soldados jugaran, como hoy, á juegos ajenos á los ejercicios corporales?

Patricio.—Prohibían ambas cosas, y no era difícil de cumplir la prohibición, por ser tantas las ocupaciones de cada soldado, generales y particulares, que no les quedaba tiempo para pensar en Venus ni en el juego, ni en nada de lo que hace á los soldados sediciosos é inútiles.

Bautista.—Perfectamente. Decidme ahora la manera de levantar el campamento.

Fabricio.—Tocaba la trompeta capitana tres veces. Al primer toque se levantaban las tiendas y se liaba el bagaje; al segundo cargábanse las bestias, y al tercero empezaba la marcha en el orden que hemos dicho; los bagajes á retaguardia de cada cuerpo de ejército, poniendo en medio las legiones. Haréis, pues, partir una brigada auxiliar, á continuación sus bagajes, y con ellos la cuarta parte de la impedimenta común á todos los cuerpos, es decir, la que haya alojada en uno de los cuatro espacios de que hablamos hace poco. Para esto conviene que cada uno de ellos esté asignado á una brigada, á fin de que los alojados en él sepan cuál es su puesto en marcha. Cada brigada con sus bagajes propios, y la cuarta parte de los comunes seguirá la marcha, como hemos dicho que caminaba el ejército romano.

Bautista.—¿Tenían los romanos para acampar algunas reglas además de las que habéis dicho?

Fabricio.—Os repito que, ante todo, preferían la acostumbrada forma de sus campamentos, cediendo á ésta las demás consideraciones; pero sin perder jamás de vista dos circunstancias: una, que el sitio del campamento fuera sano; y otra, colocarlo donde el enemigo no lo pudiera cercar ni cortarle el agua ó los víveres. Para evitar enfermedades, alejábanse de las tierras

pantanosas y expuestas á vientos nocivos, lo que conocían, no sólo por el aspecto de la localidad, sino también por el de sus habitantes; y cuando los veían descoloridos, ó asmáticos, ó atacados de alguna infección, no acampaban.

En cuanto á que no pueda ser cercado por el enemigo el campamento, conviene tener en cuenta la naturaleza del terreno, dónde están vuestros amigos y vuestros enemigos, y conjeturar de este modo si es ó no posible el asedio. El general debe ser, pues, peritísimo en el conocimiento del país donde opera, y llevar consigo personas de igual pericia.

Evítanse las enfermedades y el hambre procurando que no se desordene el ejército, pues, para mantenerlo sano, es preciso que el soldado duerma bajo la tienda, que se aloje donde haya árboles que den sombra y leña para cocer la comida, y que no camine durante las horas de gran calor. En el verano saldrá de los alojamientos antes de amanecer, y en el invierno se procurará que no camine sobre nieve ó hielo sin haber facilidad de encender fuego.

No debe faltarle el vestido necesario ni beber agua malsana. Con el ejército irán médicos para curar á los enfermos, porque el general no tiene medios de defensa cuando ha de combatir á la vez con las enfermedades y con el enemigo. Pero lo mejor para mantener el ejército sano es el ejercicio, y por ello en la antigüedad se hacía diariamente. Puede juzgarse lo que importa el ejercicio sabiendo que en el campamento da la salud y en el campo de batalla la victoria.

Para prevenir el hambre, no sólo se procurará que el enemigo no impida los víveres, sino saber de dónde han de sacarse y cuidar que no se desperdicien los acopiados. Conviene estar siempre aprovisionado para un mes y obligar después á los aliados próximos á llevarlos todos los días. Conviene también almacenar gran cantidad en alguna plaza fuerte y consumirlos con economía, de modo que cada soldado sólo tenga diariamente la ración necesaria. Del orden en el acopio y consumo de las provisiones debe cuidarse mucho, pues con el tiempo triunfaréis de todo en la guerra menos del hambre, que, cuanto más dure, más os vence.

El enemigo que pueda venceros por hambre no la procurará por las armas, porque si aquella victoria no es tan honrosa, es más cierta y segura. El hambre es un peligro inevitable para todo ejército que no esté administrado con rigurosa justicia y que consuma sus víveres con desarreglo y á capricho, porque el desorden impide que lleguen á tiempo las municiones de boca, y si llegan y se deperdician, el resultado es igualmente funesto. En la antigüedad, cada soldado comía la ración que le daban y en el momento de recibirla, porque todos comían al mismo tiempo que el capitán. Lo que en los ejércitos modernos ocurre, bien sabido es; lejos de ser como los antiguos, modelos de economía y sobriedad, son, al contrario, escuelas de licencia y de embriaguez.

Bautista.—Al empezar á explicar los campamentos habéis dicho que no queríais limitarlos á dos brigadas, sino acampar cuatro para mostrar cómo lo hacía un ejército completo. Os ruego me digáis dos cosas: una, cómo acamparé un ejército más ó menos numeroso; otra, qué número de soldados ha de tener un ejército para combatir toda clase de enemigos.

Fabricio.—A la primera pregunta respondo que, si el ejército tiene unos seis mil hombres más ó menos que el acampado, se alargan ó acortan las líneas de alojamiento hasta que sean suficientes, y con este método se puede llegar en más ó menos hasta el infinito. Sin embargo, cuando los romanos reunían dos ejércitos consulares, hacían dos campamentos unidos por la parte

que ocupan los desarmados. Respecto á la segunda pregunta, diré que el ejército ordinario romano era de unos veinticuatro mil hombres, y cuando mayor fuerza ponían en campaña no pasaba de cincuenta mil. Con este número contrarrestaron el ataque de doscientos mil galos, después de la primera guerra púnica, y con el mismo hicieron la campaña contra Anníbal. Notad que tanto los romanos como los griegos han hecho la guerra con pocas tropas, procurando la ventaja con el arte y la disciplina; en cambio los pueblos de Occidente y de Oriente la hacían en multitud; los primeros con su natural impetuosidad, y los orientales llevados por la grande obediencia que profesan al monarca.

Como ni en Grecia ni en Italia existía ninguno de ambos móviles, fué preciso acudir á la disciplina, cuyo poder es tan grande que, relativamente, con pocos soldados superaron el denuedo y la obstinación de inmensa multitud.

Queriendo imitar á los griegos y á los romanos, nuestros ejércitos no deben pasar de cincuenta mil soldados, más bien menos que más, porque la multitud produce confusión y estorba para la observancia de la disciplina y la práctica de los ejercicios. Solía decir Pirro que con quince mil hombres conquistaría el mundo.

Pasemos á otro asunto.

Hemos hecho á nuestro ejército vencer en una batalla y mostrado los accidentes que pueden ocurrir durante el combate. Después le he puesto en marcha, previendo todos los peligros con que puede tropezar en el camino, y, finalmente, ha acampado. Le dejaremos, pues, descansar de las fatigas, y pensaremos en la manera de terminar la guerra; porque en los campamentos se trata de muchas cosas, máxime estando aún el enemigo en campaña y habiendo aún plazas fuertes sospechosas ó enemigas, las cuales es preciso ocupar ó expugnar. Preciso es, pues, hablar de estos diversos objetos y resolver todas las dificultades con la misma gloria alcanzada hasta ahora. Pasemos, pues, á ocuparnos de los casos especiales.

Si muchos hombres ó pueblos hiciesen algo que os fuese útil y á ellos grandemente dañoso, como derribar los muros de su ciudad ó desterrar gran número de ciudadanos, convendrá engañar á todos acerca de vuestros proyectos; de tal modo, que ninguno crea os ocupáis de él, y, no pensando en mutuo auxilio, uno tras otro queden sujetos á vuestra voluntad; ó mandar á todos en un mismo día lo que deben hacer, para que, creyendo cada cual ser el único á quien os imponéis, sólo piense en obedecer y no en resistir, quedando todos sometidos sin perturbación alguna.

Si sospecháis de la fidelidad de algún pueblo y queréis aseguraros de él atacándole de improviso, el mejor modo de encubrir vuestro designio será pedirle auxilio para cualquier otra empresa, pareciendo que no tenéis intento alguno de perjudicarle; de esta suerte, no creyendo que deseáis ofenderlo, no pensará en defenderse y podréis realizar fácilmente vuestro proyecto.

Cuando sospechéis que hay en vuestro ejército alguno que da á conocer vuestros proyectos al enemigo, lo mejor que podéis hacer es valeros de su perfidia, comunicándole lo que no pensáis hacer y ocultándole lo que vais á realizar, fingiendo temores que no sintáis y callando los que experimentéis. Esto alentará al enemigo para realizar alguna operación creyendo saber vuestros proyectos, y os será fácil engañarle y vencerle.

Si quisierais, como lo hizo Claudio Nerón, disminuir vuestro ejército enviando refuerzos á algún aliado sin que el enemigo lo advierta, es necesario no reducir el campamento, conservando las mismas filas de tiendas, las mismas banderas, y no alterar en nada el número

de las guardias y de las hogueras. Si, al contrario, deseáis ocultar al enemigo los refuerzos que habéis recibido, no aumentad la extensión de vuestro campamento. El secreto en los actos y designios de la guerra es siempre utilísimo. Cuando Metelo estaba con su ejército en España, le preguntó uno qué iba á hacer al día siguiente, y respondió: «Si lo supiese mi camisa, la quemaría». A uno que preguntaba á Marco Craso cuándo movería el ejército, contestó éste: «¿Crees ser el único que no oiga las trompetas?

Para saber los secretos del enemigo y conocer sus disposiciones, algunos generales han empleado el recurso de enviarle embajadores acompañados de jefes peritísimos en la guerra con disfraz de criados, los cuales podían así ver el ejército enemigo, y apreciando su fuerza ó flaqueza, procurar los medios para vencerle. Otros han fingido desterrar á uno de sus confidentes, el cual, yéndose al campo enemigo, ha averiguado y transmitido sus proyectos. También se conocen los secretos del adversario por medio de los prisioneros.

En la guerra contra los cimbrios quiso Mario saber si podía confiar en los galos cisalpinos, aliados entonces al pueblo romano, y les mandó unas cartas abiertas y otras cerradas, diciéndoles en aquéllas que abriesen éstas en determinado plazo. Antes de que se cumpliera se las pidió, y, al encontrarlas abiertas, comprendió que no podía fiar en ellos.

Algunos generales, en vez de ir en busca del enemigo invasor, han penetrado en sus tierras, obligándole á retroceder para acudir á defenderlas. Este recurso ha tenido repetidas veces buen éxito, porque vuestros soldados empiezan venciendo y adquiriendo confianza y botín, mientras el enemigo, creyéndose de vencedor vencido, se desalienta; pero sólo puede emplearlo quien

tenga su país más fortificado que el del enemigo, pues, de lo contrario, sería perjudicial.

Ha sido provechoso á otros generales, cuando el enemigo sitiaba su campamento, entablar con él negociaciones de paz y ajustar tregua por algunos días. Esto suele hacer negligente al adversario y, aprovechando su descuido, puede presentarse ocasión de escapar de sus manos. De este modo se libró Sila dos veces de los enemigos, y con el mismo engaño logró Asdrúbal en España no ser cogido por Claudio Nerón, que le tenía cercado.

Aprovechan para librarse del enemigo, además de los recursos citados, algunos otros que lo tengan en suspenso, como, por ejemplo, atacarle con parte de vuestra fuerza, para que, atento á la batalla, no impida la salvación del resto del ejército, ó producir algún suceso imprevisto que, por la novedad, le tenga incierto y parado. Esto hizo Aníbal cuando, cercado por Fabio Máximo, puso durante la noche haces encendidas entre los cuernos de muchos bueyes, y, sorprendido Fabio por aquella novedad, no pensó en cerrar á su enemigo todos los pasos.

Un buen general debe procurar sobre todo dividir las fuerzas del enemigo, haciendo sospechosos al jefe que los manda los hombres de quien se fía, ó dándole motivo para separar sus tropas, debilitando con ello su ejército. Lo primero se procura atendiendo á los intereses de algunos de los que el general enemigo tiene á su lado, respetando durante la guerra sus posesiones y sus dependientes, y devolviéndoles sus hijos y demás personas de su familia sin rescate. Ya sabéis que cuando Aníbal quemó alrededor de Roma todos los campos mandó respetar únicamente los bienes de Fabio Máximo, y que, viniendo Coriolano con su ejército contra Roma, ordenó no tocar las posesiones de los nobles y

saquear y quemar las de la plebe. Metelo, en la guerra contra Jugurta, inducía á todos los emisarios enviados por éste á que le entregaran dicho príncipe, y en las cartas que les escribía hablábales con preferencia de este proyecto, logrando que al poco tiempo sospechara Jugurta de todos sus consejeros y les hiciese morir de diversos modos.

Refugiado Anníbal en el reino de Antíoco, los embajadores romanos, en conferencias privadas con este rey, lograron hacérsele sospechoso y que desechara sus consejos.

El mejor medio de dividir las fuerzas enemigas es invadir su país, para que, obligadas á defenderlo, abandonen el teatro de la guerra. Así lo hizo Fabio cuando combatía con las fuerzas unidas de los galos, los etruscos, los umbrios y los samnitas.

Tenía Tito Dimio un ejército inferior en fuerzas al del enemigo, y esperaba una legión de Roma á la cual éste quería impedir el paso. Para que no fuera contra ella, hizo Tito Dimio correr la voz por todo su ejército de que quería dar al día siguiente la batalla; después facilitó la fuga á algunos prisioneros, quienes refirieron la orden del Cónsul de combatir al siguiente día, y los enemigos, por no disminuir sus fuerzas, renunciaron á ir contra la legión, que llegó sin obstáculo al campamento romano gracias á este ardid, no empleado para dividir las fuerzas enemigas, sino para duplicar las propias.

Algunos generales han dejado de intento que el enemigo entre en su país y se apodere de varias plazas fuertes, para que, obligado á poner guarnición en ellas, disminuya sus fuerzas, siendo entonces atacado y vencido. Otros, proyectando invadir una provincia, han fingido querer atacar otra con tanta habilidad que, cayendo de repente sobre aquélla, donde no se esperaba

su ataque, la han ocupado antes de que el enemigo pudiera socorrerla, porque, incierto éste sobre si volveréis al punto primeramente amenazado, no puede abandonar un punto por socorrer otro, y así muchas veces no defiende ninguno.

Además de lo dicho, importa mucho á un general saber apaciguar las sediciones ó discordias entre los soldados. Lo mejor en tales casos es castigar á los cabezas de motín; pero con tal prontitud, que el castigo lo sufran antes de que puedan sospecharlo. Para ello es preciso, si están alejados del general, llamar á su presencia á todo el cuerpo á que pertenecen, á fin de que, no creyendo los culpados que el llamamiento es para imponer castigos, en vez de procurar escaparse, se presenten á los que han de condenarlos. Cuando la falta de disciplina se comete á la vista del general, debe éste reunir á los obedientes y, con su ayuda, castigar á los culpados. Cuando reine discordia entre los soldados, el mejor modo de extinguirla es llevarlos á punto peligroso, porque el temor les hace estar unidos.

Pero lo que mejor mantiene la unión en el ejército es la fama del general, originada por su talento y valor, pues sin ellos, ni el nacimiento ilustre ni el cargo bastan para inspirar respeto.

El primer cuidado del general debe ser la seguridad de castigar y pagar á sus soldados, pues cuando faltan las pagas falta la justificación del castigo. No se puede castigar al soldado á quien no se paga porque robe, ni se le da otro medio de mantenerse. Si al ejército se le paga y no se castigan en él las faltas de disciplina, el soldado llega á ser insolente, pierde el respeto á sus jefes, el general no puede hacerse obedecer, y entonces, por necesidad, nacen los tumultos y las discordias, que son la ruina de un ejército.

Tenían en la antigüedad los generales una molestia

de que se ven libres en la actualidad, cual era interpretar conforme á sus propósitos los malos augurios; porque si caía un rayo sobre un ejército, si se eclipsaba el sol ó la luna, si había un terremoto, si el general al montar ó apearse del caballo se caía, lo interpretaban los soldados siniestramente y les infundía tal miedo, que, de dar en seguida una batalla, lo probable fuera perderla. Los generales debían en estos casos explicar los hechos como sucesos naturales ó interpretarlos conforme á sus propósitos. Cayóse César al desembarcar en África, y exclamó: «África, eres mi presa». Otros generales explicaban á sus soldados las causas de los eclipses de luna y de los terremotos. Tales circunstancias no se presentan en nuestros días, porque los hombres de ahora no son tan supersticiosos y porque nuestra religión aleja del ánimo tales temores; pero si por acaso ocurriese algún acontecimiento de esta clase, convendría imitar la conducta de los generales antiguos.

Cuando el hambre ó cualquier otra necesidad ó pasión humana conduce al enemigo á extrema desesperación y, arrastrado por ella, provoca la batalla, debéis permanecer dentro de vuestro campamento y, en cuanto os sea posible, esquivar el combate. Así obraron los lacedemonios contra los mesenios; así lo hizo César contra Afranio y Petreio.

Estando el cónsul Fulvio en guerra con los cimbrios y habiendo hecho durante muchos días seguidos escaramuzas de caballería, observó que el enemigo salía siempre de su campamento para perseguirle, y en su consecuencia preparó una emboscada detrás de dicho campamento; hizo atacar de nuevo á la caballería; salieron los cimbrios en su persecución, y mientras tanto Fulvio se apoderó del campamento y lo saqueó.

Encontrándose dos ejércitos frente á frente, algunos generales han enviado destacamentos á talar su propio

país, dádoles banderas semejantes á las de los enemigos y, tomándoles éstos por tropas que vienen en su auxilio, han acudido á ayudarles y á participar del botín, desordenándose y facilitando al adversario la victoria. Este ardid lo usó Alejandro de Epiro contra los ilyrios y el siracusano Leptenes contra los cartagineses. A los dos les dió feliz resultado.

Muchos generales han vencido al enemigo permitiéndole comer y beber extraordinariamente. Para ello, fingiendo temor, han dejado su campamento lleno de víveres y vino, y cuando los contrarios estaban hartos de comida y bebida les han atacado y vencido. Esto hizo Tamiris contra Cyro, y Tiberio Graco contra los iberos. No ha faltado, en fin, quien en estos casos envenene el vino y los víveres para que la victoria fuese más fácil.

Ya he dicho que no tenía noticia de que los generales en la antigüedad pusieran de noche fuera del campamento centinelas ó guardias avanzadas, y en mi opinión hacían esto para evitar los males que podía ocasionar. En efecto, muchas veces de día los centinelas avanzados, para observar al enemigo, han ocasionado la ruina de quien los pone, pues cayendo en manos del adversario, como ha ocurrido en bastantes ocasiones, les obliga esto á hacer la señal convenida para llamar á los suyos, que acuden y quedan muertos ó prisioneros.

Aprovecha algunas veces engañar al enemigo variando vuestras costumbres, pues, ateniéndose á las que conoce, llega á su perdición. Así lo hizo un general que acostumbraba á anunciar á los suyos la llegada del enemigo de noche con fuego y de día con humo. Mandó que se hiciera sin intermisión el fuego y el humo, y después, al venir el enemigo, que no se hiciera señal alguna. Creyó éste llegar sin ser observado, por no ver las señales de haber sido descubierto, y en esta creencia marchaba

sin ninguna precaución, por lo cual facilitó la victoria de su adversario.

Queriendo Memnón de Rodas que el enemigo abandonara una posición muy fuerte, le envió como tránsfuga uno de los suyos, quien anunció que la discordia imperaba en el ejército de Memnón y que la mayor parte de él se marchaba. Para acreditar la noticia fingió Memnón algunos tumultos en su campamento, y el enemigo, creyendo vencerle, le atacó y fué derrotado.

No se debe impulsar nunca al enemigo hasta la desesperación. Es una regla que practicó César en una batalla contra los germanos, á quienes abrió camino de retirada al ver que, no teniéndolo, la necesidad de vencer les hacía redoblar sus esfuerzos, y prefirió el trabajo de perseguirles en la huída al peligro de vencerles cuando se defendían. Observando Lúculo que algunos soldados de caballería macedonios que llevaba consigo se pasaban al enemigo, hizo tocar inmediatamente á ataque y mandó al resto de su ejército que los siguiera. Creyó el enemigo que Lúculo deseaba dar la batalla y atacó á los macedonios con tal ímpetu, que éstos se vieron precisados á defenderse, convirtiéndose, contra su deseo, de desertores en combatientes.

Antes ó después de una victoria importa mucho asegurarse de una plaza cuya fidelidad sea sospechosa, y así lo demuestran algunos ejemplos de la antigüedad. Desconfiando Pompeyo de la fidelidad de los habitantes de Catania, les rogó acogiesen algunos enfermos que llevaba en su ejército, y enviando, como enfermos, hombres robustísimos, ocupó la ciudad. Sospechó Publio Valerio de los habitantes de Epidauro y los convocó á una especie de jubileo en un templo que había fuera de la población. Cuando todo el pueblo había ido á obtener la indulgencia, cerró las puertas de la ciudad

y no permitió entrar en ella más que á aquellos en quienes confiaba.

Al emprender Alejandro Magno su expedición á Asia, quiso asegurarse de la Tracia y llevó consigo á todos los personajes de este país, dándoles cargos en su ejército y remplazándoles en los pueblos de Tracia por hombres sin prestigio. De este modo contentó á aquéllos, pagándoles, y mantuvo la paz en Tracia por no haber jefes que agitaran los ánimos.

Los actos más eficaces de un general para ganarse el afecto de los pueblos son los de castidad y justicia, como los que dió Scipión en España, cuando devolvió una joven bellísima á su padre y marido; acto que le facilitó, más que las armas, la conquista de este país.

Haciendo pagar César los árboles que había mandado cortar para formar una empalizada alrededor de su campamento en las Galias, adquirió una reputación de justo que contribuyó poderosamente á la conquista de aquella provincia.

Creo que á lo dicho sobre este asunto nada hay que añadir, y que está agotada la materia. Sólo me resta deciros el modo de atacar y defender las fortalezas; lo que haré de buen grado si no os cansa escucharme.

Bautista.—Vuestra bondad es tanta, que satisfacéis todos nuestros deseos, sin dejarnos el temor de ser indiscretos, pues nos ofrecéis generosamente lo que apenas nos atreveríamos á pediros. No podéis hacernos servicio más grato y provechoso que continuar esta conversación tan instructiva. Pero, antes de pasar á otra materia, aclaradme una duda. ¿Es preferible continuar la guerra en invierno, como hoy se hace, á hacerla solamente en el verano y tener las tropas en cuarteles de invierno, como se practicaba en la antigüedad?

Fabricio.—Sin vuestra oportuna pregunta hubiese olvidado una parte que merece consideración. De nue-

vo os digo que los antiguos hacían las cosas mejor y con mayor prudencia que nosotros, y si en otros asuntos cometemos algunos errores, en los militares erramos por completo. Lo más imprudente y peligroso para un general es hacer la guerra en invierno, siendo aun mayor el peligro para el agresor que para el agredido. La causa de ello consiste en lo siguiente: todo el cuidado que se pone en la disciplina militar tiene por objeto organizar un ejército y dar una batalla al enemigo, siendo éste el propósito del general, pues del resultado de la batalla depende el éxito de la guerra. El que sabe prepararla mejor y tiene más disciplinado su ejército, aventaja al adversario y es mayor su esperanza de vencerlo. Por otra parte, lo más opuesto á aprovechar la buena organización son los terrenos muy accidentados y los temporales de lluvia ó hielo, porque las desigualdades del terreno no permiten desplegar las fuerzas conforme á las reglas del arte militar, y la lluvia y el frío impiden reunir las tropas y presentarlas en masa al enemigo, siendo, al contrario, preciso alojarlas sin orden y distantes unas de otras conforme á los castillos, aldeas ó ciudades que haya en la comarca y donde puedan guarecerse, de suerte que el trabajo empleado en disciplinar el ejército resulta inútil. No os sorprenda que ahora se haga la guerra en invierno porque, no teniendo disciplina los ejércitos, desconocen el peligro de no alojar unidos los diferentes cuerpos, y prescinden de cuanto puede contribuir á una buena organización. Debieran pensar, sin embargo, el daño que produce estar en campaña durante el invierno y recordar que los franceses fueron destrozados en 1503 á orillas del Garellano, más por la inclemencia del invierno que por los españoles.

En este caso, como os he dicho, la desventaja es para el que ataca, pues el mal tiempo ofende más al invasor de país enemigo que al que se defiende en su propia tierra. Si quiere tener sus tropas reunidas, ha de sufrir los rigores del frío y del agua, y si desea evitarlos, necesitará dividir sus fuerzas. En cambio el que espera el ataque puede elegir á su gusto el sitio para aguardar al enemigo con sus tropas descansadas; reunirlas en un momento y acometer á cualquiera de los cuerpos separados del ejército enemigo, que no podrá resistir el ataque por la desigualdad de fuerzas. Así fueron derrotados los franceses y así lo serán siempre quienes acometan en invierno á un enemigo hábil y prudente.

El que quiera no valerse de la fuerza, la organización, la disciplina y el valor de un ejército, emprenda una campaña en el invierno. Los romanos, tan cuidadosos de conservar todas estas ventajas, para no perderlas, evitaban la guerra en el invierno, como la guerra en las montañas y cualquiera otra que les impidiera demostrar su valor y disciplina y su excelente organización.

Creo que lo dicho basta para contestar á vuestra pregunta. Tratemos ahora del ataque y defensa de las plazas fuertes y de los puestos militares y de las fortificaciones (1).

(1) Véase el dibujo del campamento descrito en este Libro al final de EL ARTE DE LA GUERRA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO SÉPTIMO

SUMARIO

Los sitios fuertes lo son, ó por la naturaleza, ó por el arte.—Cómo deben hacerse las murallas y los fosos.—Dónde deben ponerse las casamatas y la artillería.—Las fortalezas han de tener los bastiones distantes entre sí.—Las edificadas sobre montañas escarpadas son poco fuertes.—La condesa Catalina Sforza y el castillo de Forlí.—Bastiones, revellines, rastrillos, almenas, ballesteras, troneras.—Rastrillos alemanes y franceses en forma de reja.—En las ruedas de las cureñas de la artillería, los rayos oblicuos son mejores que rectos.—Vigas puestas en equilibrio sobre postes á la cabeza de los puentes levadizos, al uso de Francia.—Las plazas fuertes deben tener por lo menos una milla de terreno despejado á su alrededor.—Municiones de boca y guerra.—Orden que deben observar los ciudadanos en la defensa de una plaza fuerte.—Armas y máquinas de defensa y ofensa empleadas en la antigüedad.—La artillería suple ahora á todas ellas.—Modos de evitar la rendición por hambre y de defenderse de los asaltos.—Astucias y engaños de los asaltantes.—Ejemplos antiguos.—Vigilancia de las guardias.—Utilidad de los perros en ellas.—Diversos modos de comunicarse los sitiados con sus amigos y partidarios de fuera.—Manera de reparar las brechas abiertas por la artillería enemiga.—Minas y contraminas.—Vigilancia que debe haber en las horas de descanso.—Desventaja de los sitiados por la necesidad de dividir sus fuerzas.—Cómo se remedía.—La constancia de los sitiados desespera al enemigo.—Reglas generales y máximas acerca del arte de la guerra.—Por qué el autor no se ocupa de la guerra naval y apenas habla de las tropas de caballería.—Cómo se consigue abundancia de buenos caballos en un país.—Dotes de un buen general.—Debe tener sobre todo inventiva.—Dificultades de la antigua milicia.—Unos capitanes famosos encontraron el ejército hecho, y otros necesitaron hacérselo.—En Italia es preciso, ante todo, saberlo organizar.—Sólo pueden realizarlo los príncipes poderosos con súbditos propios.—Con mercenarios extranjeros es imposible reformar la milicia al estilo antiguo.—Los soldados suizos y españoles son desde hace largo tiempo mejores que los italianos, pero no llegan á la perfección de los antiguos.—Los ejércitos italianos son malos por culpa de los príncipes.—Defectos de los príncipes italianos de los siglos XV y XVI.—Algo más sobre la milicia nacional.—El príncipe que primero la establezca será el soberano de Italia.—Termina el autor exhortando á la juventud para que haga revivir la antigua milicia.

Sabéis, sin duda, que las ciudades y las poblaciones pueden ser fuertes, ó por la naturaleza, ó por el arte. Se encuentran en el primer caso las rodeadas de ríos ó pantanos, como Ferrara y Mantua, ó construídas sobre una roca ó escarpada montaña, como Mónaco y San Leo, porque las que están en montes de fácil acceso son ahora, por causa de la artillería y de las minas, debilísimas. Por eso, para hacerlas hoy se escoge una llanura y se emplean los recursos del arte en la construcción de sus defensas.

El primer cuidado del ingeniero es edificar los muros en línea quebrada, es decir, multiplicando los ángulos salientes y entrantes, lo cual impide que se acerque á ellos el enemigo, que puede ser batido de frente y de flanco. Si los muros son demasiado altos, presentan mucho blanco á la artillería, y si son muy bajos se escalan fácilmente. Si se abren fosos delante de ellos para dificultar el escalamiento, el enemigo los rellena, cosa fácil de hacer á un ejército numeroso, y se apodera de las murallas. Creo, por tanto, salvo siempre mejor opinión, que, para evitar ambos inconvenientes, se deben construir las murallas de una determinada altura, con fosos interiores y no exteriores.

Tal es, según mi parecer, la mejor fortificación, porque defiende de la artillería y del escalamiento é impide

al enemigo rellenar los fosos. Elevaréis, pues, los muros á una altura conveniente, haciéndolos de un grueso de tres brazos por lo menos, para que sea más difícil arruinarlos. Las torres se construirán á doscientos brazos de distancia unas de otras; y la anchura del foso interior será por lo menos de treinta brazos y doce de profundidad. Con la tierra de la excavación se formará por el lado de la ciudad un parapeto, partiendo del fondo del foso hasta la altura de un hombre sobre la superficie, con lo cual aumentará la profundidad del foso. En el fondo del foso y á cada doscientos brazos habrá una casamata con artillería para batir á quien á él baje.

La artillería gruesa que defiende la ciudad se pondrá sobre el muro interior que cierra el foso, porque para la defensa del muro exterior, por ser más alto, no se pueden emplear cómodamente sino cañones pequeños ó medianos. Si el enemigo intenta el escalamiento, la altura del muro os defenderá fácilmente. Si ataca con artillería necesitará primero batir el muro exterior; pero como el efecto de las baterías es que caigan los escombros hacia la parte batida, no encontrando foso que los reciba y oculte, sirve la ruina del muro para aumentar la profundidad del foso; de modo que impiden el paso primero los escombros amontonados, después el foso, y por último la artillería de la plaza, que, desde el muro interior, bate con toda seguridad á los asaltantes, cuyo único recurso será cegar el foso, cosa dificilísima, no sólo por su gran capacidad, sino por el peligro de acercarse á él, siendo la muralla de ángulos salientes y entrantes, en los cuales, por las razones dichas, no se puede penetrar sin gran riesgo, especialmente teniendo que andar sobre escombros, que forman un obstáculo extraordinario. Creo, pues, que una ciudad así fortificada es inexpugnable.

Bautista.—Si además del foso interior se hiciera otro exterior, ¿no sería más fuerte?

Fabricio.—Lo sería sin duda; pero mi argumento consiste en que, de hacer un solo foso, vale más abrirlo interior que exteriormente.

Bautista.—¿Lo llenaríais de agua, ó lo dejaríais en seco?

Fabricio.—En este punto las opiniones no están de acuerdo, porque los fosos llenos de agua garantizan de las minas, y sin agua son más difíciles de cegar. Teniéndolo todo en cuenta, yo los haría sin agua, porque son más seguros, y ya se ha visto helarse el agua en ellos durante el invierno, y el hielo facilitar la expugnación de una plaza, como sucedió en la Mirandola cuando la sitiaba el Papa Julio II. Para librarme de las minas haría los fosos tan profundos, que el enemigo, al horadar por debajo, tropezase con el agua.

En cuanto á fosos y murallas, haría las fortificaciones de los castillos iguales á las de las plazas fuertes, para que su expugnación ofreciera las mismas dificultades.

Debo recordar á los defensores de las plazas fuertes que no hagan bastiones fuera y á distancia de las murallas, y á los que construyen castillos que no edifiquen muros interiores donde pueda refugiarse la guarnición, perdidos los exteriores. El motivo del primer consejo consiste en que nadie debe hacer lo que, sin remedio, daña á la propia reputación, porque, perdida ésta, se desconfía de las demás disposiciones y se atemorizan los comprometidos en la defensa. Esto sucederá siempre al hacer bastiones fuera de la plaza que defendéis, porque siempre se perderán, no cabiendo defensa de estas pequeñas fortificaciones contra el ímpetu de la artillería, y su pérdida será causa y principio de vuestra ruina. Cuando Génova se rebeló contra el rey

Luis XII de Francia, los genoveses construyeron algunos bastiones en las colinas que rodean dicha plaza; tomados por los franceses en poco tiempo, se apoderaron en seguida de la ciudad.

En cuanto al segundo consejo, afirmo que no hay nada más peligroso para un castillo como la posibilidad de retirarse sus defensores, porque la esperanza de los soldados de defenderse en otro puesto cuando es tomado el que ocupan, hace que lo abandonen, y, abandonado, se pierde todo el castillo. Reciente ejemplo tenemos de ello en la pérdida del de Forlí, cuando lo defendía la condesa Catalina Sforza contra César Borja, hijo del Papa Alejandro VI, que lo sitió con el ejército del rey de Francia. Tenía aquella fortaleza muchos reductos dispuestos para retirarse de unos á otros. En primer lugar estaba la ciudadela separada del castillo por un foso, de modo que se pasaba al castillo por un puente levadizo. En el castillo había tres recintos rodeados de fosos con agua, y con puentes para el paso. César Borja batió con la artillería una parte de las murallas. Abierta la brecha y no pensando defenderla el jefe de la guarnición, Juan de Casale, la abandonó para retirarse á otro reducto. Entraron entonces sin oposición los sitiadores, y en un momento se apoderaron de todo el castillo, por hacerse dueños de los puentes que había entre los reductos.

Perdióse esta fortaleza, considerada inexpugnable, por dos faltas: una tener tantos reductos, y otra no dominar cada uno de ellos sus puentes. La mala construcción de la fortaleza y la poca habilidad de su defensor inutilizaron la valerosa determinación de la condesa de resistir á un ejército que no se atrevieron á esperar ni el rey de Nápoles ni el duque de Milán; y aunque su esfuerzo no produjo resultado, alcanzó la fama que su valor merecía, como lo demuestran las

muchas poesías que se hicieron entonces en honor suyo.

Si tuviera que edificar un castillo le haría buenas murallas, y el foso como he dicho, sin que dentro de los muros hubiese más que las casas para habitación, y aun éstas endebles y bajas, para que no impidieran á quien estuviese en medio de la plaza la vista de todo el muro, á fin de que el jefe de la guarnición observara por sus propios ojos dónde era preciso reforzar á los combatientes, y para que todos supieran que, perdida la muralla y el foso, estaba perdido el castillo. Si hacía algunos reductos colocaría los puentes de tal modo que cada uno de aquéllos dispusiera de los suyos, procurando que los tableros levadizos cayeran sobre postes colocados en medio de los fosos.

Bautista.—Habéis dicho que las fortificaciones pequeñas hoy no se pueden defender, y yo tenía entendido lo contrario, que cuanto menores son, mejor se defienden.

Fabricio.—Pues lo comprendisteis mal, porque no se puede llamar hoy plaza fuerte aquella en que el defensor no tenga espacio donde retirarse, defendido por nuevos fosos y nuevos muros. La violencia de la artillería es tal, que comete grave error quien fíe la defensa en un solo muro y un solo atricheramiento; y como los bastiones, á menos que pasen del tamaño ordinario, en cuyo caso serían plazas fuertes ó castillos, no se hacen de modo que sus defensores tengan retirada, se pierden inmediatamente.

Es, pues, lo más atinado renunciar á los bastiones exteriores y fortificar las entradas de la plaza, cubriendo las puertas con revellines de modo que no se pueda entrar y salir en línea recta, y que entre el revellín y la puerta haya un foso con puente levadizo.

Fortifícanse también ahora las puertas con rastrillos, para que se refugien en ellos los que salen fuera de la plaza á combatir é impedir que, si son rechazados, pe-

netren mezclados con ellos los enemigos en la fortaleza. Estos rastrillos, llamados antiguamente cataratas, se bajan y cierran á los sitiadores el paso, salvando á los que se refugian en la plaza, pues en tales casos no es posible valerse del puente y de la puerta, por donde pasan mezclados y en confusión sitiadores y sitiados.

Bautista.—He visto en Alemania esos rastrillos de que habláis hechos con maderos en forma de reja. Los nuestros son de gruesas tablas unidas entre sí. Deseo saber de qué procede esta diferencia, y cuál de las dos formas es preferible.

Fabricio.—Os repito que las antiguas instituciones militares no se recuerdan hoy en el mundo, y en Italia están completamente olvidadas. Si nos queda algo de este arte que sea acptable, lo debemos á los ultramontanos. Ya sabéis, y estos amigos vuestros pueden recordarlo, cuán débiles eran las defensas de nuestras plazas fuertes antes de venir á Italia el rey Carlos VIII de Francia en 1494; las almenas apenas tenían medio brazo de espesor, las ballesteras y troneras se hacían con poca abertura por fuera y mucha por dentro, y con varios otros defectos que omito referir por no cansaros. Nada más fácil que derribar tan débiles almenas y destruir troneras hechas de aquel modo. De los franceses se ha aprendido ahora á hacer las almenas anchas y gruesas; las troneras, anchas por dentro, se estrechan á la mitad del muro y ensanchan de nuevo hacia la pared exterior, con lo cual se impide á la artillería de afuera desmontar las piezas de la muralla. Usan además los franceses otros medios de defensa que no han visto los italianos, y, por tanto, ni estudian ni conocen. Entre ellos figura un rastrillo hecho en forma de reja, que es infinitamente mejor que el vuestro; porque cuando se baja vuestro rastrillo sólido, quedáis encerrados dentro, sin medio de ofender al enemigo, el cual con

toda seguridad puede destruirlo, valiéndose del fuego ó de las hachas; pero hecho en forma de reja, cuando se cala se le defiende por los claros que hay entre los maderos con lanzas, ballestas y otras armas.

Bautista.—He observado en Italia otra costumbre ultramontana que consiste en oblicuar hacia los cubos los rayos de las ruedas de las cureñas. Deseo saber por qué se hace esto, pues los rayos rectos, como los de nuestras ruedas, me parecen más fuertes.

Fabricio.—Jamás creáis que lo que se aparta de las costumbres ordinarias sea sin objeto, y si suponéis que se les da dicha forma por mayor belleza, os equivocáis, pues donde lo indispensable es la fortaleza, se prescinde de la hermosura. Los hacen así, porque con ellos sus ruedas son más sólidas y seguras que las vuestras. La razón de esta reforma consiste en que, cuando la cureña va cargada, ó rueda á nivel y el peso carga igualmente sobre ambas ruedas, ó se inclina hacia uno de los lados. En el primer caso las dos ruedas sostienen el mismo peso que, dividido por igual entre ellas, no les es muy gravoso; pero si la cureña se inclina hacia un lado, el peso carga sobre la rueda del mismo. Si los rayos de la rueda son rectos, fácilmente se quiebran, porque, inclinándose con la rueda, no soportan el peso á plomo. Rodando, pues, la cureña á nivel y cargando el peso sobre ambas ruedas, los rayos rectos son los más fuertes, y cuando la cureña se tuerce y carga el peso hacia un lado, son los más débiles.

Con los rayos oblicuos de las cureñas francesas sucede lo contrario; pues al torcerse la cureña y apoyarse sobre una de las ruedas, estos rayos que, en la situación normal de la cureña son oblicuos, resultan entonces rectos y soportan á plomo todo el peso; y cuando la cureña marcha á nivel, aunque están oblicuos, sólo resiste cada rueda la mitad del peso.

Pero volvamos á nuestras fortalezas y castillos.

Para mayor seguridad de las puertas de sus fortalezas, y en caso de asedio hacer salir y entrar sus tropas fácilmente en la plaza, usan los franceses, además de los medios ya referidos, otro que aun no he visto empleado en Italia; consiste en colocar dos postes en el extremo exterior del puente levadizo, y sobre cada uno de ellos poner en equilibrio una viga de modo que la mitad esté sobre el puente y la otra mitad fuera de él. Las vigas en la mitad que cae fuera del puente están unidas con traviesas en forma de enrejado, y al extremo de cada una, en la parte que cae sobre el puente, fijan una cadena. Cuando desean cerrar el puente por la parte de afuera, sueltan las cadenas y cae toda la parte enrejada de las vigas, cerrando la entrada del puente; y cuando quieren abrirlo, tiran de las cadenas y levantan el enrejado de las vigas, dejando la abertura de la extensión que quieren para el paso de un hombre á pie ó á caballo, y cerrándola de pronto, pues las vigas se alzan y bajan con suma facilidad. Dicho aparato es más seguro que el rastrillo, porque, no cayendo como éste en línea recta, no puede el enemigo impedir su caída con puntales, como cabe hacerlo con el rastrillo.

Tales son las reglas que deben observar los que deseen construir una fortaleza. Además prohibirán construir ó plantar árboles en una milla, por lo menos, alrededor de las murallas; de modo que el terreno presente una superficie plana donde no haya ni árboles, ni matorrales, ni calzadas, ni casas que impidan ver á lo lejos y resguarden á los sitiadores de la plaza. Advertid que cuando la fortaleza tiene los fosos por delante de los muros con terraplenes más altos que el terreno circundante es debilísima, porque estos terraplenes sirven de parapeto al ejército sitiador y no le impiden atacar la plaza, siendo fácil romperlos y dejar espacio á la artillería.

Entrando ahora dentro de la fortaleza, creo inútil recomendaros que, además de lo dicho, conviene tener grande acopio de municiones de guerra y boca. Es una precaución cuya importancia comprende todo el mundo, y sin la cual todas las demás son inútiles. En este punto se debe cuidar de dos cosas: primero proveerse, y después impedir al enemigo que aproveche los recursos del país que ha invadido. Necesario es, por tanto, destruir todos los animales, los forrajes y los cereales que no se puedan poner á salvo.

Quien defiende una plaza debe además procurar que no se haga nada tumultuosa y desordenadamente, y arreglar las cosas de modo que en cualquier accidente sepa cada cual el puesto que le corresponde. Es preciso, pues, que las mujeres, los ancianos, los niños y los enfermos se queden en sus casas y dejen calles y plazas á los jóvenes y valerosos, quienes se distribuirán armados para la defensa, unos en las murallas, otros en las puertas, otros en los sitios principales de la población para sofocar cualquier desorden que ocurra, otros no tendrán puesto determinado, destinándoseles á prestar socorro donde la necesidad lo exija. Dispuestas así las cosas, es muy difícil que ocurran desórdenes dentro de la plaza.

Respecto al ataque y defensa de las fortalezas, conviene advertir que lo que más esperanza infunde al sitiador de una plaza para apoderarse de ella es saber que los habitantes no tienen costumbre de ver al enemigo, pues muchas veces, en tales casos, el miedo les hace abrir las puertas antes de ser atacados, sobre todo, si el sitiador hace, como debe, terribles demostraciones que llenen de espanto á los sitiados.

Por su parte éstos deben poner en los puntos que el enemigo ataque hombres fuertes á quienes no intimiden los alardes del contrario y sólo cedan á la fuerza de

las armas. Si, en efecto, el primer ataque es rechazado, se envalentonan los sitiados, y entonces, para vencerlos, necesita el enemigo, no la fama de que fuera precedido, sino la habilidad y el valor.

Muchas eran las máquinas y armas con que los antiguos defendían las plazas fuertes, como las ballestas, onagras (1), escorpiones, arcobalistas, hondas, etc. Los instrumentos de ataque no eran menos numerosos, como arietes, torres, manteletes, hoces, tortugas, etc. Ahora sólo se emplea la artillería, lo mismo por sitiadores que por sitiados, y por ello no entraré en detalles.

Volviendo á mi asunto, explicaré los medios especiales de ataque. Los sitiados deben cuidar de no ser vencidos ni por hambre ni por asalto. Respecto á lo primero, ya hemos dicho que han de proveerse de víveres antes del sitio; pero cuando llegan á faltar porque el asedio dura mucho, se ha apelado en algunos casos á medios extraordinarios para que les provean de ellos los partidarios de fuera interesados en salvar á los sitiados, máxime si por medio de la plaza corre un río. Así, por ejemplo, cuando Anníbal sitió á Casilinum, fortaleza romana, no pudiendo los romanos socorrerla de otro modo, arrojaron al río que pasaba por ella gran cantidad de nueces que, llevadas por el agua, sin que los cartagineses pudieran impedirlo, alimentaron por algún tiempo á los habitantes. Algunos sitiados, para probar al enemigo que tienen víveres en abundancia y hacerle desesperar de rendirlos por hambre, han arrojado panes por encima de los muros ó dado de comer trigo á un novillo dejando que lo cojan después los enemigos para que, al matarlo y encontrar su estómago lleno de trigo, crean en una abundancia de víveres que no tienen.

Por otra parte, los generales ilustres han empleado

(1) Máquina para lanzar piedras.

diferentes medios para privar de víveres al enemigo. Fabio dejó sembrar á los habitantes de la Campania, para que tuvieran de menos el trigo que sembraban. Acampado Dionisio junto á Regio, fingió desear un acuerdo con los habitantes, y, durante las negociaciones, hacía que le proveyeran de víveres. Cuando por este medio les dejó sin trigo, sitió la plaza y la rindió por hambre. Quiso Alejandro Magno apoderarse de Leucadia y empezó por tomar todos los castillos inmediatos, dejando á sus defensores refugiarse en aquella plaza, y aumentada de este modo considerablemente su guarnición, la tomó por hambre.

En cuanto á los asaltos, ya he dicho que se debe, sobre todo, rechazar la primera embestida, con la cual tomaron los romanos muchas plazas, atacándolas por diversos puntos á la vez, á lo cual llamaban *aggredi urbem corona*. Así se apoderó Scipión de *Cartago nova*, en España. Si se rechaza este primer asalto, con dificultad se toma la plaza á viva fuerza.

Aun en el caso de apoderarse de las murallas los enemigos y penetrar en el interior de la ciudad, todavía tienen los habitantes medios de defensa, si no se acobardan, pues muchos ejércitos, después de entrar en una plaza, han sido rechazados con grandes pérdidas. Los medios consisten en defenderse desde los sitios elevados y combatir al enemigo desde lo alto de las torres y de las casas. Los recursos de los asaltantes contra este peligro, son: uno, abrir las puertas de la ciudad para que escapen por ellas los habitantes, los cuales de seguro aprovecharán la ocasión de huir; otro, hacer correr la voz de que sólo se persigue á los que estén con las armas en la mano y que se perdona á los que las arrojen. Esto ha facilitado la conquista de muchas plazas.

Otro medio de apoderarse sin grandes esfuerzos de

una plaza fuerte es atacarla de improviso; lo cual se ejecuta estando distante con el ejército, de modo que no se suponga en ella vuestro propósito de asaltarla ó se crea que, por la distancia á que estáis, habrá noticia á tiempo oportuno. En tal caso, si rápida y secretamente lleváis las tropas á dar el asalto, casi siempre alcanzaréis la victoria.

No me gusta hablar de los sucesos de nuestros tiempos, porque hacerlo de mí y de los míos ofrece inconvenientes, y de los demás no sabría qué decir. Sin embargo, á este propósito debo presentar el ejemplo de César Borja, llamado el duque Valentino, que, estando en Nocera con su ejército, fingiendo ir á castigar á Camerino, volvió de pronto hacia Urbino y ocupó en un día, sin esfuerzo alguno, un Estado que cualquier otro no hubiese conquistado sino después de mucho tiempo y con grandes gastos.

Los sitiados deben también guardarse de las asechanzas y engaños del enemigo, y no fiarse de lo que le vean hacer de continuo, sospechando siempre que lo haga por sorprenderlos después con un cambio que les sea funesto. Sitiando una plaza Domicio Calvino, tomó por costumbre rodear diariamente las fortificaciones con numerosa parte de su ejército. Llegaron á creer los habitantes que lo hacía por ejercicio y descuidaron la vigilancia de las guardias. Advirtió Domicio el descuido; dió el asalto y tomó la plaza.

Al saber algunos generales que los sitiados esperaban refuerzos, han hecho vestir á sus soldados el uniforme de los enemigos, y, entrando en la plaza con este disfraz, se han apoderado de ella.

El ateniense Cimón incendió un templo que estaba fuera de una plaza fuerte. Acudieron los habitantes de ésta á apagarlo, y Cimón aprovechó su ausencia para apoderarse de la plaza. Otros generales han muerto á los

merodeadores de una fortaleza sitiada, y, vistiendo con sus trajes á algunos soldados, lograron con este ardid que les abriesen las puertas.

Los generales antiguos emplearon diversos medios para alejar las guarniciones de las plazas que querían tomar. Estando en África Scipión, y deseando apoderarse de algunos castillos donde tenían guarnición los cartagineses, fingió muchas veces querer asaltarlos y abstenerse de ello y aun alejarse por temor de un fracaso. Creyó Anníbal cierto lo que era fingido y, para perseguirle con más fuerzas y poder vencerle más fácilmente, sacó todas las guarniciones de los castillos. Cuando Scipión lo supo, ordenó inmediatamente á Massinissa que se apoderara de ellos. Guerreando Pirro en la Esclavonia sitió la capital, defendida por numerosa guarnición, y, fingiendo no poder tomarla, dirigióse á otras poblaciones. Parte de la guarnición de la capital acudió á socorrerlas, y entonces le fué fácil apoderarse de ella.

Para tomar una plaza fuerte se ha empleado muchas veces el recurso de envenenar las aguas y variar el curso de los ríos; pero en rara ocasión ha producido resultados. Alguna vez se ha conseguido que los sitiados se rindan haciéndoles saber una victoria alcanzada por los enemigos, ó que éstos reciben refuerzos. También en la antigüedad fueron ocupadas varias plazas por traición, ganando en su favor algunos habitantes, y en este punto emplearon diversos procedimientos; unos enviaron como emisario un fugitivo para que adquiriera autoridad y crédito entre los sitiados y lo emplease en favor de los sitiadores, dándoles á conocer la posición de las guardias y facilitándoles así la toma de la plaza; otros, con diferentes pretextos, han impedido con carros ó maderos cerrar las puertas, dando así entrada al enemigo. Anníbal persuadió á uno á que le entregase un castillo de los romanos, para lo cual fingió que salía de

caza de noche por temer de día al enemigo, y al volver de la caza entraron con él algunos soldados que mataron á los guardias y entregaron la puerta á los cartagineses.

Un medio de engañar á los sitiados es el de retirarse, cuando hacen salidas de la plaza, á fin de alejarlos de ella. Muchos generales, entre ellos Anníbal, hasta les han dejado ocupar el campamento para poder cortarles la retirada y tomar la población. También se les engaña fingiendo levantar el sitio, como hizo el ateniense Phormión, quien, después de arrasar la comarca de Chalcis, recibió embajadores de esta plaza, les dió las mayores seguridades, les hizo toda clase de promesas, y, aprovechando su ciega confianza, se hizo dueño de la población.

Deben los sitiados vigilar cuidadosamente á los sospechosos que vivan entre ellos, pero muchas veces se les atrae mejor con beneficios que con castigos. Supo Marcelo que Lucio Brancio, de Nola, se inclinaba á favorecer á Anníbal, y le trató tan bondadosa y generosamente que, de enemigo, lo convirtió en el mejor amigo de los romanos.

Más cuidadosos deben ser los sitiados con las guardias cuando el enemigo está distante que cuando está próximo; como también deben custodiar mejor los sitios por donde crean más difícil el ataque, porque se han perdido muchas plazas á causa de asaltarlas el enemigo por los puntos donde menos lo esperaban. Este error nace de dos causas: ó de ser el sitio fuerte y creerlo inaccesible, ó porque el enemigo finge atacar por un punto con grande estrépito y da por otro silenciosamente el verdadero asalto. Cuiden, pues, con grande atención los sitiados de evitar ambos peligros y á todas horas, especialmente de noche, tener vigilantes guardias en las murallas, no sólo de hombres, sino también de perros fieros y ágiles para que de lejos olfateen al enemigo y con sus ladridos lo descubran. No sólo los perros, sino los gansos han salvado una ciudad, como ocurrió en Roma cuando los galos sitiaban el Capitolio. Durante el sitio de Atenas por los espartanos, para ver Alcibiades si vigilaban los centinelas, ordenó, bajo penas severas, que cada vez que levantara una luz durante la noche, elevaran otra cada uno de ellos. El ateniense Iphicrates mató á un centinela que dormía, diciendo que le dejaba como lo había encontrado.

Los sitiados se valen de diferentes medios para enviar avisos á sus partidarios. No mandándolos verbalmente, los escriben en cifra y los esconden de diferentes modos. Las cifras están convenidas entre los que se corresponden con ellas y la manera de ocultarlas varía según hemos dicho. Unos han guardado las cartas en la vaina de la espada, otros dentro de un pan crudo y cocido después, dándoselo al portador como comida para el viaje. Algunos las meten en los sitios más recónditos del cuerpo humano; otros en el collar de un perro que acompañe al mensajero; otros han escrito en una carta cosas insignificantes, y después, entre líneas, con un líquido especial que, mojado ó calentado el papel, aparecen las letras. Esta es una invención astutamente empleada en nuestros tiempos. Queriendo algunos comunicar secretos á sus amigos convecinos, y, no fiándose de nadie, hacían poner en las puertas de las iglesias cédulas de comunión escritas en la forma ordinaria é interlineadas, como antes he dicho. Conocíanlas por una contraseña los que debían enterarse, las quitaban y las leían. Este medio es el más seguro y de menos peligro, porque ni el encargado de poner el escrito en las iglesias sabe lo que lleva.

Son numerosos los recursos de esta índole que cada cual puede inventar y practicar. Por lo demás, es mucho

más fácil escribir desde fuera á los sitiados, que éstos á sus partidarios, pues sólo pueden enviar sus cartas con alguno que se finja fugitivo de la plaza, medio de dudosa eficacia y no exento de peligro, si el enemigo es cauteloso y vigilante. Los que escriben desde fuera pueden, al contrario, conseguir con diferentes pretextos que el mensajero entre en el campo de los sitiadores, y desde allí tendrá más de una ocasión favorable para penetrar en la plaza.

Hablemos ahora del actual sistema de ataque de las plazas fuertes. Si sois atacados en una que no tenga fosos interiores, como antes expliqué, para impedir que el enemigo entre por la brecha que la artillería abra en la muralla (porque es inevitable la rotura del muro con los proyectiles), se necesita, mientras la artillería bate la muralla, abrir un foso por detrás de la parte batida, foso que tendrá, por lo menos, treinta brazos de ancho, y la tierra que de él se saque ponerla entre el foso y la población formando parapeto, que sirve para que el foso resulte más profundo. Es preciso empezar este trabajo con tiempo oportuno para que, al caer la parte de muralla batida, tenga el foso por lo menos cinco ó seis brazos de profundidad, é importa, mientras se ahonda, cerrarlo por cada lado con una casamata. Si la muralla es bastante resistente para dar tiempo á hacer el foso, resulta más fuerte la plaza por la parte de la brecha que por las demás, porque el reparo tiene la forma que he recomendado al hablar del foso interior.

Pero si la muralla es débil y no da tiempo á hacer el foso, es indispensable demostrar el mayor valor, oponiéndose con todas las fuerzas disponibles al asalto por la brecha. Esta manera de atrincherarse detrás de las murallas la practicaron los pisanos cuando sitiasteis su ciudad, porque la resistencia de las murallas les daban tiempo para construir los atrincheramientos y la

dureza del terreno facilitaba su construcción. Sin estas dos ventajas, estaban perdidos. Será, pues, una precaución utilísima hacer los fosos por el interior de los muros y en toda su extensión, como recomendamos anteriormente, porque en este caso se espera al enemigo descansado y con plena seguridad.

Tomábanse en la antigüedad muchas fortalezas por medio de minas, de dos modos: ó haciendo secretamente una excavación hasta el interior de la ciudad y entrando por ella, que es como los romanos se apoderaron de Veio, ó minando las murallas para derribarlas. Este último procedimiento es el preferible, y ocasiona que las ciudades puestas en las alturas sean débiles por la facilidad de minarlas. Poniendo en las minas pólvora, la explosión no sólo arruina una parte de la muralla, sino agrieta la montaña y derrumba las fortificaciones por varios puntos. Para impedir esto se construyen las fortalezas en el llano, y los fosos que las rodean se profundizan hasta que el enemigo no pueda pasar con las minas por debajo de ellos sin encontrar agua. Este es el mejor obstáculo á las minas.

Si la plaza defendida está en una altura, el remedio á las minas es hacer dentro de ella pozos profundos, con los cuales se inutilizan. También son útiles las contraminas cuando se conoce precisamente el sitio de la mina. Este recurso es excelente, pero difícil de descubrir el punto por donde va la mina si el enemigo es cauto al hacerla.

Procurarán, sobre todo, los sitiados no dejarse sorprender durante el descanso, como después de un asalto ó al terminar las guardias, es decir, al amanecer y al anochecer, y especialmente á la hora de comer, porque en estos momentos han sido asaltadas muchas plazas, y también los sitiados han destruído no pocos ejércitos sitiadores. Preciso, es, pues, que unos y otros estén

constantemente en guardia y tengan sobre las armas una parte de sus tropas.

Debo advertir que lo que dificulta la defensa de una plaza fuerte ó de un campamento es la necesidad de tener desunidas las fuerzas de los defensores, porque pudiendo el enemigo escoger á su gusto el punto de ataque, preciso es que todos estén custodiados, y, mientras aquél ataca con toda su fuerza, el defensor le resiste con parte de la suya. Además, el sitiado puede ser completamente vencido, mientras el sitiador sólo es rechazado, por lo cual muchas veces los sitiados en una plaza ó en un campamento han preferido, aun siendo inferiores en fuerzas, salir á campo raso y combatir y vencer al enemigo. Esto hizo Marcelo en Nola y César en las Galias. Al ver sus campamentos sitiados por gran número de galos y comprender la imposibilidad de defenderlos (por necesitar subdividir sus fuerzas para atender á todos los puntos de ataque y no poder emplearlas unidas en una impetuosa agresión), abrieron uno de los lados, sacaron por él todas sus tropas y acometieron tan valerosamente á los sitiadores, que los rechazaron y vencieron.

La constancia en los sitiados infunde también muchas veces desesperación y temor entre los sitiadores. Cuando Pompeyo estaba frente á César en Tesalia, las tropas de éste sufrían hambre, y alguno llevó á Pompeyo un pan de los que les servían de alimento, quien, al verlo hecho de hierba, ordenó que no se enseñara á sus soldados, para que no les asustara la idea de la clase de enemigos con quienes habían de combatir. Lo que más honró á los romanos en la guerra contra Aníbal fué su constancia, pues ni aun en los momentos de serles más contraria la fortuna pidieron la paz ni dieron indicio alguno de temor. En prueba de ello, cuando estaba Aníbal en las inmediaciones de Roma, se vendían las tierras donde había situado su campamento en más precio del que valían en las épocas ordinarias. Tanta fué su obstinación, que, sitiando á Capua, mientras Aníbal sitiaba á Roma, no quisieron levantar el asedio de aquella plaza para defender su ciudad.

Os he hablado de muchas cosas que seguramente conocíais por vuestros propios estudios; lo he hecho, como ya os lo anuncié, para demostrar mejor con ellas las condiciones de las reformas en el arte militar y para que utilicen estas observaciones quienes no tengan los medios de instrucción que vosotros. Réstame sólo dar algunas reglas generales que nunca deben olvidarse. Son las siguientes:

Cuanto aprovecha al enemigo os perjudica, y viceversa.

El que atienda más en la guerra á vigilar los intentos del enemigo y sea más constante en amaestrar su ejército, incurrirá en menos peligros, y con mejor fundamento esperará la victoria.

No llevéis jamás vuestras tropas al combate sino después de averiguar sus disposiciones y comprender que van sin miedo y bien organizadas. No las comprometáis en una acción sino cuando tengan la esperanza de vencer.

Vale más vencer al enemigo por hambre que con las armas: el éxito de éstas depende más de la fortuna que del valor.

Las mejores resoluciones son las que permanecen ocultas al enemigo hasta el momento de ejecutarlas.

Lo más útil en la guerra es conocer las ocasiones y saberlas aprovechar.

La naturaleza hace menos hombres valientes que la educación y el ejercicio.

Vale más en la guerra la disciplina que la impetuosidad.

Los que se pasan del campo contrario al vuestro, si permanecen fieles, son una gran conquista, porque la fuerza del enemigo disminuye más por la pérdida de los que huyen que por la de los que mueren, aunque el nombre de tránsfuga sea sospechoso entre quienes le reciben y odioso para los que deja.

Cuando se ordena un ejército en batalla, vale más tener detrás de la primera línea bastantes reservas, que desparramar las tropas por aumentar el frente de combate.

Difícilmente es vencido quien sabe conocer su fuerza y la del enemigo.

Respecto á los soldados, vale más el valor que el número, y á veces aprovecha más la posición favorable que el valor.

Las cosas nuevas y repentinas asustan á los ejércitos: las ordinarias y lentas se estiman poco. Cuando el enemigo es nuevo conviene que vuestras tropas le conozcan por medio de algunas escaramuzas antes de empeñar una batalla decisiva.

El que persiga desordenadamente al enemigo, después de derrotado, es porque quiere convertirse de victorioso en vencido.

Quien no prepare las provisiones necesarias de víveres, será vencido sin pelear.

Es preciso escoger el campo de batalla según se tenga más confianza en la caballería que en la infantería, ó viceversa.

Cuando quieras saber si ha penetrado algún espía en el campamento, ordena entrar á todos en sus tiendas.

Cambia tus disposiciones cuando adviertas que el enemigo las ha previsto.

Aconséjate de muchos respecto á lo que debes hacer, y de pocos en lo que quieras hacer.

El orden en los ejércitos se mantiene durante la paz

con el temor y el castigo, y en la guerra con la esperanza y los premios.

Los buenos generales sólo dan batallas cuando la necesidad les obliga ó la ocasión les llama.

Procurad que el enemigo no sepa vuestro orden de batalla, y cualquiera que éste sea, haced que la primera línea pueda refugiarse en la segunda y ésta en la tercera.

Durante la lucha, no ordenéis á un batallón otra cosa que aquello á que está destinado, porque esto produce incertidumbre y desorden.

Los accidentes imprevistos se remedian con dificultad, los previstos fácilmente.

Los hombres, las armas, el dinero y el pan, son el nervio de la guerra; pero de estos cuatro elementos, los más necesarios son los dos primeros, porque los hombres y las armas encuentran el dinero y el pan; pero el pan y el dinero no encuentran armas y soldados.

El rico desarmado es la recompensa del soldado pobre.

Acostumbrad á vuestros soldados á despreciar las comidas delicadas y los trajes lujosos.

Tales son las máximas generales que me ocurre recordaros. Hubiera podido dar más desarrollo á estas explicaciones hablándoos de los diferentes modos de organizar los ejércitos en la antigüedad, de la manera de vestirlos y de las cosas en que les ejercitaban, y añadir muchos detalles que no he juzgado necesario narrar, porque los sabréis sin que yo os los diga, y porque mi propósito no era explicar la organización de los ejércitos antiguos, sino la manera de tener ahora milicias mucho mejores que las que se usan; por eso no he hablado de las instituciones antiguas más que lo necesario para explicar las que propongo.

Sé que pudiera haber dicho algo más acerca de la

caballería y después hablar de la guerra marítima, porque los que definen la milicia dicen que es un ejercicio de mar y tierra, de á pie y á caballo. Del marítimo nada me atreveré á decir, porque no lo conozco: dejaremos esta misión á genoveses y venecianos que, estudiando y aplicando este género de guerra, han hecho desde pasados tiempos grandes cosas. De la caballería no he de añadir nada á lo dicho, porque es el arma que necesita menos reformas. Además, cuando está bien organizada la infantería, que es el nervio del ejército, por necesidad hay buena caballería. Sólo recordaré á quien organice una milicia de gente de su país que, para tener abundancia de caballos, tome dos determinaciones: una distribuir en sus dominios caballos de buena raza, y acostumbrar á sus súbditos á la compra de potros, como se hace ahora de ganado vacuno y mular; y otra, para procurar compradores, prohibir tener mulas á los que no tengan caballos, de modo que quien quiera poseer una sola cabalgadura, sea ésta por precisión un caballo, y, además, que nadie pueda usar vestidos de seda sin tener caballo. Creo que estas medidas las ha puesto en práctica un príncipe contemporáneo nuestro, consiguiendo organizar al poco tiempo excelente caballería. En lo demás que á este arma se refiere, me atengo á lo dicho y á lo que hoy se practica.

¿Deseáis saber ahora las cualidades necesarias á un buen general? Pues satisfaré vuestro deseo en breves palabras. No elegiría para este cargo sino al que supiese practicar cuanto he explicado, y aun esto no bastaría, necesitando además inventar recursos oportunos, porque sin inventiva nadie puede llegar á ser grande hombre en su profesión, y si la invención honra en todas las cosas, en el arte militar es honrosísima; tanto, que los escritores celebran hasta inventos de poca monta, como se ve que alaban á Alejandro Magno que, para

levantar el campo rápidamente, no daba la señal con las trompetas, sino poniendo un sombrero sobre una lanza. También se le alaba por haber ordenado á sus soldados que, al atacar el enemigo, arrodillasen la pierna izquierda para contener con mayor seguridad su empuje, y, alcanzada la victoria por este medio, tanto se le elogió, que todas las estatuas elevadas en honor suyo se ponían en esta actitud.

Como ya es tiempo de terminar estas explicaciones, volveré al punto de partida, evitando así la pena que en esta tierra se impone á los que se van y no vuelven.

Recordaréis, Cosme, haberme dicho que siendo yo tan grande admirador de la antigüedad y censurando tan acerbamente á los que en las cosas serias no le imitaban, ignorabais el motivo por qué no lo había hecho yo en cuanto concierne al arte de la guerra, que ha sido siempre mi principal ocupación, á lo cual respondí que cuando los hombres quieren realizar una cosa deben empezar por aprender á hacerla para ejecutarla cuando la ocasión lo permita. Dejo á vuestra consideración, después de lo que me habéis oído sobre esta materia, decidir si soy ó no capaz de reorganizar un ejército á la manera que lo tenían los antiguos; ya habréis conocido lo mucho que he meditado este asunto, y supongo imaginaréis el deseo que tengo de realizarlo. Fácilmente comprenderéis si he tenido medios y ocasión; pero á fin de no dejar duda alguna, y para mi completa justificación, diré cuáles son éstas y cumpliré así mi promesa de demostraros las probabilidades y los obstáculos de dicha reforma en los tiempos actuales.

De todas las instituciones humanas, las militares son las que más se prestan á restablecer las reglas antiguas, pero sólo por príncipes de Estados tan importantes que puedan poner sobre las armas quince ó veinte mil jóvenes. Por otra parte, ninguna reforma es más di-

fícil á los que no pueden reunir tales fuerzas. Para que entendáis mejor mi pensamiento, os diré que los generales llegan por dos caminos á ser famosos: unos han realizado grandes cosas con tropas organizadas y disciplinadas, como la mayoría de los generales romanos, y de otros países que mandaron ejércitos, sin más trabajo que el de mantener la disciplina y guiarlos con acierto; otros, antes de ir contra el enemigo, se han visto precisados á organizar y disciplinar las tropas que habían de llevar á sus órdenes, y éstos son dignos, sin duda, de mayor alabanza que los autores de grandes empresas con ejércitos anteriormente formados y organizados. Entre los que han tenido que formar sus ejércitos pueden citarse Pelópidas, Epaminondas, Tulio Ostilio, Filipo de Macedonia, padre de Alejandro, Cyro, rey de Persia, y el romano Sempronio Graco (1). Todos estos viéronse obligados á formar el ejército antes de combatir con él; todos pudieron organizarlo no sólo por sus excelentes dotes, sino por tener súbditos en número suficiente para ejecutar sus designios. Por grande que fuera su talento y habilidad, jamás hubieran conseguido buen éxito en un país extranjero, lleno de hombres corrompidos, no acostumbrados á ninguna honrada obediencia, ni á nada digno de alabanza.

No basta hoy en Italia saber mandar un ejército organizado; es necesario primero saberlo hacer y después saberlo mandar. Esto sólo es posible á los soberanos de extensos Estados y numerosos súbditos; no á mí, que siempre he mandado y mandaré soldados sometidos á un poder extranjero é independientes de mi voluntad. Dejo á vuestra consideración si me es posible plantear

(1) Después de la batalla de Canas los romanos reclutaron un ejército de esclavos cuyo mando dieron á Sempronio Graco, quien logró organizarlo, disciplinarlo y vencer con él á Annibal.

las reformas de que os he hablado. ¿Cómo podría obligar á los soldados de hoy á llevar otras armas de las que usan, y además de las armas, víveres para dos ó tres días y las herramientas de zapador? ¿Me sería posible hacerles zapar, ó tenerles durante algunas horas diariamente ocupados en ejercicios y simulacros, necesarios para instruirlos y que sean útiles en la guerra? ¿Cuándo se abstendrían del juego, la lascivia, las blasfemias y la insolencia á que están acostumbrados? ¿Cuándo podría obligarles á tanta disciplina y á tanta obediencia y respeto que un árbol cargado de fruto, en medio de un campamento, lo dejaran como lo encuentran, según se lee que sucedió muchas veces en los ejércitos antiguos? ¿Qué es lo que puedo prometerles? ¿Por qué motivo me han de amar y respetar ó temer cuando, terminada la guerra, nada tienen que ver conmigo? ¿Cómo he de avergonzar á los que han nacido y se han educado sin idea del honor? ¿Por qué me habían de respetar si no me conocen? ¿Por qué dioses ó santos les haría jurar; por los que adoran ó por los que son objeto de sus blasfemias? Yo no sé si adoran á alguno, pero sí sé que blasfeman de todos. ¿Cómo he de creer que cumplan las promesas hechas á los que á todas horas desprecian? ¿Es posible que los que maldicen hasta de Dios respeten á los hombres? En tal estado de cosas, ¿qué reformas saludables pueden plantearse?

Si alegáis que los suizos y los españoles tienen buenos ejércitos, confesaré que, desde hace largo tiempo, son mejores que los italianos; pero, recordando mis doctrinas y su modo de proceder, veréis que les faltan muchas cosas para lograr la perfección de los antiguos. Los suizos han llegado á ser naturalmente buenos soldados por las razones que di al principio de esta conversación, y los españoles lo son por necesidad, pues militando en país extranjero y obligados á vencer ó

morir, por no tener retirada posible, necesariamente han conseguido ser buenos soldados. Pero la superioridad de las tropas de ambos pueblos no llega ni con mucho á la perfección, siendo sólo recomendables por haberse acostumbrado á esperar al enemigo hasta la punta de las picas ó de las espadas, y lo que no saben sería difícil enseñárselo, sobre todo á quien ignora su lengua.

Pero vengamos á los italianos. Gobernados por príncipes ignorantes, no han podido adoptar ninguna buena institución militar, y no obligándoles, como á los españoles, la necesidad, tampoco han sabido organizarse por sí mismos, llegando á ser vituperio del mundo. De esta situación no tienen los pueblos la culpa, sino los príncipes, quienes han sido severamente castigados y sufrido la justa pena que su ignorancia merecía, perdiendo con ignominia sus Estados sin dar la menor muestra de valor. ¿Queréis saber si lo que digo es cierto? Recordad las guerras habidas en Italia desde la venida del rey Carlos VIII de Francia hasta el día. Las guerras suelen hacer á los hombres bravos y famosos, y las nuestras, cuanto mayores y más sangrientas, tanto más han servido para que pierdan la fama el ejército y sus jefes. Esto es forzosa consecuencia de que nuestra organización militar, ni era, ni es buena, y de que nadie ha sabido introducir en ella las reformas modernas. No creáis posible que las tropas italianas adquieran reputación sino por los medios que he propuesto y por la voluntad de los soberanos de los grandes Estados de Italia, porque la nueva organización militar exige que los soldados sean hombres sencillos, rudos y obedientes á vuestras leyes, y no malvados, vagabundos y extranjeros. Ningún buen escultor hará una bella estatua de un trozo de mármol mal esbozado, sino de un pedazo en bruto.

Creían nuestros príncipes italianos, antes de sufrir los golpes de las guerras ultramontanas, que bastaba á una persona de su condición aprender á redactar una hábil respuesta, á escribir una bella carta, ó mostrar en sus discursos agudeza y rápida comprensión, saber preparar una perfidia, adornarse con joyas de oro y piedras preciosas, sobrepujar á los demás en el lujo de la mesa y el lecho, rodearse de gentes viciosas, gobernar á sus súbditos con orgullo y avaricia, vivir entregado al ocio corruptor, conceder por favor los empleos militares, despreciar á quien les diera algún consejo saludable y pretender que sus palabras se tomasen como respuestas de oráculos. No comprendían los desgraciados que se preparaban á ser víctimas del primero que les acometiera. Esta fué la causa del gran espanto, de las repentinas fugas y de las sorprendentes pérdidas que empezaron en 1494 (1). De esta suerte los tres más poderosos Estados que había en Italia han sido repetidas veces saqueados y devastados.

Pero lo más lamentable es que los príncipes que nos quedan viven con el mismo desorden y persisten en iguales errores, sin tener en cuenta que, en la antigüedad, los que querían conservar sus Estados, practicaban y hacían practicar todas las cosas de que me he ocupado en este diálogo, y educaban su cuerpo para resistir las fatigas, y su ánimo para no temer los peligros. Alejandro, César y todos los grandes hombres y famosos príncipes de pasados tiempos, combatían en las primeras filas, caminaban armados á pie y, si perdían sus Estados, era perdiendo también la vida, viviendo y muriendo dignamente. Podrá censurarse en todos ó en algunos de ellos sobrada ambición de dominar, pero no que se entregaran á la molicie ni á cosa alguna de las

(1) Año de la invasión de los franceses con Carlos VIII.

que enervan y degradan á los hombres. Si nuestros príncipes leyeran y creyeran estas cosas, seguramente cambiarían de vida, y sus Estados de fortuna.

Al principio de nuestro diálogo os quejabais de vuestra milicia. Si hubiese sido organizada conforme á las reglas que he explicado, y á pesar de ello no diera resultado satisfactorio, tendríais razón para quejaros; pero no estando ordenada y ejercitada como he dicho, vuestra milicia es la que tiene derecho á quejarse de vosotros, que habéis hecho de ella un mal boceto en vez de una figura perfecta.

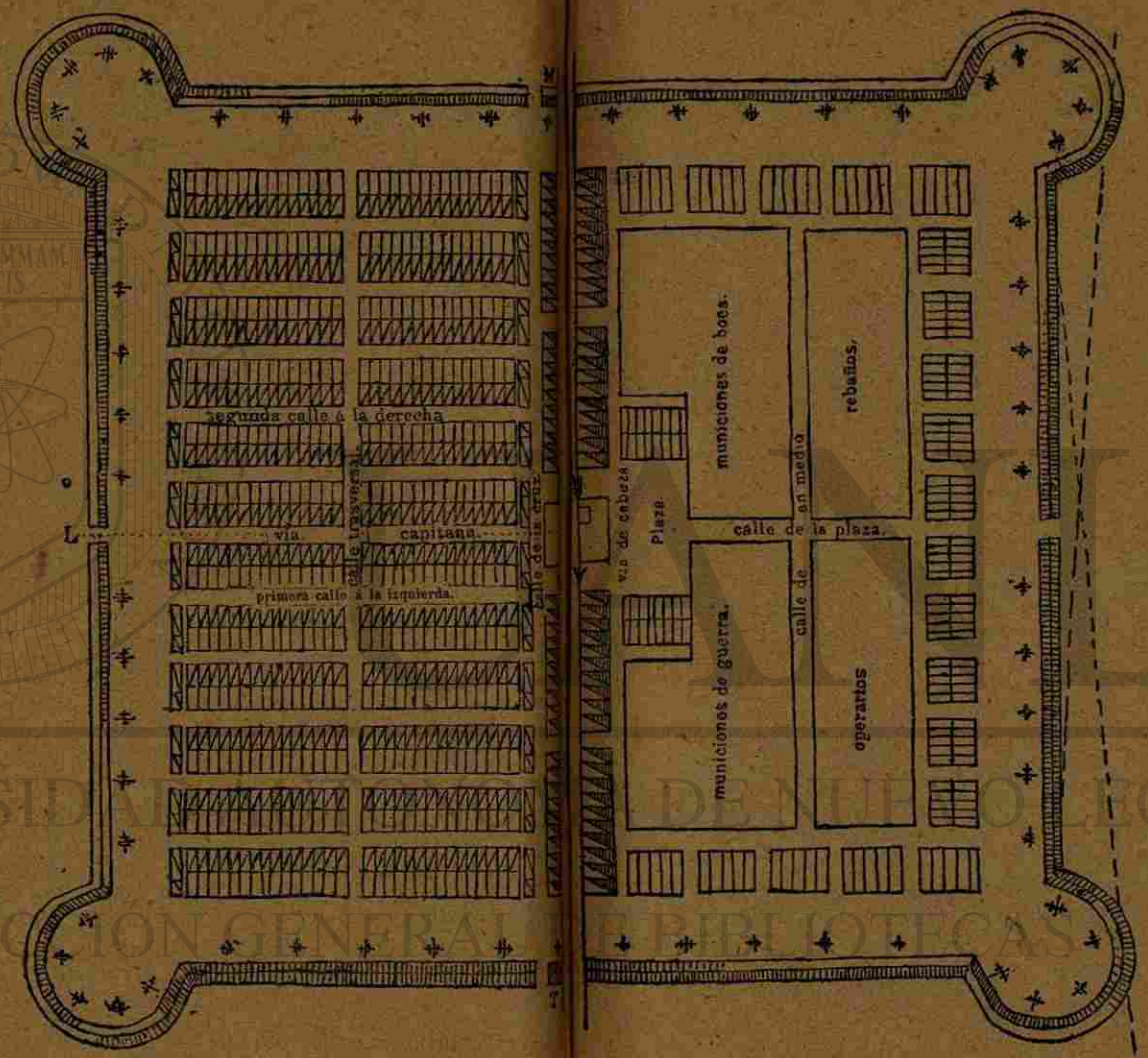
Los venecianos y el duque de Ferrara empezaron, pero no continuaron, esta reforma por culpa suya y no de sus soldados. Aseguro que el primer príncipe de Italia que la realice, llegará á ser antes que ningún otro señor de toda esta tierra, siendo su Estado lo que fué Macedonia en el reinado de Filipo, quien aprendió del tebano Epaminondas la manera de organizar los ejércitos y, formando y disciplinando los suyos, mientras Grecia vivía ociosamente ocupada en recitar comedias, llegó á ser tan poderoso, que en pocos años la conquistó completamente, y dejó á su hijo Alejandro el fundamento para dominar todo el mundo. El que desprecia estas ideas, si es príncipe, desprecia su Estado; si ciudadano, su patria.

En cuanto á mí, me quejo del destino, que no debió hacerme saber estas importantes máximas sin darme los medios de realizarlas. Viejo ya, no creo tener ocasión de practicarlas, y por ello os las he explicado ampliamente para que, jóvenes como sois y de elevada posición social, podáis, si os parecen útiles, aprovechar mejores tiempos y el favor de vuestros príncipes para recomendárselas y ayudarles á plantearlas. No temáis ni os desalentéis; esta tierra de Italia parece destinada á resucitar las cosas muertas, como lo ha hecho con la

poesía, la pintura y la escultura. No puedo alimentar, en lo que á mí atañe, tales esperanzas por mi avanzada edad. De haberme dado la fortuna en tiempo oportuno la posición necesaria para realizar tan grande empresa, creo que en brevísimo tiempo hubiera probado al mundo cuánto valen las instituciones antiguas y ensanchado mis dominios gloriosamente ó sucumbido sin deshonra.

FIN DE «EL ARTE DE LA GUERRA»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DESCRIPCIÓN DE ALEMANIA

No cabe dudar del poder de Alemania, porque abundan en ella los hombres, las armas y las riquezas. Todas las ciudades tienen allí cuantiosas reservas de dinero en su Tesoro público, reservas que solamente en Strasburgo llegan, como sabe todo el mundo, á muchos millones de florines. La causa de ello consiste en no hacer los alemanes grandes gastos, pues sólo emplean parte de su dinero en acumular las municiones, y, una vez reunidas, cuéstales poco reponer las que consuman.

Su organización es admirable, porque siempre tienen acopio de víveres y combustible para un año, y obra dispuesta en sus industrias para mantener, en caso de asedio, á la plebe y á cuantos viven de trabajo manual, á fin de que estén ocupados. Nada gastan en soldados, porque todos los ciudadanos están armados y ejercitados, y en los días de fiesta sus diversiones consisten en adiestrarse en el manejo de las armas de fuego y de las picas, teniendo á honor el sobresalir en estos ejercicios y ganar los premios destinados á los más hábiles. Haciéndose todo esto á muy poco coste, resulta que el Tesoro público se enriquece.

Los ciudadanos llegan también á ser muy ricos porque viven como pobres, no gastando casi nada en edificaciones, ni en vestir, ni siquiera en muebles, y sa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tisfaciéndoles tener en abundancia pan y carne y una chimenea que les defienda del frio. Con esto se contentan los que carecen de otras cosas y no las ambicionan. Gastan en vestirse dos florines cada diez años, y todos viven en estas condiciones según su estado, no cuidándose nadie de lo que le falta, sino de lo que absolutamente necesita, y siendo sus necesidades mucho menores que las nuestras.

Consecuencia de estas costumbres y de contentarse con lo que el país produce, es que el dinero no salga de allí, y en cambio entre como precio de sus manufacturas, que en grandes cantidades traen á Italia. Su ganancia es tanto más considerable, cuanto que son muy pocos los dispendios que les ocasionan los productos de sus industrias, y con pequeño capital pueden desarrollarlas. Aman grandemente su sencilla vida y su libertad, y por ello no quieren ir á la guerra sino muy bien pagados. Aun así no irían si no les obligaran sus conciudadanos. Por tal causa necesitan los emperadores para reunir un ejército mucho más dinero que cualquier otro príncipe, que, cuanto mejor viven los hombres, con peor voluntad van á la guerra.

Es preciso, además, que las ciudades imperiales se unan á los príncipes para coadyuvar á las empresas del Emperador, ó que ellas por sí solas las favorezcan; pero ni las ciudades ni los príncipes desean aumentar el poder del Emperador, porque teniendo éste Estados en propiedad ó acreciendo su grandeza, humillaría y dominaría á los demás príncipes del Imperio, reduciéndolos á su obediencia hasta el punto de disponer de ellos cuando él quisiera y no cuando á los príncipes conviniese ayudarle, como hace hoy el rey de Francia con los grandes señores de su país, á quienes sometió y redujo á la obediencia el rey Luis XI por la fuerza de las armas, y matando á los más revoltosos. Lo mismo

sucedería á las ciudades imperiales obligadas á someterse á la voluntad del Emperador, obteniendo éste de ellas lo que deseara, y no lo que las ciudades quisieran darle.

Produce la desunión entre las ciudades imperiales y los príncipes los muchos encontrados intereses que luchan en el Imperio. De ellos proceden dos motivos generales de desunión; pues se dice que los suizos son enemigos de toda Alemania y los príncipes del Emperador. Acaso parezca extraño decir que los suizos y las ciudades imperiales son enemigos, teniendo unos y otras los mismos propósitos de salvar la libertad y de defenderse de los príncipes; pero esta desunión procede de que los suizos, no sólo son enemigos de los príncipes, como lo son las ciudades, sino también de toda clase de nobleza, porque en su país no hay ni príncipes ni nobles, gozando de perfecta igualdad, y sin más distinción que la producida por el ejercicio de los cargos públicos. Este ejemplo de los suizos asusta á los nobles que viven en las ciudades imperiales, los cuales procuran por todos los medios mantener la desunión entre éstas y aquéllos. Son también enemigos de los suizos en las ciudades imperiales los ciudadanos que se dedican al ejercicio de las armas, y lo son por envidia muy natural en los que creen ser menos estimados como militares que los suizos; de modo que es imposible reunir pocos ó muchos en un mismo ejército sin que ocurran disturbios entre ellos.

La enemistad de los príncipes con las ciudades imperiales y con los suizos por notoria, no es necesario explicarla; y lo mismo sucede con la existente entre el Emperador y los príncipes del Imperio. Conviene advertir que siendo la principal enemistad del Emperador contra los príncipes, y no pudiendo avasallarles por sí sólo, procura de todos modos la amistad de las ciuda-

des, y por esta misma causa gestiona desde hace algún tiempo la buena inteligencia con los suizos, que parece están ya predispuestos en su favor.

Teniendo en cuenta estas desuniones generales y añadiéndoles las que existen entre unos y otros príncipes y unas y otras ciudades, se advierte la dificultad de conseguir en el Imperio la unión que el Emperador necesita, y por grandes y gloriosas que sean las empresas de Alemania, y aunque ciertamente no se atreva ningún príncipe del Imperio á oponerse por sí solo á los designios del Emperador, como lo hacían en pasados tiempos, no se crea que éste tropieza con menos obstáculos para realizar sus empresas, porque los príncipes no se atreven á hacerle la guerra; pero sí á negarle su auxilio, y los que por temor no lo niegan, no le cumplen la promesa de ayudarle, ó la cumplen cuando el auxilio resulta inútil, todo lo cual impide ó perturba los proyectos del Emperador.

Prueba evidente de esta verdad se tuvo la primera vez que quiso venir á Italia contra la voluntad de venecianos y franceses. En la Dieta habida entonces en Constanza, las ciudades imperiales le prometieron diez y seis mil infantes y tres mil caballos, y nunca pudo tener reunidos más de cinco mil, pues cuando llegaba el contingente de una ciudad, se marchaba el de otra á causa de haber terminado el tiempo de su empeño, y había ciudades que en vez de hombres daban dinero. Unas veces por un motivo y otras por otro, el ejército no pudo reunirse y fracasó la empresa.

La fuerza de Alemania radica más en las ciudades imperiales que en los príncipes. Éstos son de dos clases: seglares y eclesiásticos; el poder de los primeros es debilísimo, parte por su propia culpa, á causa de dividirse el principado entre sus hijos, gracias á la ley de la herencia; parte porque el Emperador les priva de

su influencia, favoreciendo á las ciudades, como he dicho. Sus auxilios como aliados son, pues, de escaso valor. A los príncipes eclesiásticos no les debilita la división del principado por la herencia, pero sí la ambición de las grandes ciudades protegidas por el Emperador; de modo que los arzobispos electores y otros príncipes eclesiásticos, ninguna influencia ejercen en las grandes ciudades de sus Estados. Resulta, pues, de esta especie de independencia entre los príncipes y las ciudades de sus principados, que aquéllos no puedan, aunque quieran, auxiliar las empresas del Emperador.

Las ciudades francas é imperiales son el nervio del Imperio, por su buen régimen y por sus riquezas. Satisfechas de su libertad, muéstranse por muchas razones indiferentes á conquistas que aumenten su dominación, y lo que no quieren para sí, no desean procurarlo á los demás. Siendo muchas é independientes unas de otras, los auxilios que prometen llegan siempre tarde y jamás producen la utilidad esperada. No ha muchos años hubo un ejemplo de ello cuando los suizos atacaron los Estados de Maximiliano y la Suavia. Para rechazarlos negoció un acuerdo el Emperador con las ciudades, obligándose éstas á poner en campaña catorce mil hombres, y nunca llegaron á reunir la mitad, porque cuando llegaba el contingente de una ciudad se iba el de otra, de modo que, desesperado el Emperador de poder realizar aquella empresa, pactó la paz con los suizos, entregándoles Basilea. Si hacen esto en los asuntos que personalmente les importan, júzguese lo que harán en los ajenos á sus intereses.

De lo dicho se deduce que el poder de Alemania no es grande, y resulta poco útil al Emperador. Los venecianos, que conocen bien estas cosas por su activo comercio con las ciudades imperiales, sacan mejor partido que cualquier otro pueblo en sus cuestiones con el Em-

perador, limitándose á atestiguarle honrosas deferencias. Si hubiesen temido el poder de los alemanes, hicieran de seguro algún arreglo con ellos para transigir las cuestiones, entregándoles dinero ó territorio, y no intentaran oponerse al Emperador, si sospechasen posible la unión con él de todas las ciudades; pero conocían las dificultades, y se han mostrado valerosos, confiando constantemente en alguna circunstancia favorable. En efecto, si los asuntos cuya resolución interesa á muchos en una ciudad sufren tantos entorpecimientos, puede imaginarse lo que sucederá en un Estado. Además, las ciudades imperiales saben que las conquistas hechas en Italia ó en otras partes no serían para ellas, sino para los príncipes, quienes las aprovecharían personalmente, cosa imposible á una ciudad. Siendo, pues, desigual la recompensa, tiene que serlo también la buena voluntad de los municipios. Grande, es sin duda, el poder del Emperador; pero apenas cuenta con medios para sacar partido de él, y si los que le temen reflexionan sobre lo dicho y recuerdan lo poco que ha hecho Alemania de muchos años á esta parte, se convencerán del escaso fundamento de su temor.

Los hombres de armas tudescos montan buenos caballos, aunque pesados, y van bien armados en la parte del cuerpo que cubren con armadura; pero en un combate contra italianos ó franceses serían vencidos, no por las condiciones de los hombres, sino por no usar para sus caballos armaduras de ninguna clase y ser las sillas pequeñas, débiles y sin arzones, de suerte que el menor choque les derriba. Otro motivo de la inferioridad de estas tropas es el de no usar armas defensivas en la parte inferior del cuerpo, es decir, en las piernas, de modo que, si resisten el primer choque, del cual depende casi siempre el éxito de esta fuerza y el de la batalla, no pueden pelear con armas cortas, porque

son heridos ellos y sus caballos donde no llevan armadura, y cualquier soldado de infantería, con la pica, puede desmontar el jinete y matarle. La pesadez de los caballos les impide también maniobrar con agilidad.

La infantería es buenísima y los soldados de elevada estatura; al contrario de los suizos, que son pequeños, sucios y feos. La generalidad no usa más armas que pica y daga, para ir desembarazados y maniobrar con ligereza. Explican esto diciendo que sólo temen la artillería, contra la cual de nada ha de valerles coraza, coselete ó gola. No se cuidan de las demás armas, porque, en su concepto, su orden de formación es tan resistente, que no es posible llegar á ellos ni siquiera acercárseles á causa de la extensión de sus picas. Son muy buenas tropas para batalla campal; pero valen poco para atacar ó defender plazas fuertes, y, en general, no sirven para pelear fuera de filas. Esto se ha visto por experiencia en sus campañas de Italia, sobre todo en los asedios de plazas como Padua y otras, donde probaron muy mal, mientras en campo abierto se han portado perfectamente. En la batalla de Ravena entre españoles y franceses, de no tener éstos á los lansquenetes la hubiesen perdido; porque mientras luchaban entre sí los hombres de armas, derrotaban los españoles á la infantería francesa y gascona, que hubiera quedado toda prisionera ó muerta, sin en el socorro de los compactos batallones alemanes.

Lo mismo se vió últimamente cuando el Rey Católico, en guerra con Francia, invadió la Guiena, pues los españoles temían más un cuerpo de diez mil alemanes que el rey de Francia llevaba á su servicio, que á toda la demás infantería, y evitaban las ocasiones de pelear con él.

INFORME SOBRE LOS ASUNTOS DE ALEMANIA

HECHO EL 17 DE JUNIO DE 1508 (1).

El Emperador reunió en el pasado Junio en Constanza la Dieta de los príncipes de Alemania, para tratar de la próxima invasión en Italia. Lo hizo por su propia iniciativa y por solicitud del enviado del Papa, que le prometía eficaz auxilio del Pontífice. Pidió el Emperador á la Dieta para esta empresa tres mil caballos y diez y seis mil infantes, comprometiéndose á aumentar el ejército con tropas suyas hasta treinta mil hombres. Las causas de exigir tan poca gente para tan grande empresa consistían, primero en creer que dicho ejército era suficiente, contando, como esperaba contar, con los venecianos y otros auxiliares en Italia, según diremos más adelante. No esperaba que los venecianos le faltaran, porque les había servido poco antes cuando temieron á los franceses, después de la conquista de Génova, enviando á petición suya dos mil soldados á Trento. Además, hizo correr la noticia de que iba á reunir á los príncipes, á marchar á Suavia, y á amenazar á los suizos si no se apartaban de Francia, lo que ocasionó que el rey Luis XII, una vez tomada Génova, volviera inmediatamente á Lyón. Pareciendo, pues, al Emperador que había librado á los venecianos de la guerra, juzgábase con derecho á su agradecimiento y decía repetidas veces que *in Italia non abebat amicos propter Venetos* (2).

(1) Este informe, publicado á mediados del siglo XVIII, es una narración de los asuntos y estado de cosas de Alemania idéntica á la anterior, dada á luz por los contemporáneos del autor.

(2) En Italia no tenia mejores amigos que los venecianos.

Los otros motivos de pedir tan poca gente á la Dieta consistían en que cuanto más módica fuera la pretensión, más fácilmente sería atendida y satisfecha, y para que condescendiera de buen grado á poner todas las tropas á sus órdenes y no á las de generales á nombre del Imperio, partícipes con él en el mando, pues no faltó en la Dieta quien advirtiese (entre ellos el arzobispo de Maguncia) que convenía realizar la empresa en grande escala, reuniendo cuarenta mil hombres, mandándolos, á nombre del Imperio, cuatro generales, etc., cosa que desagradó al Emperador hasta el punto de decir: *Ego possum ferre labores, volo etiam honores* (1).

Convínose en darle los diez y nueve mil hombres y además ciento veinte mil florines para pagar los gastos del ejército y tomar á sueldo cinco mil suizos por seis meses, si lo juzgaba necesario. Propuso el Emperador que las tropas estuvieran reunidas el día de San Galo, juzgando el plazo suficiente para prepararlas, y á propósito el tiempo para comenzar la guerra. Indicó además que entre tanto realizaría tres cosas: una ganarse á los venecianos, de quienes no desconfió hasta el último momento, á pesar de haber éstos despedido á los embajadores imperiales, como es notorio; otra apartar á los suizos de su alianza con los franceses, y otra obtener del Pontífice y otros potentados de Italia gruesa cantidad de dinero.

Estuvo gestionando estos diferentes asuntos; llegó el día de San Galo y empezaron á reunirse las tropas, sin que de los tres propósitos hubiera conseguido ninguno. Pareciéndole entonces que no podía moverse y desconfiando del éxito de la empresa, envió unas tropas á Trento y otras á diversos puntos, continuando las

(1) Yo puedo realizar el trabajo y quiero todos los honores.

negociaciones. Así llegó al mes de Enero, consumiendo la mitad del tiempo y de las provisiones otorgadas por el Imperio, sin haber hecho cosa alguna.

Apremiado por el tiempo, hizo los últimos esfuerzos para obtener el auxilio de Venecia, enviando allí sucesivamente al fraile Bianco, al presbítero Luc, al déspota de Morea y repetidas veces á sus heraldos de armas; pero cuanto más actividad demostraba, más débil le creían los venecianos, y menos deseos tenían de auxiliarle. No estimaban existiera ninguna de las causas que obligan á los Estados á aliarse, que son la mutua defensa, ó el temor á la ofensa ó la ganancia, y en cambio veían que en su unión con el Emperador, los gastos y peligros serían para ellos y el provecho para otros.

No contando el Emperador con su alianza, determinó atacarles sin pérdida de tiempo, para ver si de este modo les hacía cambiar de opinión, sea que le sugirieran esta idea sus enviados, sea porque el ataque le servía de pretexto para que el Imperio le diera nuevos recursos, en vista de que los primeros no eran suficientes. Como sabía que sin mayores provisiones no podía mantener la guerra y al mismo tiempo tampoco le convenía dejar el país á discreción del enemigo, convocó para el 8 de Enero, antes de empezar la guerra, la Dieta del condado del Tyrol en Buggiano, punto distante una jornada de Trento.

Este condado, que anteriormente perteneció á su tío, le daba más de trescientos mil florines de derechos señoriales, sin imponer nuevos tributos, y no menos de diez y seis mil hombres para la guerra, porque el país es riquísimo. La Dieta estuvo reunida diez y nueve días; acordó dar mil infantes para la empresa de Italia, y, si no eran bastantes, hasta cinco mil en tres meses y hasta diez mil para la defensa del territorio, en caso de necesidad.

Tomados estos acuerdos fué el Emperador á Trento, y el 6 de Febrero atacó á los venecianos por dos puntos, uno hacia Roveredo y otro hacia Vicenza, teniendo entre ambas ciudades unos cinco mil hombres escasamente. Partió después de repente, y con unos mil quinientos soldados y algunos paisanos, entró en el valle de Codaura, hacia el Trevisano, saqueó el valle y se apoderó de algunas fortalezas. Viendo que los venecianos no se movían, dejó allí el pequeño ejército y fué á enterarse de lo que se pensaba en el Imperio. Los que quedaron en Codaura fueron muertos, y allí envió el Emperador al duque de Brunswich, de quien nada se supo en adelante.

Reunió la Dieta en Suavia el tercer domingo de Cuaresma y, porque no la encontró dispuesta á darle nuevos auxilios, se fué hacia Ghelleri y envió al presbítero Luc á los venecianos para proponerles una tregua, la cual se ajustó el día 6 del presente mes de Junio, perdiendo lo que tenía en el Friul y estando á punto de perder á Trento, que defendieron los habitantes del Tyrol, pues ni el Emperador ni su ejército hicieron nada por salvarla, retirándose uno y otro al terminar los seis meses del plazo convenido y cuando mayores eran los peligros de la guerra.

Bien sé que los que han visto ú oído tales cosas no comprenden por qué el Imperio dejó de dar los diez y nueve mil hombres que había prometido al Emperador; por qué Alemania no se mostró resentida de la ofensa que esta derrota causaba á su honor, ni cómo fué posible que el Emperador se engañara tanto respecto á la actitud de los venecianos. De cualquier modo que esto se explique, es difícil decir lo que se debe esperar ó temer y qué dirección tomarán los asuntos del Imperio. He estado en el sitio de los sucesos, oído hablar repetidas veces á muchos, porque con objeto de

enterarme fuí allí; y referiré cuanto me ha parecido interesante. Si mis observaciones no explican detalladamente los sucesos, darán en conjunto suficiente idea de la situación. No las expongo como exactas y razonables, sino tales como las he oído, porque entiendo que el oficio de un servidor consiste en manifestar á su señor cuanto oye para que éste haga lo que convenga.

Cuantos he oído hablar están de acuerdo en que el Emperador hubiera logrado buen éxito en su empresa de Italia, atendiendo á las condiciones en que ésta se encuentra, si fuera más hábil ó si Alemania le ayudase. En efecto; si supiera aprovechar los elementos con que cuenta, no sería inferior á ningún otro potentado cristiano. Sus Estados tributan, sin impuestos extraordinarios, seiscientos mil florines anuales, y por su cargo imperial cobra además cien mil florines. Estos ingresos son completamente suyos, sin tenerlos que aplicar á ningún gasto necesario, pues las tres cosas en que los demás soberanos invierten grande sumas, á él nada le cuestan; no tiene hombres de armas, no paga guarniciones de fortalezas, ni funcionarios públicos en las ciudades, pues los gentiles-hombres del país se arman á su costa; las fortalezas las guardan y defienden los habitantes, y las ciudades tienen sus burgomaestres que las administran.

Si el Emperador tuviera el genio del rey de España, sería al poco tiempo tan grande su poder, que todas las empresas las realizaría con buen éxito, pues con una renta de ochocientos á novecientos mil florines y la facilidad de reunir y armar considerables ejércitos en el país, podría atacar de improviso á otros pueblos sin dejarles tiempo para prepararse á la guerra. Añádase á esto la reputación que le da el tener por sobrinos al rey de Castilla, al duque de Borgoña y al conde de Flandes, y su alianza con Inglaterra, todo lo cual, bien empleado,

le sería de gran provecho y sus proyectos relativamente á Italia los ejecutaría sin obstáculo. Pero con tan cuantiosas rentas nunca tiene dinero, y, lo que es peor, no se sabe en qué las gasta.

En cuanto al manejo de las demás cosas, el presbítero Luc, que es uno de sus principales consejeros, me ha dicho lo siguiente: «El Emperador no pide consejos á nadie y todo el mundo le aconseja; quiere hacerlo todo por sí y no hace nada á su gusto, porque aun cuando tenga en secreto sus proyectos, como, al realizarlos, se descubren, los que le rodean aprovechan la ocasión para disuadirle de ellos y tomar otras determinaciones. Las dos cualidades predominantes de su carácter, la liberalidad y la facilidad en cambiar de resolución, que tanto se le elogian, son causa de su ruina. La invasión en Italia le ha sido funesta, porque las mismas victorias aumentaban sus necesidades. Si hubiese permanecido algún tiempo en este país, sin mudar de costumbres, aunque las hojas de los árboles de Italia se convirtieran en escudos, no le bastaran para sus gastos. No hay cosa que no se consiga en estos tiempos con dinero, y, sin embargo, muchos estiman atinado vacilar en dárselo al Emperador la primera vez que se lo pide, porque, dándoselo, no evitan que lo pida la segunda y, cuando no tiene derecho ó poder para exigirlo de un Estado, se lo pide á préstamo. Si no le prestaran sería menos dispendioso. Hé aquí un ejemplo de lo que os digo: Cuando Pagolo hizo el 29 de Marzo la petición de dinero, fuí yo á buscar á Francisco, á quien había enviado con este objeto, y le presenté el escrito de vuestra petición. Al leer la cláusula que dice: *no podrá el Emperador pedir ninguna otra suma de dinero*, etc, quiso que en vez de *no podrá pedir* se pusiera *no tendrá derecho á pedir*, y preguntándole el motivo de esta variación, me dijo que quería dejar al Emperador en libertad de pedir pres-

tado. Yo di al comisionado una respuesta que le dejó satisfecho. Advertid que del constante desorden de sus asuntos nacen sus constantes necesidades, y de éstas sus continuas peticiones de subsidios y las frecuentes Dietas y el escaso crédito que goza, por lo cual sus determinaciones son inseguras y, en la ejecución, desdichadas.

Si hubiese entrado en Italia no habríais podido pagarle en Dietas, como lo hace Alemania. Sus prodigalidades le son tanto más perjudiciales cuanto que necesita para hacer la guerra más dinero que ningún otro príncipe; porque sus súbditos, siendo libres y ricos, no le sirven ni por necesidad ni por afecto, sino por las órdenes que reciben de los municipios y mediante el exacto pago del sueldo, de modo que si al cabo de cada treinta días no reciben el devengado, inmediatamente abandonan el servicio, sin que les detengan ruegos, promesas ó amenazas, cuando no les dan el dinero.

Al decir que los pueblos de Alemania son ricos, digo la verdad, y se enriquecen porque viven como pobres, no gastando ni en construir edificios, ni en trajes, ni en muebles. Les basta tener abundancia de pan y carne y buenas chimeneas que les defiendan del frío. Quien no tiene otra cosa, se pasa sin ella y no la ambiciona. Gastan en vestirse dos florines cada diez años y viven en esta forma según su posición social, sin tener en cuenta lo que les falta, sino lo que necesitan, y sus necesidades son mucho menores que las nuestras. Resultado de estas costumbres es que no salga el dinero de su país, contentándose con lo que su tierra produce. Gozando de una vida sencilla y libre, no quieren ir á la guerra si no se les paga bien, y, aun pagándoles, no irían si no les ordenaran ir los municipios. Por esto el Emperador necesita mucho más dinero que el Rey de España ú otro monarca cuyos pueblos estén organizados de distinta manera.

La bondad y sencillez del carácter del Emperador hacen que los que le rodean le engañen, y aunque me ha dicho uno de sus servidores que cada hombre ó cada cosa no pueden engañarle más que una vez, son tantos los hombres y las cosas, que es fácil engañarle todos los días, aunque advierta el engaño y evite su repetición. Posee muchas buenísimas cualidades, y si fuera menos dispendioso y más constante en sus designios, sería un hombre perfecto; porque es excelente general; hace que la justicia impere en sus Estados; es muy asequible y bondadoso en las audiencias, y le adornan otras muchas condiciones de príncipe excelente. En conclusión, si fuera más económico y de carácter más firme, es opinión general que en todo sería afortunado.

El poder de Alemania es indudable, porque abundan en ella los hombres, las riquezas y las armas. En cuanto á las riquezas, no hay ciudad que no tenga fondos de reserva en su tesoro público, y todos aseguran que el de Strasburgo posee algunos millones de florines. La causa de estos ahorros consiste en que su único gasto extraordinario es el preciso para acumular el repuesto de municiones, y, hecho una vez, les cuesta poco el reponer las faltas. Su administración es excelente, teniendo siempre en los almacenes públicos lo necesario para comer, beber y calentarse durante un año, y preparado trabajo en las industrias y oficios para, en caso de asedio, mantener á la plebe y á los que viven de ocupaciones manuales durante dicho tiempo, sin pérdida para ellos ni para la ciudad.

En soldados no gastan, porque todos los ciudadanos están armados y ejercitados. En sueldos y en los servicios públicos invierten poco dinero, y por todo esto en la hacienda publica de las ciudades abundan los recursos. El Emperador logra buen éxito en sus empresas cuando las ciudades, de acuerdo con los príncipes, ó

por sí solas, le auxilian; pero abundan las causas de desunión de las voluntades en aquel país. Las de carácter más general son la enemistad entre suizos y alemanes, entre las ciudades y los príncipes y entre éstos y el Emperador. Parecerá extraño que los suizos y las ciudades imperiales sean enemigas, teniendo igual propósito de defender la libertad y contrarrestar á los príncipes; pero su antipatía nace de que los suizos, no sólo son, como las ciudades imperiales, enemigos de los príncipes, sino también de toda distinción nobiliaria, porque en su país no tienen príncipes ni nobles, y gozan de perfecta igualdad, sin otra diferencia entre los hombres que la ocasionada por el desempeño de los cargos públicos. Dichas costumbres de los suizos inspiran temor á los nobles que viven en las ciudades, quienes intrigan cuanto pueden para mantener la desunión entre éstas y aquéllos. Son también enemigos de los suizos los habitantes de las ciudades que se dedican al ejercicio de las armas, por la envidia que les produce no ser estimados tan buenos soldados como éstos, de modo que si se reunen pocos ó muchos en un ejército, inmediatamente vienen á las manos.

Inútil es decir las causas de la enemistad de los príncipes con las ciudades imperiales y con los suizos, porque son conocidas de todo el mundo, como también las de la desunión del Emperador y los príncipes. Conviene saber que la mayor enemistad del Emperador es con los príncipes, y no pudiendo por sí solo avasallarles, busca para ello el apoyo de las ciudades. Por la misma causa gestiona desde hace algún tiempo con los suizos para una buena inteligencia que, según parece, no rechazan éstos.

Teniendo, pues, en cuenta dichas causas generales de división y añadiéndoles las que dividen entre sí á los príncipes y á las ciudades, es muy difícil conseguir la

unión que el Emperador necesita. Ha hecho creer á muchos que éste podría llevar á feliz término sus empresas el no ver en Alemania príncipe alguno capaz de oponerse á sus designios, como sucedía en pasados tiempos, y en verdad no le hay; pero los que tal creían no contaban con que se puede contener al Emperador, no sólo moviéndole guerra ó desórdenes en sus Estados, sino dejando de ayudarle. Los que no se atreven á suscitarle guerras se atreven á negarle auxilio, y los que temen negárselo, no cumplen el que prometen ó lo cumplen cuando ya es ineficaz. Todas estas cosas desacreditan é inutilizan los proyectos del Emperador.

Ejemplo de ello es haberle prometido la Dieta diez y nueve mil hombres, según antes dije, y no poder reunir en ningún momento más de cinco mil, lo cual fué consecuencia en parte de los motivos ya expuestos y en parte de haber tomado dinero á cambio de hombres y acaso perdiendo, por error en el cálculo, la mitad del que le correspondía.

Considerando la situación de Alemania bajo otro punto de vista, diré que su poder radica más en las ciudades que en los príncipes. Éstos son de dos clases, seglares ó eclesiásticos. Los primeros están reducidos casi á la impotencia, en parte porque, con arreglo á su derecho hereditario, el principado se divide entre sus hijos, y en parte por haberles avasallado el Emperador con el auxilio de las ciudades imperiales, de suerte que son, como amigos, inútiles, y como enemigos, poco temibles. Hay, además, según he dicho, príncipes eclesiásticos, cuyos Estados no disminnyen por divisiones de herencia, pero cuyo poder han anulado las ciudades de sus principados, favorecidas por el Emperador; de modo que los arzobispos electores y los demás príncipes de esta clase, ninguna influencia ejercen en las grandes poblaciones de sus propios Estados, y por el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
MONTERREY, MÉXICO

antagonismo entre estos príncipes y sus ciudades, ni por sí ni por medio de éstas pueden, aunque quisieran, ayudar á las empresas del Emperador.

Pero vengamos á las ciudades libres é imperiales, que son el nervio de aquella nación, y en las cuales hay riqueza y buena organización. Por muchas razones están poco dispuestas á auxiliar al Emperador en sus planes, porque su principal propósito no es extender su dominación, sino conservar su libertad, y lo que no desean para sí, tampoco les importa para los otros. Además, por ser muchas é independientes unas de otras, sus auxilios en hombres ó dinero, cuando quieren darlos, llegan tarde y resultan ineficaces, como sucedió cuando hace nueve años invadieron los suizos los Estados del emperador Maximiliano en Suavia. Convino el Emperador con las ciudades los medios para rechazar la invasión y le ofrecieron éstas catorce mil hombres, sin que jamás pudieran reunirse la mitad, porque cuando llegaban los de una ciudad se marchaban los de otra y, desesperado por esta causa el Emperador de vencer á los suizos, hizo la paz con ellos, entregándoles Basilea. Si en asuntos propios han obrado de este modo, puede juzgarse lo que harán en los ajenos. De todo esto se deduce que el poder de las ciudades imperiales apenas es provechoso al Emperador.

Conocedores los venecianos mejor que ningún otro pueblo de Italia de las condiciones en que está Alemania por el comercio que mantienen con las poblaciones de este país, han resistido mejor que los demás italianos las pretensiones del Emperador, cosa que no hubiesen hecho si temieran su poder ó creyeran que podían unirse á él las ciudades y los príncipes; pero sabiendo cuán difícil es esto, se han mostrado tan animosos como hemos visto.

Sin embargo, los italianos que viven en la corte del

Emperador, á quienes he oído hablar de estos asuntos, esperan que Alemania al fin se una, echándose el Emperador en brazos de las ciudades y de los príncipes, y organizándose el ejército con los generales y soldados que se convino en la Dieta de Costanza. El Emperador cederá al fin por necesidad y las ciudades y los príncipes por propia voluntad, para restablecer el honor del Imperio, sin molestar á éstos la tregua pactada, como hecha por el Emperador y no por ellos.

Algunos advierten que estas previsiones no merecen mucha fe, pues á diario se ve lo mal cuidadas que están en las ciudades las cosas pertenecientes á la comunidad, y con más razón sucederá esto en las que corresponden al Estado. Además, las ciudades imperiales saben que la conquista de Italia no sería para ellas, sino para los príncipes, porque éstos pueden venir á disfrutarla personalmente y aquéllas no, por lo cual, siendo desiguales las ventajas de la campaña, es también desigual la voluntad para tomar parte en ella. Estas encontradas opiniones ocasionan que no se pueda pronosticar lo que al fin sucederá.

Esto es lo que he sabido de Alemania. Algo he oído decir además respecto al estado de paz ó guerra entre sus príncipes, pero fundadas las noticias en conjeturas (de las que se puede tener más exacto conocimiento y formar mejor juicio), no tratare de ello.— *Valete.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO

SOBRE LOS ASUNTOS DE ALEMANIA Y ACERCA DEL EMPERADOR

Habiendo escrito el año último, á mi vuelta aquí, cuanto sabía acerca de Alemania y del Emperador, no sé qué decir ahora. Me limitaré, pues, á añadir algunos detalles acerca del carácter del Emperador (1). Es más dispendioso que cuantos príncipes ha habido y hay, lo cual ocasiona que siempre esté necesitado de dinero, cualquiera que sea la situación en que se encuentre. Es además inconstante, queriendo hoy lo que rehusa mañana. No se aconseja de nadie y cree lo que todos le dicen. Desea lo que no puede obtener y desdeña lo que le es fácil conseguir; de aquí las resoluciones contradictorias que constantemente toma.

Por otra parte, es muy aficionado á la milicia y á la guerra y sabe mandar muy bien un ejército, manteniendo el orden y la disciplina y soportando como quien mejor las sufra, todas las fatigas de la campaña. Valeroso en el peligro, no cede en mérito á ninguno de los capitanes de estos tiempos. En las audiencias muestra mucha bondad, pero sólo las concede cuando le convienen. No gusta de que los embajadores le hagan la corte á menos que les llame él. En todo guarda el mayor secreto y muéstrase activísimo de ánimo y de cuerpo, pero con frecuencia lo que hace por la mañana lo deshace á la tarde, lo cual dificulta mucho las negociaciones con él, pues lo principal para quien va en embajada á una república ó á un príncipe es conjeturar bien lo futuro, tanto respecto á las negociaciones como á los he-

(1) El emperador Maximiliano.

chos, pues, haciendo atinadamente estos cálculos y dándolos á conocer á su Gobierno, procura á éste grandes ventajas, poniéndole en el caso de tomar con oportunidad las medidas necesarias. El enviado que cumple bien esta misión se honra á sí mismo y presta un buen servicio á su gobierno, sucediendo lo contrario cuando no muestra dicha habilidad.

Acudiendo á los casos particulares, figuraos estar en una nación donde se trata principalmente de dos cosas: de la guerra y de las negociaciones. Para desempeñar bien vuestro cargo tenéis que decir vuestra opinión sobre ambos negocios, apreciando el de la guerra por el número de tropas, el dinero, el gobierno y hasta la fortuna de las armas, y suponiendo que vencerá quien posea en mayor número estas ventajas. Bien apreciadas tales condiciones, daréis conocimiento de ellas, para que la república y vos podáis tomar las convenientes medidas.

Las negociaciones serán de varias clases: unas entre los venecianos y el Emperador; otras entre el Emperador y Francia; otras entre aquél y el Papa, y, finalmente, las que medien entre el Emperador y vuestro Gobierno. En estas últimas debe seros fácil prever el resultado y observar cuáles son las miras del Emperador respecto á vos, lo que desea, el espíritu que le anima y qué es lo que podrá hacerle retroceder ó seguir adelante; y, conocidos sus intentos, ver si es preferible contemporizar á tomar una resolución definitiva. A vos corresponderá juzgar sobre ello en cuanto alcancen vuestros poderes.

DESCRIPCIÓN DE FRANCIA

La Corona y el reino de Francia son más ricos y poderosos que jamás lo fueron por los motivos que voy á exponer.

El reino hereditario de padres á hijos ha llegado á ser rico porque, no teniendo á veces los reyes hijos varones que les sucedan en sus dominios personales, éstos se agregan á los de la Corona. Así ha ocurrido á bastantes reyes, y el reino se ha enriquecido con muchos Estados, como el ducado de Anjou, y como sucederá ahora con el ducado de Orleans y el Estado de Milán, por no tener el actual Rey hijos varones, de modo que hoy día los principales dominios de Francia pertenecen á la Corona y no particularmente á los señores.

Otro motivo de la grandeza actual de los reyes de Francia consiste en que antes estaba dividido el reino entre algunos barones poderosísimos deseosos de ocasiones para alzarse en armas contra el rey, como eran los duques de Guiena y de Borbón, y hoy todos estos señores están sometidos y son obedientes al Rey, aumentando el poder del monarca.

Existe además otra causa de esta grandeza. Los monarcas de Estados inmediatos á Francia, invadían en pasados tiempos esta nación siempre que lo deseaban, porque siempre había un duque de Bretaña, ó un duque de Guiena, de Borgoña ó de Flandes, dispuesto á facilitarles la entrada, y hasta á recibirlos en sus Estados, como sucedía cuando Inglaterra quería la guerra con Francia y empezaba á suscitar dificultades al Rey por medio del duque de Bretaña; valiéndose para lo mismo

del duque de Borbón, el de Borgoña. En la actualidad, la Bretaña, Guiena, el Borbonés y una gran parte de Borgoña, están sometidas al rey de Francia, y no sólo carecen los citados duques de medios para dañar al reino, sino que sus Estados contribuyen á dar fuerza al soberano contra sus enemigos; siendo, por tanto, aquél más fuerte y éstos más débiles.

Por otra parte, los más ricos y poderosos barones de Francia son ahora de sangre real y de la familia del monarca, hasta el punto de que, faltando los inmediatos herederos de éste, puede recaer en alguno de ellos el derecho á la corona, cosa que les induce á vivir unidos al soberano, con la esperanza de sucederle ellos ó sus hijos, estando convencidos de que el rebelarse contra el rey ó enemistarse con él les sería más perjudicial que favorable, como pudo suceder al rey reinante Luis XII. Antes de subir al trono, se afilió al partido del duque de Bretaña contra el rey Carlos, quedando prisionero en esta guerra de Bretaña, y muerto Carlos VIII, se le disputó el derecho á sucederle en el trono, por haberse separado del Rey combatiéndole con las armas. Por fortuna suya, pudo repartir mucho dinero, y el duque de Angulema, llamado á reemplazarle en el derecho á la corona, era un niño. Sin ésto y sin el favor que gozaba entre los magnates, no hubiera Luis XII llegado á ser rey.

La última causa del poder del soberano consiste en que los Estados de los barones de Francia, no se dividen entre sus herederos como en Alemania y en la mayor parte de Italia, pasando siempre al primogénito de cada familia, que es el único heredero, quien atiende á sus demás hermanos. Por quedar éstos sin bienes se dedican todos á las armas, procurando sobresalir en ellas para lograr elevada posición y acaso adquirir un Estado. De ello resulta que los hombres de armas france-

ses sean hoy los mejores que existen, porque todos son nobles é hijos de señores, y deseosos de llegar á ser lo que sus padres.

La infantería que se organiza en Francia no puede ser buena. Hace mucho tiempo que no se ha empleado en la guerra y le falta la experiencia. Además, se la forma con gente del pueblo y artesanos, tan sujetos y tiranizados por los nobles, que están envilecidos; y como dan mal resultado en la guerra, el Rey no se sirve de ellos, excepción hecha de los gascones, que son algo mejores, porque su vecindad á la frontera de España les hace adquirir algunas condiciones de los españoles. Sin embargo, de muchos años á esta parte han dado más prueba de ladrones que de soldados valerosos. En los ataques y defensas de las plazas prueban bastante bien; pero no así en campo raso, resultando lo contrario que los suizos y tudescos, que en campaña no hay quien les iguale, y nada valen para asediar ó defender fortalezas, en mi opinión, porque en estos casos no pueden observar el mismo orden de batalla que en campo abierto. El rey de Francia se vale siempre de suizos ó de lansquenetes, porque sus hombres de armas no se fían de los gascones para atacar al enemigo. Si la infantería francesa fuera tan buena como los hombres de armas, no temería de seguro el rey de Francia la lucha con cualquier otro príncipe.

Los franceses son naturalmente más intrépidos que robustos y ágiles, y resistiéndoles el ímpetu del primer ataque, pierden en seguida el ánimo y llegan á ser tímidas mujeres. Les son insoportables el hambre y las fatigas de la campaña, y acaban por desalentarse de tal suerte, que es fácil sorprenderles desordenados y derrotarles. Muchos ejemplos de esto se han visto en el reino de Nápoles, y últimamente en la batalla del Garellano, donde tenían dobles fuerzas que los españoles,

creyéndose generalmente que los rechazarían cuando quisieran; pero comenzaba el invierno, las lluvias eran grandes y empezaron poco á poco á desbandarse, refugiándose en los pueblos circunvecinos para vivir con más comodidad, y así lograron los españoles salir victoriosos, contra todas las previsiones.

Lo mismo hubiera ocurrido á los venecianos, y no perdieran la batalla de Vaila si se limitaran á seguir á los franceses durante diez días; pero el impaciente ardimiento de Bartolomé de Alviano se estrelló contra una impetuosidad mayor que la suya.

Igual cosa aconteció en Ravena á los españoles. Si no se apresuran á atacar á los franceses, hubiéranse éstos desordenado por falta de buena dirección y de víveres, pues los venecianos impedían que les llegaran provisiones por la parte de Ferrara, y los españoles podían habérselas cortado completamente por la de Bolonia; pero los malos consejos y la falta de juicio proporcionaron la victoria á los franceses, victoria muy sangrienta y costosa para ellos. Esta batalla fué empeñadísima, y lo fuera más sin duda si las tropas que constituían el nervio de cada uno de los dos ejércitos pertenecieran á la misma arma; pero en los franceses era la caballería y en los españoles la infantería; por esto no fué mayor el estrago.

Quien quiera, pues, vencer á los franceses, procure resistir su primer choque y dilatar la campaña, en cuyo caso, por las razones dichas, alcanzará la victoria. A causa de esto, decía César de los galos que empezaban por ser más que hombres, y acababan siendo menos que mujeres.

Francia, por su extensión y por la ventaja de los grandes ríos que riegan su suelo, es muy fértil y rica. Los víveres y las mercancías cuestan muy poco por la falta de dinero circulante en los pueblos, que apenas

pueden reunir el necesario para pagar á los señores los tributos, por pequeños que sean. La escasez de dinero proviene de que nadie puede vender sus cosechas, porque todos recolectan más de lo necesario para sí, de modo que quien quiere vender una cantidad de grano no encuentra comprador, por tener todos trigo de venta.

Del dinero que de sus vasallos cobran los nobles sólo gastan el necesario en vestir, pues para su alimentación tienen de sobra, abundando grandemente las aves, el pescado y toda clase de caza. Todos los propietarios de tierras se encuentran en el mismo caso, y de esta manera el dinero se acumula en manos de los señores, hasta el punto de creerse rico el hombre del pueblo que tiene un florin.

El clero de Francia posee las dos quintas partes de las rentas del reino, porque muchos prelados reunen los bienes temporales y los espirituales. Como tiene en abundancia lo que necesita para vivir, el dinero que por censos ó tributos cae en sus manos no sale de ellas, á causa de la natural avaricia en esta clase. Las rentas de los cabildos y corporaciones religiosas se invierten en plata, alhajas y riquezas para los ornamentos de las iglesias; de modo que lo que tienen éstas en propiedad y lo que particularmente poseen los prelados en dinero y plata, forma un tesoro inmenso.

La mayoría de los obispos interviene en los consejos y en el gobierno del reino de Francia sin que á los grandes señores les inspire celos, porque saben que la ejecución de las determinaciones les corresponde á ellos. Todos quedan, pues, satisfechos, aquéllos deliberando y éstos ejecutando. A veces son llamados á los consejos antiguos militares cuando hay que tratar asuntos relativos al ejército, en los cuales los prelados no tienen experiencia.

En cumplimiento de una pragmática del Papa, obtenida hace largo tiempo, los obispos son elegidos por los cabildos, de modo que cuando el arzobispo ú obispo muere, los canónigos se reunen y eligen para la dignidad vacante á quien creen más meritorio. Ocurren con frecuencia dificultades en la elección, pues hay quien procura comprar votos y quien sólo cuenta con su virtud y buenas obras. Lo mismo sucede en las elecciones de abades en los conventos. Los beneficios subalternos los proveen los obispos de quienes dependen. Si el Rey intenta faltar á lo dispuesto en esta pragmática, nombrando por sí un obispo, necesita emplear la fuerza, porque el cabildo no da posesión al nombrado y, si se ve obligado á darla, ocurre que, muerto el Rey, desposeen al prelado de real nombramiento y le sustituyen con el elegido por ellos.

Son los franceses naturalmente codiciosos de los bienes de los demás y prodigan lo mismo los suyos que los ajenos. Sin embargo, el francés roba para comer, malgastar y divertirse hasta con el robado, mientras lo que el español roba nadie vuelve á verlo.

Teme Francia á los ingleses por las invasiones y estragos que hicieron en ella, y la palabra *inglés* causa terror al pueblo, porque no advierte que la Francia de hoy se encuentra en muy distintas condiciones de la de entonces, á causa de estar bien armada, ejercitada y unida, perteneciendo al Rey los Estados que servían de apoyo á los ingleses para sus invasiones, cuales eran los ducados de Bretaña y de Borgoña; en cambio los ingleses no están aguerridos, viviendo hace tanto tiempo sin guerra, que los hombres actuales no han visto la cara al enemigo. Además, excepto el Archiduque, nadie les ayudaría en una expedición al continente.

Temerían también bastante á los españoles por su sagacidad y vigilancia; pero cuando el rey de España

quiere invadir á Francia, lo hace con grandes dificultades, porque desde el punto donde empieza á mover sus tropas hasta los puertos de los Pirineos que dan acceso á Francia, hay tanto camino que andar y es el país tan estéril que, si los franceses le esperan á la salida de las montañas, sea por la parte de Perpiñan ó por la Guiena, encuentran el ejército enemigo debilitado, si no por falta de hombres, por la de víveres, á causa del mucho camino andado, atravesando tierras casi deshabitadas por su esterilidad, y, las habitadas, apenas producen lo necesario para mantener á quienes en ellas viven. Por esto los franceses inmediatos á los Pirineos temen poco á los españoles.

De los flamencos nada tienen que temer los franceses, porque, á causa del frío que hace en su país, apenas cosechan para vivir, especialmente cereales y vino, que llevan de Borgoña, de Picardía y de otros Estados de Francia. Además, el pueblo de Flandes vive de la industria, y sus manufacturas las vende en las ferias de Francia, es decir, en Lyon y en París, pues por la parte de la marina no hay donde venderlas, ni tampoco por la de Alemania, á causa de que en estas comarcas fabrican tanto como ellos; por lo cual, si les faltara el comercio con Francia no tendrían dónde colocar sus mercancías, quedándose con ellas y careciendo de los víveres que, con sus productos, adquieren. A causa de esto, sólo por fuerza harán la guerra los flamencos á los franceses.

En cambio Francia teme á los suizos por su vecindad, que les permite atacarla repentinamente, sin medio de evitarlo á tiempo. Los suizos ejecutan las correrías y pillajes con suma rapidez, pero no llevando artillería ni caballería y estando bien defendidas las plazas francesas de la frontera, no causan grandes daños. Además, son naturalmente más á propósito para batallas campales que para atacar ó defender plazas fuertes. En cambio á los franceses no gusta batirse con ellos en las fronteras, porque, careciendo de buena infantería que les haga frente, sus hombres de armas solos no pueden resistirles. El país, además, es tan accidentado, que no permite las maniobras de la caballería, y los suizos no se apartan con buena voluntad de las montañas para bajar á la llanura, dejando á sus espaldas, como he dicho, buenas y bien provistas fortalezas, temerosos de que, al penetrar en territorio enemigo, les corten las comunicaciones, los víveres y hasta la retirada.

Por la parte de Italia nada temen á causa de los Alpes y de las fortalezas que tienen al pie de dichas montañas. El enemigo que quisiera atacar por este lado tendría que empezar pasando los montes, atravesando un terreno estéril y exponiéndose á morir de hambre ó á dejar las plazas fuertes á su espalda (lo cual sería locura) ó á sitiarlas. Nada temen, pues, los franceses por la parte de Italia, por los motivos indicados y, además, porque no estando el pueblo italiano unido, como en tiempo de los romanos, no hay en Italia príncipe alguno en condiciones de poder atacarles.

Tampoco tienen nada que temer por el Mediodía, que es la costa del mar en cuyos puertos hay constantemente muchos barcos, unos del Rey y otros de sus vasallos para defender la nación por aquella parte de cualquier inopinado ataque; pues si es premeditado hay tiempo para rechazarlo, que los preparativos del enemigo para el buen éxito de la expedición no son rápidos ni secretos, y además el Rey tiene numerosas guarniciones en todas las costas para estar prevenido.

Gasta poco este monarca en mantener las guarniciones, porque sus vasallos le son muy fieles y no necesita plazas fuertes para conservar la corona. En las fronteras, donde tendría que hacer algunos gastos, pone los hombres de armas y se ahorra el coste de las guarniciones,

habiendo siempre tiempo para prepararse contra el ataque de un ejército numeroso, al menos el mismo que necesita también el enemigo para reunirlo y ordenarlo.

La población francesa es muy humilde y obediente y profesa gran veneración á su Rey. Se alimenta con poquísimos gastos por la grande abundancia de víveres, y cada cual tiene alguna propiedad territorial. Sus vestidos son de paño basto y barato, no usando la seda ni hombres ni mujeres, y, si quisieran usarla, se lo prohibirían los señores.

Los prelados de Francia, según el último censo, son ciento cuarenta y seis, comprendiendo en este número diez y ocho arzobispos.

Hay un millón y setecientas (1) parroquias, comprendiendo en este número setecientas cuarenta abadías. Los prioratos no se han contado.

No he podido saber cuáles son las rentas ordinarias y extraordinarias de la corona. Lo he preguntado á muchos y todos me han dicho que cuantas el Rey quiere. Sin embargo, me aseguran que una parte de las rentas ordinarias, las que producen las gabelas sobre el pan, el vino y la carne ascienden á un millón y setecientos mil escudos. En cuanto á las rentas extraordinarias, que provienen de los tributos territoriales, son más ó menos considerables, según la cantidad en que el Rey fija el impuesto. Cuando estas rentas no bastan para los gastos, se toma dinero en forma de empréstito y rara vez se devuelve, pidiéndolo por medio de cartas reales que dicen así: «El Rey, nuestro señor, se recomienda á vos y, como tiene necesidad de dinero, os ruega le prestéis la suma que especifica la presente carta.» La cantidad se abona al recaudador de la ciudad encargado de

(1) Este número es evidentemente erróneo; pero está en todos los manuscritos y en todas las ediciones. En una traducción francesa se dice que las parroquias eran diez y siete mil.

percibir cuanto producen las gabelas, los impuestos y los empréstitos.

Para el pago de impuestos en los dominios de la Corona no hay más regla que la voluntad del monarca.

La autoridad de los barones sobre sus vasallos es ilimitada. Sus rentas consisten en gabelas sobre el pan, el vino y la carne, como las antes citadas, y además en un impuesto anual por hogar que no pasa de seis á ocho sueldos, abonable por trimestres. No pueden imponer tributos ni hacer empréstitos sin consentimiento del Rey, que rara vez lo da.

La Corona no cobra otro subsidio de los barones que el de la venta de la sal y no les impone tributos sino en caso de grandísima necesidad.

La costumbre establecida por el Rey en el pago de los gastos extraordinarios, sean de guerra ó de otra clase, es dar orden á los tesoreros para que paguen el sueldo á los soldados y éstos lo reciben de quienes les pasan revista. Los pensionistas y gentiles hombres se dirigen á los superintendentes para recibir las órdenes de pago mensualmente, las cuales presentan al recaudador de la provincia donde viven, quien les paga inmediatamente.

Los gentiles hombres del Rey son doscientos, y su sueldo veinte escudos mensuales, pagados en la forma dicha. Cada centenar tiene un jefe, y éstos suelen ser Ravel y Vilames.

De pensionistas no hay número fijo; son pocos ó muchos, según place al Rey, quien les mantiene en la esperanza de mejorar de posición, pero no está reglamentado cómo esto ha de hacerse.

La obligación de los superintendentes generales de Hacienda en Francia consiste en cobrar tanto por hogar y tanto por impuesto con el consentimiento del Rey, y disponer que los gastos ordinarois y extraordi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

narios sean pagados puntualmente, es decir, dar las órdenes de que antes se ha hablado.

Los tesoreros tienen el dinero y pagan conforme á las órdenes y mandatos de los superintendentes.

El canciller en Francia ejerce gran autoridad y puede condenar ó perdonar hasta en delitos de pena capital, según su voluntad y sin consentimiento del Rey, como también anular los efectos de la contumacia. Concede beneficios con anuencia del Rey, porque las gracias se otorgan por medio de cartas reales, selladas con el gran sello de la Corona, que guarda el canciller. Su sueldo es de diez mil francos por año y once mil francos para la mesa. Por mesa se entiende la obligación de dar de comer y de cenar á los miembros del Consejo que acompañan al gran canciller, es decir, á los abogados y gentiles hombres funcionarios de la cancillería, quienes tienen derecho á comer con él cuando quieran, y quieren con bastante frecuencia.

La pensión que abonaba el Rey de Francia al de Inglaterra era de cincuenta mil francos por año, en pago de algunos gastos hechos por el padre del actual Rey de Inglaterra en el ducado de Bretaña: la deuda está satisfecha y no se paga ya la pensión.

Actualmente sólo hay en Francia un gran senescal. Cuando hay más (y no les llamo grandes, porque gran senescal sólo hay uno) ejercen su autoridad sobre los hombres de armas ordinarios y extraordinarios, quienes, por la dignidad del cargo, están obligados á obedecerles.

El Rey nombra tantos gobernadores de las provincias como quiere y les señala el sueldo que le place. Son anuales ó vitalicios, según la voluntad del monarca. Los de más gobernadores y hasta los tenientes de los más pequeños pueblos son también de nombramiento real, por que el Rey es quien da ó vende todos los cargos públicos

Las cuentas del reino se formalizan del siguiente modo: Cada año en Agosto, Octubre ó Enero, cuando el Rey lo determina, el superintendente reune las cuentas de gastos é ingresos ordinarios durante el año, hace el estado general de los mismos, se determinan los ingresos conforme á los gastos, y se aumentan ó disminuyen las pensiones y el número de pensionistas según la voluntad del Rey.

Lo que cuestan los gentiles hombres y los pensionistas nunca se sabe á punto fijo. Además, esta partida no la examina el Consejo que entiende de las cuentas, dependiendo de la exclusiva voluntad del Rey.

El Consejo ó Tribunal de Cuentas tiene á su cargo examinar las de todos los que administran dinero de la Corona, como superintendentes, tesoreros y recaudadores.

La Universidad de París se paga con las rentas de las fundaciones de los colegios, pero mezquinamente.

Hay cinco Parlamentos, el de París, el de Ruán, el de Tolosa, el de Burdeos y el del Delfinado. Sus sentencias no tienen apelación.

Las Universidades principales son cuatro y están en París, Orleans, Bourges y Poitiers. Además las hay en Tours y en Angers, pero éstas valen poco.

Las guarniciones están donde el Rey determina, quien además fija la fuerza que han de tener en hombres y en artillería; sin embargo, todas las ciudades cuentan con algunos cañones, y desde hace dos años se han fundido muchas piezas de artillería en varios puntos del reino á costa de los habitantes y con un pequeño aumento en los tributos. Cuando no hay temor de guerra las guarniciones son ordinariamente cuatro. Están en Guiena, Picardía, Borgoña y Provenza y se aumentan ó cambian de lugar según los temores.

He procurado averiguar cuánto se daba al Rey anual-

mente para los gastos de su persona y de su casa y sabido que tiene cuanto pide.

Los arqueros son cuatrocientos, destinados á la guarda de la persona del Rey; ciento son escoceses y cobran trescientos francos anuales cada uno, dándoseles además un traje con la librea del Rey. Los guardias de Corps que están siempre junto al Rey son veinticuatro, y el sueldo de cada uno es de cuatrocientos francos anuales. Los capitanes son Monseñor Dubigny, de Crusores y el capitán Gabriel (1).

La guardia de á pie es de alemanes, de los cuales hay ciento que cobran doce francos al mes, y solía haber hasta trescientos con pensión de diez francos y además dos trajes al año, uno de verano y otro de invierno con jubón, medias y librea real. En tiempo de Carlos VIII los guardias de Corps usaban jubón de seda.

Los encargados de alojar á la corte se llaman furrieles. Son treinta y dos y cobra cada uno de sueldo trescientos francos anuales y traje. Tienen cuatro mariscales ó aposentadores con seiscientos francos de sueldo. En el ejercicio de sus cargos observan el orden siguiente. Divídense en cuatro cuerpos: el primero, á las órdenes de un mariscal ó de su teniente, cuando aquél no está en la corte, se queda en el sitio de donde ésta sale para pagar á los dueños de las casas en que se ha alojado. El segundo sigue al Rey. El tercero se adelanta á la población donde aquél debe llegar y prepara los alojamientos de la corte, y el cuarto va más adelante para llegar al punto donde el Rey descansará al día siguiente. El orden es tan admirable, que todos, hasta las meretrices que siguen á la corte tienen dispuesto el alojamiento al llegar á una población.

El preboste de palacio es un funcionario que acompaña siempre al Rey, y ejerce grande autoridad donde la corte reside. Su jurisdicción es privilegiada y los habitantes de las ciudades donde se encuentra pueden acudir á él como á su propio juez. Los que manda prender por ser delincuentes, no pueden apelar á ningún Parlamento. Su sueldo es ordinariamente de seis mil francos. Le acompañan dos jueces para los asuntos civiles, pagando el Rey á cada uno de ellos seiscientos francos anuales, y un lugarteniente para los negocios criminales al frente de treinta arqueros pagados como los de la guardia. Despacha, pues, asuntos civiles y criminales y le basta un careo del reo con los testigos para pronunciar la sentencia.

(1) El conde d'Aubigny (Beraut-Stuart), Santiago de Crussol y Gabriel de la Chatre.

Los mayordomos de la casa real son ocho y no tienen sueldo fijo, pues unos cobran mil francos y otros menos, según la voluntad del Rey. El mayordomo mayor que ha sucedido á M. de Chaumont es M. de la Palisse, cuyo padre desempeñó ya el mismo cargo. Cobra once mil francos de sueldo, sin otra autoridad que la de tener á sus órdenes á los demás mayordomos.

El gran almirante de Francia manda en toda la marina francesa, cuidando de ella y de todos los puertos del reino. Tiene á sus órdenes todos los buques de guerra y puede disponer de ellos según su vuluntad. Actualmente desempeña este cargo Prejanni (1), y su sueldo es de diez mil francos anuales.

No hay número limitado de caballeros de la orden del Rey; son tantos como el Rey quiere nombrar. Al posesionarse de esta dignidad, juran defender la corona y no hacer jamás armas contra ella. El nombramiento es vitalicio y no pueden ser degradados. Algunos tienen cuatro mil francos de pensión; otros menos. Esta dignidad no se concede con frecuencia.

(1) Pregent de Bridoux.

El cargo de chambelán consiste en conversar con el Rey, precederle cuando sale ó entra en la Cámara, aconsejarle, y de hecho es la más elevada dignidad en la corte. Tienen los chambelanes considerable pensión; seis, ocho ó diez mil francos. Algunos no reciben nada, porque el Rey concede esta dignidad á personas á quienes quiere honrar, á veces hasta á extranjeros. Gozan el privilegio de no pagar gabelas, y tener en la corte asiento á la mesa de los chambelanes, que es la primera después de la del Rey.

El caballerizo mayor está siempre con el Rey. Su cargo consiste en ser jefe de los doce caballerizos del Rey, como lo son el gran senescal, el mayordomo mayor y el gran chambelán de las personas afectas á estos servicios. Cuida además de los caballos del monarca; le ayuda á montar y á apearse, atiende á la conservación de los arneses reales, y lleva la espada del Rey delante de él.

Todos los señores del Consejo tienen pensiones de seis á ocho mil francos, á voluntad del Rey. En la actualidad son consejeros los obispos de París y Beauvais; el bailío de Amiens, monseñor de Bussi y el gran canciller; pero de hecho, quienes lo gobiernan todo son el obispo de París y Robertet.

Desde que murió el cardenal de Ruán (1) nadie tiene mesa franca en la corte. El gran canciller no ha sido reemplazado, y su cargo lo desempeña el arzobispo de París.

Las pretensiones del Rey de Francia al ducado de Milán se fundan en que su abuelo tuvo por esposa una hija del Duque, quien murió sin dejar hijos varones.

El duque de Milán, Juan Galeazzo, tuvo dos hijas y no sé cuantos hijos. Una de las hijas se llamó Doña

(1) El cardenal de Amboise, arzobispo de Ruán.

Valentina y casó con el duque Luis de Orleans, abuelo del actual Rey, y descendiente por línea recta del rey Pipino. Muerto el duque Juan Galeazzo, le sucedió su hijo el duque Felipe, que murió sin hijos legítimos, dejando sólo una hija natural. Usurparon después el ducado de Milán los Sforzas, apoderándose de él ilegítimamente, según se dice. Los partidarios del duque de Orleans sostienen que el ducado corresponde á los sucesores y herederos de Doña Valentina. Desde el día que la casa de Orleans emparentó con la de Milán, añadió en su escudo una culebra á las tres flores de lís, como aun puede verse.

En cada parroquia de Francia hay un hombre pagado por los habitantes, que se llama el arquero franco, quien está obligado á tener un buen caballo, y á proveerse de armadura y dispuesto á acudir donde el Rey mande, siguiéndole cuando sale fuera del reino por causa de guerra ú otro motivo. También está obligado á trasladarse á las provincias invadidas por el enemigo ó en peligro de invasión. Atendiendo al número de parroquias, estos arqueros son un millón y setecientos (1).

Los furrieles están encargados de proporcionar alojamiento á cuantos siguen á la Corte, y ordinariamente los señores son alojados en las casas de las personas principales de las ciudades. Para que no tengan motivo de queja, ni el que aloja ni el alojado, la Corte ha fijado las obligaciones de cada uno. El alojado paga un sueldo diario y tiene derecho á una habitación limpia, á una cama, y á que se muden las ropas de ésta por lo menos una vez cada semana. Paga, además, dos dineros diarios por el servicio de manteles, servilletas, aceite y vinagre, siendo preciso mudar manteles y servilletas

(1) Ya hemos dicho en una nota anterior, que esta cifra es evidentemente errónea, y que las parroquias eran diez y siete mil.

á lo menos dos veces por semana; pero como en Francia abunda la ropa blanca, ordinariamente los mudan cuando el alojado lo desea. Éste tiene además derecho á que la habitación esté limpia y aseada y á que le hagan la cama.

También se abonan dos dineros diarios por el sitio de cada caballo en la cuadra, y los dueños de las casas no están obligados á dar nada para los caballos, salvo sacar de las cuadras el estiércol. Hay muchos que pagan menos por convenios con los habitantes de la población, pero ésta es la tasa oficial de la Corte.

Las pretensiones de los ingleses sobre Francia son modernas, y se fundan en lo siguiente: Carlos VI, rey de Francia, dió en casamiento su hija legítima Catalina á Enrique, hijo legítimo del rey de Inglatera. En el contrato de matrimonio, además de estipular la dote de Catalina y sin hacer mención alguna de Carlos VIII, que fué después rey de Francia, instituyó heredero de la corona para después de su muerte á su yerno Enrique, marido de Catalina, y en el caso de que éste muriese antes que él dejando hijos varones habidos en Catalina, que le sucedieran éstos. Tales cláusulas no tuvieron aplicación, porque Carlos VI había preterido á su hijo Carlos VII, y por ser contrarias á las leyes del reino. En contra de esto dicen los ingleses, que Carlos VII había nacido *ex incestuoso concubito* (1).

En Inglaterra hay doce arzobispos y cincuenta y dos mil parroquias.

(1) De unión incestuosa.

CARÁCTER DE LOS FRANCESES

Les preocupa tanto el bien ó el mal presente, que apenas se acuerdan de los daños ó beneficios pasados, ni se cuidan de los futuros.

Son más bien tacaños que económicos. No les importa lo que se escriba ó diga de ellos, y domina su codicia á su crueldad. Su liberalidad es más aparente que real.

El señor ó caballero que desobedezca al Rey en cosa que interese á un tercero, sólo se expone á recibir orden de obedecerle á toda costa si aun es posible, y si no lo es ya, á ser castigado, prohibiéndole presentarse en la corte durante cuatro meses. Esto nos ha hecho perder dos veces á Pisa; la primera cuando Entraigues ocupaba la fortaleza, y la segunda cuando los franceses vinieron á sitiarla.

Quien desea conseguir algo en la corte necesita mucho dinero, mucha actividad y buena fortuna.

Cuando se les pide algún favor, piensan antes de hacerlo en el beneficio que pueden sacar del servicio.

Los primeros compromisos contraídos con ellos son siempre los mejores.

El bien que no pueden hacer lo prometen, y si pueden hacerlo, ó no lo ejecutan ó lo realizan difícilmente.

En la mala fortuna son humildísimos; en la buena, insolentes.

Sus derrotas las presentan como victorias. El vencedor está seguro de contar con el afecto del Rey, lo cual rara vez ocurre al vencido. Por ello el que acomete una empresa, debe examinar si tiene ó no condiciones de éxito, en vez de cuidarse de si será ó no agradable al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rey. Esto lo comprendió bien el duque Valentino cuando llegó á mandar el ejército enviado á Florencia.

En algunas cosas estiman poco su honor, á diferencia de los señores italianos. Así se explica que cuando pidieron Montepuciano al gobierno de Siena, no les ofendiese la negativa.

Son ligeros y tornadizos. Tienen fe de vencedor. No les gusta hablar la lengua de los romanos, ni les agrada la fama de este pueblo.

Los italianos que viven bien en la corte de Francia son los que nada tienen que perder y, como perdidos, sólo se exponen á ganar.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

ÍNDICE

Págs.

PRÓLOGO V

EL PRÍNCIPE

CAPÍTULO PRIMERO.—Cuántas clases hay de principados y por cuáles medios se adquieren. 5
CAP. II.—De los principados hereditarios 5
CAP. III.—De los principados mixtos 6
CAP. IV.—Por qué el reino de Darío, conquistado por Alejandro, no se rebeló, muerto éste, contra sus sucesores. 15
CAP. V.—Cómo han de ser gobernadas las ciudades ó los reinos que, antes de su conquista, se regían por leyes propias 18
CAP. VI.—De los estados que el conquistador adquiere con su esfuerzo y sus propias armas 19
CAP. VII.—De los principados nuevos que se adquieren con fuerzas ajenas ó por causa de buena fortuna 23
CAP. VIII.—De los que han llegado á ser príncipes cometiendo maldades 31
CAP. IX.—De los principados civiles 35
CAP. X.—Cómo deben graduarse las fuerzas de los gobiernos 39
CAP. XI.—De los principados eclesiásticos 41
CAP. XII.—De las diferentes clases de milicia y de los soldados mercenarios 44
CAP. XIII.—De las tropas auxiliares, mixtas y nacionales. 49
CAP. XIV.—De las obligaciones de un príncipe con respecto á la milicia 53
CAP. XV.—Por qué cosas los hombres, y especialmente los príncipes, merecen alabanza ó vituperio 56

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rey. Esto lo comprendió bien el duque Valentino cuando llegó á mandar el ejército enviado á Florencia.

En algunas cosas estiman poco su honor, á diferencia de los señores italianos. Así se explica que cuando pidieron Montepuciano al gobierno de Siena, no les ofendiese la negativa.

Son ligeros y tornadizos. Tienen fe de vencedor. No les gusta hablar la lengua de los romanos, ni les agrada la fama de este pueblo.

Los italianos que viven bien en la corte de Francia son los que nada tienen que perder y, como perdidos, sólo se exponen á ganar.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

ÍNDICE

Págs.

PRÓLOGO V

EL PRÍNCIPE

CAPÍTULO PRIMERO.—Cuántas clases hay de principados y por cuáles medios se adquieren. 5
CAP. II.—De los principados hereditarios 5
CAP. III.—De los principados mixtos 6
CAP. IV.—Por qué el reino de Darío, conquistado por Alejandro, no se rebeló, muerto éste, contra sus sucesores. 15
CAP. V.—Cómo han de ser gobernadas las ciudades ó los reinos que, antes de su conquista, se regían por leyes propias 18
CAP. VI.—De los estados que el conquistador adquiere con su esfuerzo y sus propias armas 19
CAP. VII.—De los principados nuevos que se adquieren con fuerzas ajenas ó por causa de buena fortuna 23
CAP. VIII.—De los que han llegado á ser príncipes cometiendo maldades 31
CAP. IX.—De los principados civiles 35
CAP. X.—Cómo deben graduarse las fuerzas de los gobiernos 39
CAP. XI.—De los principados eclesiásticos 41
CAP. XII.—De las diferentes clases de milicia y de los soldados mercenarios 44
CAP. XIII.—De las tropas auxiliares, mixtas y nacionales. 49
CAP. XIV.—De las obligaciones de un príncipe con respecto á la milicia 53
CAP. XV.—Por qué cosas los hombres, y especialmente los príncipes, merecen alabanza ó vituperio 56

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cap. XVI.—De la liberalidad y de la miseria 57
Cap. XVII.—De la crueldad y de la clemencia, y de si vale más ser amado que temido..... 60
Cap. XVIII.—De qué modo deben guardar los príncipes la fe prometida..... 64
Cap. XIX.—El príncipe debe evitar que se le menosprecie y se le aborrezca..... 67
Cap. XX.—Si las fortalezas y otras muchas cosas que hacen los príncipes son útiles ó perjudiciales..... 77
Cap. XXI.—Qué debe hacer un príncipe para adquirir buena fama..... 82
Cap. XXII.—De los secretarios de los príncipes..... 86
Cap. XXIII.—Cómo se debe huir de los aduladores..... 89
Cap. XXIV.—Por qué los príncipes de Italia han perdido sus estados..... 89
Cap. XXV.—De lo que influye la fortuna en las cosas humanas y del modo de contrarrestarla, siendo adversa.. 91
Cap. XXVI.—Exhortación para librar á Italia de los bárbaros..... 94

EL ARTE DE LA GUERRA

Prólogo..... 101
Al lector..... 104
Libro I..... 105
» II..... 138
» III..... 182
» IV..... 212
» V..... 231
» VI..... 253
» VII..... 284

Descripción de Alemania..... 317
Informe sobre los asuntos de Alemania..... 324
Discurso sobre los asuntos de Alemania y acerca del Emperador..... 336
Descripción de Francia..... 338
Carácter de los franceses..... 355

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAP. XVI.—De la liberalidad y de la miseria 57
CAP. XVII.—De la crueldad y de la clemencia, y de si vale más ser amado que temido..... 60
CAP. XVIII.—De qué modo deben guardar los príncipes la fe prometida..... 64
CAP. XIX.—El príncipe debe evitar que se le menosprecie y se le aborrezca..... 67
CAP. XX.—Si las fortalezas y otras muchas cosas que hacen los príncipes son útiles ó perjudiciales..... 77
CAP. XXI.—Qué debe hacer un príncipe para adquirir buena fama..... 82
CAP. XXII.—De los secretarios de los príncipes..... 86
CAP. XXIII.—Cómo se debe huir de los aduladores..... 89
CAP. XXIV.—Por qué los príncipes de Italia han perdido sus estados..... 89
CAP. XXV.—De lo que influye la fortuna en las cosas humanas y del modo de contrarrestarla, siendo adversa.. 91
CAP. XXVI.—Exhortación para librar á Italia de los bárbaros..... 94

EL ARTE DE LA GUERRA

PRÓLOGO..... 101
AL LECTOR..... 104
Libro I..... 105
» II..... 138
» III..... 182
» IV..... 212
» V..... 231
» VI..... 253
» VII..... 284

DESCRIPCIÓN DE ALEMANIA..... 317
INFORME SOBRE LOS ASUNTOS DE ALEMANIA..... 324
DISCURSO SOBRE LOS ASUNTOS DE ALEMANIA Y ACERCA DEL EMPERADOR..... 336
DESCRIPCIÓN DE FRANCIA..... 338
CARÁCTER DE LOS FRANCESES..... 355

BIBLIOTECA CLÁSICA

TRES pesetas tomo en rústica y CUATRO encuadernado.

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª, ARENAL, 11, MADRID

OBRAS PUBLICADAS

	Tomos.
Clásicos griegos.—HOMERO.—*La Iliada*, traducción en verso de Hermosilla, con un estudio del Sr. Menéndez y Pelayo	3
La Odisea y la *Batracomomaquia*, traducción en verso de Baráibar y de Alenda.	2
HERODOTO.—*Los Nueve libros de la Historia*, traducción del P. Pou	2
PLUTARCO.—*Las vidas paralelas*, traducción de Ranz Romanillos	5
ARISTÓFANES.—*Teatro completo*, traducción de D. Federico Baráibar	3
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS.—Traducción en verso del Sr. Montes de Oca	1
PÍNDARO.—*Odas*, traducción en verso del Sr. Montes de Oca	1
ESQUILO.—*Teatro completo*, traducido y anotado por D. Fernando Brieva	1
TUCYDIDES.—*Historia de la guerra del Peloponeso*, traducción de Gracián	2
XENOFONTE.—*Las Helénicas ó historia griega*, traducción de Soms	1
La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor, traducción de Gracián	1
Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia y de la retirada de los diez mil griegos que fueron con él, traducción de Gracián, corregida por Canseco.	1
LUCIANO.—*Obras completas*, traducción de Vidal y de Baráibar	4
ARRIANO.—*Expediciones de Alejadro*, traducción de Baráibar	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS.—(*Anacreonte, Safo, Tirteo, Simonides, Arquílogo, Meleagro, Aristóteles*, etc.). Traducción en verso de los Sres. Menéndez y Pelayo, Baráibar, Conde, Cauga-Argüelles y Castillo y Ayensa	1
POLIBIO.—*Historia Universal, durante la república romana*, traducción de Ruí Bamba	3
PLATÓN.—*La República*, traducción de D. José Tomás y García	2
DIÓGENES LAERCIO.—*Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres*, traducción de D. José Ortiz y Sanz	2
MORALISTAS GRIEGOS.—(*Marco Aurelio, Teofrastro, Epicteto, Cebes.*) Traducción de Díaz de Miranda, Pedro Simón Abril, Luciano Blum y López de Ayala.	1
JOSEFO.—*Historia de las guerras de los judíos y de la destrucción del templo y ciudad de Jerusalem*, traducción de D. Juan Martín Cordero	2
ISÓCRATES.—*Oraciones políticas y forenses y cartas*, traducción de Ranz Romanillos.	2
Clásicos latinos.—VIRGILIO.—*La Eneida*, traducción en verso de D. Miguel Antonio Caro	2
Eglogas y Geórgicas, traducidas en verso por Hidalgc y Caro	1
CICERÓN.—*Obras completas*, traducción de Menéndez y Pelayo, Valbuena, Simón Abril y Navarro. Van publicados 10 tomos	10
TÁCITO.—*Los Anales.—Vida de Agrícola, y Diálogo de los oradores*, traducción de D. Carlos Coloma, con un estudio del Sr. Menéndez y Pelayo	2
Las historias y las costumbres de los germanos, traducción de Coloma	1
SALUSTIO.—*Conjuración de Catilina; Guerra de Jugurta*, y *Fragmentos de la grande Historia*, traducción del infante D. Gabriel y del Sr. Menéndez y Pelayo.	1
CÉSAR.—*Los comentarios de la guerra de las Galias y de la civil*, traducción de D. José Goya y Muniain	2
SUETONIO.—*Vidas de los doce Césares*, traducción de D. Norberto Castilla	1
SÉNECA.—*Epístolas morales*, traducción de D. Francisco Navarro	1
Tratados filosóficos, traducción de Fernández Navarrete y Navarro	2
OVIDIO.—*Las Heroidas*, traducción en verso de Diego Mexía	1
Las Metamorfosis, traducción en verso de Pedro Sánchez de Viana	2
FLORO.—*Compendio de las hazañas romanas*, traducción de Díaz Jiménez	1
QUINTILIANO.—*Instituciones oratorias*, traducción de Rodríguez y Sandier	2
QUINTO CURCIO.—*Vida de Alejandro*, traducción de D. Mateo Ibáñez de Segovia.	2
ESTACIO.—*La Tebaida*, traducción en verso de Juan de Arjona	2
LUCANO.—*La Farsalia*, traducción en verso de D. Juan de Jáuregui	2
TITO LIVIO.—*Décadas de la Historia romana*, traducción de D. Francisco Navarro.	7

Tomos

TERTULIANO.—*Apología contra los gentiles en defensa de los cristianos*, traducción de Fray Pedro Manero, obispo que fué de Tarazona 1
HISTORIA AUGUSTA, traducción de D. Francisco Navarro 3
MARCIAL Y FEDRO.—*Epigramas y fábulas*, traducción en verso de Jáuregui, Argensola, Iriarte (D. Juan), Salinas, el P. Morell y Capalleja 3
TERENCIO.—*Teatro completo*, traducción de Pedro Simón Abril, refundida 1
APULEYO.—*El asno de oro*, traducción de Diego López de Cortegana 1
PLINIO EL JOVEN.—*Panegírico de Trajano y cartas*, traducción de Barreda y Navarro. 2
CORNELIO NEPOTE.—*Vidas de varones ilustres*, traducción de Oviedo 2
JUVENAL Y PERSIO, traducción en verso de Díaz Carmona y Vigil 1
SAN AGUSTÍN.—*La Ciudad de Dios*, traducción de Díaz de Beyral 4
AULO GELIO.—*Noches áticas*, traducción de D. Francisco Navarro 2

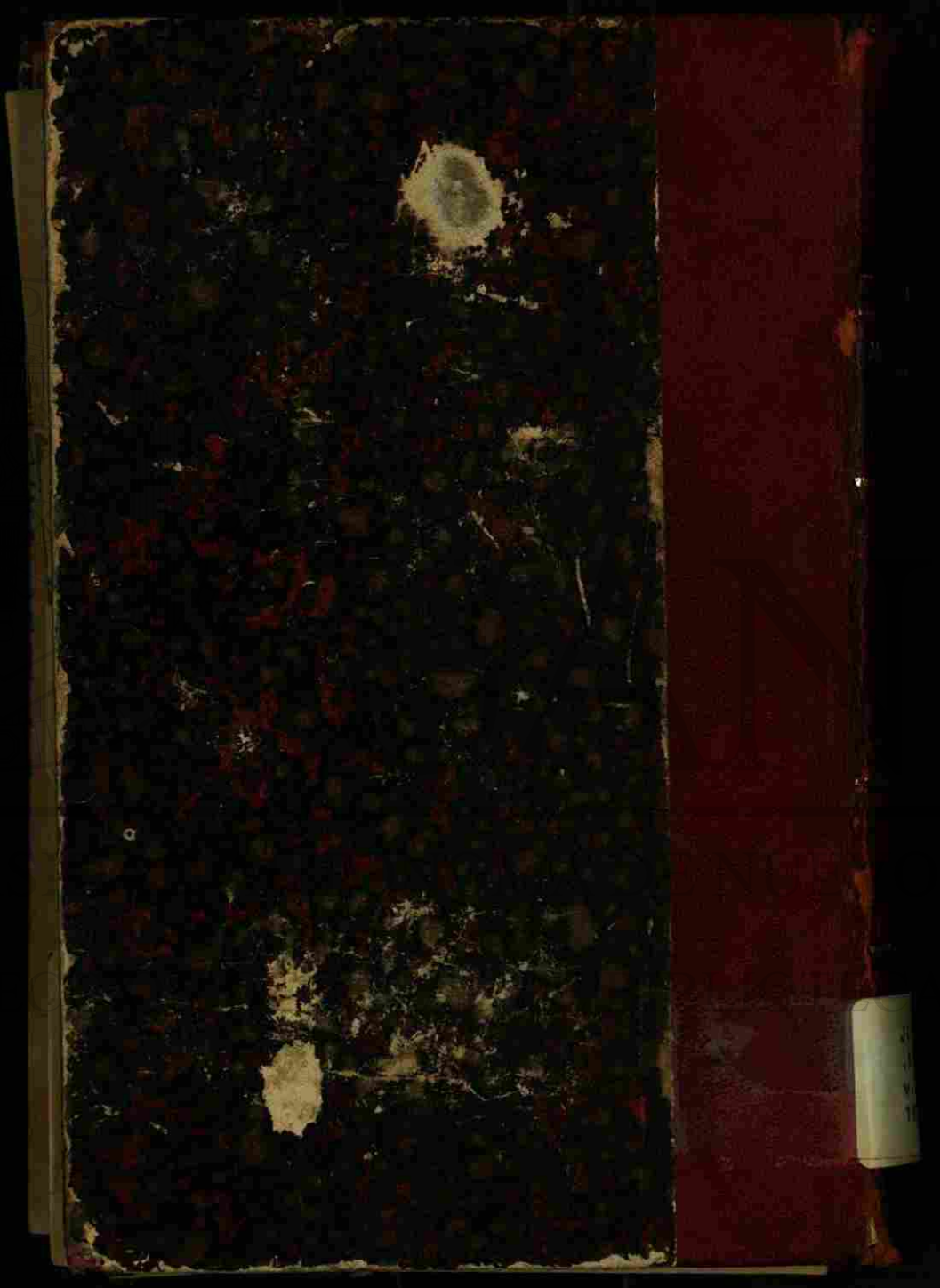
Clásicos españoles.—CERVANTES.—*Novelas ejemplares* 2
Don Quijote, con el comentario de Clemencín 8
CALDERÓN DE LA BARCA.—*Teatro selecto*, con un estudio de Menéndez y Pelayo 4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa* 1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas* 1
Obras políticas, históricas y críticas 2
Política de Dios y gobierno de Cristo 1
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres* 2
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevación de Nápoles* 1
ALCALÁ GALIANO.—*Recuerdos de un anciano* 1
MANUEL DE MELO.—*Guerra de Cataluña* y *Política militar* 1
CRISTOBAL COLÓN.—*Relaciones y cartas* 1
ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS, ordenada por Menéndez y Pelayo. Precede á cada tomo un extenso juicio crítico del Sr. Menéndez y Pelayo. Se han publicado 5 tomos 5

Clásicos ingleses.—LORD MACAULAY.—*Estudios literarios, Estudios históricos, Estudios políticos, Estudios biográficos, Estudios críticos* y *Estudios de política y literatura*, traducción de D. Mariano Juderías Bender 6
Vidas de políticos ingleses, traducción del mismo 1
Historia de la revolución inglesa, traducción de D. Mariano Juderías Bender y D. Daniel López 4
Historia del reinado de Guillermo III, continuación de la *Historia de la revolución inglesa*, traducción de D. Daniel López 6
Discursos parlamentarios, traducción del mismo 1
MILTON.—*Paraíso perdido*, traducción en verso de D. Juan Escoiquiz 2
SHAKESPEARE.—*Teatro selecto*, traducción de D. Guillermo Macpherson 6

Clásicos italianos.—MANZONI.—*Los Novios*, traducción de D. Juan Nicasio Gallego 1
La Moral Católica, traducción de D. Francisco Navarro 1
Tragedias, poesías y obras varias, traducción de D. Federico Baráibar 2
GUICCIARDINI.—*Historia de Italia, desde 1494 á 1532*, traducción de D. Felipe IV. 6
MAQUIAVELO.—*Obras históricas*, traducción de D. Luis Navarro 2
BENVENUTO CELLINI.—*Su vida, escrita por él mismo*, traducción de D. Luis Marco. 2
TASSO.—*La Jerusalem libertada*, traducción en verso de Gómez del Palacio 2

Clásicos alemanes.—SCHILLER.—*Teatro completo*, traducción de Don Eduardo Mier 3
HEINE.—*Poemas y fantasías*, traducción en verso de D. José J. Herrero 1
Cuadros de viaje, traducción de D. Lorenzo G. Agejas 2
GOETHE.—*Viaje á Italia*, traducción de Doña Fanny Garrido 2
Teatro selecto, traducción de la misma 2
HUMBOLDT.—*Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, traducción de Don Luis Navarro 2

Clásicos franceses.—LAMARTINE.—*Civilizadores y conquistadores*, traducción de D. Norberto Castilla y D. Mariano Juderías 2
BOSSUET.—*Oraciones fúnebres*, traducción de D. Francisco Navarro 1

Clásicos portugueses.—CAMOENS.—*Los Lusiadas*, traducción en verso de D. Lamberto Gil 1
Poesías selectas, traducción del mismo 1

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS